

A man with a beard and dark hair, wearing a dark suit jacket over a light-colored shirt, is seated in a dark leather chair. He is looking directly at the camera with a serious expression. His right hand is resting on his lap, and his left hand is also resting on his lap. The background is dark and out of focus.

- 100 DÍAS CON EL -

CEO

BARBARA RICCH

100 DÍAS CON EL CEO

Traducción al español: Silvia C. Suárez

Copyright © 2023 Bárbara Ricch

www.barbararicch.com

contato@barbararicch.com

Tapa: Criativa Design

Imagen de tapa: Adobe Stock por Pavel

Todos los derechos reservados.

ÍNDICE

[Playlist](#)

[Sinopsis](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Epílogo](#)

[Para saber más](#)

Playlist

Para tener una experiencia más interesante durante la lectura, te recomiendo que escuches la lista de reproducción que preparé exclusivamente para esta obra. Son canciones seleccionadas con mucho cuidado y que dicen mucho sobre los protagonistas.

¡Disfrútalas!

Escúchala [aquí](#).

Sinopsis

Héctor Brandão, CEO del grupo SMB, es un hombre frío, calculador y altamente competente que no está acostumbrado a perder y tiene una fuerte mentalidad competitiva. Después de realizar una apuesta que podría cambiar el rumbo de su vida, se enfrenta a un gran desafío: formar a alguien en tan solo 100 días para que se haga cargo de su cartera de clientes. Lo que no esperaba es que su nuevo aprendiz fuera alguien igualmente competitiva que él.

Alysson Nunes decide mudarse a otra ciudad para escapar de una relación amorosa fallida y comenzar de nuevo, enfocándose únicamente en su carrera profesional. Sin embargo, recibe una oferta de trabajo que no puede rechazar. Lo que no esperaba es que su nuevo jefe fuera tan exigente. La antipatía hacia él surge de inmediato, pero Alysson necesita el trabajo y Héctor necesita un aprendiz. El destino de ambos está en juego. No obstante, lo que debería haber sido una simple relación profesional se convierte en un peligroso juego de seducción.

Capítulo 1

Héctor

Ser soltero, rico y codiciado tiene sus ventajas. Suelo tener una lista muy interesante de mujeres hermosas que aceptarían tener sexo casual sin mucha insistencia. Sí, eso es bueno, muy bueno, de hecho, esa es la parte buena, porque odio lo que viene después. Lo que viene después es lo que arruina todo. Odio esas preguntas que casi siempre ya saben la respuesta: "¿Cuándo te volveré a ver?" o "¿Me llamas para volver a salir?".

No me va bien con las exigencias porque me gusta tener el control de todo en mi vida, especialmente cuando se trata de mujeres. Tampoco soy de los que tienen relaciones amorosas, ya superé esa etapa, creo que por eso critico todo lo que me recuerda lo que es estar atrapado en una.

Apenas había amanecido, abro los ojos y miro el techo durante unos minutos. Está un poco sucio y la pintura se descascara. Tenía sueño y estaba un poco agotado, no por la noche de sexo salvaje, sino por la pésima cama en la que nos quedamos, sin mencionar el maldito calor y el olor a cosas viejas y moho, que solo empeora mi rinitis.

¿En qué estaba pensando cuando creí que sería mejor venir a su apartamento en lugar de llevarla a un hotel? Supongo que fue el exceso de alcohol de la noche anterior.

Me levanto con cuidado, no quiero despertar a la mujer con la que pasé la noche. Recojo mi ropa y me visto, mientras tanto, aprecio por última vez su hermoso trasero desnudo, tan bello y atractivo que ya me excita. Sonríe al ver las marcas rojas en su piel rosada, resultado de las buenas bofetadas que le di ayer. Duerme plácidamente, los mechones de pelo rubio se extienden por las sábanas claras. Es una mujer hermosa y sabe cómo hacerlo bien, sin embargo, es hora de irme.

Termino de vestirme y miro la habitación con más detenimiento, está un poco iluminada por el sol que entra por la descolorida cortina de la ventana. Solo entonces me doy cuenta de en qué lío me metí. Era una habitación diminuta, con pocos muebles, la pintura y el suelo desgastados, sin renovar desde hace años. Había ropa tirada en el suelo, un pequeño armario con las puertas torcidas, muy desorganizado y en consonancia con el resto de la habitación. Me gusta la organización y esta habitación es todo lo contrario a lo que valoro. Había ropa tirada sobre los muebles, latas de cerveza barata en la mesilla de noche y había un maldito gato que no dejaba de mirarme.

Salgo de la habitación esquivando la ropa y los objetos del suelo, tratando de no hacer

ruido. Cuando llego al exterior del edificio, respiro aliviado. Salgo a hurtadillas, ajustándose el reloj en la muñeca antes de irme. Cierro la puerta y meto la llave por debajo.

Ya le había avisado a Roger, mi chofer, que debía esperarme frente al edificio, y tenía razón.

—Buenos días, señor. ¿Hacia el aeropuerto? —me pregunta mientras me abre la puerta del coche.

—Buenos días, Roger. ¿Mis maletas están listas?

—Sí, señor. Las he recogido todas, tal como me indicó.

—Muy bien.

Hoy ha sido mi último día de vacaciones. Aunque fueron cortas, las aproveché bien. Visité algunos lugares interesantes y logré desconectar un poco del trabajo, pero ya era hora de volver a São Paulo. El deber me llama.

Roger sube al coche y me mira por el retrovisor antes de partir.

—¿Lo de siempre, señor?

Durante unos minutos, lo miro confundido, pero pronto entiendo lo que quiere decir.

—Sí, por supuesto. Lo de siempre, un regalo caro. Creo que el maniquí de talla 38 servirá, y las flores.

Me tiende un bloc de notas. Anoto el número de piso de la mujer con la que pasé la noche. Me río al ver que ya tengo varios nombres y direcciones de las mujeres con las que he estado.

—Acabo de olvidar su nombre, creo que termina con "ane". Lo pondré en la tarjeta de "Cariño". —Le devuelvo el bloc de notas. —Esta vez, no incluyas mi número de teléfono.

—No hay problema.

Nos dirigimos al aeropuerto. Aunque Angra dos Reis es increíble, quiero volver pronto para tener tiempo de descansar en mi cómoda y mullida cama antes de enfrentar una comida familiar a la que prometí a mi madre que asistió.

Intento relajarme durante el trayecto. Mi teléfono suena mientras me acomodo en el asiento trasero del coche.

¡Maldición!

Grito mentalmente, respiro hondo y miró la pantalla del móvil. Es Marina. Contesto un poco desanimado, después de todo, no puede ser nada bueno.

—Hola, Marina —digo impaciente.

—Buenos días, querido hermano. ¿Cómo estás? —pregunta sarcásticamente.

—Mis vacaciones terminan mañana, Marina. Olvidaste que insististe en estas malditas vacaciones, así que no me molestes —le digo, irritado.

—Es parte de la política de la empresa, idiota. Ser el director general no significa que no

estés sujeto a las reglas.

—No me jodas, Marina. Acabo de llegar al aeropuerto, estoy volviendo a São Paulo. Hablaremos después.

—De eso quería hablar. Papá me pidió que confirmara tu presencia en el almuerzo de hoy. Convocó una reunión de último minuto y, por la urgencia, creo que es algo muy serio.

—¿Cuál es el orden del día? —pregunto, desconfiado.

—No tengo idea, pero estoy bastante segura de que se trata de algo relacionado con la empresa, así que te sugiero que no faltes.

—Intentaré llegar a tiempo. Ahora tengo que colgar, tengo que seguir mi camino.

—Ah, cuando dije que es una reunión familiar, significa que Paola también estará aquí.

¡Mierda!

Hace años que no la veo. Es obvio que todos evitan mencionar su nombre cuando estoy cerca, especialmente Marina. Y no me importa saber nada de Paola, porque ya no tiene relevancia para mí.

—Perfecto, intentaré llegar a tiempo.

—De acuerdo, se lo diré a papá.

Cuelgo y guardó el móvil en el bolsillo. La noticia de que Paola estará en la reunión familiar me pone tenso, no por nuestra reunión, sino porque si ella va a estar allí, seguro que el asunto es serio. Me froto la nuca, respiro hondo, distraído y preocupado, y me dirijo a la sala de espera.

Antes de acercarme, mi teléfono vuelve a sonar. Miro rápidamente la pantalla, es mi madre.

—Hola, mamá —respondo.

—Hijo, me encantaría que vinieras a nuestra comida, pero le dije a Santiago que te llamaría para decirte que no te sientas obligado a estar allí.

—Voy, María Rita —insisto.

La oigo suspirar largamente, parece preocupada, tarda mucho en hablar, probablemente intentando formular algún argumento para intentar hacerme desistir.

—Hijo, no sabía que Santiago había invitado a Paola, de hecho, ni siquiera sabía que estaba en Brasil, así que...

—Voy, caso cerrado. Nos vemos, mamá, tengo que colgar, estoy a punto de abordar.

Cuelgo sin darle la oportunidad de responder, porque sé que esta conversación iba a ser larga. Y ya es hora de terminar con todo este drama, no me preocupa en absoluto la presencia de Paola, a menos que no quiera verme, y no me importa su opinión.

El aeropuerto está bastante concurrido y mi vuelo ya está listo. Saludo a la tripulación

del vuelo, que me espera en la sala de espera. Solo estamos esperando el permiso para despegar, así que me aparto un poco para tomar un café. Fueron solo unos segundos de distracción, pero suficientes para que mi maleta desapareciera.

¡Mierda!

Mi portátil está dentro de la maleta, y en ella tengo todo el trabajo que adelanté durante las vacaciones. Salgo corriendo de la sala de espera, chocando con otros pasajeros, corro desesperado, mirando en diferentes direcciones en busca de mi maleta.

A punto de llamar a la policía, veo a lo lejos a una mujer que sostiene mi maleta. Está de espaldas a mí, hablando por teléfono como si no hubiera hecho nada malo.

Maldita sea.

Corro hacia ella, agarrándola firmemente del brazo para evitar que escape.

—Devuélveme la maleta, maldita ladrona —le grito firmemente al oído.

La mujer me mira fijamente, asustada, con sus grandes ojos abiertos de par en par y llenos de temor. Seguramente está acostumbrada a robar a los pasajeros sin que se den cuenta. Pero esta vez no.

—No he robado nada, debe ser un malentendido —dice, visiblemente nerviosa, mientras mira su maleta, tratando de entender qué está pasando.

—El malentendido es que esta vez te atrapé y pagarás por ello. —Miro a mi alrededor y grito: —¡Seguridad, seguridad!

La mujer no ofrece resistencia, se queda quieta, inmóvil, como si estuviera segura de su inocencia. Rápidamente, dos guardias de seguridad se acercan a nosotros. La mujer me mira fijamente con sus grandes y expresivos ojos, rodeados de largas pestañas oscuras, durante varios minutos.

—No he hecho nada, ya te lo dije. Debe ser un malentendido. Mi maleta es igual que esta —trata de justificarse mientras mira su maleta con preocupación.

Me río y no le digo ni una palabra más. Espero a que los guardias de seguridad se acerquen y sigo sujetando su brazo para que no intente escapar. Ella permanece quieta, aparentemente tranquila, y eso me irrita aún más. Odio a la gente hipócrita.

—¿Qué ha pasado? —pregunta uno de los guardias.

—Esta loca me robó la maleta —acusó, y solo entonces la suelto del brazo.

—No he robado nada, tengo una maleta igual —se justifica ella.

—Bien, vamos a un lugar más privado para resolver esto —dice el guardia de seguridad y señala la administración del aeropuerto.

—¡No voy a ningún lado! —grito enfadado. —Mi vuelo sale en poco tiempo, solo quiero que me devuelvan la maleta. Mire la etiqueta de la maleta. —Indico y el guardia de

seguridad se agacha para comprobarla. —Tiene mi nombre, Héctor Brandão. ¿Es correcto? —El guardia de seguridad asiente.

—Lo siento, señor... Me equivoqué de verdad. Mi maleta debería estar en la sala de espera, yo... —Suelta su maleta, parece realmente preocupada. Tiene los ojos enrojecidos y parece a punto de llorar. —Voy a buscarla y aclarar esto.

—No, señorita. Vendrá con nosotros hasta que aclaremos esto. Analizaremos las imágenes de las cámaras de seguridad para ver si dice la verdad —le dice uno de los guardias a la mujer.

La mujer me mira por última vez, no sé por qué diablos le devuelvo la mirada.

—Lo siento, señor Héctor, a partir de ahora nos ocuparemos de la situación. Puede seguir con su viaje a menos que desee esperar a que aclaremos los hechos y, si hay pruebas, puede presentar una denuncia penal.

—Eso me gustaría, porque los delincuentes deben estar en la cárcel. —Sigo mirando fijamente a la mujer, quien solo niega con la cabeza con preocupación. —Sin embargo, tengo una cita en São Paulo y no puedo llegar tarde.

—De acuerdo, señor. Buen viaje —dice el guardia de seguridad y me devuelve la maleta.

—Gracias, señor.

Me alejo de los tres, no sin antes mirar una vez más a la cara de la ladrona. No entiendo por qué, pero algo en su mirada me atrae. Tal vez sea el susto que me hizo pasar la loca.

Vuelvo a la sala de espera, mi vuelo está autorizado. Embarco unos minutos más tarde. Intento dormir un poco durante el vuelo, pero mi mente va demasiado rápido, intentando imaginar el motivo de la reunión convocada por Santiago.

Aprovecho para tomar mi portátil y trabajar un poco más en el informe anual y de sostenibilidad que estaba revisando. Había avanzado mucho y la idea de perder todo lo que había hecho me vuelve loco, menos mal que pude recuperar la maleta y la portátil.

Aterrizo temprano en São Paulo. Decido dejar el móvil apagado, voy primero a mi apartamento, me doy una ducha y elijo un atuendo informal. Salgo en mi coche hacia la reunión familiar, confieso que estoy ansioso.

Cuando llego, la primera persona con la que me encuentro es mi madre, de pie fuera de la casa, hablando por teléfono. Me acerco y por la expresión de asombro en su rostro, supongo que no tomó en serio cuando le dije que vendría de todas formas. Me acerco a saludarla, intercambiamos un abrazo y unas breves palabras.

Entro en la casa tomado de la mano de mi madre, que está en silencio y parece muy tensa, y pronto entiendo la razón de la tensión. Veo a Paola sentada en el sofá, sonriendo y charlando alegremente con Marina.

El ambiente incómodo es inevitable, el silencio habla a gritos. Nuestras miradas se conectan de inmediato. Paola parece más delgada, con el pelo corto y oscuro, muy diferente a la última vez que la vi. Se levanta del sofá, aparentemente deprimida o asustada, no lo sé con certeza porque nunca la conocí realmente.

Nos quedamos unos minutos mirándonos fijamente, los malos recuerdos invaden mi mente, especialmente el último encuentro que tuvimos. Todavía hay mucho de qué hablar, especialmente ahora que ya no hay resentimiento. Se siente bien verla y no sentir nada más que lástima.

Doy un paso adelante, ya es hora de poner fin a esta mierda...

Capítulo 2

Héctor

— No hagas tonterías, Héctor...

Mi madre me sujeta del brazo, temiendo que haga alguna tontería. Aunque me apetecería, tengo la frialdad y el disimulo que aprendí de Paola para actuar. Sonrío a mi madre y le suelto el brazo.

Camino hacia Paola como si nada, como si no hubiera nada sin resolver entre nosotros. Siento una tensión que se cierne sobre los dos, incluso ella me mira con ojos temerosos. Me detengo muy cerca de ella y le tiendo la mano para saludarla.

—¿Cómo estás, Paola? ¡Cuánto tiempo sin verte! — le digo, manteniendo la mirada fija en la suya.

Ella responde y me devuelve la mirada. Su mano está fría y nerviosa, parpadea anhelante tras sus largas pestañas y su pesado maquillaje. Sus pechos suben y bajan rápidamente en su escote. Quiere apartar la mirada de la mía, soltar mi mano, pero por alguna razón no puede. Permanece inmóvil. Creo que mi calma la asusta. Estoy seguro de que esperaba una reacción más explosiva por mi parte. Al darme cuenta de que no se moverá, tomo la iniciativa y le suelto la mano.

— Mucho tiempo — murmura, casi inaudible.

— Chicos, vamos al jardín. Nuestro almuerzo estará allí — invita mi madre, toma la mano de Paola y las dos salen primero de la sala.

— Hola, Marina. ¿Cómo estás? — pregunto y tiro de ella para abrazarla.

Marina respira aliviada y responde a mi abrazo.

— Gracias — me susurra al oído.

— ¿De qué? — la separo de mis brazos para mirarla. — ¿Por no ponerte al nivel de Paola?

— Sí, y por no asustarte y...

Me río y muevo la cabeza negativamente.

— Ella no se merece mis arrebatos — digo, en un intento de aligerar la tensión del ambiente.

— Sí, tienes razón. Después de todo este tiempo, aún no sé cómo afrontar todo esto. Los quiero a los dos y quiero que estén bien y sean felices y...

— Marina, olvídale. Está en el pasado. Centrémonos en el motivo de mi visita. Ahora,

cuéntame un poco más sobre esta reunión convocada por Santiago. ¿Te dio algún avance?

— No, nada. Te lo juro.

— Bueno, espero que sean buenas noticias.

— Creo que sí, porque hoy está muy contento.

— Eso espero.

Abrazo a mi hermana y salimos juntos hacia el jardín. Hace años que nuestras reuniones familiares no tienen lugar aquí. Bueno, hay motivos para ello, pero no me importa o, mejor dicho, intento no acordarme. Quiero pasar un último día de vacaciones tranquilo.

— ¿Está todo bien aún con la presencia de Paola? — pregunta Mariana, todavía preocupada.

— ¿Y por qué no iba a estarlo? — respondo, seguro de mí mismo.

Me gusta sentirme tranquilo y no darle importancia a su presencia. Hace mucho que no nos vemos. Admito que pensé que me dolería más verla, pero sucedió exactamente como lo planeé. Vuelvo a tener el control.

Había una mesa preparada para nuestra comida. Santiago estaba leyendo un periódico mientras Paola y mi madre charlaban junto a la piscina.

Cuando Santiago nos ve, se levanta para saludarnos. Parece emocionado, al menos por la cara que ha puesto.

— ¡Héctor! Qué alegría tenerte aquí, hijo mío.

Intercambiamos un abrazo fraternal.

— Es bueno estar de vuelta. Las vacaciones son buenas, pero confieso que estaba angustiado.

— Me imagino. Tienes mucho de mí. Siéntate, hablemos un poco.

Santiago señala unas sillas y nos sentamos. Saca un papel de su periódico y lo lanza en nuestra dirección.

— ¿Qué es esto? — pregunto antes de tomarlo.

— Léelo tú mismo — dice con una sonrisa radiante.

Tomo el papel, reconociendo el membrete de una de las revistas más importantes del sector financiero, por no hablar del prestigio y el respeto. Recorro el papel con la mirada, ansioso de respuestas. Ya tenía una idea, pero no quería celebrarlo antes de confirmarla.

— ¡Ocho premios! — exclamo y le lanzo el papel a Marina.

Marina mira con curiosidad el papel. Cuando lo confirma, se levanta y lo celebra.

— ¡Dios mío! Eso está muy bien.

— Bueno, no, excelente — dice Santiago satisfecho.

— ¿Cuándo llegó esto? — pregunto.

— Ayer. Aún no se había anunciado oficialmente. Notificaron a los ganadores.

Ganamos 2 premios mundiales y 6 nacionales. Es el mejor resultado que hemos tenido en 53 años de existencia. Por no decir que es uno de los premios más esperados por todos los banqueros — comenta Santiago.

— Efectivamente. — Vuelvo a tomar el papel y leo en voz alta: mejor banco de mercados emergentes, mejor banco de inversión para clientes de alto patrimonio, banco de inversión más innovador, mejor plataforma de inversión en línea, mejor crecimiento y solidez, mayor rentabilidad, mejor rendimiento operativo, mejor banco mayorista, mejor banco de inversión de Brasil.

Respiro largamente, contemplando el papel. Ya esperaba algunos de estos premios, pero nunca imaginé que en una sola edición nos llevaríamos ocho de ellos. Es un logro extraordinario.

— ¡Viva el grupo SMB! — Marina vibra.

— Bueno, esto es un reflejo del trabajo duro y la competencia. Sé que tenemos un gran equipo, pero sin duda, parte de este éxito es responsabilidad tuya, Héctor. Eres muy competente, centrado y obstinado. Cuando miro este trabajo, veo las ideas de uno de los economistas más brillantes que conozco. Estoy muy orgulloso de ti, el hombre que formé para sustituirme. Levántate y dame un abrazo.

Los tres nos reímos y me levanto para abrazarlo. Después del alboroto, volvemos a sentarnos. Estaba tan emocionado con los premios que ni siquiera me di cuenta cuando Paola y mi madre se unen a nosotros en la mesa.

— Gracias por tu confianza, Santiago.

— Sé que a veces soy un poco arcaico y me asustan tus nuevas ideas. Cuando presentaste la plataforma digital de ventas minoristas y esto de invertir online, no me entraba en la cabeza. Pero ya veo lo equivocado que estaba. Los grandes y expresivos números lo demuestran. Hoy es uno de los segmentos más rentables del grupo. Me alegro de que insistieras en ello. — Se ríe y me mira una vez más, todo orgulloso. — Siempre tuviste razón. Fruto de ello es la lista de premios que hemos recibido. Tenemos que seguir innovando y tú eres la persona adecuada para ello. Quiero decirte que estoy plenamente convencido de tu liderazgo, Héctor. — Sonríe y respira hondo, me mira a mí y a Marina. — Así que he tomado una decisión que quiero compartir con ustedes. Mi mandato en el Consejo de Administración terminará pronto y no tengo intención de presentarme a la reelección, porque al mismo tiempo también terminaré mi carrera en el grupo SMB. Es decir, me jubilaré.

— Gracias a Dios. No veía el momento de que esto ocurriera, Santiago — exclamó mi madre, feliz, y se sentó a su lado.

La noticia nos tomó a todos por sorpresa. Mi madre estaba feliz. Me sorprende, porque el banco es su vida. Incluso cuando me ofreció el puesto de director general, se resistió bastante, a pesar de que conocía mi competencia. Aun así, siempre estuvo muy presente en los debates del

grupo y en la toma de decisiones.

— Pensé que me costaría un poco más oírlo — digo.

— Sí, lo sé, pero ya soy mayor para eso y tú puedes encargarte. — Me da una palmadita en el hombro. — Por cierto, chicos, Marina también hace un gran trabajo y Paola se reincorporará al equipo.

¡Mierda! La alegría de hace un rato desaparece y la rabia me invade de repente. Golpeo la mesa con furia y me levanto.

— ¿¿Qué?? — grito.

— Con mi baja, tendrás otras muchas atribuciones. Entre ellas, podrás poner en marcha el plan de reestructuración que siempre quisiste poner en práctica. Eso te consumirá mucho tiempo y, con ello, ya no tendrás tiempo para atender a tu cartera de clientes. Ya sé que me dirás que es una opción para que puedas seguir atendiéndolos a todos, pero...

— ¿Pero ¿qué, Santiago? ¿En qué estás pensando? — pregunto, tratando de contener mi enojo. Solo de imaginar lo que tiene en mente.

— Paola volverá a servir como agente de inversiones y podemos pasarle tus clientes a ella.

— ¡Una mierda! No puede ser. — Me levanto de la mesa enfadado, incrédulo de que haya sido capaz de sugerir eso.

— No olvides que yo también ayudé a ganar esos clientes, Héctor — dice Paola.

— Ah, es verdad. ¿Cómo voy a olvidarlo, ¿no? — grito y la miro fríamente. — ¿Y Sidnei? ¿Te abriste de piernas por él? ¿Querías quedarte con el cliente? Si esa era tu idea, no funcionó, porque ya no forma parte de nuestra clientela.

Se queda callada, mirándome con furia, pero sabe que es verdad y no protesta. Un largo silencio. Lógico que había mucho más que hablar y, por el odio que latía en mis venas, el encuentro no iba a acabar bien.

— Basta, Héctor. Siéntate. — Marina tira de mi brazo. — Vamos a resolver esto con calma.

— ¿Resolver qué? — pregunto aún muy enfadado.

— Héctor, no puedes negar que Paola era una buena agente. Te necesitamos al 100%. Tus clientes necesitan un agente y ella puede encargarse de ellos bajo tu supervisión.

— De ninguna manera. Búscale otro puesto. Y preferiblemente que no sea de asesoramiento a clientes, porque no me fío de sus métodos de trabajo.

— Nunca lo entenderás, ¿verdad? — refunfuña Paola.

— ¿Qué? ¿Que te abres de piernas por los clientes millonarios que contacté? De verdad, nunca lo entenderé.

Respiro, intentando contenerme para no arruinar el resto del día. Pero no estoy dispuesto

a aceptar a Paola de nuevo en la empresa. No es por implicación, mucho menos personal. Es por ética, algo que ella no tiene en cuenta.

— ¡Basta, Héctor! — dice Santiago. — ¡Siéntate! — Ordena señalando la silla. Espera a que lo haga y vuelve a empezar: — Escucha, aquí tenemos un impasse. Sin embargo, ya que estás en contra, apunta otra solución viable. Tengo unos días. Quiero desconectar del todo y me iré de vacaciones con tu madre. Eso significa móviles apagados. Así que, a no ser que tengas otra solución más inteligente, optamos por la mía.

Cruzo los brazos contra el pecho, pienso unos minutos, resoplo, intentando encontrar algo más coherente de lo que hablar. Mientras Paola me frunce el ceño con mirada triunfante.

No, no puedo dejarla ganar más. De repente, tengo una nueva idea.

— Tengo una sugerencia. Entreno a un nuevo agente para que se haga cargo de mi cartera de clientes, y listo. — Señalo a Paola con desdén. — Vete a la sucursal de Brasilia, inicia tu carrera en el grupo, pero sin privilegios. Empieza de cero, como hicimos Marina y yo.

Paola se ríe. Lógico que no acepte mi idea.

— No, cariño. Las cosas no pueden ser solo a tu manera. Yo ya pasé esa fase. Ya tengo experiencia para conseguir un puesto mejor. Por no hablar de que para ti es imposible entrenar a nadie. ¿Has olvidado que lo has intentado infinidad de veces? Pero para ti, nadie es tan competente como para hacerlo. — Se burló irónicamente. — Además, con toda tu prepotencia y arrogancia, casi nadie te aguantará. — Rió sarcásticamente.

— Bien, entonces hagamos una apuesta. — Me inclino sobre la mesa para mirarla a los ojos. — Si consigo formar a un nuevo asistente que lleve los números de mi cartera de clientes, te irás a la sucursal de Brasilia y empezarás de cero como agente de inversiones adjunto para particulares. ¿De acuerdo?

— Por supuesto. Estoy segura de que no tendrás éxito, Héctor.

— Veo que no me conoces, Paola. — Miro a Santiago, que permanece en silencio, observándonos. — ¿Cuántos días nos quedan para que termine tu mandato?

— 109 días — responde Santiago.

— Perfecto. Entonces, tengo nueve días para seleccionar al candidato y otros cien para prepararlo — cuento.

— Estupendo. Estoy de acuerdo. Pero si pierdes, me quedo con tus clientes, tendrás que votar por mí en las elecciones al consejo y seguiré queriendo la dirección de la banca de inversión. Sé que Edgar está a punto de jubilarse.

— Hecho — digo y le tiendo la mano para sellar nuestro trato. Ella me la devuelve con una sonrisa prepotente y una mirada molesta.

— Yo elijo al candidato — dice y me suelta la mano.

— No jodas, Paola.

— Entonces, no hay trato, cariño. Elegirás a alguien que ya coordine y tu trabajo será muy fácil. Así que no hay trato.

— Marina elige — digo y miro a mi hermana, que me mira confusa.

— ¿Yo? No me metas en tus juegos.

— Ya eres responsable de RRHH, Marina. No te pido nada más allá de tus funciones — refuerzo.

— Tengo un requisito. Debe ser alguien sin experiencia en el mercado de inversiones — dice Paola.

— No, eso me complica las cosas. Acepto que debe ser alguien que ya tenemos en plantilla y que solo tiene experiencia como ayudante de un agente de inversiones individual, el puesto que ocuparás en breve — bromeo.

— Eres muy prepotente — me río, pero ella está nerviosa. La conozco.

— Al menos así podré entrenar a alguien para que siga mis métodos de fidelización de clientes, sin improperios y a escondidas, como haces tú.

Paola levanta una ceja, mirándome con rabia o duda. No estoy seguro.

— Es inútil que me tomes el pelo, Héctor. No voy a caer en tu jueguito. Estoy de acuerdo, pero lo quiero todo por escrito y firmado.

— Es un trato. — Miro a Santiago. — ¿Podemos seguir así?

— ¿Quién soy yo para llevar la contraria? Me conformo con que gane quien gane la apuesta — añade Santiago.

— Estupendo, problema resuelto. Arreglaré los términos del acuerdo. Mientras tanto, Marina buscará al candidato.

— Luego, pensaré los términos con calma — sugiere Paola.

— Bien, pero por cada cláusula añadida que te favorezca, yo también tengo derecho a elegir otra.

— ¡Estupendo! — confirma Paola.

— Y quiero dejar una muy clara: no intentes sabotearme — digo con firmeza.

— Acepto, pero añadiré otra cláusula: no puedes interferir en la elección de Marina.

— Me parece justo. Entonces, será un juego limpio, sin trampas — confirmo.

— Sin trampas — reafirma Paola.

— Héctor, no me culpes de nada si el candidato no está a la altura de tus exigencias. — argumenta Marina.

— Tranquila, Marina. Sé lo que hago. Haz tu trabajo y déjame el resto a mí.

— De acuerdo — confirma Marina, no muy satisfecha.

Mi día no ha podido ir mejor. He echado a Paola del grupo porque sé que no quiere trabajar. Eso es solo orgullo herido. Quiere joderme. Yo ganaré la apuesta y también sé que ella

nunca aceptará un puesto de asistente, aunque pierda. Lo cual es una pena, porque me encantaría verla con uniforme y sirviendo café a los clientes. Me partiría de risa.

¡Ya está! Tengo 100 días para asegurarse de que no vuelva a poner un pie en el grupo.

Capítulo 3

Alysson

Abro la puerta, desganada y tan cansada que solo puedo pensar en una cosa: la cama. Viajar está muy bien, pero volver a casa es lo mejor. A pesar del cansancio, me siento tan bien por haber conseguido deshacerme del último vínculo que me unía a Bruno. Por fin, soy libre y ya nada me ata a él.

Hace casi dos meses que vivo en São Paulo y poco a poco me voy organizando de nuevo. Alquilé un apartamento sencillo en un barrio de las afueras. No tengo la comodidad que tenía en Río de Janeiro, pero estoy feliz, principalmente porque tomé una decisión por mí misma. Poco a poco estoy recuperando mi estabilidad económica y retomando el rumbo de mi vida. Aunque dejé atrás un trabajo que me encantaba, no me arrepiento. Vivir aquí significa mucho para mí: he recuperado mi libertad y mi dignidad, sin mencionar que estoy más cerca de Alex.

Después de ducharme, me tiro a la cama sin siquiera mirar el celular. Necesito descansar, mañana es lunes y todo vuelve a empezar: mi rutina diaria de autobús, metro y trabajo.

Me despierto un poco tarde y agarro la primera ropa que veo. Me visto mientras me lavo los dientes y arreglo mi cabello. Salgo del baño a trompicones, me pongo unos zapatos bajos y cómodos, porque hoy tendré que correr para no perder el autobús. Meto todo lo que necesito en el bolso y salgo apresurada hacia la parada.

Amanece cuando salgo. El sol aún se levanta perezosamente en el horizonte, pero afortunadamente la parada del autobús está a solo tres cuadras de mi apartamento. Aunque hace un poco de frío, me pongo una chaqueta, cruzo los brazos contra el pecho y camino rápido, rogando a Dios que mi autobús no haya pasado aún.

Acelero el paso y miro el reloj en mi muñeca, todavía me quedan unos minutos. En momentos como este, echo de menos mi coche, pero trato de no pensar en él y encontrar el lado positivo en todo, incluso en mis viajes diarios en transporte público. Es una aventura diaria. He conocido a mucha gente e incluso recibir algún piropo de vez en cuando. He hecho nuevos amigos y cada día conozco un poco más las historias de vida de nuevas personas.

Afortunadamente, llego puntual a la parada. El autobús se acerca justo cuando llego. Un alivio tan grande que no sé cómo explicarlo.

—Hola, Alysson, ¿cómo estás, querida? ¿Otra vez tarde? ¿Lo de siempre? —pregunta Josefa, la vendedora de un puesto de desayunos junto a la parada del autobús.

—Hola, señora Josefa, me quedé dormida, sí, lo de siempre. —Busco el dinero en mi billetera para pagarle. —¡Mi autobús!

Doña Josefa me mira con su mirada tranquila de siempre, me entrega mi desayuno en una bolsa y sonríe.

—Tómalo, Aly, ya me lo pagarás después.

—Gracias, doña Josefa. Es usted un ángel.

Cojo la bolsa y corro para subir al autobús, que como siempre está lleno. Saludo a algunos pasajeros, pago el boleto y me dirijo hacia la parte trasera del vehículo. Me contengo, cierro los ojos y trato de mentalizarme para la semana que comienza.

Perfecto. Esta semana será la mejor de todas.

Unas paradas más adelante encuentro un asiento disponible. Aprovecho para tomarme el café, que ya está frío, pero al menos sacia mi hambre. Mientras como, leo las noticias del mercado financiero en mi celular. Aunque ya no lo necesito tanto como antes, sigo leyéndolas por costumbre.

Después del autobús y el metro, llego a mi trabajo. Saludo a algunas personas, aunque llevo un mes trabajando aquí, todavía no conozco a mucha gente. Voy a mi puesto, organizo mi escritorio antes de que llegue mi jefe.

Trabajo en una empresa de corretaje de inversiones en la Avenida Paulista, el corazón de la ciudad de São Paulo. Soy asistente de un agente de inversiones. Poco a poco me voy acostumbrando a mi jefe y a la rutina. Es bastante simpático, aunque un poco orgulloso. De vez en cuando intento dar mi opinión sobre algo, pero él nunca la acepta, aunque sé del tema. En fin, trato de mantenerme en mi lugar.

—¡Buenos días, Alysson!

—Buenos días, Tulio. —Me levanto para saludarlo. —¿Necesita algo? —le pregunto a mi jefe antes de que entrara en su despacho.

—No, acabo de llegar y voy a reunirme con un cliente. Lamentablemente no podrá venir a la oficina, así que iré yo con él. Es un cliente muy importante, así que por favor revisa mi agenda e intenta reprogramar las citas de la mañana. No sé si volveré antes la hora del almuerzo.

—De acuerdo.

Tulio asiente brevemente, me da la espalda y entra en su despacho.

Reviso la agenda, anoto todas las citas de la mañana y me dirijo a su despacho. Saludo a Flor al pasar junto a ella con una breve inclinación de cabeza. Ella también es asistente, pero de otro agente. En nuestra planta hay alrededor de quince agentes, cada uno con su propio asistente. Nuestros puestos de trabajo están uno frente al otro, justo enfrente de las oficinas de nuestros jefes. Me gusta trabajar aquí, aunque gane mucho menos que en mi trabajo anterior.

La casa de bolsa forma parte de una de las mayores redes de bancos de inversión de

Brasil, una competidora directa de mi antiguo empleador. Qué ironía, ¿verdad?

Llamo a la puerta, Tulio me ve y me hace un gesto para que entre. Está organizando algunos papeles para ponerlos en su bolso, que está abierto sobre la mesa.

—He revisado su agenda y tenía una reunión con el señor Daniel Marreiro a las once. ¿Cree que es posible que me reúna con él o debo cancelarlo?

—No, dile que surgió un imprevisto y que tendré que ausentarme de la oficina unos días, o que estoy en prácticas, que me han trasladado, ¡lo que sea!

Tulio coge su bolso, abrocha el botón de su traje y sale de la oficina.

—Pero, ¿y si insiste? —lo sigo mientras camina hacia el ascensor.

—Antes trabajabas como agente de inversiones, ¿verdad? —Tulio se detiene y me mira con tono burlón. —Pues atiéndelo tú y te dará la comisión.

—Pero eso no es mi trabajo, señor, yo...

—Te pagan por cumplir mis órdenes.

Las puertas del ascensor se abren, Tulio no dice ni una palabra más, me da la espalda y se va. Siento rabia por su actitud prepotente y burlona, especialmente porque ha subestimado mi capacidad. Sé que trabajé como agente de inversiones en Rio de Janeiro, pero él nunca se ha tomado en serio mi experiencia. Sin embargo, su forma despectiva de tratarme solo ha aumentado mi aversión hacia él.

Respiro hondo, voy a la despensa y cojo una taza de café. Vuelvo a mi escritorio e intento concentrarme, pensando en qué hacer. Como él dijo, debo cumplir órdenes, así que decido actuar. Tengo poco tiempo para conocer el perfil del cliente.

Por suerte para mí, Tulio solicitó el perfil inversor de Daniel al equipo correspondiente. Lo leo detenidamente, aunque no menciona la cantidad disponible para invertir. Trato de encontrar servicios atractivos que garanticen una buena rentabilidad. Es muy probable que Daniel sea inseguro, así que opto por sugerirle productos más conservadores.

Paso casi toda la mañana analizando la situación. Justo a las once, llega Daniel.

—Buenos días, señor Daniel, ¿cómo está? —le digo mientras me levanto para saludarlo.

—Buenos días, quería hablar con Tulio, creo que ya he tomado una decisión.

Daniel sonríe y mira inquieto en dirección a la oficina de Tulio.

—Tuve que salir, pero él me pidió que me encargara. Vamos a su despacho —lo invito.

—De acuerdo.

Recojo mis notas y lo guío hacia la oficina de Tulio. Entramos y le señalo una silla para que se siente.

—¿Quiere un café? —le ofrezco.

—No, tengo prisa, me voy en dos horas, así que me gustaría agilizar el proceso, ya me entiendes.

—Por supuesto, ¡vayamos al grano!

Me siento un poco nerviosa. No sé si es por el servicio o por el miedo a que el cliente posponga nuevamente su decisión de invertir con la correduría. Respiro profundamente y repito mentalmente: ¡lo conseguiré!

Comienzo preguntándole sobre su vida personal, su familia, sus hijos, y su estado de ánimo se calma. Daniel es agricultor y vive en el campo. Me cuenta un poco sobre su trabajo diario y muestro interés en la conversación. Los temas fluyen.

Le presento las opciones por segunda vez, a pesar de que Tulio ya lo había hecho. Priorizo las opciones más conservadoras y por su reacción y expresión facial, parece que le gusta lo que escucha.

Le pregunto si tiene alguna duda y aclaro sus últimas preguntas. No tardamos ni una hora en resolverlo todo nuevamente, entre una conversación amigable y algunas aclaraciones ocasionales, el tiempo pasa rápido. Al final, incluso antes de que le haga la pregunta más importante, me da la respuesta que tanto ansiaba.

—Me has convencido. Quiero comenzar con cuatro millones de reales.

—Excelente. ¿Y cómo te gustaría invertir? —pregunto, casi sin poder contener mi alegría.

Sé que he cerrado operaciones con cantidades mucho mayores, pero esta operación tiene un valor especial porque Tulio me desafió.

—Me gustó la cartera que elaboraste. Era mucho mejor que las sugerencias de Tulio. Fuiste más transparente y ética. Creo que tú deberías ser la agente y él tu asistente.

Me río, intentando ser graciosa, pero parece que habla en serio.

—Tulio también es muy competente. Estoy segura de que buscaba el beneficio y la preservación de su patrimonio, por eso eligió otras inversiones diferentes a las que yo sugerí —justifico, con una sonrisa amable.

Aunque sé que Tulio eligió productos que no son tan ventajosos para el cliente, sino para su propio bolsillo, porque le garantizan una comisión más atractiva. No quiero manchar la reputación de mi jefe, aunque creo que es un sinvergüenza.

—Bienvenido a la correduría, Daniel. —Le estrecho la mano para saludarlo y él hizo lo mismo. —Muchas gracias por confiar en nosotros.

—Me has dado la seguridad que necesitaba... —Se queda pensativo, como si intentara recordar mi nombre.

—Alysson —completo.

Asiente con una leve sonrisa y se levanta. Yo hago lo mismo y lo sigo hasta la puerta.

—Alysson, te agradezco tu atención y sigo pensando que Tulio debería ser tu asistente.

Sonríó y continué acompañándolo hasta el ascensor. Cuando las puertas se abren, me

despide con un último adiós con la mano.

Casi salto de alegría cuando me quedo sola. Celebro la victoria y empiezo a ocuparme de los trámites legales relacionados con la transacción. Al final de la tarde, el contrato estaba firmado correctamente y Daniel ya era oficialmente cliente de la correduría.

Mi jefe no regresó a la correduría, envió un mensaje diciendo que estaba atendiendo a otro cliente fuera de la oficina y que no volvería hoy. No quise comunicarle por mensaje que había cerrado el trato con Daniel, quería mostrarle el contrato firmado. Obviamente, no preguntó por él, ya que seguramente está imaginando que no atendí a Daniel.

Regreso a casa muy feliz por el logro, pero también muy ansiosa por el próximo encuentro con mi jefe. Estoy deseando enfrentarlo y decirle que lo he conseguido. Aunque intento no pensar demasiado en ello para poder pasar una noche tranquila.

Después de una buena ducha, como algo ligero, veo un poco la televisión y antes de irme a dormir recibo una llamada de Alex.

—Hola, Alex, ¿cómo estás? —le contesto.

—Sí, ¿cómo estás? Pensaba que vendrías hoy.

—No, tal vez vaya el fin de semana.

—Pero no te demores, realmente te necesito. El grandullón necesita tus hábiles manos.

Río al otro lado de la línea.

—Lo sé y te prometo que me organizaré para ir esta semana.

—Si quieres, paso a recogerte.

—No te preocupes, me las arreglaré.

—Te echo de menos —dice, y escucho su risa al otro lado de la línea.

—Yo también, pero creo que ahora es el grandullón quien habla por ti —le digo.

Oigo su risa al otro lado de la línea.

—¡Besos, Aly!

—Besos.

Al día siguiente me despierto muy temprano, hoy no puedo permitirme llegar tarde. Salgo de casa temprano y a tiempo para tomarme un café tranquilamente en el puesto de Josefa, pago la deuda de ayer y mi autobús llega poco después.

Estoy contenta, hoy nada va a arruinar mi día. Escucho algo de música que me gusta en el camino, imaginando cómo será la cara de mi jefe cuando se entere de que he cerrado el trato con Daniel.

Llego muy temprano, Tulio aún no ha llegado. Organizo la agenda del día y los últimos contratos y carpetas recibidos para que él los revisara. Lo separo todo, incluido el contrato de Daniel, que pongo encima porque es lo primero que quiero enseñarle.

Para mi sorpresa, Tulio llega temprano, de mal humor. No saluda a nadie y se dirige

directamente a su despacho. Busco su café, espero a que termine una llamada y cojo la pila de papeles.

—Buenos días, Tulio, te he traído el café.

—Gracias, Alysson —dice con seriedad y dureza.

—¿Podemos repasar la agenda? —pregunto, dándome cuenta de que no parece muy amable.

—Creo que es mejor cancelar, ayer fue una tarde horrible. Prefiero no reunirme con nadie hoy, reprograma las citas para otra fecha, haz lo que consideres mejor.

—De acuerdo.

Pongo la pila de papeles sobre la mesa.

—Daniel estuvo aquí ayer y lo atendí. —Abre los ojos y me mira seriamente. — Finalmente se decidió y cerró un trato con nosotros.

—¿Qué te pasa? —Se levanta de la mesa, lo que me asusta. —No deberías haberlo hecho. ¿Qué le dijiste?

—Presenté las opciones disponibles de acuerdo con su perfil de inversión y reforcé las que le había sugerido. Optó por la renta fija y firmó el contrato ayer. Aquí está el contrato. — Señalo el primer papel de la pila.

—No, ¡no! —Mueve la cabeza negativamente, coge el contrato y lo lee rápidamente, buscando solo la información que le interesa. —No debiste hacer esto, no es tu trabajo.

Golpea la mesa con enfado y derrama un poco de café de su taza. Vuelve a mirar el contrato, murmura algunas palabrotas en voz baja y finalmente lo tira sobre la mesa, mirándome furioso.

—¡No puedes hacer esto! Aquí el agente de inversiones soy yo, ¿entendido? —grita, como si no me hubiera pedido que atendiera al cliente.

—Ayer, cuando hablé de la cita con Daniel, tú mismo dijiste que me encargaría yo, ya que era agente de inversiones. ¿Lo has olvidado? —le contesto, intentando moderar mi tono de voz para no gritar.

—Lo que dije ayer era solo una broma, Alysson. —Da otro puñetazo en la mesa, muy enfadado. —Ya no te quiero como asistente. Estás despedida.

Las oficinas de los agentes son de cristal, miro hacia atrás y veo que todos en la planta nos miran, seguramente han oído toda la conversación, incluido mi despido.

Lo miro de nuevo, intentando calmar mis nervios, pero estoy muy enfadada y no puedo irme sin decirle la verdad.

—Eres un imbécil prepotente que cree saberlo todo y solo piensa en sí mismo, por no decir cosas peores. ¡Es un placer no trabajar más contigo!

—Tú eres la engreída. Nunca llegarás a estar a mi nivel, arrogante.

—Y ni siquiera quiero estarlo. Eres patético.

Salgo de la oficina y ni siquiera espero a que termine de maldecirme. Oigo sus pasos siguiéndome. Lo ignoro, voy a mi escritorio y recojo mis pertenencias a una velocidad impresionante, todavía un poco temblorosa por la reciente discusión.

—Voy a ensuciar tu nombre en... —Tulio se calla inmediatamente.

Sigo guardando mis pertenencias en el bolso, pero cuando noto el repentino silencio, lo miro. Él está mirando en dirección al pasillo que lleva a los ascensores. Estoy muy nerviosa, pero ansiosa por contradecirlo. Además, ya estaba despedida, ¿qué peor podía pasar?

Me acerco a él después de terminar de meter los objetos en la bolsa. Saco mi placa y apunto en su dirección.

—Eres tan orgulloso que ni siquiera puedes asumir que yo logré conseguir un cliente que tú no pudiste. Daniel firmó un contrato con la correduría porque me tomé la molestia de estudiar su perfil y ofrecerle la solución más inteligente y adecuada, que era tu trabajo. —Le toco el pecho con el dedo índice y él se echó hacia atrás. —Y su trabajo. —Reitero el toque con desenfreno.

Tulio abre los ojos, sorprendido, mueve la cabeza negativamente, como si fuera una petición disimulada para que me calle. Había tanto pavor en su semblante que me hizo mirar hacia atrás. Además de sus compañeros de trabajo, para mi sorpresa, había otros espectadores disfrutando de nuestra discusión.

¡Ahora sí que es jodido!

Capítulo 4

Alysson

Solo entonces comprendí el miedo de Tulio. Marcos, el jefe de mi jefe, nos miró fijamente, no solo él, sino toda la planta se detuvo para escuchar nuestra discusión. Unos segundos de silencio que parecieron una eternidad. Por las miradas del director de la correduría y de Tulio, creo que no seré la única despedida hoy.

—Tulio y... tú. —Me señaló. —A mi despacho, ¡ahora! —dijo Marcos con dureza.

No es por nada, pero tenía razón, lo paramos todo por nuestra discusión. Pero no me importa lo que él piense, de hecho, Tulio ya me había despedido, así que no tenía motivos para quedarme.

—Bueno, Tulio ya me había despedido, así que no tengo porqué quedarme —le expliqué.

Di un paso adelante con la intención de irme, pero la mujer que acompañaba a Marcos me detuvo. Se detuvo frente a mí con una cálida sonrisa, sorprendiendo a todos, incluyéndome a mí.

—Me gustaría hablar con usted en privado, ¿me concede unos minutos?

Era una mujer elegante, alta, bien vestida y muy guapa, de unos treinta años. No llevaba placa, deduzco que no forma parte del personal, pero ¿qué podría querer de mí?

—No te preocupes, ya lo arreglaré yo, Marina —dijo Marcos acercándose a la mujer, quien seguía mirándome con una suave sonrisa.

—Habla con Tulio, déjame hablar con... —me mira.

—Alysson —completo. —Ya me voy, lo siento.

Aunque estoy loca de curiosidad por saber qué puede querer de mí, no quiero quedarme aquí ni un segundo más.

—Por favor, insisto, necesito cinco minutos. En caso de que el tema no sea de tu interés, puedes irte —me pide y me toca el hombro despacio.

—¡Cinco minutos! —confirmo.

Miro a mi alrededor, Tulio estaba susurrando en voz baja con Marcos, parecía que intentaba explicarle lo que había pasado. Marcos no parecía muy interesado en lo que tenía que decir, porque no dejaba de mirarnos a Marina y a mí. Obviamente le parecía extraño que ella quisiera hablar conmigo en privado, incluso yo tenía la misma sensación.

—¿Puedo utilizar tu despacho, Marcos? —preguntó la mujer.

—Sí, pero ya te he dicho que no tienes que preocuparte por este asunto, puedo resolverlo yo mismo, quédate tranquila —volvió a sugerir Marcos.

—Seré breve, creo que ya he encontrado lo que necesito —responde Marina a Marcos y me mira. —¿Nos vamos?

Observé a los dos hablando, intentando comprender quién podía ser aquella mujer. Por la forma de comportarse de Marcos y Tulio, empiezo a sospechar que se trata de alguien importante para la correduría.

Sigo a la mujer en silencio, entramos en el despacho de Marcos, ella cierra la puerta y señala los sillones del lateral, entra toda elegante, toma el móvil y se sienta. Espero en silencio, con curiosidad por saber qué tendría que decir.

—Eres Alysson, ¿verdad? —me pregunta.

—Sí, Alysson —confirmo, y me relajo un poco al ver su semblante sereno. —No has llegado en buen momento, no soy la loca que debes pensar que soy después de lo que has visto fuera —le digo.

—No, desde luego, he llegado en el mejor momento —ríe, divertida.

Me río con ella, ni siquiera la conozco, pero ya me cae bien.

—Te dije que no te quitaría mucho tiempo, bueno, soy Marina Brandão, encantada de conocerte. —Extiende la mano para saludarme, yo le correspondo. —Soy la directora de recursos humanos del grupo SMB, el grupo al que pertenece esta correduría.

Por eso todos estaban tan recelosos, ella es la jefa de los jefes de los jefes, es decir, despide y contrata a quien quiere.

—Entendido. Entonces, ¿es una entrevista de despido? —sugiero, porque no tengo ni idea de qué va realmente nuestra conversación.

Marina sonrío, y su sonrisa es tan adorable que inmediatamente se la devuelvo. No sé cómo explicarlo, pero me gusta, siento una buena energía, como si ya nos conociéramos.

—No, esa no es mi intención, de hecho, me gustaría reclutarte para otro puesto, por supuesto, si estás interesada.

—¿Reclutar? ¿Otro puesto? —pregunto, confusa.

¿Qué quiere decir? Después del aluvión que presencié, y ahora sabiendo quién es, pensé que era la certeza de mi renuncia.

—Sí. —Su sonrisa se ensancha. —Estoy visitando las casas de bolsa del grupo en busca de un agente de inversiones para una nueva oportunidad de trabajo. Recibí varios currículos e indicaciones de algunos gestores porque no tengo mucho tiempo. Necesito a alguien con urgencia y no voy a poder hacer un proceso de selección como solemos hacerlo. Así que Marcos nos recomendó... —Toma el móvil y consulta algo. —Gael Marques, Rodrigo Lopes y... aquí no está tu nombre.

Levanta la vista y me mira confusa.

—Hace poco más de un mes que trabajo aquí —justifico.

—Es eso. Pedí un asistente con más tiempo en casa. Pero eso no es problema. De hecho, mi visita era para hablar con estos dos candidatos, y si encontraba el perfil que buscaba, les haría la propuesta de trabajo. Sin embargo, seguí vuestra conversación cuando llegué, y...

—Lo siento. No quise ser descortés y ofender a Tulio, mucho menos faltarle el respeto a mi lugar de trabajo...

—Te creo, Alysson. No tienes por qué darme explicaciones —me interrumpe. — Primero quiero oír un poco sobre tu experiencia en el mercado financiero, educación, trabajos anteriores, ese tipo de cosas. Quiero entender quién eres y si tienes el perfil que realmente busco, ¿qué te parece?

—Me parece bien.

No puedo explicarlo, pero ella tenía una buena energía que emanaba confianza. En pocos minutos de conversación, ya me sentía a gusto y tan familiar con ella como si fuéramos amigas desde hace mucho tiempo. Hizo algunas preguntas concretas, lo apuntaba todo en la tablet que sacó de su bolso, siempre muy atenta y con una sonrisa espontánea que hizo que casi le contara toda mi vida.

Perdí la noción del tiempo. Desde luego, la conversación duró mucho más de cinco minutos. Al final, le pedí que me explicara lo que había pasado con Tulio. Me escuchó atentamente y me sorprendió dándome la razón, llamando a Tulio idiota. Nos reímos juntas y le di la razón. Al fin y al cabo, realmente lo era.

—Gracias por la charla, Alysson. Tienes el perfil que busco, de hecho, es mejor de lo que esperaba. Y para ser honesta, necesito a alguien que acepte retos y que sepa defender su punto de vista cuando tiene razón. —Ella sonríe un poco desconcertada. —Vas a necesitarlo mucho, porque vas a tratar con gente difícil, sobre todo con tu nuevo jefe, si aceptas el trabajo.

—¿Y cuál será? —pregunto.

—Agente de inversiones para una de las mejores carteras de clientes de nuestro grupo.

¿Qué sería eso? ¿Una cartera de clientes ya establecida? Casi me caigo al suelo. Seguro que las comisiones deben ser astronómicas.

—Y... ¿crees que tengo el perfil adecuado? —pregunto, casi sin poder contener la alegría.

—Sí, por supuesto. Hemos intentado varias veces contratar a agentes con más experiencia, pero desafortunadamente no han funcionado. Y la persona que actualmente se encarga de esta función ya no podrá continuar, por lo que es esencial que otra persona asuma esta responsabilidad de manera urgente.

—Ya veo. ¿Entonces me estás ofreciendo un puesto como agente de inversiones con una

cartera de clientes? —Ella asiente. —Esto es demasiado bueno para ser verdad. ¿Es una pregunta trampa?

—No, no es una broma. —Ríe, divertida. —Pero tu trabajo no será tan fácil. Digamos que tu jefe es muy exigente, hasta el punto de que nadie ha tenido éxito en el puesto antes.

Mi mente procesó todo a una velocidad impresionante. Imaginé las comisiones y cómo resolvería mi situación financiera en mucho menos tiempo de lo que imaginaba. Además, es algo que me encanta hacer.

—Define "exigente" para que tenga una idea de lo que me espera.

—Digamos que es meticuloso y le gusta hacer las cosas bien. Es excesivamente organizado. Bueno, supongo que lo demás lo descubrirás tú.

—No parece algo imposible de enfrentar. Creo que podré sobrevivir. ¿Y cuándo empiezo? —pregunto, emocionada.

—Ahora mismo. Te conseguiremos el contrato de trabajo, la placa, la tarjeta bancaria. Fijaremos tu sueldo, la comisión, esos detalles. —Se levanta y yo hago lo mismo. Me mira de pies a cabeza y se pone un poco seria. —No juzgo tu forma de vestir, pero tendremos que cambiar eso, o ni siquiera podrás pasar por la puerta.

—¿Qué quieres decir? No lo entiendo.

—Vas a servir a los dueños de las mayores fortunas de Brasil. Tienes que vestirme adecuadamente para eso. Pero no te preocupes, te ayudaré. —Se acerca a mí, me desenreda el pelo y me lo pone hacia delante. —Vamos a arreglarte el pelo también. Estás más guapa con el pelo suelto.

—Bien —digo, todavía incrédula.

—Bienvenida al banco SMB, tu nuevo lugar de trabajo.

Mi sonrisa es instantánea. Me alegra tanto que abrazo a Marina, quien me devuelve el abrazo, un poco desconcertada.

—Lo siento, Srta. Marina, me dejé llevar —me justifico y me alejo.

—No te disculpes. Relájate y no me llames "señorita", por favor. Creo que tenemos prácticamente la misma edad.

—Bien, me acostumbraré. Te lo prometo.

—Tendrás un gran sueldo y una buena comisión, pero primero tenemos que ocuparnos de tu aspecto. Esa parte todavía me corresponde a mí, porque tu formación la llevará a cabo mi hermano, Héctor Brandão, tu jefe, o más bien, nuestro jefe. Él es el CEO del grupo. Es un poco difícil de tratar, como ya dije, pero tiene una experiencia envidiable en el mercado financiero. Aprenderás mucho de él.

—¡Estupendo! ¿Cuándo empiezo la formación?

—Mañana. Tendremos el resto del día para tratar los otros temas. Después te presentaré

a Héctor y él se hará cargo.

—Trato hecho. ¿Cuánto tiempo durará el entrenamiento?

—Cien días, Alysso. Estarás 100 días con Héctor, o mejor dicho, 100 días con el CEO.

—No puedo esperar.

La posibilidad me dejó extasiada, pero no fui la única feliz. La cara de Marina se iluminó cuando dije que sí. Tuve la impresión de que era como si me hubiera quitado un peso de encima. Aunque todavía desconfiaba un poco de la propuesta, ¿por qué no intentarlo? Después de todo, me despidieron.

Salimos del despacho de Marcos y las cosas volvieron a la normalidad en la planta. Todos volvieron a sus puestos de trabajo. Marcos nos ve, corre hacia nosotras, se acerca a Marina, todo preocupado, incluso ignora mi presencia.

—Hola, Marina, ¿necesitas algo más? ¿Todavía quieres hablar?

—No, Marcos, ya he encontrado lo que buscaba. —Ella sonríe al responder y me señala.

—Alysso tiene el perfil ideal para ocupar el puesto y será la nueva agente de inversiones del banco SMB.

La cara de Marcos no tenía precio. Me miraba incrédulo. Entonces, Tulio se nos unió. Seguro que había oído a Marina. Hubo un breve momento de silencio. Ambos parecían intentar comprender las razones por las que Marina me había elegido.

—Muy bien, Marina. ¿Puedo hacer algo más por ti? —pregunta Marcos.

—No, eso es todo. Gracias. —Ella da un paso adelante, yo la sigo, pero se detiene y vuelve a mirar a Marcos. —Hay una cosa más, sobre Tulio. Espero que ya lo hayas solucionado, porque no tenía escrúpulos y es el que merecía ser despedido aquí.

Los ojos de Tulio se abrieron de preocupación y se puso más blanco que una vela. Le dediqué una sonrisa de satisfacción. Por supuesto, sentí lástima por aquel miserable.

—Marina, los dos cometimos errores. Creo que este conflicto le ha servido a Tulio para aprender a mejorar su trabajo, ¿verdad, Tulio? —pregunté.

—S-sí, por supuesto. Te debo una disculpa, Alysso —responde Tulio nervioso, temiendo ser despedido.

—Lo siento, Tulio. Y creo que se merece una segunda oportunidad, Marina —le digo y la miro.

—Entonces, tendrá una segunda oportunidad, Tulio —dice Marina y se despide de los dos con la mano.

Yo la sigo, tan triunfante y feliz. Me encantaba ver la cara de Tulio, todo nervioso, bajando de su pedestal para disculparse. En fin, cuando pensaba que iba a tener un día horrible, aparece un hada madrina vestida de Prada para rescatarme.

¡Nerviosa! Así es como me siento, aunque feliz por la nueva oportunidad. Me miro en el espejo del ascensor antes de que se abran las puertas. Ni siquiera parezco la misma Alysson de ayer por la mañana, estoy preciosa. Con ropa y complementos caros y modernos, por no hablar del pelo. El corte me ha quedado genial, con un ligero desmechado en las puntas. Lo he mantenido a la altura de los hombros, pero he seguido la idea de Marina y me he hecho unos discretos mechones más claros. Ha quedado increíble, me ha gustado mucho el resultado.

Hacía años que no cambiaba de look, no me había permitido mirarme y darle un cambio. Necesitaba esto para olvidar por un rato mi corazón roto. Llegué muy temprano, tenía una tarjeta de acceso provisional concedida por Marina. Anoche casi no dormí de lo ansiosa que estaba.

Salgo del ascensor y me tropiezo con una mujer seria que me estaba mirando fijamente, como si me estuviera esperando. Parece tener unos cincuenta años, tal vez. Y ahora entiendo por qué Marina me hizo comprar tanta ropa. La mujer que tengo delante va muy bien vestida y elegante, aunque es muy temprano. Está maquillada y lleva unos tacones enormes.

—Bienvenida al banco SMB, buenos días señorita Alysson Nunes. Soy Celia Prado, la secretaria del señor Héctor Brandão. —Me tiende la mano a modo de saludo. —¿Cómo te encuentras?

—Bien, ahora mejor —le devuelvo la sonrisa.

—La señorita Marina me pidió que te viera. Te mostraré el piso de la sala de juntas y también tu oficina. Sígueme, por favor.

—Muy bien.

¿Una oficina para mí? ¿Tendré un despacho sólo para mí? Creo que todavía estoy soñando.

Sigo a la mujer en silencio. Nos guía por algunos departamentos. Había poca gente, así que solo conozco a parte del personal, que es muy amable. Después de un breve recorrido, llegamos a mi oficina. Es enorme, espaciosa, con una amplia vista a la Avenida Paulista. Estoy tan impresionada admirando la avenida que ni siquiera me doy cuenta de que Celia me está hablando.

—Alysson, ¿me has oído? —me pregunta.

—Ay, perdona. Estaba disfrutando de la vista. Es precioso este lugar.

—Sí, esta oficina tiene una de las mejores vistas. Al lado está el despacho de Héctor. El primer horario en su agenda de hoy serás tú, así que prepárate... —Mira su tablet. —Puntualmente a las 8:30.

—De acuerdo, estaré lista.

—Bueno, ya puedes instalarte. Si necesitas algo, llama. Mi extensión es la 504. Hay una agenda en tu mesa. Tiene todas las extensiones de la planta. Incluso la de la despensa, si quieres pedir un café o agua, no dudes, ¿de acuerdo?

—Gracias, Celia.

Espero a que Celia se vaya, cierro la puerta y doy un salto de felicidad. Hago un bailecito gracioso, canto una canción loca y tiemblo de alegría. Estoy tan emocionada que no me doy cuenta de que alguien entra en la oficina.

Cuando me vuelvo hacia la puerta, jadeante y despeinada, veo a un joven sonriendo, un poco desconcertado. ¡Claro! Fue testigo de una mujer loca en plena jornada laboral.

—Disculpa, soy Carlos. Soy del departamento de informática. Me envía Celia para configurar tu correo institucional. He entrado porque creía que aún no había nadie. Lo siento.

—Ah, claro. No hay ningún problema.

No sabía dónde poner la cara de vergüenza. Tomo la agenda del escritorio, me siento en el sofá que hay a un lado de la sala y finjo que leo algo mientras él hace su trabajo. La sonrisa del chico no cambia. Obviamente, no todos los días te encuentras con una loca saltando como un niño en su lugar de trabajo. Sin duda, es algo bastante inusual. Miro una y otra vez la agenda, intentando ver qué estaba haciendo. Por suerte, fue rápido porque no me quedaba nada por leer en la agenda.

—Ya está listo. —Se levanta de la silla y mira las notas que ha tomado en un borrador. —Señorita Alysson, aquí tiene su contraseña. Después de entrar, se le pedirá que la cambie. También es la misma contraseña para acceder al sistema del banco.

—De acuerdo, muchas gracias, Carlos —respondo con seriedad, intentando disimular mi cara roja de vergüenza.

—Si necesitas algo, estoy en el departamento de informática. Mi extensión está en tu agenda. Solo tienes que llamar.

—Me parece bien.

Acompaño al chico hasta la puerta. Antes de salir, me mira por última vez.

—Y si necesitas una pareja de baile, cuenta conmigo. —Se ríe, divertido, pero me doy cuenta de que era más una frase que una provocación. —Podemos salir a bailar cualquier día.

—Voy a recordar esto. Y también trataré de no parecer loca en mi lugar de trabajo.

Nos reímos juntos. Me da un papelito con su número de teléfono escrito.

—Llámame. —Hace un guiño travieso y sale de la habitación.

Vuelvo a disfrutar de mi oficina, pero ahora con normalidad, sin actos embarazosos. Cerca de la hora acordada para reunirme con mi jefe, me acomodo el pelo y voy a la antesala que da acceso a su despacho.

Voy a conocer al Sr. Héctor Brandão. Su nombre me suena, tal vez he leído algo sobre

él en revistas del mercado financiero. Debe ser eso.

Estoy un poco nerviosa. Respiro hondo y saludo a Celia, que está en una oficina contigua a la suya. Está al teléfono y me hace señas para que espere un poco. Mientras espero el visto bueno para entrar, aparece Marina.

—Buenos días, Alysson.

—Buenos días, Marina. ¿Cómo estás?

Se acerca a mí, me besa en la mejilla a modo de saludo y me susurra al oído.

—Estás estupenda.

—¡Muchas gracias!

—¿Lista para conocer a la bestia?

—Sí, creo que sí —le digo, un poco preocupada.

—Espero que hoy esté de buen humor —dice Marina, y toca el pomo de la puerta para entrar.

—¿Podemos entrar ya? Celia me ha pedido que espere.

—Puedo hacer cualquier cosa. —Me aprieta las mejillas y entra. —Vamos.

La sigo, un poco asustada, pero entro. Mi nuevo jefe estaba hablando por el móvil, de espaldas a la puerta, disfrutando de la vista, que era tan hipnotizante como la de mi oficina, si no más hermosa. Me estremecí un poco, sobre todo al oír su voz grave, que parecía estar resolviendo algo tenso y me hizo estremecer al mismo tiempo que me sonaba familiar. No sé explicarlo.

Héctor era muy alto y vestía un traje azul marino muy ceñido al cuerpo, dejando perceptible su ancha espalda, sus fuertes brazos y sus torneadas piernas. Llevaba el pelo bien recortado, al menos eso pude apreciar.

Marina y yo nos quedamos quietas en medio del lugar. Cruzo los brazos contra el pecho, respiro hondo para controlar mi ansiedad y a los pocos minutos funciona. Estoy más tranquila.

De repente, mi jefe se da la vuelta. Nuestras miradas se cruzan inmediatamente. Me mira de pies a cabeza y casi me caigo al reconocerlo, pero permanezco quieta, en el vil intento de que no se acuerde de mí. Marina se adelanta, abre la boca para presentarme, pero antes de que lo haga, él me señala y se oye un sonoro:

—¿Qué mierda hace esta loca aquí?

Capítulo 5

Héctor

—¿Se conocen? —pregunta Marina, que parecía tan sorprendida como la loca que tenía delante.

—Yo... tengo... —intenta explicar la mujer, que no dejaba de mirarme, pero parecía demasiado perpleja para darse cuenta.

—Espera, ¿se han acostado? —pregunta Marina, escandalizada.

—No jodas, Marina, ¿qué crees que soy? —grito y la miro fijamente.

—Un mujeriego pervertido, por cierto, no creo, eso es lo que eres, Héctor. ¿Ahora alguien puede explicarme qué está pasando?

—Yo nunca miraría a esa, ¡está loca! —Grito.

—Tomé su maleta por error en el aeropuerto de Angra dos Reis —habla, por fin, la loca.

—¿Por error? Perdóname, me has robado la maleta —acuso, impaciente.

La mirada asustada de la loca desaparece, se acerca a la mesa y me señala con el dedo a la cara, con cara de rabia, como pocas veces alguien ha sido capaz de rebatirme, y mucho menos de señalarme con el dedo a la cara.

—Mire, señor Héctor Brandão. —Se mofó de mi nombre, lo que no hizo sino irritarme aún más. —Yo no robé nada, fue un error, por eso estoy hoy aquí y no entre rejas, si usted se hubiera quedado a ver las cámaras de vigilancia se habría enterado de la verdad. Ahora, estás tan pagado de ti mismo qué prefieres acusar antes que confiar en el carácter de las buenas personas.

—No te creo. Ahora quiero saber qué haces aquí, en mi despacho —exijo una respuesta.

Me inclino sobre la mesa, intentando intimidarla, pero no parece surtir efecto, porque no aparta la mirada, sigue mirándome con los ojos entrecerrados, respirando con rapidez. Aparto la mirada, durante unos segundos, algo llama mi atención, son sus pechos turgentes, que suben y bajan rápidamente, aunque lleva una americana oscura y un escote modesto, que los tapa, son demasiado voluminosos como para pasar desapercibidos.

¡Qué mierda! Deja de mirar los putos pechos de la ladrona del aeropuerto, Héctor.

Me reprendo, me encantan los pechos voluminosos, siempre llaman mi atención, pero estos son de una loca. Miro su cuerpo, está diferente, más arreglada, maquillada y con ropa de marca. Casi no la reconozco, porque no me recuerda en nada al animal acorralado que vi la primera vez, sin embargo, me bastó cruzar los ojos para recordarla: la ladrona del aeropuerto. ¿Cómo puedo olvidarla? Casi me vuelve loco darme cuenta de que me habían robado la maleta.

Ella se mantiene de pie, no se rinde, no retrocede, es valiente y no me teme como la mayoría. No deja de mirarme y parece estar tan enfadada como yo. Tiene un carácter fuerte, por lo que veo, y su cara se sonroja cuando está enfadada. Seguimos intercambiando miradas poco amistosas, luego cruza los brazos contra el pecho, ocultando la hermosa vista de sus pechos, y suspira anhelante.

—Dejaré que Marina responda —responde la ladrona.

Incluso me había olvidado de Marina, la miro inmediatamente, esperando la respuesta.

—Ya que todo se aclaró, y ella no te robó nada, Héctor, vayamos al grano. Ella es Alysson Nunes —Marina señala a la ladrona. —Es la ayudante que he seleccionado para que la entrenes.

—¡No puede ser! —protesto, y golpeo con fuerza la mesa.

Mi estado de calma ha desaparecido, esto tiene que ser una broma.

—Tiene razón, Marina, nunca funcionaríamos, porque odio a la gente prepotente que se cree demasiado —dice Alysson y le da la espalda para marcharse.

Marina la sigue y le susurra algo. Me quedo en mi sitio, no me muevo, quiero un candidato competente. Alysson se va, Marina cierra la puerta y vuelve a hablar conmigo, enfadada, se le notaba en la mirada.

—Escucha, Héctor, has sido tú quien me ha metido en esto, ahora, atente a las consecuencias, te advertí que mi elección podría no ser tu preferida.

—Ya lo sé, ¡maldita sea! Pero de todas las personas a elegir, ¿tenía que ser la ladrona del aeropuerto? ¿Qué viste en ella? —Protesto.

—Estás loco por juzgar sin conocerla. ¿Tuviste al menos la decencia de leer su currículum? Y hay otro detalle, tú y Paola acordaron...

—Lo leí, pero pensé que era um Alysson, no una Alysson. ¡Qué puto nombre de mierda! —Doy un largo suspiro, aún enfadado, pero sin salida, vuelvo a mirar a Marina. —Lo has hecho a propósito, ¿verdad? Elegiste a una mujer solo para joderme, ¿verdad?

—Estás jodido si te rindes antes de intentarlo. Sabes, Héctor, o aguantas a Alysson, que solo piensas que está loca, o tendrás a tu lado a una mujer completamente loca, Paola. —Marina se cruza de brazos y me mira seria. —Entonces, ¿qué me dices?

No recuerdo que Marina fuera tan incisiva, siempre solía ser tan amable y comprensiva, ¿por qué estaba tan convencida de que Alysson sería la mejor opción? Aun así, no me fiaba de Alysson, pero no puede ser peor que aguantar a Paola, y después de que gane la apuesta, puedo contratar a otra y despedirla, pienso para mis adentros, a pesar de ser la mejor opción, porque su currículum es realmente bueno, no estoy satisfecho con la elección.

—Necesito pensar un poco —murmuro, aunque resistente, cualquiera es mejor que tener a Paola pisándole los talones.

—¿De verdad? ¿De verdad prefieres ponerle en bandeja a Paola tu tan famosa y deseada cartera de clientes? —provoca Marina.

Me siento en la silla, respiro hondo y vuelvo a mirar a Marina, frustrado.

—Me has jodido, Marina.

—¿Yo? Eres tú quien la ha cagado, dije que no quería participar en esto, te lo advertí, Héctor, tú insististe —advierte en tono duro.

—Solo tenías que hacer tu trabajo, reclutar a alguien con las indicaciones que te di, ¡maldita sea! —Mi tono de voz salió más duro de lo que imaginaba.

Los ojos de Marina se abren de par en par, no duda en rebatirme, deja caer el clip con el que jugaba entre sus dedos y vuelve a mirarme fijamente, con cara de disgusto.

—Y lo hice, encontré una asistente y trabajaba en la casa de bolsa, que tiene una formación y experiencia muy superior a todas las demás que preseleccione, y para tu gobierno, ni siquiera estaba en la lista, fue una casualidad que yo fuera a la casa de bolsa en el momento en que su jefe la despidió.

—Ah, eso lo explica, te dio pena y la contrataste —deduzco.

—No, imbécil, la despidieron porque el incompetente agente de inversiones al que estaba subordinada se negó a atender a un cliente, porque pensaba que solo era un pesado y no iba a invertir nada, así que ordenó a Alysson que lo atendiera, y ella, por supuesto, atendió al cliente y hasta cerró el trato.

—¿Qué? —volví a gritar.

—Sí, Alysson prospectó al cliente, incluso redactó una cartera, querido —dice, irónicamente. —Y hay más, está certificada por Ancord^[1], es licenciada en economía y tiene un posgrado en mercados emergentes, y el resto no lo recuerdo, leeré su currículum más adelante. Ahora, solo necesito saber una cosa, antes de ir a hablar con ella. —Marina se levanta de la silla. —¿Vas a intentarlo con ella o le digo a Paola que acepte el trabajo?

—Estoy jodido con esto, Marina, no hay salida, prefiero cualquiera a tener que aguantar a la víbora de Paola. Espero de verdad que hayas hecho tu trabajo y hayas contratado a alguien decente, porque no quiero trabajar al lado de alguien que no tiene ni un ápice de ética y dignidad como Paola.

Suspiro, derrotado, jodido y cabreado, porque tendría que tragarme a esa tal Alysson, enseñarle a ser la mejor agente de inversiones del grupo, posición que sigo apoyando.

—¿Quién era ese cliente que el ladrón del aeropuerto prospectó? —Pregunto.

—Si van a trabajar juntos, será mejor que olvides esa historia y la trates con respeto, se llama Alysson —advierte Marina, no muy contenta con el apodo que he utilizado. —No sé quién es el cliente, pero llamando a Marcos, el gestor de la correduría, o consultando el sistema, solo sé

que su nombre de pila es Daniel.

Apunto el nombre en una libreta, necesito aclarar esta historia.

—Muy bien, necesito organizar algunas cosas —digo.

—Todavía no me has contestado, ¿vas a entrenar a Alysson o se lo digo yo a Paola? —presiona Marina.

—Estás deseando que me joda, ¿verdad? —Cruzo los brazos contra el pecho, analizándola con cautela. —Seguro que te diviertes con esto, has elegido a Alysson porque sabes que no lo conseguiré.

—¿Quieres saber por qué la elegí a ella? —dice Marina, mirándome con seriedad. Niego con la cabeza. —Porque no se calla, sabe luchar cuando tiene razón, es decidida y persistente, y se parece mucho a ti, hermanito.

—¿Maleta? —pregunto, mirándola de frente, riendo.

—Sí, eres un puto aburrido. Perdón por la palabrota, pero es la verdad. Ahora decídetelo, hermanito. ¿Alysson o Paola?

Marina se cruza de brazos, impaciente, por todo lo que ha dicho, algo de razón tiene: elegiría a cualquier candidata con tal de no darle mis clientes a Paola en bandeja. Aunque Alysson no me gusta, en este momento es más sensato intentarlo con ella que renunciar a los puntos.

—De acuerdo, investigaré algunas cosas, dile a Alysson que espere mi llamada.

La sonrisa de Marina se ensancha, incluso parece como si estuviera deseando mi sí.

—Te caerá bien, ya verás, Héctor.

—Lo dudo, empezamos fatal. Pero te juro que tengo muchas ganas de equivocarme y tener que ceder.

—Y lo harás, solo que no apostaré contigo porque ya hay demasiadas apuestas para mi gusto.

—Estoy de acuerdo.

—Ya te contaré, ¡besos!

Marina sale de la oficina, busco el currículum de Alysson en mi bandeja de entrada del correo electrónico, Marina me lo envió la noche anterior. Ya que no tengo más remedio, al menos tengo que conocerla un poco más. Abro el archivo adjunto, lo analizo con calma, hago una búsqueda de su nombre en internet, no veo nada comprometedor, no está mal. Sé que Marina se aseguró de todos los detalles, pero aun así, necesito comprobarlo.

Admito que tiene un buen currículum, Marina tenía razón, aunque algo me dejó perplejo: tenía buenos clientes en Brasilia y ¿por qué vino a São Paulo? ¿Cuál es la razón para abandonar un trabajo estable, en el que incluso fue premiada? Es muy probable que tuviera muchos clientes y una excelente comisión. ¿Por qué aceptó un puesto de asistente en nuestra

correduría y con un salario mucho más bajo?

Muchas preguntas sin respuesta, pero no se trata de eso, al menos sus antecedentes penales están limpios. Abro el sistema y busco las transacciones realizadas ayer en la correduría donde trabajaba. En el sistema es como si Tulio hubiera hecho la transacción, normal, ella era su ayudante. Analizo el contrato con calma y concluyo que se han indicado buenos productos, bien alineados con el perfil del cliente. Analizo el historial de la transacción, la cantidad invertida era muy buena para un cliente inexperto, lo que significa que se sentía muy seguro para arriesgar una cantidad elevada. Apunto el número de teléfono del cliente y decido llamarlo.

Lo llamo tres veces y me contesta.

—Hola, ¿puedo hablar con el Sr. Daniel Marreiro? —pregunto.

—Sí, es él, ¿y quién llama?

—Soy Héctor Brandão, director general del grupo SMB, del cual forma parte la agencia de valores con la que usted firmó un contrato de inversión ayer. A menudo seleccionamos algunos clientes para tener una charla informal. ¿Puede hablar conmigo ahora?

—Sí, por supuesto —responde Daniel.

—Me encargo personalmente de esta llamada, como lo estoy haciendo ahora. Me gusta saber cómo ha sido su experiencia con nosotros, es solo una charla, como un servicio posventa.

—Sí, por supuesto. ¿Qué quiere saber?

Genial, se ha creído mi historia.

—Cuéntenos un poco sobre su experiencia con nuestro servicio, qué lo llevó a decidir invertir con nosotros, háblenos sobre su proceso de toma de decisiones, ¿le parece bien?

—Bueno, estaba siendo atendido por Tulio, pero siendo sincero, me ofrecía productos que no me interesaban mucho. Estaba a punto de decir que no, pero ayer fui atendido por su asistente, Alysson, y fue muy competente. Analizó seriamente mi perfil de inversionista, me presentó buenos productos y me transmitió la seguridad que Tulio no pudo. Si cerré el trato con su correduría, fue gracias a la asistente y no al agente. Creo que ella debería ser la agente y tengo la intención de volver, ¿sabe? Pero esta vez, insisto en que Alysson me asista desde el principio.

—Es bueno saber que fue atendido de manera satisfactoria, Daniel, y sobre todo que volverá a invertir con nosotros.

—Sí, realicé una inversión razonable, pero pienso aumentarla, especialmente cuando vea los resultados de lo que ya he invertido.

—Y los verá, estoy seguro de ello. He revisado su historial y su perfil, ha tomado decisiones acertadas, yo también le habría recomendado las mismas soluciones.

—Ese es el mérito de su empleada, porque Tulio me sugirió otras alternativas, parece que ni siquiera leyó mi perfil.

—Entiendo. —Hay una breve pausa, y Daniel tiene toda la razón, el mérito de la finalización del trato es de Alysson. —Bueno, ya tengo las respuestas que necesitaba. Muchas

gracias por aclararlo, Daniel. Bienvenido a nuestra correduría y le deseo éxito en sus inversiones.

—Gracias, y que tengamos éxito juntos.

Cuelgo el teléfono, pensativo. Daniel tenía razón, vuelvo a leer su historial, especialmente las respuestas y sugerencias que Tulio hizo. Trato de entender el caso y en pocos minutos llego a una conclusión: Tulio solo estaba pensando en su comisión, le importaba poco el cliente. Ese no es el tipo de agente que quiero en mi grupo.

Cojo mi teléfono móvil, busco el nombre del responsable del agente en el sistema y lo llamo. La conversación es breve, con una sola instrucción: despedir a Tulio.

Mi siguiente paso es llamar a Marina.

—Marina, ¿Alysson ya está en el sistema como agente? —pregunto.

—Sí, por supuesto. Te envié su dirección de correo electrónico institucional.

—Genial.

—¿Por qué? —pregunta Marina.

—Quiero hacer las cosas correctamente, ella cerró el trato con Daniel y es la que merece la comisión.

—Perfecto, también estoy de acuerdo y me gusta cuando eres justo.

—Uno tiene que serlo, Marina. Gracias, tengo que irme.

Hago el cambio al sistema de comisiones en nombre de Alysson. Después de mirar mi horario, todavía tengo unos minutos antes de mi próxima cita. Respiro hondo y voy a la oficina de Alysson. ¿Como podría olvidarlo? Es la misma oficina que ocupaba Paola, está al lado de la mía y está vacía desde que se fue del grupo.

Recojo algunos documentos, libros y material relevante que tengo sobre el mercado financiero. Aunque sé que Alysson tiene cierto conocimiento del mercado, me aseguro de que conozca mi visión, porque entiendo a mis clientes.

Entro en su despacho sin llamar, sus ojos se abren de par en par y me mira. Está sentada frente al ordenador, observándome. Pensé que se levantaría de inmediato. Deposito la pila de libros y carpetas sobre su escritorio.

Unos minutos de silencio, nuestras miradas se encuentran. La analizo detenidamente, es una de mis habilidades, me gusta observar a la gente, por eso tengo tanto éxito en el mercado financiero, sé leer a las personas.

—¿No vas a decir nada? —Pregunto.

—Has entrado aquí, así que supongo que eres tú quien tiene algo que decir, ¿me equivoco? Ah, ya veo. —Se levanta de la silla, balanceando sus hermosos pechos. —¡Esperas una reverencia! —Muevo la cabeza negativamente. —Un saludo...

—Eres bastante directa para mi gusto.

—Por eso Marina me eligió —admite, sin rastro de remordimiento.

—No empezamos con buen pie, y no sé si esta mierda va a funcionar, y mucho menos si serás capaz de completar tu formación.

—Estoy acostumbrada a tratar con personas difíciles, y necesito el trabajo. Ten por seguro que haré lo mejor que pueda.

—Y yo necesito un agente competente que se haga cargo de mi cartera de clientes.

—Nos necesitamos mutuamente, por supuesto. Yo necesito el trabajo mucho más de lo que tú me necesitas a mí, y también creo que no empezamos con buen pie. —Ella respira hondo, subiendo y bajando sus pechos llenos frente a mí. —Supongo que podemos empezar de nuevo. Soy Alysson Nunes, la nueva agente de inversiones contratada para ser entrenada por ti.

Alysson extiende la mano en señal de saludo. Pienso un poco, pero finalmente correspondo. Tiene razón, es mejor tener una relación pacífica que estar en conflicto todo el tiempo, como lo hemos estado desde que nos conocimos.

—Bienvenida al banco SMB, Alysson. Soy Héctor Brandão, el CEO del grupo, y seré el responsable de tu formación. Tenemos 100 días para convertirte en la mejor agente de inversiones de este grupo.

Seguimos tomados de la mano, nuestras miradas conectadas. Ella sonríe suavemente, se sonroja ligeramente. Tiene un rostro bonito, el cabello bien peinado y una sonrisa encantadora que resalta con un discreto pintalabios rosa. No sé qué me ha pasado, también le devuelvo la sonrisa, pero rápidamente recupero la compostura, retiro mi mano de la suya, desvío la mirada y vuelvo mi atención a la pila de documentos sobre la mesa.

—Ahora empieza tu trabajo. Primero quiero que leas este material. —Tomo el primer volumen de la pila que he traído y se lo entrego. —Este documento es el informe anual de nuestras actividades del año pasado, quiero que me prepares una presentación, imagina que soy un inversor, debes conocer muy bien el banco para el que trabajas para convencerme de que invierta en él, así que lee el informe y prepárate. Esa es tu primera lección, tendrás una semana para ello.

—¿Leer todo eso? —protesta y señala el grueso volumen impreso.

—¿Quieres dejarlo? Puedo elegir a otro candidato.

—No, de ninguna manera.

—Bien. Bienvenida a tu primer día de trabajo.

Le doy la espalda y salgo de la oficina, muriéndome de ganas de oírla decir que renuncia, pero al parecer esta vez no, todavía no.

Capítulo 6

Héctor

Regreso a mi despacho, mi día no empezó muy bien y empeoró aún más cuando veo quien me estaba esperando, resoplo con rabia. La miserable Paola estaba sentada en uno de los sillones al costado de mi oficina, hojeando una revista, apática e impaciente. Entro y dejo la puerta abierta.

—¿Qué haces aquí, Paola? —le digo en tono áspero.

—Buenos días, Héctor, estoy muy bien, gracias. —Levanta la vista hacia mí, deja la revista en el sillón de al lado y sigue mirándome fijamente. —Estoy aquí para controlar si se cumple nuestro acuerdo.

Muevo la cabeza negativamente, intentando contener la rabia que siento. Parece que ya no me conoce, ¡solo lo hace! Para tener el valor de venir aquí a desafiarme. Permanezco inmóvil, por nuestro propio bien.

Paola se levanta y se acerca a mí, hace ademán de tocarme, pero yo retrocedo. Mantiene una sonrisa en los labios, siento que le complace verme enfadado.

—No soy yo quien suele saltarse las normas aquí, Paola.

—¿Nunca olvidarás esto, Héctor? —me dice en tono seductor.

—Prefiero no olvidarlo, así no volveré a caer en tus engaños. Acordamos que tendrías acceso a los informes mensuales de gestión y no a los diarios, eso significa que aquí no tienes nada que hacer.

Se acerca de nuevo, abre el primer botón de su saco y tira hacia abajo para llamar mi atención, la ignoro y me río descaradamente, sé lo que quiere, pero no obtendrá de mí más que desprecio.

—Aun así, me gustaría hablar mejor contigo, si me entiendes.

—Sí, te entiendo perfectamente, pero no tengo nada que tratar contigo, espera mis correos con los informes que hemos acordado, aparte de eso, no tenemos nada más que tratar.

Miro mi móvil, mi próxima reunión empieza en unos minutos. Voy a mi escritorio, tomo unos papeles de la mesa y me dirijo a la salida.

—¿Me vas a dejar aquí sola? Quería...

Vuelvo a mirarla, sorprendido, porque no imaginaba que caería tan bajo para volver al grupo. Es patética, ridícula y aún me pregunto, ¿cómo dejé que me engañara tantas veces? ¿En qué estaba pensando?

—Siéntete como en casa, siempre que no robes nada de mi despacho.

Le doy la espalda y ni siquiera miro hacia atrás, aún la oigo murmurar, pero eso no me importa, lo único que quiero en ese momento es distanciarme de ella.

Una semana después...

Estaba entretenido con la lectura de un informe, cuando Celia entra en mi oficina, se aclara la garganta, como si no me hubiera percatado de su presencia.

—Disculpa Héctor, el Sr. Víctor Saldaña está aquí para verte, sin embargo, no hay cita para él...

—Sí, lo sé, háglo pasar, por favor.

—Tu próxima cita será en cinco minutos, ¿la mantengo?

—Sí, manténla.

—Bien, tu cita es con la señorita Alysson, ¿la verás aquí? —Celia pregunta.

—No, prepara la sala de conferencias, dile a la señorita Alysson que se prepare, cuando esté lista para recibirme, házmelo saber.

—Ok.

Celia salió de la oficina, unos minutos después entró Víctor, mi amigo de toda la vida.

—¡Habla, hombre!

Me levanto para saludarlo e intercambiamos un breve saludo.

—¿Cómo estás, Víctor? —le pregunto.

—Bien, ¿y a qué debo el honor de esta invitación? —Víctor va directo al grano, como siempre. Lo conozco bien.

—Quiero una opinión personal sobre un tema importante. Digamos que quiero ser justo en mi juicio, y por esa razón estás hoy aquí. Quiero oírte.

—¿Qué pasa, Héctor? —pregunta, un poco preocupado.

Abro una tímida sonrisa, a punto de tranquilizarlo, pero la verdad es que ni yo sé de dónde sacar tranquilidad. Hasta que no gane esta apuesta, nada me tranquiliza.

—Vamos a sentarnos un rato, te hablaré de tu misión hoy aquí.

Señalo los sillones y lo sigo. Voy a la barra, pido dos aguas para nosotros y luego me siento. Le cuento brevemente el motivo de su presencia hoy aquí.

Tras unos cinco minutos de conversación, Víctor comprende la misión. Suena el teléfono de mi despacho, es una llamada interna. Miro la pantalla del teléfono y veo que es de la extensión de Celia. Contesto.

—Héctor, la señorita Alysson está lista.

—Gracias, Celia. Por favor, lleva agua y café a la sala de conferencias. Estaremos allí en unos minutos.

Cuelgo y vuelvo a reunirme con Víctor.

—Entonces, ¿nos vamos? —Tomo el saco, me lo pongo y camino hacia la puerta. — Esto es una reunión de negocios, Víctor, no lo olvides.

Víctor me toca el hombro despacio y abre una sonrisa cínica que ya me incomoda. No sé muy bien por qué, pero en ese momento no me pareció buena idea haberlo invitado. Tal vez porque sé lo pervertido que es. No sé si se tomará en serio la tarea.

Al llegar a la sala de conferencias, Alysson estaba preparada. Nuestras miradas se cruzaron inmediatamente.

—Buenos días, caballeros. —Ella se acerca sonriente y amable, me saluda a mí y luego a Víctor.

—Buenos días, Alysson. —Señalo a Víctor, que la mira descaradamente. Le doy un ligero codazo. —Él es Víctor Saldaña, es inversor en nuestro grupo. Asistirá también a tu presentación.

—Estupendo. Ya estoy lista, si quieren sentarse. —Sugiere Alysson, señalando la enorme mesa que nos separa de ella.

Busco un sitio más alejado para que tengamos un poco más de intimidad. Apenas nos sentamos, me mira riéndose, aprovechando nuestra distancia con Alysson.

—Ni siquiera ha presentado nada y ya tiene mi voto —comenta con una mirada codiciosa en dirección a Alysson.

Una furia repentina se apodera de mí. Siempre me he tomado el trabajo muy en serio.

—Mierda, te he traído aquí para evaluar su competencia y no sus atributos físicos. Piensas que no te he visto mirarle el escote —adviento, tratando de disimular mi irritación.

—Tranquilo, hombre. Solo digo que ya la encontré... simpática y...

—Y será mejor que te calles si quieres conservar tus dientes —le digo con firmeza, tratando de moderar mi tono de voz.

—Cálmate, Héctor, ¡solo era una broma!

Alysson nos mira seria, como esperando el momento oportuno para empezar. Asiento, ella se da cuenta y comienza. Hace días que no nos vemos, o más exactamente una semana, desde que te di la misión de hoy. La esperé, esperé a que vinieras a mí para dejarlo todo atrás, pero no parece darte por vencida fácilmente.

Mientras busca un mejor ángulo para posicionarse, la miro. Está bien vestida, con un traje ligero y elegante, ceñido al cuerpo sin exagerar. Lleva tacones altos, maquillaje ligero y cabello suelto. El escote no es tan pronunciado hoy, pero aún así, se pueden notar sus hermosos

senos a través de la silueta del blazer.

Mi disgusto por ella se mantiene, aunque un poco menos. De hecho, ya estoy convencido de que es mi aprendiz, aunque sigo esperando un milagro, que te luzcas, eso no estaría nada mal. Podría influir en la elección del próximo candidato.

Empieza la presentación, estás tranquila y, para mi decepción, lo haces muy bien. Vas más allá del informe, has realizado una investigación completa sobre el grupo, su trayectoria, los premios ganados e incluso sobre mí, como CEO del grupo. Te has asegurado de mostrar un poco de mi biografía y experiencia. Para mi sorpresa, la ladrona del aeropuerto te desempeñas muy bien, mucho mejor de lo que esperaba. De hecho, no esperaba mucho de ti, pensé que te rendirás en cualquier momento.

Confieso que me sorprendiste con tu ingenio, has preparado algo más allá de mis expectativas. Incluso me olvidé de Víctor a mi lado, estuve muy atento a tu actuación. Fue una presentación corta, pero muy completa y en su justa medida.

—Bueno, eso es todo señores, ¿hay algún punto sobre el que quieran más detalles? —preguntas.

Estás tan segura de ti misma, que ni siquiera parece que hayas estado aquí una semana. Sabes de lo que hablas y la forma en que has presentado el banco y el grupo, debo reconocerlo, transmiten la confianza que cualquier inversor necesita.

—Estoy convencido—, admito, derrotado.

—Yo tengo una. —Víctor levanta la mano. —Estás casada, Alysson.

—Mierda. ¿Qué tipo de pregunta es esa, Víctor? —me levanto de la silla y lo miro fijamente, serio—. Estamos en un entorno corporativo.

—Tranquilo, Héctor, pregunté porque una semana para enterarse de todo esto es demasiado poco tiempo. Supuse que debías estar soltera...

—¡Idiota! —grité, sin creer su patética excusa.

—No quiero interponerme en la discusión, pero tiene razón, señor Víctor. Una semana no es suficiente para conocer bien al grupo. —Alysson responde y suspira largamente. —Sin embargo, soy economista y hace tiempo que sigo la trayectoria de banco SMB, por lo que me ha resultado más fácil prepararse para hoy —añade con una sonrisa amable que me irrita.

—Creo que ya hemos visto todo, vamos, Víctor.

Camino hacia la puerta y Víctor me sigue.

—Héctor, pero tú no querías —dice Víctor y me sigue.

—En mi despacho, Víctor —grito y vuelvo a enfrentarlo.

Víctor entiende mi mensaje y sale primero de la habitación, yo me quedo en la puerta, mirando por última vez a Alysson.

—¿He hecho algo mal? —pregunta preocupada.

—No, lo has hecho bien. Es justo lo que esperaba. Espera mis próximas instrucciones —le digo y le doy la espalda para marcharse.

—Pero pensaba que después de hoy me entrenaras, que esta presentación era una especie de prueba —protesta Alysson.

Me vuelvo hacia ella, sus ojos grandes y abiertos me miran fijamente. Se acerca a mí, con cara de confusión y frustración.

—Lo siento, pero he pasado toda una semana preparándome para hoy ¿y ya está? ¿Te vas y me dices que espere? —protesta ella.

—Yo soy quien manda aquí, Alysson, sé el tiempo y lo que hay que hacer. Tu entrenamiento ya ha comenzado desde el día en que pusiste un pie aquí. Ahora, mi metodología no está en juego, soy yo quien decide cómo te voy a entrenar. —Cruzo los brazos sobre el pecho en un acto de total impaciencia—. Ahora, si no estás de acuerdo con mis métodos, ríndete y renuncia.

—No, no voy a rendirme, aunque lo intentes, señor Héctor —dice con desprecio—. Desde que entré aquí no has hecho más que dudar de mi capacidad. Lamento informarte, pero estás subestimando mi inteligencia.

—Ya veremos —digo, sin saber si eso es algo bueno o malo.

Vuelve a la mesa, recoge unos papeles con cierta rapidez y brutalidad, se detiene delante de mí antes de marcharse. Se queda tan cerca que puedo oler su dulce perfume.

—Sé que no confías en mí, pero recuerda lo que te digo: seré la mejor agente de inversiones de este grupo.

—Eso ya lo he oído antes.

Ella lo ignora, parpadea, convencida de sus palabras, le da la espalda y sale a toda prisa de la habitación.

Resoplo, enfadado, pero no tengo escapatoria, tendré que aceptarla de una vez y empezar a entrenarla enseguida, porque al parecer, es tan testaruda como yo. Al menos es valiente e intrépida, eso puede ser un punto a favor en los negocios.

Vuelvo a mi despacho, Víctor está ocupado mirando el móvil, pero cuando me ve entrar, se levanta y viene hacia mí.

—Mira, hombre, ¡estás un poco loco! Solo te hice una pregunta y pensaste que estaba...

—Ni hablar, Víctor, te conozco bien —le advierto.

—Hombre, solo hice una pregunta sin intención, te lo juro —se justifica, demasiado cínico como para creérmelo.

—Bien, olvida eso. Ahora dime qué te pareció su presentación, me refiero a su actuación. Como inversor, ¿te dio confianza escucharla hablar? Después de todo, por eso la he llamado hoy.

—Sí, por supuesto. Está muy atenta al mercado financiero, por lo que pude ver. Habló con confianza y conocimiento sobre el banco, dio información que ni siquiera yo conocía, y soy cliente desde hace años.

—Sí, me pareció muy ingeniosa.

—¿Lo pensaste con esa cara? Parece que estuvieras apoyándola para que fracasara.

—Tengo mis razones, Víctor, las conoces muy bien.

—Hombre, hay que olvidar el pasado. Y otra cosa, ella no es Paola, estás entrenando a Alysson, Héctor, métete eso en la cabeza.

—Sí, ya lo sé.

—Pero parece que quieres desahogar toda la rabia que Paola te hizo pasar con tu nueva aprendiz.

—No es eso... —Respiro hondo. —Es que a veces tengo la sensación de que la historia se repite. No quiero volver a tener dolores de cabeza.

—No voy a juzgarla, aún no la conozco, pero Alysson no me parece el tipo de persona que... —Víctor hace una pausa, mirándome atentamente. —De todos modos, creo que es inteligente y parece aprender las cosas rápidamente. Es la candidata ideal para el puesto. Entiendo tu miedo y tu trauma, pero tranquilo, hombre, no todas las mujeres son iguales.

—Sí, pensándolo así, creo que seguiré alimentando mi aversión hacia ella. Es una forma de autodefensa —confirmo.

—Solo sé que quiero que ella gane esta apuesta. No creo que el regreso de Paola al banco sea positivo en absoluto.

—Para nada. La quiero lejos, muy lejos de mí y del banco.

—Entonces, haz lo mejor que puedas, convierte a Alysson en tu sustituta. Estaré feliz de ser atendido por ella.

—Maldita sea, Víctor, estoy preocupado por el futuro del banco y tú estás pensando...

Se ríe descaradamente, como si no supiera que no puede resistirse a un par de piernas. No tengo más remedio que seguirle la corriente.

—La conversación ha estado bien, la visita también, pero me tengo que ir y tú tienes que entrenar a alguien.

Víctor se levanta y camina hacia la puerta, yo lo sigo.

—Gracias por venir. —Le tiendo la mano como saludo. —Me gustaría escuchar la opinión de un cliente, muchas gracias.

—Por mí está aprobada. Ahora gana esta apuesta y aleja a Paola del grupo de una vez por todas.

—Sí, tienes razón, Víctor. Esta vez fuiste asertivo.

Me quedo pensativo por un momento. Necesito alejar a Paola de una vez por todas del

grupo y también de mi vida. No se merece nada más que mi olvido.

Acompaño a Víctor al ascensor y nos despedimos brevemente. Su visita me ayudó a ver mi situación de otra manera. Estoy jodido, y lo admito, el regreso de Paola ha aumentado mi desamor. No puedo permitir que ella determine nada más en mi vida.

Regreso a mi despacho, recojo algunas carpetas e informes y me dirijo al despacho de Alysson. Entro bruscamente, sin anunciar mi presencia.

—A partir de ahora, dedicaré todo mi tiempo libre a tu formación —digo con dureza. Ella se levanta y me mira seriamente. —Sé que ya sabes algo, pero anota todo lo que te diga, pregunta si tienes dudas, si no entiendes algo, vuelve a preguntar. Pero no cometas errores ni te sientas insegura. Estamos hablando de millones en nuestras manos, de años de buena relación y amistad. ¿Lo entiendes? —Ella asiente rápidamente, toma un cuaderno y un bolígrafo, y escucha atentamente todo lo que le digo. —Lección número uno, sé amiga de tus clientes.

Asiente positivamente y se agacha para anotarlo, luego vuelve a mirarme, atenta como siempre.

—Lección número dos, conoce bien a tus clientes. No me refiero solo a su perfil de inversor, sino a sus gustos personales. Saber qué hacen, con quién salen, con quién están, qué comen, qué deportes practican, cuáles son sus aficiones, etc.

Sus ojos se abren y se pone seria.

—Está bien, ¿pero en qué me ayudará eso? —pregunta.

—No sabes en qué te estás metiendo, Alysson. Escucha la voz de la experiencia. Este mundo en el que te adentras es sórdido y necesitas saber dónde te metes y con quién tratas.

—Pero yo solo voy a ofrecer productos y soluciones financieras, ¿qué quiere que...

Niego con la cabeza, ella me mira asustada.

—Tú no sabes nada, créeme. Hay mucho más por saber que lo que dicen los informes de gestión. —Tiro los informes sobre la mesa. —Aquí está la lista de mis clientes. Quiero que hagas una búsqueda personal sobre cada uno de ellos. Lee su perfil de inversor, su historial de transacciones, todo. Pero lo más importante, intenta conocer sus vidas más allá de los números. Investiga en Internet y averigua qué encuentras. Tienes una semana más.

Digo, me doy la vuelta y antes de irme, recuerdo un nombre relevante.

—Empieza por Sidnei Junqueira. Ya no es cliente del grupo, pero es un caso interesante para comenzar tus estudios. Si investigas bien, entenderás de qué estoy hablando.

Capítulo 7

Alysson

¡Maldición, maldición, maldición! ¿Cómo puede ser tan irritante?

Respiro profundamente y cuento mentalmente hasta diez. Recito mi mantra en voz alta, tratando de contener mi ira.

—Tranquila, Alysson, tranquila. Puedes hacerlo, chica, puedes hacerlo.

Abro los ojos y vuelvo a mirar la montaña de papeles que me ha entregado. Los hojeo brevemente. Son, una vez más, días encerrada en mi cubículo, durmiendo hasta tarde y despertando temprano para atender a otra petición injustificada de mi jefe.

—Héctor Brandão, ¡te odio!

Me río sola del apodo que le han puesto a mi desagradable jefe. Recuerdo lo meticuloso y metódico que es. Siempre lleva camisas de lino en tonos pastel, trajes oscuros, corbatas ligeramente más oscuras que la camisa y zapatos brillantes y muy limpios. Todo tan perfectamente combinado que resulta llamativo. ¿Y los bolígrafos? Tiene uno para cada ocasión. Es tan aburrido que resulta cómico e irritante al mismo tiempo.

Apoyo la cabeza entre mis manos. Es tan molesto y está claro que no está contento con mi trabajo. Me ordena realizar estas tareas sin sentido para ver si me rindo, pero necesito este trabajo, así que debo someterme a sus exigencias.

La lista es larga, hay muchos nombres en ella. Investigué algunos a través del sistema del banco, revisé el historial de transacciones de dos o tres de ellos. Son inversores de alto valor. Algunas cuentas incluso son corporativas. Sin duda, es una cartera de clientes muy valiosa. También me he dado cuenta de que no se han prospectado nuevos clientes en mucho tiempo, lo que significa que prácticamente solo se dedican a mantener el patrimonio existente. No es de extrañar, ya que manejan millones de dólares.

Me levanto y voy a tomar un café. Será un día largo, lleno de lectura e investigación, un tanto monótono, por no decir aburrido. Me gustan los desafíos y aprender cosas nuevas, pero investigar la vida personal de la gente, eso es ridículo.

Frustrada, tomo un expreso y me lo bebo de un sorbo. Me siento en una silla, sola en la despensa. Me doy cuenta de que en esta planta, todos los empleados siempre tienen a alguien que haga cosas por ellos, incluso para tomar un simple café. Rara vez vienen a la despensa.

Recuerdo lo agitada que fue mi última semana, lo mucho que me preparé para hoy, solo para escuchar un "lo has hecho bien". Pensé que después de eso, se daría cuenta de mi potencial

y me asignaría tareas acordes a mi función, pero nada de lo que imaginé sucedió. Por el contrario, solo logró aumentar mi antipatía y arrogancia hacia él. De todos modos, tengo que tolerarlo, porque el dinero en cuestión resolverá todos mis problemas financieros en mucho menos tiempo de lo que pensaba. Suspiro anhelante, bebo otro sorbo de café y recuerdo algunas palabras de mi jefe.

—*Mi metodología no está en juego...* —Imito a Héctor, todavía muy enfadada. — Tonto, Héctor aburrido —tomo otro sorbo de café, intentando suavizar mi decepción.

—¿Pensando en voz alta, señorita Alysson?

¡Mierda!

La voz grave me asusta y miro hacia atrás rápidamente, golpeando la taza de café y derramándose sobre mi regazo. Es Héctor, mirándome fijamente. Estoy segura de que ha escuchado todo lo que he dicho.

—¡Oh, mierda! —grito al sentir el líquido caliente en mi piel.

Me quito el saco y la blusa que llevaba debajo, desesperada, y corro hacia el lavabo. Ni siquiera me molesto por su presencia, porque me quema tanto que no puedo pensar en otra cosa en ese momento. Me inclino sobre el fregadero y abro el grifo, con una mano me echo agua sobre el regazo hasta que el ardor se alivia un poco.

—Mierda, mierda, mierda —murmuro en voz baja.

Héctor se acerca a mí y me ofrece un pañuelo.

—¿Te has quemado? ¿Necesitas ayuda? —pregunta con cara de preocupación.

Lo miro, un poco asustada y con ganas de darle un puñetazo, pero intento no olvidar que es mi jefe.

—Me he quemado, estoy toda mojada, ¿qué te parece? Obviamente necesito ayuda.

Tomo el pañuelo de su mano, bruscamente, me alejo un poco del lavabo y comienzo a secarme lentamente. La mancha se ha vuelto un poco roja, pero no es nada grave. Héctor se dirige hacia la puerta, lo oigo hablar con alguien y luego la cierra con llave. Luego, se quita su propio saco y me lo entrega.

—Póntelo, vamos a mi oficina.

Tomo el saco, todavía disgustada, me lo pongo y él me sorprende al tomar mi mano y llevarme fuera de la despensa. No entiendo su reacción, pero lo sigo. Entramos en su despacho, cierra la puerta, señala un sillón y me siento. Arrastra el otro sillón y se sienta frente a mí.

—Déjame ver cómo está, por favor.

Lo miro fijamente durante unos minutos, no estoy segura de que sea la persona más adecuada para evaluar mi quemadura.

—Vamos, ¿qué esperas? —me pregunta.

—No te preocupes, no es para tanto.

No quería quedarme allí, en sujetador, frente a él.

—No seas niña, señorita Alysson, déjame evaluar para poder decirle al médico la gravedad de la lesión —dice, con un aspecto un poco irritado.

Me quito el saco y Héctor se acerca para inspeccionar la marca roja en mi regazo. Aún ardía bastante, pero parecía ser solo una quemadura superficial. No dejaba de mirar, y eso me estaba molestando, sobre todo cuando me di cuenta de que mi sujetador estaba empapado y muy transparente. Me vuelvo a poner el saco para cubrirme, avergonzada. Solo entonces deja de mirarme y saca el móvil de su bolsillo.

Se aleja durante unos minutos y habla con alguien, parecía ser un médico, ya que describe en detalle el aspecto de la quemadura. Fue una llamada breve, y luego pasó unos minutos hablando por el teléfono mientras yo seguía mojada, callada y sentada en la misma posición.

Después de unos segundos, regresa y se sienta frente a mí.

—Hablé con un amigo que es médico y me recomendó una pomada para aliviar la sensación de quemazón y ayudar a que cicatrice sin dejar marcas. Le pedí a mi chófer que la comprara. En cuanto llegue, puedes ir a tu casa y cambiarte. ¿Puedes hacerlo en...? —Mira su reloj. —¿Cuarenta minutos como máximo?

Río, ya que vivo prácticamente en el otro extremo de la ciudad, sería imposible volver en tan poco tiempo.

—Obviamente no, vivo prácticamente en el otro extremo de la ciudad.

Me mira un poco sorprendido, como si fuera absurdo vivir tan lejos del trabajo.

—Tengo una reunión con un cliente, me gustaría que asistieras. Es importante que sigas algunas negociaciones. El cliente en cuestión es un buen amigo e inversor de muchos años en el banco. Quiere invertir más y sería estupendo que pudieras acompañar los trámites.

—Yo me encargo. —Me levanto y me pongo su saco. —¿Me prestas tu saco? Iré al centro comercial más cercano y volveré a tiempo.

—¿Así vestida? —Señala mis pantalones. —Vas a llamar mucho la atención en un momento como este y en un centro comercial abarrotado.

Se ríe, un poco sarcástico, pareciendo disfrutar de mi desgracia. Me doy cuenta de que mis bragas negras son prácticamente visibles a través de la tela clara y húmeda de la parte delantera del pantalón. Yo y mi manía de no combinar el color del sostén con el de las bragas.

—¡Maldita sea! ¿Quieres dejar de mirar? —digo y vuelvo a sentarme.

—No te preocupes, he visto muchas bragas y no es la tuya la que me va a poner cachondo, relájate —dice con seriedad.

—Es mejor así, me tomo en serio la política de la empresa. Por no hablar de que no necesito que me mires, ya tengo a alguien que lo hace muy bien.

Héctor esboza una sonrisa cínica, como si dudara de mis palabras.

—¿Estás casada, Alysson? —Vuelve a sentarse, frente a mí.

—No es asunto tuyo, si hubieras leído mi currículum sabrías mi estado civil, que apuesto a que no.

—El estado civil no siempre te dice esta respuesta —argumenta, con semblante serio, sin apartar los ojos de los míos.

—Ah, entonces tu pregunta es errónea, quieres saber si tengo a alguien, ¿no? —Él asiente con la cabeza. —No es asunto tuyo, jefe.

Héctor se ríe, inclina la cabeza hacia atrás, el pelo le cae ligeramente sobre la cara, vuelve a mirarme fijamente, es un hombre guapo, pero su arrogancia y prepotencia me impiden admirar su belleza. Me levanto del sillón, me pongo de nuevo su saco, doy un paso hacia la salida y él se detiene frente a mí, se queda muy cerca, con una leve sonrisa en los labios, parece estar disfrutando de la situación.

—Si te vas de aquí así, harás que la gente piense que tú y yo estábamos haciendo algo inapropiado.

Me aparta un mechón de pelo del hombro y lo echa hacia atrás.

—¿Cómo? No, de ninguna manera, nunca te haría nada inapropiado, ¿estás loco? —digo, odiando la idea.

—No lo haría, cariño, porque no te mereces mi desempeño sexual —espetea lentamente.

La idea sonaba tan estúpida que me puso nerviosa, y cuando eso ocurre suelo reírme sin control. Me reí tanto que él lo tomó como una provocación. Pensó que estaba dudando de lo que decía, y pronto su semblante divertido dio paso al ceño fruncido de siempre. Al darse cuenta de ello, en ese mismo momento contuve la risa.

—Quédate aquí, le pediré a Marina que te traiga algo decente para ponerte — me dice.

—Puedo arreglármelas sola, no tienes por qué preocuparte — le respondo.

A Héctor no le importan mis palabras. Sale de la oficina y, solo entonces, suspiro anhelante y vuelvo a sentarme. Me quedo disfrutando de la vista, intentando calmarme. Me pongo tan nerviosa que hasta parece que soy inexperta en la materia. Creo que es su forma egocéntrica de ser la que me conmueve y me enfada sobremanera.

Intento pensar en algo positivo, me acuerdo de Alex. Maldita sea, le debo una. No he hecho más que trabajar sin parar durante una semana para la presentación de hoy, y ha valido de poco. Solo de recordar lo duro que he trabajado y que a mi jefe le ha importado una mierda, vuelve la rabia.

Unos segundos después, Héctor vuelve, cierra la puerta de la oficina y se sienta de nuevo frente a mí. Se afloja el nudo de la corbata, se desabrocha el primer botón de la camisa y me mira fijamente, como si quisiera provocarme, aunque ni siquiera estoy segura.

—Ahora mi agenda es tuya, así que pregúntame lo que quieras —dice, y se vuelve a sentar en su silla.

—¿Lo que realmente quiera? —le respondo.

—Sí, lo que quieras.

—Bueno, tengo muchas preguntas, pero creo que podemos empezar por la más obvia. —Me acomodo en la silla, enderezar la postura y vuelvo a mirarlo a los ojos. —¿Por qué no prospectas más clientes?

—Porque tengo otras obligaciones y hay muchos agentes que lo hacen aquí en el banco. Los clientes a los que sigo atendiendo es porque tenemos años de relación y confianza, así que prefieren que los atienda yo. Es su elección y también la mía. Por eso es tan difícil encontrar a alguien que esté a la altura.

—Vaya, ¿y por qué necesitas a otra persona ahora?

—Estrategia, como CEO tengo muchas responsabilidades en el grupo, necesito a alguien que se encargue de esta parte, que me lleva tiempo, y ahí es donde entras tú.

—Entendido.

—¿Hay algo más que necesites saber, Alysson? —pregunta.

—Sí, pero es algo personal, ¿puedo preguntar? —sugiero.

—Está bien —le digo. Respiro hondo, reuniendo valor para hacer la pregunta. —¿Siempre eres tan gruñón o el problema soy solo yo?

Me dedica una pequeña sonrisa de lado, pero no parece agradecerle la pregunta.

—La vida es dura, Alysson. Digamos que los eventos de mi vida han dejado su marca. Detrás de un jefe arrogante y gruñón hay muchas cosas que desconoces.

—Solo quiero entender, Héctor, por qué a veces me haces sentir tan mal, hasta el punto de dudar de mi propia capacidad.

—Si dudas de tu propia capacidad, ¿cómo esperas que yo confíe en ella?

—Creo que me juzgas mal, quiero demostrar mi valía, probar que merezco este puesto, pero para eso, necesito que confíes en mí.

—He escuchado eso antes, Alysson, y las cosas no acabaron bien. No eres la primera persona a la que entreno, créeme.

—Te creo, pero soy una persona diferente, desearía que no me trataras como a tus aprendices fracasados. Aprovechemos lo que ya sé, permíteme colaborar más, estoy aquí para sumar y mantenerme en este puesto, Héctor.

Me levanto e intento tomar un bolígrafo, pero él me detiene antes de que lo consiga.

—Muy bien, veamos si realmente puedo confiar en ti.

Héctor se levanta bruscamente, se acerca a mí, apoyando las manos en los brazos del sillón en el que estoy sentada. Se inclina hacia mí, acercándose tanto que retrocedo un poco.

—Has hecho una pregunta personal, ahora yo te haré la mía, y quiero respuestas, Alysson.

Héctor se pone serio y parece un poco irritado. Me observa durante unos segundos, sin apartar la mirada, y yo hago lo mismo, manteniendo una mirada fija.

—Dime, Alysson, ¿con cuántos hombres has estado en el último mes?

—¿Y eso qué importa? —le respondo.

—Te he respondido, así que ahora me debes una respuesta, Alysson.

—Ninguno —confirmo, sin dejar de mirarlo, pero con el corazón latiendo rápidamente.

Sus labios se curvan en una sonrisa cínica, baja la mirada y se centra en mis pechos. Luego vuelve a mirarme fijamente y se acerca a mi cuello, siento su barba rozándome la cara. Un escalofrío recorre mi cuerpo mientras susurra:

—Me gustan los pechos grandes, Alysson, no tienes ni idea de cuánto disfruto jugando con ellos. Puedo decirte lo que haría con los tuyos...

¡Maldición! Mi respiración se acelera aún más. Su voz baja y susurrante en mi oído se burla de mis sentidos. Cierro los ojos e intento resistirme, no puedo dejarme llevar, esto es solo una prueba estúpida, estoy segura.

—No me gusta escuchar, prefiero la práctica, querido.

Abro los ojos y me alejo para encontrarme con los suyos.

Su expresión cambia repentinamente, me mira seriamente, mucho más de lo que esperaba. Supongo que pensaba que no entraría en su juego, que huiría como un animal acorralado, pero se equivoca. Yo también sé jugar.

—Pero estoy segura de que tú no tienes la capacidad de volverme loca en la cama como a mí me gustaría. Me gustan los hombres más experimentados, ya me entiendes —le digo finalmente y le guiño un ojo.

Su mirada seductora desaparece al instante, se queda en silencio por unos segundos.

—Decías la verdad —dice y aparta la mirada.

Héctor se aleja y se dirige al bar, se sirve un trago de whisky y se lo bebe de un solo trago. Casi sonrío al ver su expresión de decepción. Luego regresa a su escritorio y el silencio se apodera de la oficina.

Poco después, Marina entra, habla brevemente con Héctor, quien frunce el ceño de nuevo. Luego se acerca a mí y me entrega una bolsa con ropa.

—Gracias, Marina, no sé qué haría sin ti.

—¿Qué te ha sucedido? —pregunta preocupada.

—Derramé café caliente sobre mi ropa, fui corriendo al lavabo para limpiarlo y terminé empapada. Necesito cambiarme —miro a Héctor—. Usaré tu baño, Héctor.

No me responde, ni siquiera me mira.

—Si todo está bien, tengo que irme —dice Marina asintiendo con una leve sonrisa.

Comienzo a cambiarme, Marina es tan perfecta, me ha traído ropa interior y un hermoso vestido floreado, discreto y encantador. Incluso me ha traído toallitas húmedas y una toalla para el rostro. ¿Cómo podría ser más perfecta?

Me quito las prendas mojadas, quito las etiquetas de la ropa nueva, excepto la del vestido, para lo cual necesito unas tijeras.

—Héctor, ¿puedes traerme unas tijeras, por favor? —grito desde el baño.

—Ven a buscarlas, Alysson.

Reconozco el desprecio en su voz, me envuelvo en su saco y me dirijo a su escritorio. Seguramente pensaba que insistiría en pedirselo. Fui con tanta rabia que ni siquiera me importó que solo llevara lencería debajo del saco.

Tomé las tijeras, corté las etiquetas y él dejó lo que estaba haciendo para mirarme, sorprendido de nuevo. Antes de retirarme, le mostré una sonrisa falsa.

Terminé de vestirme, metí la ropa en la bolsa y salí con su saco en las manos.

—Gracias por el saco, me lo llevaré para lavarlo, si no te importa.

—No hace falta, déjalo ahí y ya lo lavo yo —me contesta sin mirarme.

Asiento con la cabeza y hago lo que me dice, luego me dirijo hacia la puerta de salida.

—Voy a retocarme el maquillaje y vuelvo a la reunión —digo, pero no obtengo respuesta por su parte.

De todos modos, entenderás cómo es él. Parece estar loco.

Cuando regreso a mi oficina, hay una mujer esperándome. No la conozco, era una mujer alta, delgada, guapa y bien vestida. Observa minuciosamente la oficina, como si la estuviera inspeccionando. Supongo que forma parte del grupo.

—Disculpa, ¿necesitas algo? —pregunto, interrumpiendo.

—No, solo estaba inspeccionando mi antigua oficina. Cuídala bien hasta que regrese. —Sonríe de manera provocativa y pasa junto a mí. —Por cierto, soy Paola Santiago, que volverá a ocupar el puesto de asistente cuando tú falles.

Capítulo 8

Alysson

—Creo que será mejor que te busques otro trabajo, Paola. No habrá fracaso, ¿vez?

Intento mantener la sonrisa, pero ella no disimula su antipatía. Camina hacia la puerta con una expresión de satisfacción, como si yo hubiera dicho lo que ella quería escuchar.

—Eres inteligente y astuta, o no estarías en este puesto, pero no sabes cómo tratar con Héctor, créeme, lo conozco bien. No serás capaz de completar ni siquiera el entrenamiento, y mucho menos de mantenerte en el puesto.

Ella se ríe de manera despectiva, lo que me irrita, pero no voy a rebajarme a su nivel.

—Eso es lo que veremos. Ya que estás tan segura de eso, ni siquiera tenías que venir a advertirme. Estás perdiendo el tiempo, Paola —digo lentamente, dejando en claro que no me intimida con sus palabras.

Sale de mi oficina y, solo entonces, puedo respirar con normalidad. Regreso a mi escritorio, organizo los papeles que estaba leyendo antes, los guardo todos y tomo mi bolso para retocarme el maquillaje.

Mi teléfono móvil vibra, lo miro rápidamente y veo un mensaje de Alex. Hemos pasado días sin vernos, le debo mucho porque durante una semana apenas he dormido ni comido bien. Incluso dudo si he perdido peso. No he tenido tiempo de comer adecuadamente.

Le respondo a Alex con otra excusa, diciendo que tendré otra semana llena de trabajo. Me pongo un poco de perfume y me doy cuenta de que es hora de la reunión.

Salgo de mi oficina, preparándome para entrar en la suya. Celia me hace un gesto con la cabeza, me autoriza a pasar. Llamo a la puerta antes de entrar para avisar de mi llegada, giro el pomo y entro lentamente. Él está hablando por teléfono, parece enfadado. Me mira, pero me ignora, como siempre. Me siento frente a él y finjo estar interesada en algo en mi teléfono móvil.

Cuando cuelga, se queda mirándome en silencio, como esperando a que le diga algo.

—¿Todavía tendremos la reunión? —pregunto, rompiendo el silencio.

—La tendremos, él llegará tarde, está atrapado en el tráfico. —Héctor toma una carpeta de la mesa y me la arroja. —Es su historial de transacciones.

Cojo la carpeta, la abro y leo cuidadosamente los montos, los productos y otros datos relevantes. Es un inversor que maneja cantidades muy altas, tiene un perfil audaz y se involucra en transacciones de alto rendimiento.

—Es un cliente excelente —digo después de leerlo.

Héctor tiene los brazos cruzados sobre el pecho y me mira atentamente, su mirada es un tanto extraña. No entiendo por qué me mira así. El silencio prevalece durante unos minutos, pero yo sigo mirándolo fijamente. Parece disfrutar intentando intimidar con su expresión seria y fría, pero no me importa. Como decía mi querida abuelita, una cara fea es solo hambre que no puede ser satisfecha.

—¿Qué quería Paola en tu oficina? —pregunta.

—Vino a pedirme que me case con ella. —Finjo una sonrisa. Él frunce aún más el ceño, así que dejo de sonreír y continúo.— Ni siquiera sé quién es y no me cae bien. Vino diciendo que ella es la única que sabe cómo tratar contigo y que voy a fracasar, que ella ocupará mi lugar cuando eso suceda y bla, bla, bla...

Héctor no dice nada, aprieta el lápiz que tenía en las manos con tanta fuerza que lo rompe en dos pedazos.

—¡Putá! —maldice en voz baja.

Es la primera vez que estoy de acuerdo con él.

—Ella es eso también. ¿Quién se cree que es esa *Putamera* para molestarme tanto? - grito.

—¿Qué has dicho? —pregunta, confundido.

—*Putamera*, ¿no sabes lo que significa? —pregunto, sorprendida.

—No, traduce por favor —me pide, pareciendo en serio.

—*Putamera* es la unión de las palabras puta y ramera en una sola, es un término insultante que la describe completamente.

Héctor se ríe a carcajadas, parece encontrar gracioso el apodo, aunque está molesto con el descaro de la mujer. Yo me río con él.

—Esa es la mejor definición que he oído para Paola, y estoy totalmente de acuerdo. Gracias por el término, Alysson.

—De nada, pero no es un chiste, es la verdad. Y me gusta más cuando sonríes, es más... —¿Atractivo? —sugiere Héctor.

—No, iba a decir más tolerable. No puedo atribuir la característica "atractivo" a alguien antes de saber si es cierto —sonrío y le guiño un ojo.

Héctor me mira seriamente, me encanta cuando se queda sin palabras después de una respuesta mía. Aun así, me arrepiento de lo que dije, creo que no le ha gustado.

Poco después, Celia entra en la habitación, acompañada de su cliente. Héctor se levanta para saludarlo. Era un señor de unos setenta años, muy atento. Nos saludó a los dos y luego nos sentamos en la mesa de reuniones. Me presentaron como asistente de Héctor. Permanecí en silencio durante gran parte de la reunión, limitándose a observar las negociaciones entre ambos. Parecían conocerse bien, hablaban de asuntos personales como caballos, coches y golf. En

resumen, era un poco aburrido. Después de unos minutos de conversación trivial, finalmente empezaron a hablar de negocios.

Cuando Héctor comenzó a hablar sobre el mercado financiero, mis ojos brillaron. Era realmente bueno, sabía de lo que hablaba y tenía mucha experiencia. Estaba muy atento al mercado. En ese momento me di cuenta de que tenía mucho que aprender de él.

Al final, por supuesto, Héctor logró que el cliente invirtiera una cantidad significativa. Nos despedimos y mi jefe lo acompañó hasta el ascensor mientras yo organizaba el espacio.

Esperé a que regresara antes de volver a mi oficina. Un momento después, vuelve con una expresión más agradable, y no es para menos, acaba de cerrar una operación millonaria.

—Me he tomado la molestia de esperar para felicitarte por la negociación y decirte, de verdad, que me siento honrada de haber sido entrenada por usted.

—Mira que sabes cómo halagar —responde, con una leve sonrisa en los labios.

—Es lógico, cuando algo vale la pena, lo elogio. Eres bueno en lo que haces, por eso eres el jefe del grupo.

—Sí. Está bien que sigas las negociaciones, aprenderás algo y también conocerás mejor a mis clientes.

—¡Estoy de acuerdo! ¿Estoy libre ahora? —pregunto.

—Por el momento. Muñoz tiene mucha experiencia, como a ti te gusta —se burla Héctor.

Me acerco a él y me detengo frente a él antes de salir.

—Cariño, cuando digo experimentado no me refiero a viejo, me refiero a que me gustan los hombres que tienen un buen rendimiento sexual. —Parpadeo, sin pudor. —Y eso, la edad no lo garantiza.

Encogí de hombros y salí de la oficina sin mirar atrás. Una vez más, Héctor se quedó sin palabras. Me reí para mí misma mientras regresaba a mi despacho. Héctor pensaba que hablar de sexo me daría vergüenza, apenas sabe dónde pasé mi adolescencia.

Días después...

Los últimos días han sido muy intensos. Me he sumergido en sitios de chismes, investigando la vida privada de los clientes. He leído casi todos los antecedentes comerciales recientes y perfiles de inversores en la lista. También he participado en otras tres reuniones con clientes. Ha sido una semana muy ocupada y, a pesar de eso, todavía tengo mucho por leer.

Finalmente es viernes y, para mi alivio, Héctor ha estado fuera de la oficina durante dos días. Han sido dos días de calma y tranquilidad, porque cuando está en el banco, o estoy con él siguiendo alguna negociación, o llama a mi despacho para preguntar qué cliente estoy

investigando en ese momento. ¡Qué aburrimiento!

Al finalizar mi trabajo, apago las luces y salgo a tiempo. Encuentro a Marina esperando el ascensor. Hace días que no hablamos adecuadamente.

—Hola, Marina, ¿cómo estás? —le pregunto.

—Hola, Aly, sí, estoy bien. ¿Sigues aquí, señorita? Pensé que estarías preparándote para la cena del banco.

—¿Cena? —pregunto sorprendida.

—Sí. ¡Oh, mierda! Las invitaciones se entregarán antes de que ingreses. —Abre su bolso, lo agita y vuelve a mirarme. —Aquí están. Las tenía mi prometido, pero no llegará a tiempo, así que ahora son tuyas.

Extiende un sobre en mi dirección. Es dorado, hermoso y grande. Lo abro rápidamente y leo la invitación. Se trata de una cena benéfica organizada por el grupo SMB, un evento anual muy popular. Seguramente una invitación como esta debe tener mucho valor.

—Bueno, Marina, me encantaría ir, pero no tengo ropa adecuada para un evento así. Además, mi jefe me ha encomendado una tarea casi imposible, así que mi fin de semana lo pasaré saltando de página en página de chismes para enterarme de la vida pública de los clientes —me río, tratando de ocultar mi desilusión. Esa es la verdad.

—Pues en este evento te ahorrarás todo el fin de semana, porque seguro que estará presente toda la cartera de clientes de Héctor. Así que serás mi compañía esta noche, y te contaré todo lo que sé. Y sé muchas cosas que no salen en las webs de chismes —reí emocionada.

Mis ojos brillaron, llamarla maravillosa se está volviendo repetitivo.

—Vaya, ¿harías eso por mí? —pregunto.

—Por supuesto, juntaremos negocios y placer. Tendré compañía y alguien con quien chusmear toda la noche —sonríó emocionada—. Di que irás, por favor.

—No sé, creo que no tengo nada adecuado que ponerme —digo, un poco insegura, pero es verdad.

—Vayamos de compras ahora mismo, aún estamos a tiempo —Marina entrelaza su brazo con el mío—. Conozco una tienda maravillosa, te encantará.

—Me pregunto si Héctor...

—Oh, no, olvídate de Héctor. Además, eres empleada del banco, no hay nada malo en asistir a los eventos que promovemos, además de ser mi invitada.

Llegó el ascensor y salimos juntas.

—Bueno.

La tienda estaba muy cerca del banco, por suerte para nosotras. Marina tenía un excelente gusto, elegimos un vestido de fiesta increíble en pocos minutos, además de todos los accesorios y zapatos. Ni siquiera sé cuánto costó, ella utilizó su tarjeta de empresa y dijo que era

un regalo.

Como yo vivía bastante lejos del lugar de la fiesta, tardaría horas en volver. Marina se aseguró de llevarme a su departamento y desde allí nos iríamos juntas. Vivía en Jardín América, en un edificio que lleva el nombre del banco.

Cuando entramos en el ascensor, aproveché para preguntar.

—¿El grupo SMB también tiene actividad inmobiliaria?

—Hace algún tiempo teníamos una empresa de promoción inmobiliaria, pero papá vendió la mayor parte, porque pensó que era mejor centrarse solo en el mercado financiero. Todavía es accionista minoritario de la empresa de promoción inmobiliaria.

—Ya veo. Por eso no lo encontré en los informes de gestión.

—No, es accionista a título individual, no es propiedad del grupo.

—Tu padre debe ser un excelente negociador.

—El mejor, Alysson, lo conocerás hoy.

Entramos en su departamento, era muy grande, bonito y muy bien decorado, parecía uno de esos pisos que se ven en las escenas de telenovelas, tan perfectos.

—Ponte cómoda, Alysson. Te alojaré en la habitación de invitados. Después de cenar será tarde, así que puedes dormir aquí, ¿qué te parece?

—No te preocupes, puedo tomar un taxi a casa, Marina.

—Es peligroso, es mejor quedarse. Insisto, no será una molestia. Ven, te enseño la habitación.

La sigo por los largos pasillos y entramos en la habitación, era tan grande que juraría que era del tamaño de mi departamento. Marina tiró las maletas sobre la cama, me enseñó el cuarto de baño, las toallas, los artículos de aseo e incluso me dio un cepillo de dientes nuevo. Es tan increíble que a veces tengo la sensación de estar soñando.

—Ya está, ¡entregado! ¿Necesitas algo más? —pregunta ella.

—No, creo que ya has hecho bastante por mí hoy.

—En absoluto, Aly, no he hecho nada del otro mundo. De hecho, estas cenas me parecen aburridas. Me ayudarás acompañándome.

—No sé cómo agradecértelo.

—Lo sé, ponte guapa y divirtámonos esta noche. Incluso creo que podemos ir a una discoteca después de la cena, ¿qué te parece? Teo no está, así que ¡noche de chicas! —dice emocionada.

—Sí, creo que estaría bien.

Da una palmada, visiblemente contenta.

—Vamos a prepararnos.

Me ducho, por suerte siempre llevo un par de prendas íntimas de repuesto en el bolso. El

vestido tiene un profundo escote en pico con tul en el medio. El largo es un poco por encima de la rodilla, de color negro, ceñido al cuerpo. Es un vestido precioso, con un tejido ligeramente brillante, perfecto para una cena formal, no demasiado extravagante, un poco sexy pero decente.

Después de estar lista, me maquillo rápidamente, meto solo unos pocos documentos personales, dinero y mi tarjeta en mi cartera de fiesta, me pongo un buen perfume y ¡estoy lista!

Esperé a Marina en la sala, unos minutos después salimos juntas. Estaba preciosa, como siempre. Siempre era muy alegre y divertida, me encantaba su compañía.

Llegamos al lugar de la cena, era un salón lujoso y exclusivo, lleno de coches lujosos, fotógrafos y prensa. Me sentí muy importante, me dio un pequeño escalofrío en el estómago.

Bajamos juntas, entregamos las invitaciones y entramos. El salón ya estaba muy concurrido, mucha gente paseaba, bebía, hablaba y reía. La música tenía un volumen muy agradable. La decoración era impecable, algunas mesas estaban vacías, otras ocupadas, pero la mayoría de los invitados circulaba por el salón.

Marina me presentó a mucha gente, luego tomamos copas de champán y seguimos paseando juntas, mientras me contaba algún que otro secreto de los invitados, que hasta entonces eran todos clientes atendidos por Héctor. Me estaba encantando, y ella tenía razón, este evento iba a salvar todo mi fin de semana.

Mi móvil vibra, es una llamada de Alex, me alejo para contestar. Corro hacia el balcón que da al pasillo.

—Hola Alex, ¿cómo estás? —contesto.

—Sí, ¿qué es ese ruido?

—Estoy en una cena benéfica para el banco, lo siento, Marina me invitó a última hora, no pude negarme.

—Sí, es parte del trabajo, lo entiendo. ¿Cuándo tendrás tiempo para nosotros? —pregunta, y puedo notar un poco de decepción en su voz.

—Lo siento, Alex, sé que te debo una, pero este entrenamiento me está absorbiendo y realmente necesito este trabajo, lo sabes.

—Sí, lo sé, relájate. Ve a divertirte, pero no dejes de enviarme noticias.

—OK, gracias, Alex. Besos.

—Besos.

Miro rápidamente el móvil y me doy cuenta de que había mensajes de Alex. Como no respondí, me llamó. Me hago una selfie y se la envío. En unos segundos me contesta: "la más linda de la fiesta".

Sonríó ante el mensaje, pero mientras estaba distraída mirando el móvil, doy dos pasos y tropiezo con alguien. Alzo la vista lentamente y me encuentro con mi jefe, Héctor, luciendo un elegante smoking negro frente a mí.

—Te encanta asustarme, ¿verdad? —protesto, reconociéndolo.

—¿Qué haces tú aquí? —pregunta con dureza.

—Creo que es obvio, ¿no? Me han invitado.

—Siempre tienes una respuesta en la punta de la lengua, eres muy arrogante, Alysson.
Quiero decir, ¿qué estás haciendo aquí en el balcón?

—¿No tengo más privacidad, ni siquiera para enviar nudes? —me quejo.

Se ríe y niega con la cabeza. Es increíblemente atractivo, alto, fuerte, elegante, con una presencia dominante y un aire de control, además de vestir como un modelo y siempre estar muy bien perfumado.

—Me gusta tu sentido del humor, Alysson.

Antes de que pueda replicar, somos interrumpidos por la inoportuna Paola, quien se acerca a nosotros, se aclara la garganta y nos mira seriamente.

—¿Qué hacen aquí, tan cerca? —Nos señala. —¿Ya estás mostrando los beneficios del trabajo, Héctor?

Capítulo 9

Héctor

—No es asunto tuyo, Paola, ¡sal de aquí! —grito.

—No hace falta que te recuerde que eres el director general del grupo, ¿verdad, Héctor?
—dispara, destilando su veneno, y se marcha como si no hubiera dicho nada.

¡Desgraciada! Controlo mi ira, no quiero arruinarme la velada.

Cuando toma distancia de nosotros, Alysson me mira, no muy complacida, con esa mirada curiosa, que ya he aprendido a descifrar.

—Me gustaría darle un puñetazo en la cara a esa *Putamera*, pero no puedo estropear la cena —dice seriamente.

No dudo de que sería capaz de hacerlo. Intentando olvidar el desagradable encuentro, vuelvo mi atención hacia Alysson.

—No es necesario, ella no se merece tus maldiciones.

—¿Cuál es la relación entre ustedes? —pregunta Alysson.

—Digamos que no soy el idiota que ella se imaginaba, se arriesgó mucho y cometió un grave error —digo.

—No entiendo nada —dice un poco confusa.

No me interesaba perder el tiempo hablando de Paola, sobre todo porque solo he podido relajarme y reír después de acercarme a Alysson, por increíble que parezca. No es solo por su ropa elegante que parece diferente, parece tener una buena aura.

Saludo a un camarero que se acerca y tomo dos copas de champán, le ofrezco una a Alysson, quien acepta gustosa.

—Estábamos hablando de tu sentido del humor —le digo.

—No es sentido del humor, es sinceridad. —Levanta su copa de champán. —Un brindis por...

—Por los nudes... —completo.

—Que no enviamos —responde y sonríe.

Bebo el primer sorbo, ella hace lo mismo, pero no puedo evitar volver al tema.

—No pareces alguien que envíe nudes, Alysson —le digo.

—Esta vez tienes razón, porque los prefiero en vivo y en color. ¿Puedo irme ya, mi jefe?
—pregunta, con un ligero tono de sarcasmo.

—No soy tu jefe, Alysson. Solo soy un tipo que ofrece una copa a un invitado a cenar

—le digo y sonrío.

Me mira fijamente durante unos instantes, con una mirada intensa y misteriosa que siempre me deja intrigado, como si hubiera mucho más que quisiera saber de ella y que aún desconozco. Mi capacidad analítica no funciona bien con ella.

—Muchas gracias, Sr. Invitado.

—Aquí también puedes llamarme Héctor, sin el "señor". No soy tan viejo, solo experimentado, ya me entiendes —bromeo.

Se muerde ligeramente los labios, de forma provocativa, aunque no era su intención. Pero esta acción tiene una conexión directa con mi deseo.

—Por supuesto, lo entiendo.

Volvemos a reír y, sorprendentemente, la conversación resulta agradable. Por primera vez desde que la conocí, nuestra interacción no tiene un tono de rivalidad o cordialidad, como de costumbre.

—¿Te está gustando la cena? —pregunto, tras un largo silencio.

—Qué fastidio, odio estos eventos llenos de gente engreída. No es divertido, es una tortura.

—No lo niego, a mí tampoco me gustan mucho, pero es parte de mi trabajo estar presente en estos eventos. Tú también tendrás que asistir a muchos de ellos.

—Sí, ya me lo imagino. Qué se le va a hacer, ¿no?

—¿Qué te gusta hacer para divertirte, Alysson? —pregunto.

—Ah, estoy bastante loca, me gusta un poco de todo. Actividades deportivas, bailar, cantar... Ah, no sé, sé disfrutar de la vida.

Bebo otro sorbo de champán.

—¿Y tú? ¿Tienes pinta de que te gustan estos deportes de viejos, como el golf? —anticipa, anticipándose a mi respuesta.

—El golf no es un deporte de viejos —respondo riendo.

—¡Estoy en lo cierto! —Celebra como un niño. —Y seguro que también te gustan las carreras de caballos, ¿no?

Vuelvo a reír, ella tiene un aire irreverente y relajado que me hace desear estar en su compañía.

—¿También me has estado investigando en Internet, Alysson? —le pregunto.

—No, es intuición, tontito —guiña un ojo, exultante por sus éxitos.

No fue difícil deducirlo, seguí algunas reuniones con tus clientes, debiste de mencionar algo sobre caballos y golf.

—Ahora me toca a mí. —Tomo el último sorbo de champán. —Apuesto a que eres la única hija mujer de la familia, supongo que tienes unos tres hermanos.

Su sonrisa se ensancha, y es preciosa cuando lo hace. De hecho, es una mujer hermosa, solo que hoy está más espontánea e increíblemente sexy.

—Tienes razón en parte, sí, soy la única mujer, pero tengo dos hermanos y no tres.

—Punto para mí —bromeo.

—Me gustas más fuera de la empresa, Héctor, eres mucho más tolerable.

—Gracias, Alysson.

—¿Qué más puedes decir de mí, Héctor? —Se vuelve hacia mí, se pone las manos en la cintura y sonrío. —Mirándome, ¿qué más puedes deducir?

La miro de pies a cabeza, está sexy con un precioso vestido ceñido al cuerpo, apuesto a que la elección fue idea de Marina. Intento no fijarme demasiado en lo que más me llama la atención: sus pechos, porque son extraordinariamente hermosos en un pronunciado escote en pico, que me llamó la atención de inmediato, desde que la vi.

Alysson se queda quieta, esperando mi análisis, balancea lentamente su cuerpo al son de la música ambiental, que es suave y melódica. Es jodidamente hermosa. Por un momento me pierdo en el armonioso equilibrio de su cuerpo, ni siquiera sé qué estaba haciendo allí con ella, ¿qué debería decir?

Me acerco a ella, nuestras miradas se conectan, mi corazón se acelera, tengo la boca seca. ¿Qué era esa sensación? Dejo la copa en la baranda del balcón. No puedo evitarlo, enredé lentamente una de mis manos en su pelo, luego la otra, sujeto su rostro entre mis manos. Su sonrisa curiosa desaparece y da paso a la duda y la incertidumbre. Aprovecho para sentir la textura de su pelo, es suave y sedoso, acerco su cara a la mía.

Alysson se queda quieta, levanta las cejas con incredulidad y pone su mano sobre la mía. Estoy tan atrapado por su mirada que no puedo apartarme. Me desvíó unos segundos hacia su boca, no puedo detenerme a lo que estaba hablando, porque estaba demasiado encantado con la proximidad de sus labios a los míos.

¡Y qué labios! Los devoraba lentamente, eran ligeramente carnosos, entreabiertos, como esperando los míos. Fueron solo unos breves segundos, pero ella está tan cerca que siento el roce de sus pechos en mi pecho, percibo su dulce aroma. Cierro los ojos, quiero recordar su olor, quiero besarla.

—Héctor, ¿qué estás haciendo? —me habla, más de una vez, solo entonces me doy cuenta de que he perdido la cabeza.

¡Carajo, Héctor! ¿Qué estás haciendo?

Rápidamente vuelvo en mí. Abro los ojos y me alejo un poco, la miro de nuevo, sonriendo y disimulando.

—Te encanta dormir con pijamas viejos, tienes unas pantuflas desde que eras adolescente, usas incienso aromático en tu casa y te gusta tomar chocolate caliente mientras ves

la tele.

Me alejo y actúo como si todas mis acciones fueran coherentes con mi intento de adivinar cosas sobre ella. En realidad, lo del incienso lo sé porque el otro día olí el aroma de lavanda en su pelo, pero el resto lo he dicho a ciegas. Alysson se ríe un poco desconcertada, creo que por su reacción acerté en casi todo y pensó que el casi beso era parte de todo el juego.

—Eres bueno, pero creo que me has malinterpretado. Me gustan los pijamas viejos, los viejos son los mejores, pero no tengo pantuflas, digamos que no era de esas niñas románticas que usaban pantuflas.

—¿No? —pregunto, desconfiado.

—Sí, alguna vez lo hice, lo reconozco. También me encanta el chocolate caliente y el incienso.

Nos reímos juntos hasta que nos sorprende la llegada de Marina, que se acerca a nosotros.

—Los encontré —comenta Marina y se coloca junto a Alysson—. Te estaba buscando, Aly, ¿nos vamos? Terminemos esta cena porque luego tenemos que divertirnos de verdad.

—Vámonos —responde Alysson, mirando a Marina y luego a mí. —Hasta luego, Héctor.

—¿Divertirnos? —pregunto.

—Claro, después de esta aburrida cena, tenemos que divertirnos de verdad —comenta Alysson emocionada.

—Sí —responde Marina.

Las dos se toman de la mano y se marchan, muy cercanas, por cierto. Yo las sigo poco después, volviendo al salón. Es mi turno de dar los discursos de apertura para las subastas. El maestro de ceremonias me saluda, subo al escenario, pronuncio el discurso previsto e inicio las actividades.

Había una mesa reservada para nuestra familia, Santiago, mi madre, Marina y Paola estaban allí. Había un asiento vacío junto a Marina y otro junto a Paola. Apuesto a que fue idea de Paola reservar mi asiento junto a ella. Por supuesto, no soy idiota, así que tomé la silla y la puse junto a Marina.

—Buenas noches, chicos —los saludo.

—Buenas noches, hijo, estás guapísimo —dice mi madre.

Intercambio un beso rápido con ella, saludo a los demás, excepto a Paola, y me siento. Un poco más tarde, llega Alysson, parece estar hablando con alguien por el móvil y se sienta junto a Marina y a mí.

Mientras las subastas continúan, hablamos de varios temas. Marina ya había presentado a todos a Alysson, quien parecía entretener no solo a mí, sino también a los demás miembros de

la mesa, excepto Paola, quien de vez en cuando intentaba ridiculizar a Alysson con preguntas malintencionadas. Pero para su desgracia, Alysson era demasiado astuta y no se dejaba callar, respondiendo con clase y elegancia. Me encantaba verlo desde mi posición en el palco, sin interferir, simplemente dejando que las cosas sucedieran.

Compré dos lotes en la subasta, solo para ayudar con la recaudación de fondos. Cuando me di cuenta de que Marina y Alysson se despedían de todos en la mesa, aproveché para hacer lo mismo. Santiago iba a dar el discurso de clausura, así que pude retirarme. Inventé alguna excusa tanto para Santiago como para mi madre y me fui rápidamente.

Me apresuré hacia el estacionamiento, donde Marina y Alysson ya estaban. Corrí para alcanzarlas y ellas se asustaron al verme jadear, golpeando la ventanilla del coche. Marina rápidamente abre la ventana.

—¿Te has vuelto loco, Héctor? —protesta Marina.

—Loco por salir de este aburrimiento, ¿a qué discoteca van a ir? —pregunto, aún jadeando por la carrera.

—Voy a la que está cerca y tiene el amigo de Teo. ¿Por qué quieres saberlo?

—Quiero ir contigo, ¿puedo?

—¿Desde cuándo quieres salir conmigo, hermanito? —me pregunta Marina riéndose, y luego mira a Alysson. —¿Te parece bien, Alysson? Era una noche de chicas, así que...

—Supongo que sí —responde Alysson, aunque parece un poco insegura de su respuesta.

—Bien, ¿nos sigues? —pregunta Marina.

—Claro, lo haré.

Me dirijo a mi coche, emocionado, aunque no entiendo muy bien por qué, ya que las discotecas no son realmente de mi agrado. Pero hoy me empeño en seguirlas. Creo que es mi instinto protector, después de todo, Marina es mi hermana.

Las sigo y el trayecto es relativamente corto, ya que la discoteca está en el mismo barrio. Es un lugar exclusivo y de alto nivel, al que he ido algunas veces, sobre todo cuando quiero conocer a nuevas personas o establecer contactos para encuentros casuales.

Ellas bajan primero, entregan las llaves al aparcacoches y me esperan en un lateral. Yo hago lo mismo y me uno a ellas justo después.

—Reservaré una mesa para nosotros —digo con determinación.

Me alejo y me dirijo a la ventanilla VIP, donde reservo una mesa y aprovecho para elegir algunas bebidas. Vuelvo con las dos chicas, que charlan y sonríen entusiasmadas.

—Bien, aquí tienen sus identificaciones —les entrego las identificaciones—. ¿Entramos?

—Por supuesto. Y ya que estás aquí, tú pagas la cuenta —dice Marina.

Les ofrezco mi brazo, primero Marina entrelaza su brazo con el mío y luego señala con

la mano a Alysson, quien, de mala gana y un poco desconcertada, hace lo mismo. Me coloco en medio de ellas y los tres entramos a la discoteca. Está muy concurrida, con música animada, poca iluminación y mucha gente moviéndose a nuestro alrededor.

Solo puedo relajarme cuando llegamos a nuestra mesa. Está ubicada en un lugar más reservado, estratégico y con vista a la pista de baile. Nuestras bebidas ya están allí, listas para ser disfrutadas.

—Pedí una copa para nosotros —digo yo.

Alysson estaba más callada, sonreía de vez en cuando, pero parecía evitarme, desviando la mirada hacia otro lado. Esperé a que las dos terminaran con la sesión de selfies y me acerqué a ella en ese momento, aprovechando que Marina se tomó un descanso de publicar fotos en las redes sociales.

—¿Te gusta bailar, Alysson? —le pregunto.

—Sí, bailar es bueno para el alma, ¿no? —responde, mirándome.

—No creo que se me dé bien, prefiero limitarme a observar.

—¿Estás loco? Todo el mundo aprende a bailar en la vida, Héctor. Es sencillo, solo tienes que moverte al ritmo de la música —me responde, sorprendida.

—¿Nos vamos, Alysson? Me muero de ganas de bailar hasta que mis pies no puedan más —dice Marina al volver con nosotros. —¿Vienes, Héctor?

—No, solo las miraré.

Las dos se dirigen hacia la pista de baile, mientras yo pido dos copas más y me las bebo rápidamente. Observo la sala y veo a algunas mujeres hermosas que captan mi atención, pero solo por unos segundos, ya que mi mirada esa noche se centra en una sola persona: Alysson.

Alysson baila con una hermosa sonrisa en los labios, se nota la satisfacción en su rostro y parece que disfruta lo que está haciendo. Mueve su cuerpo al ritmo de la música, su cabello se agita con la misma intensidad, sin mencionar sus pechos. Marina está frente a ella, parecen amigas de toda la vida y se divierten mucho juntas.

Me distraigo cuando el camarero llega con el whisky que he pedido, apenas le doy las gracias y vuelvo mi mirada hacia la pista de baile. Veo que un tipo se acerca demasiado a Alysson, más de lo que me gusta, y ella parece molesta, apartándose de él en dos ocasiones. Mi cuerpo se pone en alerta, dejo la bebida, me levanto y me acerco hacia ellas, tal vez mi presencia lo aleje de ellas.

Solo faltaba salir del VIP y llegar a la pista de baile, y el problema ya estaba desatado. Aunque la música seguía sonando, la multitud se había detenido, formando un círculo alrededor de ellos. Marina intentaba calmar a Alysson, quien gritaba furiosa al hombre, retenido por dos guardias de seguridad.

—¿Qué está sucediendo aquí? —pregunto, preocupado.

Nadie me responde, pero puedo deducirlo por las frases que se escuchan.

—Eres un desgraciado y estás recibiendo lo que te mereces —grita Alysson.

—¡Si me tocas, zorra, te denunciaré! —grita el hombre, retenido por los guardias de seguridad, en respuesta a Alysson.

—Lo haré, desgraciado, intentaste agarrarme los pechos, repugnante.

¿Qué? ¡Mi sangre hierve de ira!

—¿Te tocó, Alysson? —pregunto, furioso.

Miro al miserable bastardo, deseando darle un puñetazo en la cara, pero sé que podría empeorar las cosas.

—Sí, pero no logré lo que quería porque sé defenderme. Le di un puñetazo en la cara.

—Si no quieres que te toquen, viste de forma decente, zorra —grita el sujeto.

—Visto como quiero, no tienes derecho a tocarme sin mi consentimiento, desgraciado —replica Alysson.

—Ven a tocarme aquí. —Presiono mi entrepierna. —Desgraciado —grito, acercándome hacia él.

Un guardia de seguridad me impide llegar hasta él, y luego llegan dos policías.

—Se acabó la confusión, regresen a sus asientos. Caso cerrado —dice uno de los policías.

—No hay caso cerrado, quiero denunciarlo por acoso sexual. Este loco intentó tocarme —protesta Alysson.

—Entonces, todos a la comisaría. Resolveremos esto allí.

El individuo jura y se queja, pero el policía le advierte que coopere, por lo que se calla y todos salimos del club. La policía nos escolta hasta la comisaría.

Una vez en la comisaría, le pido a Marina que llame a nuestro abogado y le informe dónde nos encontramos.

—¿Están bien? —pregunto cuando logramos sentarnos.

—Lo estaré cuando ese desgraciado pague por lo que hizo.

Se frota las manos, se ve abatida y triste.

—¿Puedo ver tu mano? —le pregunto.

Ella me la ofrece, pero sigue con la cabeza gacha, parece estar reflexionando.

Examiné su mano y no parece estar rota, la toco suavemente y masajeo el dorso. Alysson me mira intensamente durante unos minutos, luego sonrío de manera extraña, no entiendo por qué.

—¿Qué te ocurre? —le pregunto.

—Me has recordado a mi hermano mayor. Siempre que me metía en peleas en el colegio, él me masajeaba la mano mientras me daba un sermón —comenta Alysson.

—¿En serio? No pareces alguien que se haya peleado en el colegio.

—Sí, no te equivoques. Digamos que no soy de las que se llevan la mierda a casa.

—No te voy a dar un sermón porque creo que hiciste lo correcto —le digo.

Ella se ríe de nuevo.

—El sermón de mi hermano solo era cuando mi padre estaba cerca. Bastaba con que me diera la espalda para que Adriano me enseñara a pelear, algunos golpes y tácticas de defensa —dice y se ríe.

—Supongo que fueron lecciones útiles. Le diste al imbécil en las narices.

Nos reímos y luego Marina se nos une junto con el abogado de la familia. Por suerte, el Dr. Gouveia era amigo del jefe de la comisaría, así que rápidamente nos tomaron declaración a mí y a Marina como testigos, y finalmente registraron la denuncia de Alysson. Como nos escucharon primero, nos fuimos primero, dejando al idiota allí en la comisaría.

Agradecí al abogado y nos despedimos frente a la comisaría. Me ofrecí a llevar a Alysson a casa, y pasamos por el apartamento de Marina para que ella recogiera sus cosas.

Durante el trayecto, Alysson no dijo ni una palabra, yo también tenía miedo de preguntarle algo, así que pensé que era mejor callar. Vivía bastante lejos, en un barrio de clase media, pero el tráfico era bueno, así que no tardamos mucho. Cuando nos detuvimos frente al edificio que me indicó, tocó la manija del coche para bajarse. Le toqué el brazo despacio.

—¿Puedo subir contigo? —le ofrecí.

—No hace falta, ya has tenido la amabilidad de traerme aquí en la plebe —responde, pero no me mira.

—Insisto, por favor.

Solo entonces me mira, con el rostro un poco triste. No sé si por lo que había pasado o por mi insistencia. Respira hondo, toma su bolso y abre la puerta del coche.

—Bien, vámonos —dijo.

La acompañé hasta la puerta de su departamento, no sabría decir si fue la precaria seguridad del predio o su estado lo que me hizo querer acompañarla. Subimos en el más absoluto silencio, por no decir angustioso, porque fuera del ambiente laboral ella estaba muy animada. Esperé pacientemente a que abriera la puerta.

—Ya hemos llegado, ¿quieres entrar un momento? —preguntó.

—Sí —confirmé.

Entramos, ella cerró la puerta, era un piso sencillo, apenas había un sofá en la sala, todo era pequeño y viejo, los muebles parecían formar parte del mobiliario desde que se construyó. Mientras miraba el minúsculo piso, Alysson se dirigió hacia la ventana. Yo estaba tan perdido preguntándome cómo se las arregla alguien para vivir en un sitio tan pequeño, que no me di cuenta de que estaba llorando, hasta que la oí gemir.

¡Mierda! ¿Qué está pasando? ¿Qué hago ahora?

Capítulo 10

Héctor

Durante unos minutos me quedé allí sin reaccionar, pero me acerco lentamente y le tocó el hombro suavemente. No sé qué decir, no sé cómo consolar a una mujer en esta situación, nunca antes me había enfrentado a algo así. Tomó la iniciativa, la atraigo hacia mí y le ofrezco mi pañuelo. Ella acepta el pañuelo y también mi abrazo. Nos quedamos unos minutos abrazados en medio de la diminuta habitación, en completo silencio, siento su presencia en mis brazos.

Y... ¡maldita sea! Disfruto de la sensación y del contacto de nuestros cuerpos, pero no debería, ella está llorando y yo estoy pensando en...

¡Carajo! Toma el control, Héctor.

Lucho internamente para controlar mis instintos y preocuparme más por su estado emocional que por lo físico. Después de unos minutos de llanto, cuando está más calmada, la llevo al sofá, la siento y salgo hacia la cocina. Cojo un vaso de agua fría de la nevera y regreso. Me siento a su lado, aún en silencio, y le ofrezco el vaso con agua.

—Gracias, Héctor.

Ella toma el vaso y bebe un sorbo lentamente.

—Lo siento, no soy un buen consejero, no sé cómo actuar, pero estoy aquí para lo que necesites —le explico.

Ella sonríe y me mira, con los ojos aún enrojecidos.

—Ya me has ayudado con tu abrazo, gracias de verdad.

—No soy tan malo, ¿ves? —bromeo, tratando de hacerla sonreír.

Funciona, ella se ríe. Me gusta verla reír, aunque solo sea por unos segundos.

—No, no eres tan malo. Debo admitir que me gustas más aquí y ahora que como mi jefe en el banco, porque allí eres demasiado exigente.

—¿Exigente? —Finjo estar decepcionado. —Soy tan...

—Perfeccionista, esa es la definición correcta, pero tienes razón, eres el jefe y quieres lo mejor para el banco, y lo entiendo.

—Te lo agradezco, pero hoy solo estamos aquí Héctor y Alysson, así que olvidémonos del trabajo por ahora. ¿Quieres hablar un poco?

Tomo su mano lentamente, en un intento de animarla, pero lo que siento en este simple contacto es un deseo incontrolable de tener más de ella. No me reconocía a mí mismo, esta no es mi forma de cortejar a una mujer, o mejor dicho, no suelo cortejar mujeres y soy directo en mis

intenciones. Normalmente, en cuestión de horas, ya estaría en la cama con la conquista del momento, y eso era suficiente. ¿Por qué estoy siendo cuidadoso y considerado con Alysson? No entendía mis propias acciones y me asustaba, pero no quería huir, no podía alejarme. Creo que es por su estado emocional.

—Odio que me vean como un objeto, ¿sabes? Pasé toda mi juventud escondiendo mis pechos porque todo el mundo me miraba con lujuria desde muy joven. Siempre he tenido pechos grandes. Y lo de hoy ha sido como un detonante, me ha traído tristes recuerdos que quiero olvidar.

¡Maldita sea! Fue como un puñetazo en el estómago. Porque sus pechos me atraen. Quería decir algo, pero no sabía cómo ni qué, así que tomé un largo respiro y dejé que Héctor se hiciera cargo.

—Yo... te entiendo, pero no pienses que tus pechos son algo malo. Míralos como una cualidad, algo hermoso en ti. Pero eres más que eso, eres divertida, atractiva, inteligente. Deberías olvidar a ese idiota. Sé que lo que hizo fue grave y que no tenía tu permiso, pero es un tonto que no se merece tus lágrimas.

Una tímida sonrisa llena de esperanza se dibuja en su rostro. Bebe un poco más de agua y ahora está más tranquila. Nunca antes había consolado a una mujer, excepto a mi hermana, pero eso no cuenta. Me siento bien, sabiendo que contribuí a que ella se sintiera mejor.

—Gracias por tus palabras, Héctor.

—Agradécemelo volviendo a ser la Alysson receptiva y divertida que me hace reír.

—Lo intentaré. —Respira hondo y se levanta. —Te agradezco mucho que hayas escuchado mis lloriqueos, no quiero robarte más tiempo.

Me levanto también, acercándome a ella. Su mirada sigue triste, pero entiendo que me está regañando. Sonrío, no muy contento, y la sigo hasta la puerta.

—Por favor, llámame si necesitas algo —le pido.

—No tengo tu número personal, Héctor.

—¿De verdad? —Me sorprende. —Dame tu móvil, te guardaré el contacto.

Se dirige al sofá a buscar su bolso, lo encuentra rápidamente, regresa y me lo entrega. Antes de que pudiera guardar el contacto, recibe una llamada de un número que no está en su agenda, se lo devuelvo, no contesta, cuelga y me devuelve el teléfono.

—¿No quieres contestar antes? Es tarde, podría ser algo urgente.

Antes de que pudiera contestar, el número volvió a llamar. Parecía un poco molesta por la llamada y no muy dispuesta a contestar, pero lo hizo.

—Hola... ¿cómo has conseguido mi número? —Esperó la respuesta, sonaba aprensiva. —No quiero hablar contigo, olvídate...

Termina la llamada y su semblante cambia de repente. Camina de un lado a otro de la

habitación, hace algunos ejercicios de respiración, está claramente nerviosa.

—¿Va todo bien con la llamada? —pregunto mientras me acerco.

—¡Solo quiero paz! Parece que hoy todo el mundo ha decidido volverme loca —se queja, un poco llorosa.

—¿Hay algo que pueda hacer para ayudarte?

Se queda pensativa un momento y luego me dedica una amplia sonrisa que me anima.

—Hay algo, ¿me llevas a algún sitio? —me pregunta con los ojos brillantes.

—Sí, pero solo si puedo acompañarte —sugiero.

—Pero si ni siquiera sabes dónde es, y mucho menos qué voy a hacer allí —protesta, riendo.

—Confío en tu elección.

—¡Cuidado, eh! —Le advierto bromeando. —No quiero que luego me echas la culpa, digamos que tengo unos gustos un poco locos.

—Un poco de locura a veces viene bien.

—Bien, entonces vamos. Guarda tu contacto y te mando la localización —ordena.

—Perfecto.

Hago lo que me dice. En unos segundos recibo la localización del lugar, al principio no tiene descripción, solo las indicaciones de la calle y el barrio, y por la dirección proporcionada, no tengo la menor idea de qué puede ser el lugar.

—¿Vamos vestidos adecuadamente? —pregunto, antes de salir.

—Eso depende, si quieres seguirme, tal vez lleves demasiada ropa, pero como creo que el señor almidonado solo querrá mirar, ¡vamos!

—¿Señor almidonado? —pregunto.

Abre la puerta del piso y sonrío.

—Vamos, por el camino te explicaré lo que es un almidonado.

—Sé lo que es un almidonado, solo que no entiendo el motivo de la elección del apodo, Alysson —protesto.

Salimos del departamento. Ella cierra la puerta y se ríe, porque me he quejado del apodo. En este ambiente relajado, llegamos a mi coche y nos ponemos en marcha.

Alysson eligió las canciones del equipo de música del coche, tarareaba sin parar, eso hasta me hizo reír, le gustaba un poco de todo, todas las canciones eran favoritas y se sabía la letra.

—¿De verdad no me vas a decir nuestro destino? —pregunto, entre canción y canción.

—No, espera y verás, cariño.

Me guiña un ojo con picardía, incluso dudo de esa sonrisa.

—¡Dame una pista! —insisto.

—Es algo que siempre hago cuando estoy triste o irritada.

—Cuando estoy muy irritado me gusta mucho coger —digo y la miro fijamente, en un intento de verla avergonzada.

Pero nada de eso parece funcionar con ella, por no mencionar que casi nunca consigo dejarla boquiabierta.

—Ah, cariño, nos parecemos más de lo que pensaba.

En esto debo darle la razón, y esta similitud nuestra empieza a asustarme. Pocos minutos después entramos en la calle que nos indicaba el GPS, era un barrio de las afueras, a pesar de lo avanzado de las horas, la calle estaba muy transitada. A lo lejos vi muchas luces, parecía un parque de atracciones, reduje la velocidad cuando el GPS indicó girar a la izquierda en doscientos metros.

Cuando el GPS indicó nuestro destino final, estaciono el coche y la miro confuso. Me pregunto si estamos en el lugar correcto.

—¿Hemos... llegado al lugar correcto? —pregunto.

—Sí, ¡exactamente! Ven, bajemos.

—¿Esto va en serio? —pregunto, incrédulo de que estemos en un parque de atracciones.

—Un momento. —Me mira fijamente. —Quítate también el reloj, los gemelos, la corbata y el saco.

—¿Qué tan peligroso es esto? —pregunto, un poco preocupado por nuestra seguridad.

—No, claro que no, es solo que no quiero que se enteren de que eres un almidonado. —Me revuelve el pelo. —Ahora estás más presentable.

Rio, ya que estamos aquí, ¿qué es lo peor que podría pasar? Salimos juntos del coche, sigo a Alysson, que entrelaza mi mano con la suya. Me parece extraña su reacción, pero me gusta sentir el contacto entre nuestras manos.

Era un parque de atracciones con derecho a la noria y algodón de azúcar. Paramos primero en la boletería, Alysson ya era íntima y conocida de los empleados, desde lo poco que caminábamos, ya había saludado a varias personas.

Después de las entradas compradas, me tomó de la mano y empezó a tirar me por el parque, ni siquiera me preguntó si quería participar, se paró en la entrada de la primera atracción: los autos chocadores.

—Ven, quiero ver si voy a seguir pensando que eres un almidonado.

—No me gusta mucho, pero vamos, yo elijo la siguiente atracción.

—¡Listo! —su sonrisa se ensancha.

A pesar de la hora, aún quedaba gente por el parque, por suerte había poca cola para los coches, entramos justo después. Alysson iba como una niña, conduciendo como una loca, chocó primero contra mi coche, ni siquiera me dio tiempo a organizarme.

—Eres muy lento, almidonado —grita y se ríe como un niño.

Me abrocho el cinturón de seguridad y voy hacia ella, chocamos los coches unas cuantas veces, pero ella es demasiado buena en eso, huye rápido, dejándome acorralado la mayor parte del tiempo entre los otros participantes. Fue divertido, yo intentando atraparla, y ella huyendo y riendo feliz.

Después de los coches, subimos a una pequeña montaña rusa, que elegí yo, comimos algodón de azúcar, jugamos al tiro al blanco, a pescar, y por último, fue su favorita: la noria.

—Primero las damas. —Le tiendo la mano y la guío para que se siente en el banco.

Me siento frente a ella, que tiene dos churros para nosotros. No sé qué hago aquí, comiendo un montón de porquerías y divirtiéndome en un parque de atracciones de corral, pero creo que la compañía ha hecho que merezca la pena. Me está gustando conocer un poco su mundo.

Me ofrece el churro, lo analizo un poco antes de comerlo, sabe Dios cuánto tiempo llevan fritos.

—¿No vas a decir que no te lo va a comer, señor almidonado? —pregunta ella.

—Claro que sí —respondo, no muy seguro.

Doy el primer bocado. ¡Lo que Dios quiera! Y me sorprende el sabor, aún estaba un poco caliente, sabroso, no demasiado dulce, increíblemente bueno.

—¿Qué tal? ¿Te ha gustado? —pregunta Alysson.

—Vaya, qué bueno.

En pocos minutos devoré el churro, de verdad, fue uno de los mejores que he comido. Alysson también, después de comer, me quedé mirándola, que estaba admirando el parque desde arriba, con una mirada de satisfacción tan increíble, que no puedo entender, ¿cómo algo tan banal y sencillo como este parque puede provocar tantos sentimientos en ella?

—¿Puedo hacerte una pregunta? —pregunto, interrumpiendo sus pensamientos.

—Claro, ¿qué te gustaría saber?

—¿Por qué te gusta tanto este parque?

—No me gusta este en particular, me gustan los parques de atracciones. No siempre tuve una vida fácil, Héctor. Mi madre murió muy joven, dejando a mi padre con tres hijos, yo soy la menor, cuando ella murió yo tenía once años. —Ella me miraba, parecía un poco emocionada. —Así que mi padre no se volvió a casar y tuvimos que ayudarlo desde muy pequeños. Era camionero, pero cuando murió mi madre vendió el camión y compró un bar de carretera para poder cuidarnos. Hizo de ese bar nuestro medio de vida.

—No tenía ni idea, Alysson —digo, sorprendido.

—Sí, ya lo sé. Desde muy pequeña prácticamente solo estudiaba y trabajaba, y como mi

padre y mis hermanos trabajaban en el bar, casi nunca salía a divertirme, fueron pocas las veces que conseguí ir a un parque como este cuando era pequeña. Mis mejores recuerdos son de cuando mi tía venía del campo y me llevaba a hacer cosas de niños, entre ellas visitar parques de atracciones. Cada vez que llegábamos al parque, ella me decía: "olvídate del mundo exterior, esto es un portal mágico, solo puedes entrar si eres feliz, así que pon tu mejor sonrisa" y desde entonces, estos lugares se han convertido en mi refugio, nadie lo sabe, ¿sabes? Es mi secreto, eres la primera persona que viene aquí conmigo y con la que hablo abiertamente de ello.

—Ok, no se lo diré a nadie. Gracias por confiarme tu secreto, Alysson.

—Ahora me toca a mí preguntar. Es inútil que mientas, te he dicho la verdad. —Advierte, sería. —¿Por qué estás tan enfadado con Paola?

—No quiero hablar de cosas desagradables, ¿has olvidado que aquí está prohibido estar triste? —digo, riendo.

—Bueno, esta vez te lo permito. Entonces respóndeme otra cosa. ¿Te has casado alguna vez?

Me río, confieso que la pregunta me produjo una extraña satisfacción.

—Creía que tú también habías investigado mi vida personal en Internet, Alysson —añado.

—¿Y por qué iba a hacerlo, si puedo preguntárselo a ti? —bromea.

—No, nunca he estado casado, digamos que esto del amor no es para mí.

—¡Vaya! Empiezo a tenerle un poco de miedo —dice y sonrío, parece un poco nerviosa.

—¿Por qué? —pregunto, sorprendido.

—Porque yo también pienso lo mismo, no he nacido para estas cosas del matrimonio.

—¿De verdad? Todas las mujeres piensan en casarse, Alysson.

—Pero yo no soy como todas las mujeres, Héctor. Digamos que las experiencias me han hecho cambiar de opinión, así que es mucho mejor así. Estoy sola conmigo misma, hago lo que quiero, cuando quiero, salgo con quien quiero sin dar explicaciones. Es mucho más práctico y placentero. —Parpadea. —¿No te parece?

Estaba tan absorto en sus palabras que ni siquiera pude contestar. De hecho, estoy sorprendido, porque me la imaginaba totalmente distinta de lo que declara ahora. El juego se detuvo, era nuestra hora de bajar, pero pagué nuevas entradas, quería oír más, continuar la conversación donde la habíamos dejado.

—Estoy de acuerdo, las relaciones amorosas siempre arruinan las cosas —comencé de nuevo.

—Sí, solo nos hacen sufrir —confirma ella, convencida.

—Mucho mejor sexo sin ataduras —le sugiero.

—¡Ah, sin duda! Mucho mejor —confirma ella, asertiva.

—Y preferiblemente con personas con las que tengamos afinidades y que piensen como nosotros —digo con seriedad.

Alysson me mira fijamente de inmediato, abre la boca para hablar, se queda un poco pensativa, tal vez nerviosa, no lo sé con exactitud. Obviamente ha entendido mi indirecta, por eso su sonrisa relajada ha desaparecido, parece sorprendida por mi discurso.

—Sí, jeso es! —confirma, menos emocionada que otras veces.

Después de eso, el ambiente se volvió un poco extraño, un intenso intercambio de miradas. Me dan ganas de besarla en ese momento, pero nos sorprende la noria que se detiene de nuevo. Esta vez, ella fue más rápida y bajó primero, no me dio oportunidad de pagar otra vez, así que tuve que hacer lo mismo.

—Creo que ya podemos irnos, ya me he divertido bastante —dice, pero no me mira a la cara.

—No sin probar una de esas bebidas de allí. —Señalo la tienda. —¿Vamos?

—Sí, seré amable contigo, almidonado. —Me da un puñetazo en el hombro lentamente al pasar a mi lado.

El tipo de la barra, que, por supuesto conocía a Alysson, nos ofrece dos copas de fresa. Estaban buenísimas. Alysson me acompaña, luego pido otra, esta vez de fruta de la pasión, también estaba muy buena. He probado muchas bebidas por el mundo, y estas no tenían desperdicio, estaban realmente buenas.

—Creo que ya es hora de parar, almidonado, o mañana tendrás resaca —me advierte Alysson.

—Yo sé cuidarme, ¡relájate! Una más, esta vez quiero el... —Miro la pizarra colocada en el atril, leyendo y sonriendo ante los creativos nombres, hasta que me detengo en uno muy interesante. —Quiero esto: "Bésame ahora" y luego "Llévame a casa".

Miro a Alysson, esperando que entienda mi mensaje.

—¿Y tú, Alysson? ¿Prefieres "Bésame ahora" y "Llévame a casa"?

Durante unos minutos reina el silencio, nuestras miradas se conectan, de nuevo la dejo sin palabras.

El camarero se da cuenta de nuestro flirteo y se anticipa:

—¿Quieres lo mismo, Alysson? —La mira a ella, quien niega con la cabeza.

Por la negación de la copa, creo que ella también quiere decir que no a mi invitación implícita. Intento disimular mi frustración, pronto están listas las bebidas y las bebo rápidamente.

—Uno de los dos tiene que estar consciente para volver a casa —justifica ella.

En pocos minutos me bebo las dos, estaban muy buenas, pido otra y otra, mientras el barman nos cuenta historias hilarantes, es bastante divertido, ya ha viajado por todo Brasil y tiene muchas historias que contar de sus casi treinta años de carrera como barman. Hasta que me

siento un poco mareado, me tambaleo un poco. Alysson se da cuenta, me toma del brazo y lo apoya en sus hombros.

—Te dije que estas bebidas son peligrosas —advierte con seriedad.

—Estoy bien, pero puedes quedarte aquí en mis brazos. —Me río, sin saber siquiera de qué estoy hablando. —Creo que tenías razón, estas bebidas son peligrosas, pero aquí hay algo más peligroso que ellas.

—Creo que será mejor que nos vayamos.

Caminamos juntos hasta mi coche, ella toma la llave de mi cintura, me acomoda en el asiento del copiloto y se sube para conducir.

—Vamos a mi casa y desde allí llamaremos a tu chofer, ¿está bien? —sugiere.

—¿Me vas a llevar a casa? —pregunto sonriendo. —El efecto indirecto de la bebida funcionó.

—No te hagas ilusiones, Héctor. Es solo hasta que tu chofer venga a recogerte.

Desde que salimos hasta que llegamos a su departamento, no recuerdo nada, solo a Alysson acomodándose en el sofá de su sala y pidiéndome que desbloquee el móvil para llamar a mi chofer. Después de eso, solo tengo destellos de recuerdos, hasta que me desmayo por completo.

A la mañana siguiente, me despierto con un dolor de cabeza infernal y el ruido de golpes en la puerta. Estoy aturdido, no puedo levantarme y mucho menos abrir los ojos. Intento recordar lo que pasó la noche anterior, lo último que recuerdo es a Alysson pidiéndome que llame a mi chofer.

Los golpes en la puerta continúan y aumentan considerablemente. Abro los ojos, la luz me molesta, me siento en el sofá y solo entonces me doy cuenta de que todavía estoy en casa de Alysson. Con una resaca asquerosa y muy adolorido por haber dormido en un sofá tan pequeño.

Estoy sin camiseta y descalzo. Veo la figura de Alysson, que se acerca para abrir la puerta. Le agradezco, pero mi tranquilidad desaparece rápidamente cuando la oigo gritar.

—¡Fuera de aquí! No quiero volver a verte.

Me pongo de pie, preparado, al ver que ella intenta cerrar la puerta y alguien desde afuera la abre con fuerza. La atraigo hacia mí, en un acto de protección, la abrazo entre mis brazos, hasta que la persona del otro lado logra entrar, pero se sorprende al verme dentro del departamento, está claro que esperaba que Alysson estuviera sola.

El hombre me mira confuso, un largo silencio se instala entre nosotros. Era delgado, con el pelo rizado y el rostro pálido. Me mira con gran temor, no puede reaccionar ni decir nada, hasta que tomo la iniciativa.

—Lárgate de aquí ahora mismo, si quieres seguir teniendo todos los dientes en esa repugnante boca tuya —le grito, apuntándole con el dedo en la cara.

Capítulo 11

Alysson

La voz de Héctor resonó en la habitación. Estaba tan sorprendida por la visita de Bruno que olvidé por completo que Héctor dormía en mi sofá.

—Quiero hablar con Alysson —aclaró Bruno.

—No quiero hablar contigo, lárgate, Bruno. No tenemos nada más que hablar.

—Todavía tenemos asuntos pendientes que arreglar, Aly, por favor, habla conmigo —le pidió, como si fuera realmente importante tener esta conversación ahora.

—Fuera de aquí, ella ya ha contestado —grita Héctor.

Héctor intenta acercarse a Bruno, pero lo retengo, no quiero verlos pelear, no hoy, no ahora.

—Ese es el tipo de hombre que... —Bruno intenta hablar.

—¡Cállate, Bruno, ¡y sal de aquí! —Grito y voy hacia la puerta. —¡Ya!

Bruno y Héctor todavía intercambian miradas amenazadoras, pero eso es todo. ¡Uf! Bruno se marcha finalmente en silencio. Cierro la puerta, sólo entonces respiro tranquilamente.

Héctor se acerca, me toca la cara lentamente y me abraza. Es extraño estar entre sus brazos, pero siento tanta tranquilidad, que incluso pienso que, si él no hubiera estado aquí, le habría dado a Bruno la oportunidad de explicarse.

Es extraño estar abrazados, pero extrañamente reconfortante.

Ya más tranquila, como soy mucho más pequeña que él, estoy prácticamente a la altura de su pecho, más aún sin tacones. Puedo sentir sus músculos con mucha facilidad. Y ¡maldita sea! Es mucho más fuerte y viril de lo que imaginaba.

Me pica la mano y quiero tocarlo, así que coloco una de mis manos en secreto sobre su pecho, la deslizo hacia abajo muy lentamente, poco a poco, ansiosa por tocar su abdomen. No puedo verlo, pero tal vez puedo sentirlo. ¡Vaya! Quiero sentirlos.

—¿Estás bien? —pregunta Héctor y me aparta para mirarme.

Vaya, he estado tan cerca de sentir sus abdominales. Mi mirada se dirige inmediatamente a su pecho. Es aún más guapo de lo que imaginaba, ligeramente bronceado, guapísimo y tan atractivo como un modelo en la portada de una de esas revistas femeninas.

— Sí, estoy bien — respondo, disimulando mi mirada después de recuperar el aliento.

— ¿Quién es ese idiota? — pregunta, y parece un poco molesto.

— Es una larga historia. Creo que sería mejor que preparemos un café mientras

conversamos. Y tú, ¿estás bien? — pregunto, alejándome de él y dirigiéndome hacia la cocina.

— Sí, solo con un poco de dolor de cabeza.

Heitor me sigue, aún sin camisa. Cojo dos tazas y las colocó en la encimera, añadiendo el café a la cafetera mientras le echo un vistazo de reojo a su físico. Debería estar muy nerviosa por la visita de Bruno, pero no lo estoy. Estoy tan tranquila que ni siquiera puedo explicarlo.

— ¿Qué hora es? — pregunta Héctor.

Miro el reloj de pared sobre la nevera y respondo.

— Son las 10:45. ¿Tienes algún compromiso, Héctor?

— Tenía, pero olvídale. Ahora quiero saber quién es ese Bruno.

— Es mi ex. Digamos que terminamos de manera unilateral, y creo que está aquí para intentar arreglar las cosas que hizo mal.

— Pensé que no eras de compromisos — dice con sarcasmo.

— Ahora ya no, pero lo fui en su momento. Digamos que Bruno destrozó mi corazón y mi deseo de tener una relación amorosa de nuevo.

— ¿Todavía sientes algo por él? — pregunta, serio.

Río, ni siquiera sé cómo responder. La cafetera emite un pitido, sirvo dos tazas y me siento en el taburete al otro lado de la encimera, frente a él.

— Es tan curioso, tuve un fin de semana muy loco. ¿Y adivina con quién lo estoy compartiendo? Con mi jefe.

Río de nuevo, Heitor sigue serio.

—Ya te he dicho que no soy tu jefe aquí. Y te he hecho una pregunta. —Frunce el ceño, me mira serio, como si estuviera celoso. —Quiero una respuesta.

—No, ya no siento nada por él, de hecho, sí. Un enorme deseo de darle un puñetazo en la cara, porque cuando me fui, él estaba en otro país, así que no podía hacerlo.

Héctor se ríe, aliviado por mi respuesta. Tomo otro sorbo de café y le toco la mano despacio.

—Quería darte las gracias por todo, ¡de verdad! Aunque mi fin de semana tenía todo para ser un fiasco, tu compañía me ha salvado.

Entrelaza su mano con la mía, sonrío maravillosamente y se inclina para apartarme un mechón de pelo de la cara.

—También me has salvado la noche. —A pesar de la sonrisa, la esconde rápidamente y vuelve a ponerse serio. —Pero... me preocupas aquí en este departamento, eres muy vulnerable, tu ex podría volver aquí y yo no estaré cerca y...

—No, Héctor, no te preocupes, Bruno no está loco por intentar algo...

—No, Alysson, no me fío de alguien que intenta entrar en casa ajena. Lo siento, pero no es de fiar.

—Sí, cuando lo piensas, tienes razón, y no creo que se rinda conmigo.

—Me gustaría que hicieras una pequeña maleta, te dejaré en el piso de Marina hasta que te consigamos un lugar seguro, ¿ok?

—¿Seguro qué? ¿Un lugar seguro? —pregunto sorprendida.

—Sí, tenemos algunas propiedades que pertenecen al grupo, entre ellas un edificio, el mismo en el que vive Marina, les pediré que comprueben si hay alguno disponible para que vivas tú. ¿Qué te parece?

—¿Esto va en serio? —Salto del taburete y corro hacia él, abrazándolo sin siquiera preguntar antes de poder hacerlo. —Dios mío, ¡no sé ni qué decir!

Héctor me devuelve el abrazo, al principio, por mi parte solo fue por agradecimiento, actué tan impulsivamente, extasiada ante la posibilidad de tener un lugar donde vivir más cerca de mi trabajo, que en el calor del momento no pensé con claridad.

La forma en que me devuelve el abrazo me deja confusa. De repente nos quedamos mirándonos fijamente, sin tener nada que decir, solo nuestros cuerpos denunciaban el deseo mutuo que teníamos. Con nuestras bocas casi pegadas, mi corazón palpitando fuerte, mis piernas flaquean. Intento, juro que intenté apartarme, pero hay algo en su mirada que me retiene, me doy cuenta allí, mirándolo fijamente, de que no era un juego, no era una competencia de seducción, era deseo, y no solo el suyo, el mío también.

—Yo... yo... —intento hablar.

—Tú... —anima a Héctor.

Me aparto rápidamente y vuelvo a mi taburete. Respiro con dificultad, nerviosa. ¡Maldita sea! ¿Qué ha sido eso?

Sacudo la cabeza, ignoro el suceso y vuelvo a sentarme en mi taburete, intentando fingir naturalidad. Porque la verdad es que no tengo ni la menor idea de lo que pasa entre nosotros.

—Te agradezco mucho lo que has hecho por mí.

—Estás en el consejo de administración, Alysson, es política de la empresa poner un departamento disponible a disposición de los empleados de este nivel.

—Es bueno saberlo. —Me quedé sin palabras. —Voy a recoger mis cosas.

Héctor no dice nada, corro hacia mi habitación, cierro la puerta, sólo entonces respiro con regularidad.

¿Qué ha sido eso? ¡Dios mío! ¿En qué estoy pensando? ¡Es mi jefe!

¿Qué mierda estoy haciendo?

Camino de un lado a otro de la habitación, tratando de olvidar lo que creo que acaba de suceder. De hecho, él me ha estado dando algunas pistas durante mucho tiempo, pero las ignoré porque pensé que eran solo burlas tuyas. Sin embargo, después de este abrazo y de lo que vi en sus ojos, es real. Su deseo es real, él quería besarme tanto como yo.

Maldita sea, Alysson. Otra vez no.

Hago algunos ejercicios de respiración más, necesito calmarme. Busco una maleta, elijo algo de ropa importante y después recojo todo. Por suerte tenía pocas cosas personales en el departamento, no será un problema cambiarme, ya que alquilé un departamento amueblado.

Me cambio de ropa, me pongo algo más adecuado para estar en presencia de mi jefe, sí, mi jefe, así es como hay que tratarlo, aunque esté en mi casa y sin camiseta.

Cuando recuerdo sus músculos viriles, su piel bronceada y suave... un calor recorre mi cuerpo. ¡Maldita sea!

No puedo pensar más en él, no puedo arruinarlo todo otra vez.

Vuelvo a la sala, él ya está vestido y hablando por el móvil, mejor así. Me señala la puerta y salimos juntos. Intento no hacer ruido y no llamar demasiado la atención, casi todo el camino ha estado alternando entre una llamada y otra a través del auricular. Según entendí, estaba hablando con varias personas, buscando un departamento para mí.

Cuando entramos en el edificio de Marina, respiro aliviada. En cuanto estaciona en el garaje, aprovecho que sigue hablando por el móvil para salir del coche, ni siquiera lo miro, tomo mi maleta, lo saludo con la mano y me dirijo hacia el ascensor.

No miro atrás, el miedo a mirar y caer en la tentación es demasiado grande.

Marina ya me está esperando en la puerta del departamento y, cuando me ve, corre hacia mí y me abraza fuerte.

—Ay, amiga, no puedo creer que te vayas a quedar aquí conmigo unos días.

—Son solo unos días, Marina, hasta que me encuentren un departamento adecuado.

Héctor llega poco después, intercambia unas palabras con su hermana y se marcha saludándonos a las dos. Antes de irse, me mira con una sonrisa increíble que me hace suspirar, pero lo disimulo, intento ocultar que me emociona.

—Espero que haya una vacante en este edificio, ¿te imaginas? Seríamos vecinas, sería maravilloso —dice, alegre y emocionada, mientras cierra la puerta.

—Por supuesto.

—Aly, puedes quedarte en la habitación de invitados, pero quiero conocer esa historia de Bruno —se dirige hacia el dormitorio y yo la sigo—. Cuéntame, cómo fue. Ya sabes cómo es Héctor, ¿no? Económico, no me contó casi nada.

Entramos en la habitación, Marina toma enseguida mi maleta y la pone sobre la cama.

—Ah, es una larga historia.

—Solo hay una cosa que no entiendo: ¿qué hacía Héctor en tu departamento? —pregunta preocupada.

—No es nada de lo que estás pensando —saco las mudas de mi maleta y las acomodo sobre la cama—. Después de la comisaría, me llevó a casa. Yo estaba un poco triste, así que me

preguntó qué podía hacer para animarme. Salimos y bebió demasiado. Pensé que era más seguro traerlo a mi casa y llamar a su chofer para que viniera a recogerlo, pero antes se desmayó en mi sofá, así que lo dejé allí igualmente.

—Menos mal que estabas por allí. Según tengo entendido, el tal Bruno intentó entrar en tu piso, ¿fue eso?

—Sí, y Héctor prácticamente lo invitó a irse de una forma muy poco amistosa, y Bruno, que es idiota pero no está loco, se fue.

—Conozco bien a mi hermano, sé lo protector que le gusta ser.

—Eso es, ya está —digo, cerrando la maleta y guardándola en el armario.

—¿Y quién es ese Bruno?

Llevo la ropa al armario, Marina me ayuda con los zapatos. Prácticamente solo he traído ropa de trabajo, pero había suficiente para al menos dos semanas. Terminamos de ordenar la última prenda y nos sentamos en la cama.

—Es mi ex, tuvimos una relación durante ocho años, hasta que un día me desperté y me di cuenta de que era yo la única que salía con él, la única que se lo tomaba en serio.

—¿Qué quieres decir, Aly?

—Digamos que era un mujeriego, me engañaba de forma asquerosa, y yo aguanté mucho en silencio porque creía que lo amaba, pero en realidad no me amaba lo suficiente como para darme cuenta de que me hacía daño, de que era tóxico e interesado.

Me limpio una lágrima de la cara que insiste en caer. Hablar de esa escoria aún me trae malos recuerdos.

—Hasta que un buen día llegué a casa y vi dos condones usados en la papelería de mi baño. En ese momento estaba de viaje por trabajo, pero volví el día anterior para sorprender a la escoria —respiro hondo, recordando la escena—. Fingí que no había visto nada, seguí tratándolo como siempre y lo planeé todo meticulosamente. Esperé a que se fuera al extranjero en un programa de intercambio. Durante ese tiempo, renuncié, vendí todos los muebles de mi departamento, rescindí el contrato de alquiler, pero como aún tenía un mes de alquiler pagado, dejé su bolsita de ropa en medio de la habitación con una simple nota: "Jódete". Después de eso, vine a São Paulo y hasta hoy no puedo creer lo estúpida que fui al creerle. ¿Puedes creer que tenía mi vestido de novia y el ensayo preboda pagados?

—¿En serio? ¿Y qué hiciste?

—Descubrí dónde vivía Bruno a través de un amigo en común después de que volviera del programa de intercambio. Alquilé dos carteles publicitarios, uno frente al edificio donde vive y el otro frente a su trabajo. Elegí las fotos más bonitas y sexys y las hice imprimir allí con una frase: "¿Me echas de menos? Vuelve al pasado, porque es el único lugar donde te quiero".

—¡Dios mío! Eres mi heroína —me dice y me abraza.

—Hasta el día de hoy me río cuando recuerdo la cara del fotógrafo. Encargué un ensayo preboda, y cuando el pobre llegó fue un ensayo desajustado, que terminó convirtiéndose en fotos sexys juntos. Y justo ese día, cuando volvía del ensayo, me encontré con tu hermano en el aeropuerto, al cambiar accidentalmente nuestras maletas.

—Aly, en serio, ¡me encantó! Bruno tuvo lo que se merecía.

—Y como nuestra ruptura fue unilateral, creo que por eso vino aquí. Creo que acaba de darse cuenta en lo que me he metido.

—Y tú, ¿cómo te sentiste al verlo de nuevo?

—¿Yo? ¡Genial! Sobre todo desde que vio a Héctor en mi departamento. Necesitaba verle la cara a Bruno.

Me río, feliz y emocionada al recordar la escena.

—¿Pensó que tú y Héctor tenían algo?

—Sin duda, sobre todo porque tu hermano estaba sin camiseta. Cuando Bruno forzó la puerta para abrirla, Héctor me estrechó entre sus brazos, lo que le resultó fácil deducir que teníamos algo, pero no es así, ¿sabes? Yo dormí en mi habitación y Héctor durmió en mi sofá, completamente borracho, ¡lo juro!

—No hace falta que jures nada, Aly, yo te creo —me toma la mano, sin parecer muy contenta por la posibilidad—. Yo también te quiero y a mi hermano también, incluso creo que son muy parecidos, pero prefiero que sigan con una relación profesional, no quiero que nuestra amistad se pierda en medio de todo esto.

—¡Claro que sí! Mi relación con Héctor es estrictamente profesional —confirmo.

Me abraza, se ve aliviada al escuchar mi respuesta, pero no estoy tan seguro como me gustaría. No entiendo por qué, pero siento mi corazón apretado. A pesar de confirmar lo que ella quería, la verdad es que en varios momentos pensé que Héctor y yo teníamos una gran química y que algo pasaba entre nosotros. Al final, es mejor olvidarlo.

—Ahora, ¡cuéntame más sobre ese Bruno, chica! Hasta yo quisiera que lo encontrarás, quisiera ser un mosquito para escucharlo todo arrepentido.

Nos reímos juntas. Hablamos unos minutos más, ella era maravillosa y teníamos una buena amistad, pero yo no podía entablar la conversación como antes, no después de lo que me dijo.

Es solo otra advertencia del cielo de que no debo recordar más los pectorales sensuales y los abdominales de Héctor.

¡Olvidalo, Alysson!

Capítulo 12

Alysson

La semana siguiente se alargó. Héctor estaba fuera prácticamente todos los días, y eso era mejor así. Tuve tiempo de terminar de leer las historias de todos los clientes y conocer la situación de cada uno de ellos antes de atenderlos.

Seguía viviendo con Marina, y cada día estábamos más unidas. Era una buena compañía. Era muy comunicativa, servicial y me arrastraba a casi todos los compromisos sociales que tenía, incluida la casa de sus padres.

Los padres de Marina eran encantadores y me recibieron tan bien como ella. Ni siquiera me sentí como una visitante, me sentí como en casa. María Rita y el poderoso Santiago eran muy acogedores. Tenía un poco de miedo, ya que era empleada, pero allí me trataban como a una amiga y no como a una empleada. Fue increíble cómo evitaban hablar de trabajo en casa.

El viernes llegué antes que Marina al banco. Se esperaba que Héctor llegara esa tarde, al menos eso decía su agenda. Quería terminar el informe que había hecho con mis primeros análisis y sugerencias para enseñárselo antes de presentarlo a los clientes.

Comenzaba otro día de trabajo, pero estaba aprensiva, no sabía muy bien por qué. Tenía la sensación de que me faltaba algo, pero no sabía qué. Estaba ansiosa, inquieta y nada era capaz de mantener mi atención esa mañana.

Almorcé con Marina en un restaurante cerca del banco. Por supuesto, era un restaurante muy elegante, lleno de ejecutivos. Incluso recibimos dos copas de vino como regalo de un admirador.

—Aly, es bastante mono, ¿verdad? —pregunta Marina, riendo, mientras volvemos al coche.

—Sí, podría haberme pedido el teléfono —bromeo.

—Oh, Aly, me está gustando mucho tenerte en mi piso. Te voy a echar mucho de menos.

—Yo también, Marina. Eres una gran compañía.

Nos reímos juntas y seguimos caminando hasta que oigo que alguien me llama por mi nombre. La voz me resulta familiar. Miro hacia atrás, asegurándome de que no estoy loca. Era él, Bruno.

No corro ni me desespero, espero a que se acerque poco a poco. Marina ya había subido al coche, yo estaba a punto de subir, pero lo esperé pacientemente.

—¿Quién es, Aly? —pregunta Marina.

—Es Bruno. Será mejor que tenga esta conversación y me deshaga de él. Quédate en el coche por si necesitas ayuda, puedes llamar.

Me alejo un poco del coche y espero a que se acerque.

—Alysson, por el amor de Dios, escúchame. Necesito hablar contigo —súplica Bruno, que parece nervioso.

—Creía que todo entre nosotros estaba suficientemente claro, Bruno. No veo la necesidad de estar aquí. Me estás asustando con todo este asedio.

—Entendí tu mensaje y... Me merecía todo lo que hiciste. Fui muy estúpido. Necesitaba perderte para entender que eres tú a quien quiero. —Levanta la mano e intenta tocarme la cara, pero yo me echo hacia atrás y no lo permito. —Por favor, Aly, déjame demostrarte que lo siento, que quiero tener otra oportunidad contigo.

Cuántas veces quise oír eso de él. Ahora es demasiado tarde.

—Lo siento, Bruno. Ya he tenido suficiente de tus promesas.

Doy un paso atrás y él se adelanta, poniéndose delante de mí.

—Por favor, Aly, déjame reconquistarte. Solo quiero una oportunidad. —Me mira de pies a cabeza. —Estás tan guapa, déjame estar cerca de ti otra vez. Quiero recuperarte.

Estoy cansada de esperar para escuchar esto. Lástima que solo despertó cuando mi amor por él había terminado, si es que alguna vez fue amor.

—¡No puedo hacerlo! No puedo hacerlo ahora. Tal vez algún día, quién sabe.

—¿Quién sabe? —Su sonrisa se ensancha. —Eso significa que...

—No, ¡mira! —Respiro hondo. —Te voy a ser sincera, ya no puedo más, Bruno. Me has hecho sufrir demasiado. No hay manera de compensarlo.

—¡Está bien, de acuerdo! No insistiré porque quiero demostrarte que he cambiado, que soy otro hombre y que te quiero de verdad. Solo quiero que me permitas estar cerca de ti. Podemos empezar de nuevo, como en los viejos tiempos, como amigos. ¿Qué te parece?

—Necesito tiempo para procesar todo esto, Bruno, ahora ni siquiera puedo ser tu amiga.

—Es el otro tipo, ¿no? ¿Estás con él? —sugiere, insatisfecho.

—No te debo ninguna satisfacción, Bruno. Vuelve a Brasilia, sigue con tu vida, yo estoy bien aquí.

—He visto cómo te mira y cómo te protege, es obvio, Aly, estás enamorada. —Menea la cabeza negativamente y vuelve a mirarme fijamente. —No nos hagas esto, amor, por favor, no tires por la borda nuestra historia, revivamos nuestro amor, olvidemos el pasado, te perdono que me engañaras con ese matón...

—¿Qué? ¿Te estás volviendo loco, Bruno? ¿Te has golpeado la cabeza? —Grito, mi paciencia se ha agotado. Gesticulo, enfadada. —Nunca te he engañado, cabrón. Fuiste tú quien

me traicionó en mi departamento, y por si fuera poco, llevaste al límite mis tarjetas de crédito sin mi consentimiento, pediste dinero prestado a usureros para pagar a tus putas, que luego vinieron a cobrarme y me amenazaron de muerte si no pagaba, me robaste sórdidamente. ¿Y ahora dices que te he traicionado? Ah, hazme un favor y sal de mi vida.

—Descarada... —trata de hablar.

—¡Descarada un carajo! Sal de mi vida y si sigues buscándome pediré una medida cautelar, para que ni sueñes con acercarte a mí.

Llego al coche de Marina, tan enfadada que ni miré atrás. Estaba un poco nerviosa, el hecho de que no asumiera la culpa de la mierda que había hecho, me ponía tan furiosa que solo quería darle un puñetazo, pero pensé que era mejor no hacerlo.

—Vamos, Marina.

Marina sigue mirando por el retrovisor, le da pena el cabrón.

—Parece triste, Aly.

—¿Te da pena, Marina? —Pregunto y la miro fijamente. —Es Bruno, el cabrón que me engañó.

—Ah, es verdad. Vámonos.

Marina se fue, nos cruzamos con Bruno, él asiente brevemente, realmente parecía un poco molesto, pero no me conmovió, de hecho, solo me irritó aún más.

—Escuché parte de la conversación, me encantó todo lo que dijiste, eres maravillosa, Aly, te juro que ojalá tuviera tu valor.

—Cuando llegamos al final del pozo aprendemos, pero ojalá aprendieras de mi ejemplo.

—¡Oh, claro! Yo también lo prefiero así.

Volvimos al banco. Yo estaba más tranquila y reflexiva. Tenía que aparecer esa escoria para arruinarme el día. Aun así, nos despedimos con sonrisas y recuerdos de las bromas que habíamos recibido en la comida.

Vuelvo a mi oficina. No he tenido tiempo ni de mirar el móvil. Tiro el bolso al sofá de al lado, me quito el saco y lo pongo en la silla. Hago varios ejercicios de respiración, intentando mantener la calma.

—No, ya no me robarás la paz, Bruno —me digo.

—¿Qué has dicho? —pregunta Héctor y se levanta de la silla en la que estaba sentado, apoyado en la puerta de entrada.

Me doy la vuelta inmediatamente. Lo veo venir hacia mí. A pesar del susto, siento mariposas en el estómago por volver a verlo. Hacía días que no nos veíamos.

—¿Quieres matarme de un susto? —pregunto nerviosa. ¿Cómo es que no te vi cuando entré? Estaba tan frustrada que no me di cuenta.

—Has dicho Bruno, ¿te ha vuelto a buscar? —pregunta Héctor.

—Sí, se me acercó en el aparcamiento del restaurante donde estaba con Marina. Hablamos, nada más.

Héctor no parecía muy satisfecho.

—Lo sé, ¿y qué quería? —pregunta con cautela. Cruza los brazos contra el pecho y me mira fijamente, muy serio.

—Dice que quiere reconquistarme, que lo siente, que me quiere y que quiere una oportunidad para redimirse...

—¿Y tú? —me interrumpe.

—No puedo ni mirarlo a la cara, Héctor. ¿Te imaginas volver? —digo, aún nerviosa.

—Solo me preocupa tu seguridad. Intentó entrar en tu casa y ahora te persigue. Eso no es bueno.

—Ahora creo que entiende la realidad y me dejará en paz.

—Eso espero, pero si necesitas algo, por favor, cuenta conmigo. —Se acerca a la mesa y me toca la mano. —Esto es serio, Alysson.

—Te lo agradezco, pero puedo encargarme de esa escoria. Vamos a olvidarnos de ese idiota. Quería enseñarte algo, ¿tienes tiempo ahora? —pregunto.

—Sí, tengo el resto de la jornada laboral para ti. —Se sienta en la silla frente a mí. —Mi agenda está más llena que antes, así que es muy importante que sigamos adelante con tu formación. Creo que deberías empezar a atender y quedar con clientes por tu cuenta, sin mi intervención. Claro que algún que otro cliente necesitará mi apoyo porque son años de relación, así que no sentirán tanta confianza en ti, pero esto es natural.

—Por supuesto. Comprendo.

Mis ojos ciertamente brillaron. Ha sido la mejor noticia que podía haber recibido hoy. Demuestra que reconoce mi capacidad y mi compromiso.

—He reservado esta tarde para repasar mi agenda. Prepararé un correo electrónico formal presentándote a mis clientes. Quiero que te encargues de las reuniones que ya tengo programadas. Si puedo asistir a ellas, estupendo, pero si no, puedes encargarte tú sola. Es muy importante que conozcas bien a cada uno de ellos. Esto les dará un poco más de seguridad.

—Bien, de eso quería hablarte. Esta semana he repasado el historial de todos tus clientes. He hecho un análisis muy exhaustivo de las cantidades invertidas, de los productos y servicios que podemos ofrecer. Me gustaría que evaluaras mis propuestas antes de presentarlas a los clientes. ¿Qué te parece?

—Bueno, podemos empezar con ellos. ¿Quieres hacerlo aquí o prefieres mi oficina?

—Donde sugieras, estoy cómoda aquí, Héctor.

—Perfecto. Ponte a trabajar, Alysson.

La tarde fue productiva. Presenté mis sugerencias y, por supuesto, él escuchó todo.

Luego hizo algunas consideraciones importantes. Anoté todas las directrices. Analizamos juntos algunos informes de gestión, su agenda. Separamos cuáles de los clientes me sugería atender sola y cuáles me acompañaría. En fin, cuando terminamos, estaba con una enorme lista de notas y tareas para las próximas semanas.

—Creo que eso es todo por hoy —digo y respiro aliviada.

—Sí, buen trabajo, Alysson. Tu análisis ha estado muy bien... y siento no haber podido estar presente esta semana. Las cosas me han tenido muy ocupado últimamente.

—Sí, Celia me lo explicó. Santiago quiere alejarse del banco permanentemente. Eso significa que muchas cosas en las que él seguía trabajando, tú tendrás que hacerte cargo.

—Sí, he estado trabajando mucho estos últimos días. —Héctor se aflojó el nudo de la corbata y bostezó un poco. —Fue la elección que hice.

—Voy a prepararnos un café —le digo.

Me levanto y voy a la despensa. Cuando vuelvo con los dos cafés, él se había quitado la corbata y se había enrollado la camisa en el antebrazo. Se habían abierto los dos primeros botones. Tenía la cabeza echada hacia atrás, los ojos cerrados.

Tenía cara de cansancio, pero era tan guapo que sería capaz de admirarlo desde aquí en la puerta durante horas, aunque sé que no debería.

Me aclaro la garganta al acercarme. Él abre los ojos y sonríe. Le ofrezco el café, lo toma y lo bebe sorbo a sorbo mientras intercambiamos miradas. Al principio pensé que era algo inocente, pero él se aseguró de ser seductor y sostenerme la mirada, lo que me deja confundida. ¿Está pasando algo aquí? En varios momentos pienso que estamos flirteando, pero de la nada vuelve a convertirse en un Héctor serio y exigente, y entonces recuerdo que es mi jefe. Incluso parece que sean dos personas diferentes. Fuera de aquí es un tipo totalmente distinto.

Continuamos mirándonos fijamente. Yo bebía mi café despacio. Quería quedarme allí mirándolo. Observando lo diferente que estaba aquí en el banco, sereno, concentrado en los resultados y en el trabajo. Parecía que solo volvía a ser galante en el parque de atracciones cuando terminaba la jornada laboral.

—¿Qué piensas hacer hoy, Alysson? —pregunta él, rompiendo el silencio.

—No lo sé, creo que voy a detenerme un poco más en los informes de los clientes que atenderé la semana que viene. Necesito conocerlos bien.

—La jornada laboral terminó hace un rato... —Mira su reloj. —Exactamente treinta y cuatro minutos, Alysson —advierte, relajado.

—Lo sé, pero cuando me concentro, me gusta hacer lo que tengo en mente. Porque si no, me daría vueltas en la cabeza.

Héctor se ríe y sacude la cabeza, pasándose ligeramente las manos por el pelo y volviendo a mirarme.

—Yo también soy así. Pero tenemos una última cita antes de que acabe la jornada de hoy. —Se levanta y se abrocha el saco. —¿Me acompañas, por favor?

—Sí, de acuerdo.

Salimos del banco. Subí al coche con él, aún no sabía el destino. El viaje fue rápido. La mayor parte del tiempo estuvimos en silencio. Era evidente que estaba cansado. Intercambiamos una o dos palabras sobre temas aleatorios y banales.

De repente aminoró la marcha y entró en un edificio moderno y de alta jerarquía. Estaba en un barrio cercano al banco, bien valorado, lleno de condominios, mansiones y edificios lujosos. Incluso me sorprendió el lugar. Tal vez se trataba de una visita profesional a algún cliente importante.

—¿Dónde estamos? —pregunté cuando detuvo el coche en el garaje del edificio.

—Tranquila, Alysson, estás demasiado ansiosa. —Se ríe alegremente e ignora mi pregunta. —¿Quién eligió tu nombre? —pregunta, desviando el tema y señalando el ascensor.

Nos dirigimos hacia el ascensor, yo estaba ansiosa y muy curiosa.

—Mi padre, era un gran fan de una cantante de country americana llamada Alison Krauss. ¿La conoces? —Niega con la cabeza. —Desde que la conoció, dijo que, si algún día tuviera una hija, ese sería el nombre que llevaría. Así que yo, como única hija mujer de la familia, heredé su predilección.

El ascensor se detuvo, llegamos a una planta que parecía un poco vacía. Nos detuvimos delante de una puerta, Héctor sonríe, saca la llave del bolsillo y la abre.

—Ya hemos llegado. —Me indica que entre yo primero. Sin entenderlo, me quedo quieta, mirándolo. —Pasa.

Entro un poco insegura, todo está aún oscuro. Héctor enciende las luces, miro a mi alrededor, es un piso enorme, parece recién reformado, no hay muebles, está completamente vacío. Lo primero que me llama la atención son las vistas. Me acerco a los enormes ventanales del salón, la vista a la ciudad de São Paulo es extraordinaria, los enormes rascacielos perdiéndose entre las nubes. Justo delante de mí hay un edificio más modesto, y en él hay un mural de graffiti con una mujer negra dibujada, es precioso, es lo que más me llama la atención del paisaje urbano.

—¿Te ha gustado? —me pregunta Héctor mientras se acerca a mí.

—Sí, la vista es impresionante, sobre todo ese graffiti de ahí. —Señalo. —Es perfecto, una buena forma de empezar el día.

—Estoy de acuerdo.

Interrumpo el momento de apreciación y lo miro fijamente, él sigue mirando el mural. Hasta me olvidé de él, porque la vista de Héctor era mucho más atractiva, era tan hermoso que me dejó sin aliento.

¡Olvidalo, Alysson, concéntrate, concéntrate!

—Bueno, entonces, ¿cuál es el motivo de nuestra visita? —Pregunto.

—Este es tu nuevo departamento.

—¡No! ¿Aquí? —pregunto, sobresaltada, y vuelvo a mirar a mi alrededor. —Es una broma, ¿verdad?

—No, está a tu disposición, si lo deseas, ¡por supuesto!

—¡Dios mío! Esto es demasiado bueno para ser verdad. —Camino de un lado a otro, mirando cada rincón con más detalle. —Ni siquiera tengo dinero para amueblar este lugar.

—Eso es responsabilidad del banco, puedes arreglarlo con Celia.

En éxtasis, camino de un lado a otro, imaginando cómo decoraría o qué muebles compraría, hablando sin parar, gesticulando como una loca. Héctor me enseñó todas las habitaciones, todo era tan bonito y espacioso como en el de Marina, por no hablar de que estaba muy cerca del banco.

¡No podía ser mejor! Dios mío, no puedo creerlo. Era demasiado bueno para ser verdad. Después de visitar todas las habitaciones, volvimos a la sala.

—Gracias por todo, Héctor, no puedo agradecerte lo suficiente lo que has hecho por mí, quiero decir, lo que el banco me ha ofrecido.

—Así es, Alysson.

—Eso espero. ¿Cuándo puedo mudarme? —pregunto.

—Cuando quieras.

Salté de alegría. Emocionada por la posibilidad.

—Ya me gusta, espero que los vecinos sean agradables.

—Lo mejor posible.

—Me pregunto si habrá algún vecino guapo —pregunto, juguetona.

Héctor cambia de expresión rápidamente, como si no le hubiera gustado la broma.

—Solo estaba bromeando. Voy a dar una fiesta para celebrar la inauguración del nuevo departamento, ¿puedo?

Héctor se ríe y sacude la cabeza.

—Podrías molestar al vecindario —Dice seductoramente y se acerca. —Creo que aquí los vecinos prefieren la tranquilidad.

—¿Conoces a los vecinos? —pregunto.

—Sí, muy bien. Y tú también los conoces.

—¿De verdad? ¿Quiénes son? —pregunto, eufórica.

—Yo soy uno de ellos, vivo en el último piso, el departamento de arriba de este.

—Ya ves, sí tengo un vecino guapo.

La respuesta salió mucho más rápido de lo que pensé. Tuve un breve arrepentimiento

por lo que dije, pero la sonrisa de lado de Héctor, un poco tímida y seductora a la vez, lo compensa todo.

Me sorprende, porque no esperaba que él también viviera aquí, pero a juzgar por el refinamiento del edificio, tiene mucho sentido que tenga libre acceso al garaje.

Héctor se acerca, tanto que no puedo apartar la mirada de él.

—¿Quieres decir que crees que soy guapo, Alysson?

—Sí, eres guapo. —Parpadeo, intentando disimular mi nerviosismo. —Pero no te pongas tan nervioso, solo era un cumplido, je...

Antes de que pueda terminar “jefe”, él pone el dedo índice sobre mis labios, impidiéndome continuar.

—No estamos en el banco, Alysson. Aquí solo soy Héctor.

Mi corazón se acelera, mi respiración es irregular, siento que todo mi cuerpo reacciona a su simple contacto. Me alejo, no quiero que se dé cuenta de lo mucho que me ha conmovido.

—Intentaré no olvidarlo —digo nerviosa.

Fue lo primero que se me ocurrió, estar cerca de él fuera del ambiente corporativo me asusta un poco, porque tengo miedo de mis instintos.

Alguien llama a la puerta, Héctor se aparta para contestar.

—¿Ni siquiera me he mudado y ya tengo visita? —digo, intentando respirar con normalidad.

Héctor se dirige a la puerta, como si ya supiera de quién se trata. Y tenía razón, era su chofer, le entrega dos bolsas a Héctor, saluda brevemente con la mano y se va.

Héctor vuelve, deja una de las bolsas en el suelo, y de la otra, un poco más grande, saca una botella de champán y dos copas.

—Un brindis para celebrar tu nuevo hogar. —Me tiende una copa.

—Por supuesto. Pero así no vale, ni siquiera tengo una silla para recibirte.

—No hay problema. Sujeta las dos copas, por favor.

Héctor se dispone a abrir el champán.

—Déjame abrir la botella, por favor, ¿por favor? —le ruego.

—¿Puedes hacerlo tú? —pregunta Héctor.

—Claro que sí.

—Bien, de acuerdo.

Ni siquiera espero a que cambie de opinión, me quito el saco y los tacones, los tiro al suelo junto con mi bolso. Héctor me pasa la botella, la agito un poco solo para probarla. Estaba tan emocionada que era como un niño cuando le dan un caramelo.

—¡Siempre he soñado con hacer esto! —Grito, eufórica. —¡Ahí va!

Sacudo enérgicamente, como él ya había quitado el precinto, fue fácil abrirla, y cuando

lo hizo, me sentí como si estuviera en el podio de una carrera de coches. Derramé champán por todas partes, incluso sobre Héctor y yo.

—Si sigues así, no nos quedará nada para beber —dice sonriendo.

—Mi sueño era estallar así el champán caro —grito.

—Estás loca, Alysson.

—La vida necesita un poco de locura, Héctor —me río, y sigo mojándonos con la bebida.

Salto y doy tantas vueltas con la botella de champán que jadeo y la botella, bueno, por el peso, creo que está prácticamente vacía. Cuando paro, nos miro a ambos, estamos empapados de alcohol.

En cuestión de segundos, Héctor me rodea bruscamente la cintura con uno de sus fuertes brazos, en un rápido movimiento junta nuestros cuerpos. Me sobresalta su forma de actuar, de repente estamos tan cerca que no puedo respirar con tranquilidad, mis ojos fijos en los suyos, parece que el mundo se detuvo en ese instante. En una fracción de segundo, estoy entre sus brazos y lo único que importa son nuestras bocas a escasos centímetros la una de la otra.

—Eres la loca más interesante que he conocido.

Sin esperar mi respuesta, me empuja contra la pared de la habitación, entrelaza su otra mano en mi pelo y acaba con mi calma de una vez por todas. Sus labios rozan los míos lentamente, como si sondeara mi reacción, quise reaccionar de otra manera, alejarme, correr, escapar del peligro de involucrarme con él, pero no pude, flaqueo, mi atracción por él era mayor que el miedo a romperme la cara de nuevo.

Sus suaves labios exploran lentamente los míos, intento resistirme, juro que lo intenté, pero deseaba ese beso tanto como él, aún inerte bajo su dominio, dejo caer la botella de mi mano, ni siquiera el fuerte sonido del objeto resonando en el piso vacío nos hizo recobrar el sentido.

En cuestión de segundos, nuestras bocas se unen con una desesperación familiar, como si ya nos conociéramos, como si nuestras bocas pertenecieran una a la otra. Su lengua acaricia la mía, su mano izquierda se desliza por mi espalda. Me gusta el beso, me gusta su tacto, no debería, pero quiero más de él, era demasiado bueno para interrumpirlo, aunque lucho contra mis principios.

Me quedé de pie, entre la fría pared y el calor de su cuerpo, con los pensamientos vagando. No puedo pensar racionalmente, solo deseo más de él. Cuando Héctor interrumpe el beso, desliza sus cálidos labios por mi mandíbula, subiendo lentamente hacia mi oreja, susurra:

—Te quiero, Alysson, quédate conmigo esta noche...

Capítulo 13

Héctor

¿Qué demonios estoy haciendo? No sé dónde tengo la cabeza, soy tan seguro y controlado, y no me imagino en una situación así, por cierto, no recuerdo haber hecho eso un día, pedirle a alguien que se quede conmigo, pedirle no, prácticamente estoy rogando. No pensé en nada, y mucho menos en las consecuencias cuando la besé, y no sabría decir por qué lo hice, pero me gustó.

Estoy ansioso por su respuesta, parece que tiene dudas.

¡Mierda! Cuánta ansiedad, mi corazón latía rápido, me sentía diferente, vivo, yo no era Héctor Brandão, frío e implacable, el compasivo CEO del grupo SMB, aquí era solo un hombre, loco por el sí de una mujer, que apenas conozco.

Sin esperar respuesta, vuelvo a besarla. De repente ella desliza sus manos por mi pecho, parece que le gusta lo que toca, desliza su mano dentro de mi camisa mientras nuestras bocas se devoraban locamente.

—Héctor... —Jadea, aún con sus labios cerca de los míos. —No creo que debamos involucrarnos, tú...

No voy a permitir que arruine nuestro momento, solo quería un puto sí y llevármela a la cama, deleitarme con cada pedacito de ella. Hundir mi pene en sus entrañas hasta sentirla mía, completamente mía.

Mis manos recorren su cuerpo, sedientas, alcanzo el dobladillo de sus pantalones, pero antes de llegar a mi objetivo, nos interrumpe el estridente sonido de un puto teléfono móvil sonando.

—Tengo que contestar. —Se aparta, pero no me mira.

Busca apresuradamente el móvil en el bolso, le tiemblan las manos, se nota que está nerviosa.

¡Maldita sea! Me paso las manos por el pelo, frustrado, previendo que me van a echar.

—*Hola...* —Contesta al teléfono. —*Muy bien...* —Se pasea de un lado a otro mientras escucha hablar a la otra persona. —*Ya estoy en camino.*

Toma el saco y se lo pone, vuelve a guardar el móvil en el bolso y pasa a mi lado sin mirarme.

—Lo siento, Héctor, tengo que irme, prometí ayudar a una amiga, se me había olvidado. Inerte, la miro marcharse, tan cabreado que mi única reacción ha sido dar una patada

lejos de mí a la botella de champán, que se ha hecho añicos contra la pared. Me paso las manos por el pelo, tan enfadado, por supuesto, totalmente inconsciente de mí mismo. Miro otra bolsa en el suelo, era un regalo para ella. Ignoro el puto regalo y salgo dando un portazo.

Toma el control, Héctor.

Subo a mi departamento, frustrado, me doy una ducha y me visto, salgo para otra noche de fiesta, bebida, mujeres y mucho sexo, al menos esa era la expectativa.

Pasé un fin de semana de mierda. Me bebí todas las copas el viernes por la noche, para contener la ansiedad y las ganas de llamar a Alysson. Ni siquiera podía mirar a otra mujer, porque mi mente estaba totalmente concentrada en el encuentro que tuvimos, un encuentro que cada vez que cerraba los ojos, recordaba los dulces labios de la ladrona de pensamientos.

¡Mierda! No sé qué demonios es esta obsesión.

Pasé el sábado en casa, con una resaca de la hostia, mirando el móvil cada minuto para ver si había algún mensaje o llamada de Alysson, y como me imaginaba, ¡nada! ¡Absolutamente nada!

El domingo por la mañana fui a comer con mi madre, sabiendo que Alysson había estado frecuentando su casa con Marina, esperaba que las dos estuvieran allí, pero nada de ella, solo Marina. Por suerte, Santiago preguntó por Alysson, y mi hermana simplemente dijo que había pasado la noche fuera, ¡y eso fue todo!

¡Carajo! No puedo quitármela de la cabeza y eso solo contribuye a aumentar mi frustración y el sentimiento de rechazo. El hecho de tener siempre a un montón de mujeres a mis pies y nunca ser rechazado solo empeora mi mal humor.

Me largué alrededor de las tres de la tarde, todo un récord, no me gusta quedarme mucho tiempo allí, prefiero evitar a la gente desagradable, como Paola, pero por suerte no estaba. Intenté sacarle algo de información a Marina sin llamar la atención, pero no me dijo nada, no habló mucho sobre Alysson.

Regresé a mi departamento, tan cabreado que nada podía calmarme. La falta de información sobre Alysson me afectó de una manera que no puedo entender. La sensación de no tener control sobre las situaciones me desequilibra.

Intenté correr, hacer ejercicio físico, pero ni siquiera unos buenos golpes al saco de boxeo me ayudaron.

Bebí un poco de whisky, hice algunos ejercicios en mi gimnasio privado, pero nada es capaz de calmarme. No entiendo la razón de mi excesiva preocupación por Alysson, creo que es miedo a que el idiota de su ex se acerque a ella, intento convencerme de que es solo protección, que lo haría por cualquier mujer del equipo directivo.

¡Eso es! ¡Héctor! Es solo preocupación por el bienestar de una empleada.

Intenté leer las noticias, me distraje un poco, pero no lo suficiente. Al principio de la

noche, no aguanté más, me levanté, me puse algo de ropa y salí. Fui al departamento de Marina, no es posible que Alysson no haya vuelto.

Vivimos a pocas manzanas, el trayecto fue rápido, no le avisé de mi llegada, quería darle una sorpresa. El portero me dejó pasar, ya me conoce, aunque no vengo mucho por aquí.

Subí, ansioso, contando los segundos para que se abriera la maldita puerta del ascensor. Y cuando lo hizo, salí rápidamente, desesperado, hasta el punto de que ni siquiera me reconocía a mí mismo. Llamé a la puerta y tardó un rato en responder.

—¿Héctor? —Marina sostuvo la puerta, sorprendida. —¿Pasa algo?

Marina estaba en bata con el pelo envuelto en una toalla.

—Hola, Marina, no ha pasado nada. ¿Podemos hablar?

—Sí, pasa, voy a vestirme, acabo de salir de la ducha.

—Vale.

Entré, miré por toda la habitación, no había rastro de Alysson. Aproveché los breves segundos en los que Marina desapareció para echar un vistazo al pasillo, me acerqué un poco más, la puerta de la habitación de invitados estaba cerrada, espié hacia la cocina, no había nadie. Me di la vuelta rápidamente, antes de que Marina se diera cuenta.

¡Coño! No creo que Alysson esté aquí.

Me senté en el sofá, miré el móvil por última vez, no había noticias suyas. Marina volvió y se sentó en el sofá a mi lado.

—¿Qué pasa, hermanito? ¿Qué te ha traído por aquí? —preguntó sarcástica.

Permanezco serio, hasta el punto de que ella se acomoda en el sofá y me mira de la misma manera.

—¿Estás sola? —comienzo.

—Sí, Alysson no tiene hora de vuelta. ¿Ocurre algo?

—¿Cuándo fue la última vez que hablaste con ella?

—No lo sé, hace unos veinte minutos. ¿Por qué?

—¿Ella está bien?

—Sí, está bien. No te entiendo, Héctor, ¿por qué tanta preocupación?

Suspiro, Marina notó mi nerviosismo.

—Me preocupa el idiota de su ex.

—¿Estás preocupado por él o por Alysson?

—Ya sabes a qué me refiero, Marina. Me preocupa lo que pueda hacerle a Alysson, no parecía...

—¿Alguien digno de confianza? —Completo.

—Sí, intentó entrar en su casa, forzó la puerta, si yo no hubiera estado allí, Dios sabe lo que habría hecho.

—Sí, pero Alysson está bien, no te preocupes, está bien acompañada.

—¿Acompañada? —pregunto, tratando de moderar mi tono de voz para no hacer evidente mi frustración.

—Sí, está bien, no te preocupes. Si has venido aquí solo para saber de ella, has perdido el tiempo, podrías haberme llamado.

—Estaba cerca en una licorería, decidí parar. Pero eso no es todo, quería que me ayudaras con otra cosa. —Abro mi bolso y saco de él una tarjeta de crédito. —Le he comprado un piso a Alysson...

—¿En serio? Es en Juárez, ¿no? No puedo creer que vaya a ser mi vecina. —Vibra de emoción. —¿Cuándo se desocupará?

—No, tranquila, tengo unos inmuebles personales, compré los dos pisos de debajo del mío, los mandé remodelar y uno de ellos ya está terminado. —Extiendo la tarjeta de crédito en su dirección junto con las llaves. —Quiero que ayudes a Celia e incluso a Alysson a amueblarlo, ¿puedes hacerlo por mí?

Ella toma la tarjeta y las llaves, su cara cambia inmediatamente, la felicidad de antes ha desaparecido, sospecho que no le ha gustado la noticia. Hace girar la tarjeta de un lado a otro, parece demasiado decepcionada para protestar, suspira, aún cabizbaja, y vuelve a mirarme fijo.

—¿Por qué haces esto?

—¿Qué? ¿Cuidar de la protección de Alysson? —Hago el tonto. —Lo haría por cualquier empleado del consejo, Marina.

Ella entrecierra los ojos, mueve la cabeza negativamente, como si no creyera mis palabras, y yo tampoco las creo.

—Podrías haberla dejado aquí, hasta que se desocupara el piso de Juárez, que está a punto de jubilarse, se marcha con su mujer a la costa, el piso funcional estará vacío en unas semanas, no tenías por qué sacrificar una inversión personal.

—No quiero perturbar tu vida, hermanita, yo te metí en esto trayendo a Alysson, así que solo intento solucionar las cosas —justifico.

—Lo sé... ¿Llevándola a vivir a tu edificio? —pregunta ella, desdeñosa.

—Sí, esa fue la primera solución que se me ocurrió, ¿tienes alguna otra idea a corto plazo? —le pregunto, seguro de que no tiene ninguna otra sugerencia.

—No... —Se queda pensativa, vuelve a mirar la tarjeta que tiene en las manos y me mira fijamente. —Mira, hago esto por el bien de Alysson, pero antes quiero hacerte una pregunta y espero que seas muy sincero.

—Muy bien, adelante.

—¿Estás interesado en Alysson? —pregunta muy seria.

Me río, fingiendo indignación, en un intento de convencerla de lo contrario.

—¿Estás loca, Marina? ¿De dónde has sacado esa mierda? —le respondo.

Marina se cruza de brazos y se echa hacia atrás en el sofá, pensé que cambiaría de tema, pero no, insiste aún más.

—Mira, no quiero que esto se vaya a la mierda otra vez, y mucho menos quiero estar en medio del fuego cruzado. —Sacude la cabeza con frustración. —Ya te conozco, Héctor, y me temo que tu incapacidad para mantener el pene dentro del pantalón va a arruinarlo todo, incluida mi amistad con Aly.

—¿Qué? Estás loca, Marina, ¡nunca hemos tenido sexo! —protesto.

Pero ojalá pudiera, aun así, intento mantener cara de indignación.

—Bien, te vigilaré, ¿me oyes? No te burles de ella, te quiero lejos de Aly, ya ha tenido suficientes experiencias negativas y no necesita otro libertino en su vida.

Acepto la ofensa, pero en lugar de enfadarme, me río.

—¿Libertino? —me quejo, riendo.

—Sí, por decirlo suavemente, hermanito. —Da un largo suspiro. —Sabes muy bien cuánto deseo que Aly se quede en el grupo, sé lo competente que es y, para ser sincera, aunque ella no haya elegido abiertamente un bando, yo deseo que ganes esta apuesta.

—¡Lo sabía! —Celebro con un guiño. —Y ganaré, has apostado por el equipo correcto.

Marina sonrío, pero no parece muy emocionada, como si no estuviera segura de lo que ha dicho.

—Eso es un secreto, sabes que no puedo hablar de ello, porque los dos sois mis hermanos, no quiero meterme en problemas con nadie. Y sólo los apoyo porque estoy de acuerdo en que Paola no es una buena opción para el banco.

—Por fin alguien reconoce lo que estoy diciendo.

Levanto las manos al cielo, agradecido, porque por fin alguien ha entendido mi objeción a la vuelta de Paola.

—Siempre he estado de acuerdo contigo, no creo que lo que hizo fuera acertado, aunque el caso se silenció, no es bueno para la imagen del banco. Mi padre trabajó durante años para que el grupo tuviera una reputación sólida, y un escándalo como este no es favorable. Quién dice que no lo volverá a hacer, ¿verdad?

—Buena chica, piensas como yo. Eso es exactamente lo que me impide aceptarla de nuevo en el banco, no es venganza, estoy siendo totalmente ético e imparcial en este asunto, no quiero a Paola por pura profesionalidad.

—Te creo, Héctor. Ahora, olvidemos a Paola y concentrémonos en Alysson.

—¿Qué pasa con ella? —Finjo desinterés.

Marina me lanza una mirada de reproche, como si tuviera escrito en la cara que estoy mintiendo.

—¿Me juras que no hay nada entre ustedes dos? —insiste.

—No, claro que no.

—Espero que siga así, no olvides que necesitas mucho más a un agente de inversiones que a una mujer que ocupe tu cama.

Sus palabras me golpearon con fuerza. Hasta entonces, solo había pensado con mi lujuria; la razón se me escapaba últimamente. Y, aunque no quiera admitirlo, Marina tiene toda la razón.

—No lo olvidaré.

—No quiero perder la amistad de Alysson, y mucho menos verla sufrir por un canalla como tú.

—¿De verdad me ves así, hermanita? —Protesto.

—Ahórratelo, Héctor, no pongas esa cara de santo, porque eres un pervertido, un mujeriego y un...

—Tranquila, Marina —interrumpo—, no soy tan malo, ¿vale?

Marina hace un gesto —lo hace cuando está enfadada—y, con semblante muy serio, sisea:

—No, pero mi amiga ya ha sufrido demasiado como para liarse con otro sinvergüenza, lo único que no necesita ahora es caer en los brazos de otro.

—¡Madre mía! ¡Marina, cuánto drama! ¿Esto va en serio? Crees que yo...

—Sí —interrumpe Marina—, que le harías daño, así que, por el bien de la empresa y para que ella siga al menos hasta el final de esta apuesta, será mejor que te guardes tu juguetito en los pantalones.

—Ya te he dicho que no pasa nada, Marina. Lo que estoy haciendo por ella lo haría por cualquier otra persona en su posición. Y tienes razón, Alysson es la clave para que yo gane esta apuesta, por el tiempo que tenemos, difícilmente podría entrenar a alguien con el nivel de conocimientos que ella ya tiene.

—¡Exacto, hermanito! Por eso insisto, por favor, no estropees las cosas —refunfuña Marina.

—No lo haré, te lo prometo.

—Por el bien del banco, más vale que Paola no vuelva nunca más.

—Nunca más. —le confirmo.

Enfatizo la respuesta, sin embargo, la verdad es que no estaba diciendo no a la vuelta de Paola al banco, decía no a la atracción por Alysson. ¡Nunca más, Héctor, nunca más!

Pocos días después de nuestro beso, participamos en un importante congreso en Río de Janeiro, yo era conferenciante. Despedí a Almeida, responsable del departamento jurídico del grupo y que me acompañaría en el evento, e invité a Alysson, que aceptó con gran entusiasmo.

Sospecho que su aceptación no fue por mi empresa sino por el evento en sí, aun así, intento no pensar así. Intento no mostrar entusiasmo por tenerla junto a mí, de hecho, el ambiente entre nosotros es un poco extraño, apenas ha hablado, salvo de forma muy profesional. Esto me mata, porque tengo ganas de besarla todo el tiempo.

La idea era asistir al congreso de Río y volver juntos, pero Alysson se llevó una maleta y dijo que tenía otros planes para después del evento y descartó que volviéramos juntos. Esto me enfadó mucho, hasta el punto de casi perturbar mi actuación durante la conferencia.

Después de la conferencia, Edgar, un importante inversor del grupo, que estaba presente, vino a saludarme, en cuanto Alysson se unió a nosotros.

—Héctor, ¡qué buena explicación, querido! —Extiende la mano en señal de saludo, y luego saluda a Alysson. —Señorita...

—Alysson, es un placer conocerla —añade, y luego saluda a Edgar.

—El mercado financiero está bastante caldeado, su discurso de hoy me ha hecho reflexionar mucho, estoy pensando en diversificar mis inversiones. ¿Qué dices, Héctor?

—Gran idea, Edgar. Alysson se está haciendo cargo poco a poco de mi cartera de clientes, tiene una gran visión y experiencia con las inversiones, sabrá aconsejarte muy bien.

—Sí, por supuesto —confirma.

—Estupendo, ¿qué tal si charlamos mañana después de comer? Ya sabes cómo es esto, soy un hombre muy ocupado y mañana, adivina, es mi aniversario de boda. —Se acerca a mí, habla en voz baja. —Que Elenice no me oiga, pero a todos los efectos, serán mis invitados, eso es todo.

—Por supuesto, será nuestro secreto. ¿Nos acompañas, Alysson? —pregunto mirándola.

—Sí, tenía otros planes, pero puedo cambiarlos.

—Genial, serán mis invitados de honor. Puedo enviar un coche a recogerlos al hotel donde se alojan, ¿qué les parece?

—No te preocupes, Edgar, puedo conducir, solo mándame la ubicación de la finca y a la hora prevista llegaremos.

—De acuerdo.

Salimos de la sede del congreso con la dirección de la finca del evento de mañana. Alquilo un vehículo, la idea era pasar la noche en un hotel de camino a la finca, sugerido por Edgar.

—Como te he dicho, Alysson, no tienes por qué ir, puedes seguir con tus planes —digo,

en cuanto subimos al vehículo alquilado.

—Está bien, Héctor, puedo ir contigo, creo que será importante participar en esta negociación.

—Claro, será muy importante. ¿Quieres ir a algún lado primero? No sé, ¿comprar algo que puedas necesitar?

—No lo había pensado, pero podría ser interesante comprar un vestido más adecuado para el evento, creo que no he traído nada apropiado.

—Tienes razón, creo que hasta yo necesito un traje, por lo general solo llevo una maleta pequeña con algunas cosas para la noche.

Busco el centro comercial más cercano y nos vamos de compras. La dejo libre para que elija lo que quiera y mientras tanto yo busco algo que ponerme para el evento de mañana. Por supuesto, también refuerzo el stock de preservativos, necesito estar preparado, quizás esta vez ella esté de acuerdo conmigo y entienda que lo mejor para los dos es tener sexo de una vez por todas.

Unos cuarenta minutos después salimos del centro comercial. El hotel estaba prácticamente a mitad de camino hacia la finca de Edgar, a una hora en coche de Río de Janeiro.

Conecto el móvil al equipo de música del coche y pongo una especie de lista de reproducción, pero en realidad las canciones han sido elegidas a mano. Espero que ella entienda la indirecta que contienen las canciones.

Alysson está callada, mucho más que de costumbre, finge estar distraída con algo en el móvil, sé que está evitando la conversación y respeto su elección. Ni siquiera me mira bien después de nuestro beso, está claro que me está evitando, ignorando el deseo que sentimos el uno por el otro.

La observo, sin que se dé cuenta, ahora está distraída con una revista de economía, intento concentrarme en la carretera, pero el silencio me tortura. Me gustaría que hablara, me gusta su sentido del humor, siento que he arruinado las cosas entre nosotros.

A veces pienso, ¿no sintió nada después de nuestro beso? Reflexiono mientras sigo conduciendo, hasta que no soporto más el silencio que nos separa. La música que suena es totalmente apropiada para esto, suena "Confidential".

Subo el volumen, ella interrumpe la lectura y me mira confundida.

—Me gusta esta canción, ¿qué te parece? Estoy totalmente de acuerdo con la cantante, el amor solo hay que vivirlo —digo y la miro fijamente.

—No sabía que te gustaba la música country, creía que te gustaba algo más...

—¿Antiguo? —sugiero.

—No, yo diría clásico.

—Me gusta la letra, el ritmo y la melodía, me da igual el estilo, me gusta cuando esas

tres cosas encajan, pero aún no me has contestado, creo que el amor solo hay que vivirlo, ¿no?

—Sí, estoy de acuerdo. A veces es mejor dejar las cosas en secreto.

Ella vuelve a su lectura, como si ni siquiera esperara una respuesta de mi parte, y así fue, la conversación terminó. Vuelvo a concentrarme en la carretera y el resto del viaje fue en absoluto silencio, intento reflejar su indirecta, recuerdo sus palabras, estoy confundido, no consigo entender si se refería a nosotros dos o a lo que piensa sobre vivir el amor.

Cuando llegamos, ella estaba dormitando y al notar que el auto se detuvo, se despierta.

—Hemos llegado, voy a pedir nuestras habitaciones —digo y salgo en dirección a la recepción.

Ya era un poco tarde, estaba cansado, necesitaba una buena ducha y una habitación cómoda, pero sabiendo que ella está aquí, tan cerca de mí, no sé si podré dormir como debería.

—Buenas noches. —Saludo al recepcionista.

—Buenas noches, señor. —Mira a Alysson que está sacando la maleta del coche con la ayuda de un empleado del hotel. —¿Están juntos, en una habitación doble?

—Sí, estamos juntos, pero... —Reflexiono, me acerco a él, saco unos billetes de mi billetera y los pongo bajo el mostrador. —Solo tienen una habitación doble disponible en todo el hotel, ¿entiendes?

El chico se queda un poco confuso, sin embargo, cuando empujo los billetes hacia él, logra entender mi solicitud.

— Pero... ¿qué le digo a ella? —pregunta, en voz baja, antes de que Alysson se acerque.

—Di que están llenas, no sé, inventa alguna excusa.

Recoge los billetes del mostrador y se los guarda en el bolsillo.

—Está bien, ahí voy...

Alysson se une a nosotros.

—Buenas noches —saluda.

—Buenas noches, señora —responde la recepcionista.

—Alysson, tenemos un pequeño problema, solo hay una habitación disponible. Sé que no es lo ideal, pero no me importa...

—¿Qué quieres decir? ¿No hay más habitaciones disponibles? —protesta.

—No, señora, lo siento. El hotel está lleno hoy, las dos últimas habitaciones que tenemos disponibles, una de ellas está cerrada. Hubo un problema con la instalación eléctrica, no podemos usarla hasta que un técnico la evalúe. Pero la habitación que tenemos disponible es una suite muy espaciosa, con una cama king y también un sofá cama.

—Perfecto, no veo ningún problema —digo yo.

—¿No hay otro hotel por aquí? —pregunta insatisfecha.

—No en los próximos cien kilómetros —responde el recepcionista.

—¡Maldita sea! —Me mira fijamente, claramente insatisfecha. —Me quedo con la cama.

—Bien —respondo, intentando disimular mi sonrisa de felicidad.

Después de registrarnos, nos dirigen a la suite. Hago lo posible por disimular mis expectativas y la alegría de que el plan haya salido bien.

Voy directo al sofá cama, me siento y empiezo a quitarme los zapatos, la corbata y el saco, intentando no mirar demasiado en su dirección.

—Quiero ducharme primero, ¿te importa? —pregunta Alysson.

—No, todavía tengo que responder a un correo, ponte cómoda.

Deja el bolso sobre la cama, saca algunos objetos personales y entra en el cuarto de baño. No tenía que responder a ningún correo, solo intentaba disimular y contener mis ganas de besarla.

Respiro hondo, me quito algo de ropa, yo también necesito una ducha, intento leer algo en el móvil, organizo el sofá con las mantas y almohadas extras que le pedí al recepcionista. Me tumbo un rato, duermo una breve siesta, cansado. Me despierto con los golpes en la puerta, habíamos pedido algo de comer, debe ser el servicio de habitaciones.

Y estaba en lo cierto, tomo nuestra comida, les doy las gracias y propina al encargado. Alysson sale de la ducha, con un vestido sencillo, está preciosa y con el pelo ligeramente húmedo, me dedica una leve sonrisa, casi no puedo reaccionar.

¡Demonios! Necesito estar dentro de esta mujer o me volveré loco.

—¿Han llegado nuestros pedidos? —pregunta ella, rompiendo mi momento de contemplación.

—Sí, han llegado. Necesito una ducha.

Y urgente, mi pene ya daba señales de vida. Paso a su lado sin volver a mirarla, corriendo hacia el baño. Siento que no ha sido buena idea compartir la habitación con ella, ¿cómo voy a poder resistir la tentación de arrancarle ese maldito vestido?

La ducha fue larga, vuelvo solo con una toalla, tenía tanta prisa por ella cuando llegué a la ducha, que ni siquiera me acordé de tomar la ropa para cambiarme.

Alysson estaba tumbada en la cama mirando el móvil, cuando la miro, se me queda mirando, boquiabierta, lógico, estoy prácticamente desnudo delante de ella.

—Perdona Alysson, se me ha olvidado tomar la ropa —digo, intentando no sonreír ante su cara, visiblemente impresionada.

Me dirijo al sofá, rebusco en mi maleta algo que ponerme, sujetando la toalla con una mano, sin preocuparme demasiado, me detengo junto a la cama, muy cerca de ella, necesito llamar a recepción. Mientras sonaba la llamada, la observo, noto que está nerviosa, sus pechos suben y bajan rápidamente, intenta disimularlo mirando el móvil, pero noto la tensión desde

lejos.

—Hola, buenas noches, ¿ya funciona la lavandería? —pregunto.

—Sí, señor. Estamos abiertos las 24 horas. ¿Quiere enviar sus prendas? Puedo pedirle a alguien que pase por su suite.

—Por favor, señor. Gracias.

Cuelgo y devuelvo el teléfono a la mesita de noche.

—¿Tienes ropa para lavar, Alysson? Van a enviar a alguien a recoger la mía, no me gusta ponerme ropa nueva antes de lavarla, ¿quieres enviar la tuya también?

Ni siquiera me mira, solo asiente con la cabeza. Me río, ella también me desea, aunque lo omite, siento que nuestro deseo es mutuo.

Vuelvo al baño, sin prisa. Siempre llevo un bolso de repuesto con algunas mudas de ropa, en estos años de viajes de empresa he pasado por muchas situaciones, así que siempre llevo una maleta pequeña por si acaso. Elijo unos pantalones cortos de deporte, no tenía muchas opciones y me quedo sin camiseta, a propósito, incluso tenía algo que ponerme, pero ella no tiene por qué saberlo.

Vuelvo a la habitación, ella está separando la ropa, yo hago lo mismo y las junto con las tuyas. Poco después, el empleado llama a la puerta. Le abro y le entrego la ropa, le pido que me la entregue a la mañana siguiente, muy temprano. Me lo confirma, le doy una propina y las gracias.

—Perdona por ir sin camiseta, Alysson. Ahora mismo no tengo nada apropiado que ponerme. Si no te importa, ¿puedo quedarme así? Si no estás de acuerdo, me pondré una de mis camisetas deportivas —le digo.

—No, puedes quedarte como quieras —responde y mira hacia otro lado. —¿Comemos? Estoy cansada y quiero dormir pronto.

Comemos, hablamos muy poco. Ella está mucho más callada que de costumbre y apenas me mira a los ojos. Confieso que no sé si esto es bueno o malo.

Le doy las buenas noches y me voy a la cama. Apenas consigo cerrar los ojos, el sofá cama es bastante razonable, pero me basta con girarme hacia un lado y ver que el objeto de mi deseo está tan cerca de mí, pero al mismo tiempo tan distante, que me está volviendo loco. Me doy cuenta de que ella también tiene problemas para dormir, se revuelve en la cama mucho más de lo habitual. Me pregunto qué estará pensando. ¿Por qué no puede dormir?

Me levanto, ¡me rindo! Necesito hablar de lo que siento. Sé que me dije a mí mismo "nunca más", que no desearía a Alysson, pero no puedo evitarlo, es más fuerte que yo. Necesito actuar, no soy de los que esperan.

Me acerco a la cama, ella se da cuenta y se incorpora rápidamente, confusa, y me mira fijamente. No digo nada, tomo sus labios con urgencia. Ella intenta protestar, pero nuestro beso se vuelve urgente, tan necesario, que no hay marcha atrás. Nuestras bocas se devoraban con locura.

—Lo siento, Alysson, lo siento... —digo, jadeando. —No puedo evitar desearte tanto, me está volviendo loco...

—No pasa nada...

Interrumpo sus labios con otro beso, en unos segundos estoy sobre ella en la cama, intentando contener mis manos que quieren deslizarse por las curvas de su cuerpo. De repente, ella se detiene.

—Héctor, lo siento... No puedo hacer esto —sisea.

Como un golpe bien dado, soy noqueado por su negativa. Me aparto y salgo de la cama, sabe lo que está haciendo.

—Tienes razón, lo siento, Alysson.

Vuelvo al sofá cama, tan frustrado que no sé ni cómo explicarlo. Nunca antes una mujer me había rechazado de esta manera. Aunque ahora estoy seguro de que ella me desea tanto como yo a ella. Con este nuevo "no", siento que es definitivo.

El resto de nuestro viaje fue tedioso y aburrido, como una cita de trabajo aburrida. No volvimos a hablar de nosotros, fui completamente profesional con ella y respeté su "no", aunque siento que en realidad quiere decir "sí". Todo terminó ahí.

Una semana después...

A bordo del jet privado del grupo SMB, intento concentrarme en la lectura de los últimos informes que he recibido. Uno de ellos es de Alysson, con un resumen de las transacciones del primer mes en el que estuvo a cargo de mi cartera de clientes. Lo hizo bien, atendió a todos los clientes que le remití, incluso durante mis últimos días fuera. Intercambiamos varios correos electrónicos y siguió mis directrices, logrando mantener las cifras bajo mi supervisión. Lo está haciendo muy bien y las buenas noticias son alentadoras, lo que me hace olvidar por un momento mi cansancio.

Pido una copa de champán a la azafata, quien desde que entré en el avión no ha dejado de insinuarse. Aunque atractiva, no estoy de humor para un encuentro casual, necesito centrarme en los resultados. Doy un sorbo, disfrutando de la bebida fría. Aprovecho para hacer mi propio informe y lo dejo listo para enviárselo a Paola. Forma parte de nuestro acuerdo, ella realiza un seguimiento mensual del candidato al que estoy formando. Estoy tan satisfecho con los logros de Alysson que quiero entregarle personalmente este informe, solo para ver la cara de decepción de Paola.

Termino la copa y decido no pedir otra, necesito estar alerta. Aún tengo la intención de pasar por el banco antes de que termine la jornada laboral. Estoy especialmente ansioso, tratando de concentrar mis energías en el trabajo, en el proyecto que siempre he deseado llevar a cabo y

apartar de mi mente la obsesión por Alysson.

Recuerdo las últimas reuniones de trabajo y me siento satisfecho con cómo han ido las cosas. He estado viajando sin parar, trabajando en el plan de reestructuración del grupo, visitando sucursales, clientes y proveedores, y asistiendo a reuniones una tras otra. Algunas reuniones han sido sorpresivas y otras programadas. En resumen, han sido días muy productivos, con poco descanso y mucho trabajo.

Aunque tengo la mente ocupada, no puedo dejar de pensar en Alysson. No nos hemos visto desde nuestro último beso y desde que ella me rechazó. Fue lo mejor así. Necesito priorizar el banco, asegurarme de ganar esta apuesta. Marina tiene toda la razón, necesito más la competencia de Alysson en el banco que tenerla en mi cama.

Casi al finalizar los informes, llego al banco. Nada más salir del ascensor, Celia me recibe y me acompaña a mi despacho.

—Buenas tardes, Héctor. ¿Qué tal el viaje? —pregunta.

—Bien, aunque un poco cansado. ¿Cómo han ido las cosas aquí en mi ausencia?

Me quito el saco y lo tiro en el sillón, dejo el maletín en el escritorio y me sirvo un trago de whisky.

—Todo en perfecto orden. Es el final de la jornada laboral y la mayoría de los empleados ya se han ido. Ya he organizado todo lo que me pediste. —Celia señala una carpeta verde sobre mi mesa.

—Muy bien.

Tomo un trago de whisky. Celia permanece de pie en medio de mi despacho, noto que está impaciente y de vez en cuando echa un vistazo a su reloj.

—Gracias por los documentos, Celia. Estás libre por hoy.

—Gracias, Héctor. —Sale de mi oficina y cierra la puerta.

Enciendo mi portátil y en pocos minutos termino el informe para Paola. Solo faltan algunos ajustes, lo hice casi todo durante el vuelo. Lo envío con una sonrisa en el rostro. A continuación, leo los documentos e informes que me proporcionó Celia, hago una lectura rápida y los guardo. Decido responder solo los correos más urgentes, ya que anhelo regresar a casa.

Me quito la corbata, desabrocho los botones, comienzo a sentirme cansado, bostezo un poco, me levanto y voy a la despensa a tomar un café. Mientras el café se prepara, bebo un poco de agua y minutos después salgo con una taza de café humeante.

Al pasar junto a la puerta de la oficina de Alysson, veo una rendija de luz a través de la puerta. Me acerco y veo que está abierta.

¿Ella sigue aquí?

Una extraña sensación se apodera de mi cuerpo. Me detengo frente a su puerta y miro a través de la rendija. La veo hablando por teléfono, parece tensa. De repente, vuelvo a la

despensa, me sirvo otra taza de café, la coloco en la bandeja y corro hacia su despacho como un cachorro sin dueño.

Empujo la puerta sin llamar y entro, sorprendiéndola.

—¿Quieres café? —le pregunto.

Me mira inmediatamente, como si viera un fantasma, y después de un momento de sorpresa, responde con voz suave.

—Sí. No sabía que ya habías regresado.

—Llegué hace poco.

Me siento frente a ella y coloco la bandeja con los cafés sobre la mesa. Le ofrezco una taza y luego tomo la mía. El ambiente es un poco extraño, no sabemos cómo actuar. De hecho, es la primera vez que nos vemos desde aquella fatídica noche.

¿Estoy nervioso?

¡Mierda! ¿Qué me está pasando? Parece que soy un adolescente inexperto.

—Héctor...

—Alysson... —hablamos al mismo tiempo. —Tú primero.

Ella baja la cabeza, suspira y toma unos papeles de la mesa. Los extiende hacia mí.

—Sé que ya ha terminado el horario de oficina, pero me gustaría que evaluaras estas propuestas, por favor. Acabo de terminarlas y el cliente las necesita el lunes por la mañana temprano, no quería molestarte durante tu fin de semana —se justifica.

Cojo el papel, hizo unos análisis para un cliente al que le pedí que atendiera bajo mi supervisión. Son muy buenos, me siento aún más seguro con su orientación. No los miro detenidamente, lo admito, porque estaba demasiado nervioso por reencontrarme con ella.

—Son geniales, Alysson, muy buenos. —Le devuelvo el papel y doy otro sorbo a mi café. —Intentaré estar presente en esta reunión, pero como las otras veces, siéntete libre de dirigirla, yo solo te acompañaré.

—Por supuesto.

Ella toma un sorbo de su café y un largo minuto de silencio se instala entre nosotros. Siento que evita mirarme a los ojos.

—Quería felicitarte por tu primer mes, Alysson. Has estado brillante.

Ella sonríe, de manera un poco más natural. Es la primera vez que veo una sonrisa en su rostro desde que llegué.

—Muchas gracias, pero tú tienes parte de culpa. Eres un excelente mentor.

—Tú eres la persona indicada. —Nos miramos durante un momento. Intento restarle importancia. —He oído que ya te mudaste, ¿así que ahora eres oficialmente mi vecina?

—Sí, me mudé hace tres días.

—¿Ya has hecho una gran fiesta de inauguración del departamento?

—No, no, era solo una broma.

Se ríe y da el último sorbo a su café, luego pasa su lengua por sus labios. Me distraigo con el movimiento, evocando la sensación de su lengua recorriendo mi pene, que enseguida da señales de vida.

—Lo sé, pero me gusta la tranquilidad. Por cierto, muchas gracias por el regalo, has sido muy amable al recordar que me encantan las norias.

Sonríó y miro por la ventana, agradecido de que sea de noche, lo cual es adecuado para una invitación a cenar.

—Estoy muriendo de hambre. ¿Quieres cenar conmigo? Podemos hablar un poco sobre el cliente del lunes. Estoy bastante seguro de que no podré acompañarte.

—Yo... yo tenía una cita, pero no pasa nada, podemos ir.

Casi salto de alegría internamente.

Tranquilo, Héctor, es solo una cena. Me levanto de mi silla.

—Voy a recoger mis cosas y nos vemos en el ascensor.

—De acuerdo.

Me voy emocionado, pero trato de recordar que esta cena es profesional. Solo hablaremos de trabajo. Aún no hemos tocado el tema del beso, y mucho menos el segundo que me dio.

Como aún es temprano, decidimos esperar en el bar mientras nos preparaban una mesa. Pido una copa de vino y hablamos, centrados en el trabajo, por supuesto. Alysson se muestra más natural, espontánea como siempre. Es atenta, inteligente y perspicaz. Siempre hace buenas preguntas y observaciones cuando hablamos de trabajo.

Después de salir del bar, hicimos nuestros pedidos y cenamos mientras continuábamos hablando, principalmente sobre trabajo. Al final, mientras esperábamos los postres, sentí curiosidad y decidí preguntarle:

—Bruno, ¿ya no viene a verte? —le pregunto.

—Llamó intentando arreglar las cosas, pero obviamente le dije que no.

—¿Significa eso que aún no te ha abandonado?

—Eso es lo que él dice, pero yo no soy la tonta que él engañó. No he vuelto a caer en sus trampas.

Me río, contento de oír eso.

—Parece que tuviste una ruptura traumática.

Ella se ríe, sirviéndose otra copa de champán.

—Si dejarlo sin casa y poner vallas publicitarias con fotos sexys mías justo enfrente de su trabajo es lo que se considera traumático, entonces sí, fue traumático.

Se ríe como si estuviera orgullosa de su logro, pero lo único que me llama la atención es

la mención de "fotos sexys mías".

—¿Y dónde están esas fotos? —pregunto más rápido de lo que puedo procesar.

—¿Las fotos? —Se sorprende. —Creo que todavía las tengo en mi portátil. —Ríe y bebe un poco más. —Pero he hablado demasiado de mí. Ahora cuéntame, ¿cuál es tu historia traumática con las relaciones?

—Digamos que tuve una novia desde la adolescencia, ella fue la primera en muchas cosas en mi vida, el primer beso, la primera vez... Crecimos juntos y planeábamos casarnos. Sin embargo, parece que sus preferencias cambiaron y empezó a interesarse en chicos con más "experiencia". —Recuerdo las palabras de Paola, que me persiguieron durante mucho tiempo. —Un día la seguí y la encontré teniendo sexo con otro hombre.

—Bienvenido al club. —Ella levanta la copa en mi dirección. —Yo también fui traicionada.

Hago lo mismo, mirándola seriamente.

—Tengo una última pregunta, ¿Paola Brandão es tu hermanastra?

—Sí, es cierto —respondo, aunque no muy convencido.

Alysson es la primera mujer con la que hablo abiertamente sobre Paola.

Capítulo 14

Héctor

—¡Caramba! —Parece sorprendida. —¿Cómo has podido enredarte con tu hermanastra?

—¿Enredarme? No, Paola no es mi hermanastra —justifico, solo entonces comprendo el motivo del sobresalto.

—¿Cómo que no lo es? ¿No son tú, Marina y ella hermanos? —pregunta, confusa.

Cruza los brazos sobre el pecho, exigiendo una respuesta.

—Cálmate, te lo explicaré. No soy hijo biológico de Santiago, pero me inscribieron como si lo fuera. Cuando mi madre lo conoció, él era viudo; mi padre biológico murió cuando yo tenía tres meses. Doña María Rita se casó con Santiago, que estaba divorciado y ya tenía una hija de su primer matrimonio, Paola.

—Ah, ya veo. —Respira y parece aliviada. —Lo siento, vi que tenían el mismo nombre, así que pensé que eran hermanos y que su rivalidad era típica entre hermanos, ahora lo entiendo.

—A Paola la crió su madre, pero siempre ha estado muy presente en nuestra casa, sobre todo después de que naciera mi hermana, Marina.

—Ah, ya veo, entonces Marina es tu hermanastra.

—Sí, exactamente.

—¡Pobrecita! Ahora entiendo por qué no le gusta hablar de ti y de Paola, Marina está en una situación delicada.

—Sí, pero después de que mi relación amorosa con Paola terminara, digamos que nuestra familia se distanció un poco, sobre todo yo. Es una situación incómoda para ellos, que incluso después de tanto tiempo, todavía no saben manejar bien. A pesar de todo, aunque no tenga lazos de sangre con Santiago, lo considero como un padre y él también me considera un hijo; siempre me han tratado de la misma manera que a sus dos hijas biológicas.

—Lo entiendo, ella habla de ti con mucho orgullo.

El camarero trae nuestros postres. Alysson pide una tarta de chocolate, se come el primer trozo y vuelve a mirarme fijamente.

—No puedo ni imaginarme cómo lidiar con una situación así. ¿Significa esto que Paola y tú ya no se hablan?

— Durante mucho tiempo nadie mencionó su nombre delante de mí. Querían evitarme todo eso, pero creo que han comprendido que ya no me afecta, que no significa nada para mí. Con ella hablo de lo trivial y de lo necesario.

—Es bueno saberlo... —La miro, abro una sonrisa, ella se da cuenta e intenta justificarse. —Me alegra saber que las cosas entre tu familia son normales.

Termino el postre. Entre cucharada y cucharada, nos miramos fijamente. Ella sonríe mientras se come el último trozo de la tarta de chocolate. Cierra los ojos y se lame los labios lentamente. Yo la miro fijamente, estupefacto, entumecido.

¡Mierda! Quiero a esa mujer, quiero esa lengua deslizándose por mi pene.

Ella abre los ojos y sonríe al verme en completo trance.

—¿Qué te pasa? Me encanta el chocolate, ¿sí? —dice, divertida.

¡Carajo! Me han entrado ganas de decirle que me encantaría tirarla sobre la mesa y comérmela hasta cansarme, pero me he contenido.

—Creo que ya podemos irnos —digo finalmente.

Hago un gesto con la cabeza al camarero, pago la cuenta y caminamos hacia el aparcamiento. Le pongo la mano suavemente en la espalda. A ella no le importa ni se da cuenta, pero me gusta estar en contacto con ella. Volvemos a mi edificio en mi coche. Ahora éramos vecinos. Ni siquiera sé cómo será eso, pero me gusta.

Cuando llegamos a su departamento, espero a que me invite a entrar. Me alegro de que entienda mi intención y no necesite ofrecerme.

Cuando llegamos a su departamento, espero a que me invite a entrar. Me alegro de que entienda mi intención y no necesite ofrecerme.

—¿Quieres entrar a ver qué te parece? —me sugiere.

—Sí, por supuesto.

Alysson se adelanta, enciende las luces, entro en la secuencia. Todo está impecablemente arreglado. Fingiré fijarme en los detalles, pero en realidad, toda mi atención está en ella. Me muestra orgullosa cada espacio decorado. Está bien, creo que hubiera invertido en una decoración más lujosa. Sin embargo, es bonito y modesto.

Después de mirar casi todo, volvemos a la sala.

— Bueno, eso es. Bienvenido a mi casa, Héctor.

— No vi el regalo que te hice. Pensé que estaría decorando la sala.

Ella omite su sonrisa, parece un poco avergonzada y mira hacia otro lado durante unos instantes, luego se justifica:

— Es que me pareció tan lindo que preferí dejarlo en mi mesita de noche.

Me acerco a ella.

— Un sitio estupendo, ahora todos los días antes de irte a dormir podrás acordarte de mí, puede que incluso sueñes conmigo.

Alysson permanece callada, no dice nada, pero la sonrisa de sus labios lo dice todo. De

hecho, es mucho menos habladora en mi presencia que de costumbre. Aprovecho para acercarme aún más, le tocó la cara con el dorso del dedo, jadea, se aleja un poco, pero acortó la distancia.

— Te he echado de menos, Alysson.

Doy un paso adelante y ella retrocede otro.

— Héctor... no hagas eso, dejemos las cosas como están. — Ella extiende sus manos sobre mi pecho, impidiendo que me acerque más. — Estamos trabajando tan bien y...

Ignoro totalmente su advertencia, enredó la mano en su sedoso pelo, acerco su cara a la mía, le susurro al oído:

— No puedo, nena, ¡porque te deseo, carajo! — La miro de nuevo, traga en seco y cierra los ojos, no parece sorprendida por mi revelación. — Mientras estuve fuera, intenté convencerme de que era mejor que solo tuviéramos una relación profesional, pero bastó verte para que mi decisión se viniera abajo.

— Yo... yo... yo también creo que es mejor, seamos profesionales — refuerza, nerviosa.

— Podemos encontrar un término medio, somos adultos, bien resueltos, ambos tenemos el corazón roto por nuestras ex parejas, no buscamos nuevas relaciones, así que, somos perfectos para una relación beneficiosa para ambos.

— ¿Qué quieres decir con beneficiosa? — pregunta.

— Sin compromiso, sin ataduras, solo sexo casual, ¿qué me dices?

Está claramente nerviosa, sigo avanzando, doy otro paso hacia ella, esta vez se queda en su sitio, me acerco tanto que puedo sentir su olor, su respiración entrecortada. Aunque sé que está a punto de rechazar mi oferta, no puedo parar, me atrae más que mi capacidad de pensar en este momento. La quiero, ¡ahora!

— No sé, Héctor, no creo que esto vaya a funcionar...

Sin esperar su iniciativa, tomo sus labios en un beso caliente, al principio ella no corresponde, pero pronto siento sus pechos llenos frotándose contra mi pecho, su cuerpo presionando el mío, y el placer estalla entre nosotros.

Mi pene se excita en mis pantalones, solo era un beso, pero parecía un adolescente virgen, locamente caliente. Me gusta besarla, me gusta sentir su boca en la mía, y cuando nos separamos unos breves segundos, con la respiración aún acelerada, no espero a que la realidad nos golpee, la beso de nuevo. Nos detenemos para recuperar el aliento.

—Te deseo, Alysson... Estoy llevando a cabo un plan de reestructuración muy importante del grupo, pero no puedo pensar con claridad y concentrarme aún menos, porque solo pienso en cogerte todo el tiempo. Me estoy volviendo loco y duro, muy duro —Se ríe, un poco avergonzada. —Por favor cariño, cógeme o me volveré loco...

Esta vez fueron sus labios los que interrumpieron los míos. Con su señal, avanzo un

poco más. Envuelvo su cintura con mis brazos, elevo su cuerpo. Entrelaza sus piernas en mis caderas. Entre besos, salgo hacia el pasillo. Sé dónde está la suite principal. Empujo la puerta con el pie. No quiero dejar de besarla, no quiero dar oportunidad a la razón para que nos impida continuar.

La tumbo en la cama, abandono sus labios unos segundos, solo para quitarme la camisa. Me inclino sobre ella y busco de nuevo sus labios.

— Héctor... — Ella extiende sus manos sobre mi pecho, me acaricia lentamente el abdomen y vuelve a mirarme. — Creo que estamos mezclando las cosas y...

— No digas nada — la interrumpo. — Lo único que quiero oír de esos labios ahora mismo es una súplica para que te tome con fuerza.

Vuelvo a besarla, tan loco de deseo que no puedo contenerme. Le arranco la blusa, la tiro. Deslizo los tirantes de su sujetador poco a poco, en previsión del espectáculo que estoy a punto de ver.

¡Qué pechos! Siempre quise verlos, tocarlos, chuparlos. Y aquí, tan cerca de tener mi espectáculo, intento contenerme, porque estoy a punto de explotar tan fuerte. Aun arrebatado por el deseo, le quito el sujetador lentamente. Me alejo para apreciarlos, subiendo y bajando armoniosamente, justo delante de mí.

¡Mierda! Son más lindos de lo que imaginaba. Contorneo el pezón rosado de uno de ellos con el pulgar, ella jadea ante mi contacto. Me inclino para chupar uno de ellos, chupo con fuerza. Mientras ella se retuerce en la cama, deslizo mis manos por todo su cuerpo, tocando, manoseando, como siempre he deseado.

Sigo deleitándome con sus hermosos pechos, alternando entre uno y otro, mordisqueando, lamiendo y chupando mientras ella gime.

Mis manos llegan a la cintura de su pantalón. Me aparto rápidamente, abro el botón, luego hago lo mismo con los míos. Ella se lleva las manos a las caderas para ayudarme a desnudarla, pero la detengo. La tomo de la mano y nos levantamos de la cama. Beso sus labios y dejo que se levante. Me siento, ella me mira fijamente con esos ojos enormes y brillantes, totalmente excitada, esperando mi siguiente acción.

—Quítate la ropa para mí nena, quiero guardar cada segundo de este momento en mi memoria.

Ella sonríe, un poco tímida, pero no se rinde, no sé si después de hoy volveré a tener la oportunidad de tenerla entre mis brazos, así que necesito disfrutar de cada segundo. Ella empieza un poco desconcertada, se quita primero los zapatos y los tira, yo aprovecho y hago lo mismo, luego sujeta la cintura de su pantalón y la desliza lentamente hacia abajo mientras gira su culo para mí.

Me quito el pantalón, me quedo solo con la ropa interior, mientras disfruto de su sensual

y atractivo movimiento que me vuelve loco. Ya no puedo admirarla sin tocarla, me levanto de la cama, la abrazo por detrás, froto mi erección contra su culo mientras beso lentamente su cuello y sus hombros.

—Eres preciosa, nena... —De repente, la giro hacia mí.

Extiende las manos sobre mi pecho, parece que le gusta, la veo deslizar las manos por mi abdomen con una tímida sonrisita de satisfacción.

—¿Te gusta lo que ves, Alysson? —le pregunto.

—Por ahora, pero prefiero evaluar después de probar.

—Buena chica.

Vuelvo a besarla y la tumbo en la cama, aún en ropa interior. Empiezo a besarle el cuello, los pechos y desciendo hacia su sexo. Ella jadea cuando tiro de la cintura de sus bragas con los dientes. Huele bien, deslizo lentamente la pieza a lo largo de sus caderas y piernas, acariciando su piel poco a poco, sostengo la pieza en mis manos, me alejo de la cama para quitarme la ropa interior, envuelvo las dos piezas y las tiro juntas, porque sus bragas serán mías, quiero conservarlas como recuerdo.

Vuelvo a la cama, abro sus piernas lentamente. Empiezo a besar el interior de sus muslos, sintiendo cómo vibra con mi tacto, pero no parecía lo suficientemente cómoda. Cuando me acerco a mi objetivo, ella interviene:

— No, Héctor...

—Tranquila nena, relájate y confía en mí. Sé lo que necesitas. —La miro de frente, serio, le hago un guiño. Siento que se resiste, pero confió en mí.

Reanudo los besos, trazando el camino que deseo, intento estar un poco más tranquilo para no asustarla. Su coño está húmedo, noto su calor y su atractivo olor. Introduzco mis dedos en su vagina. Ella gime fuerte y está tan deliciosamente caliente que no puedo resistirme. Sorprendido y locamente caliente, me agacho para devorarla. Cuando mis labios tocan su humedad, pensé que acabaría allí mismo.

Es deliciosa y caliente... especial y tan caliente que me pierdo entre sus piernas.

Alysson intenta balbucear algo, pero no lo entiendo, estoy demasiado concentrado para escuchar. Muevo la lengua por su vagina, la abro con delicadeza, meto la lengua a un ritmo rápido, busco su clítoris y cuando lo encuentro, chupo desesperadamente. Alysson me agarra el pelo con fuerza, mueve las caderas en busca de placer, gime y jadea sin control. No paro, sigo, porque es demasiado deliciosa...

Sus gemidos inconexos son como una orden para continuar. Su sabor y su calor son tan perfectos y únicos, y de repente siento su clítoris estremecerse. Intensifico la succión, aprieto con fuerza uno de sus pezones y una oleada de placer invade su cuerpo. Se corre, gime y grita en mi boca mientras le chupo más fuerte el clítoris. Se abre un poco más, mueve las caderas y se

entrega totalmente. Poniéndome tan caliente, loco por verla así, que no sé cómo explicarlo. Normalmente soy muy controlado, pero con ella, el control es prácticamente nulo. Y me ha gustado... me ha gustado, carajo.

Me relamo los labios, encantado con su maravilloso sabor. Busco su boca, un beso tranquilo, que rápidamente se convierte en frenético y urgente. En pocos segundos, sus manos están en mi pene, masturbándome. Me aparto o acabaré, y eso no es lo que quiero en este momento. Quiero disfrutarlo todo, quiero estar completamente dentro de ella.

— ¡Un momento! — advierto.

Siempre llevo un condón en el bolsillo interior de mi saco, corro a la sala, por suerte aún tenía uno.

Vuelvo, le tiro el condón mientras me deleito con sus labios. El beso vuelve a ser urgente, me devuelve el objeto. Me lo pongo rápidamente, levanto sus piernas y las apoyo en mis hombros. Ella sonríe, mi corazón late deprisa. Su mirada en la mía y la expectación por este momento es tan especial que lo alargo un poco más. Froto mi pene en su entrada lentamente, provocándola. Está tan caliente y tan preparada que me siento incapaz de continuar.

— Te quiero... Héctor... por favor — murmura, casi inaudible.

No me resisto, la penetro un poco, siento su calor, entro y salgo lentamente. Está demasiado caliente, me vuelve loco. Me muevo poco a poco, intentando prolongar el momento. Cuando me hundo completamente en ella, gime fuerte, así que continúo, intensificando los movimientos. Veo en sus ojos que eso es lo que quiere.

Retiro sus piernas de mis hombros y me tumbo sobre ella, uniendo nuestros cuerpos. El calor que emana de ellos intensifica el placer. Entrelazo mis manos con las suyas y compartimos un beso ardiente mientras me muevo con ferocidad. A ella parece gustarle el ritmo. Entre besos y gemidos, me confieso, susurrándole al oído:

— Estoy loco por ti, Alysson.

El placer es inmenso, inexplicable. Creo que, por haberla deseado en silencio durante tanto tiempo, todo se ha vuelto más significativo. No me importa ni siquiera intento comprender mis sentimientos, porque solo quiero devorarla de todas las formas posibles hasta el amanecer.

Continúo con las embestidas hasta que siento su clímax. Esto me hace mover aún más fuerte, me hundo totalmente en ella, alucinado de lujuria. Entonces, unas caricias después, acabo fuerte, gimiendo en su oído.

Con nuestros cuerpos aún pegados y sudorosos, la beso lentamente, giro hacia un lado y la acomodo entre mis brazos. Acaricio su pelo, aún en silencio, mientras nuestros cuerpos se recuperan.

— ¡Vaya! Eso ha sido... ¡increíble! — dice, aún jadeante.

Me río, feliz por supuesto, porque yo siento lo mismo. Levanto la barbilla y le beso los

labios despacio. Ella me devuelve el beso y vuelve a recostarse en mi pecho.

— No hemos hecho más que empezar, nena — le digo, seguro de que aún queda mucho por hacer.

— ¿Puedo decirte algo?

Alysson aparta la mirada, como si fuera algo embarazoso.

— ¡Claro que sí! —la animo.

Me apoyo en el codo para mirarla mejor.

— Nunca he gozado así... — Admite, un poco avergonzada. — Nunca me la han...

— ¿Chupado? — completo

Levanto su rostro despacio, quiero mirarla.

— Sí, nunca imaginé que pudiera sentir tanto placer así. Supongo que las experiencias que he tenido me hicieron creer que era algo malo...

— ¿Y después de hoy a qué conclusión has llegado?

— ¡Que es maravilloso! — Sonrojada, hermosa y tan dulce que me dieron ganas de besarla.

— Solo necesitabas un hombre con experiencia como yo, nena.

Ella se ríe y me golpea el pecho lentamente.

— ¡Convencido!

Nos reímos y vuelvo a estrecharla entre mis brazos. Le beso la cabeza, sintiéndome bien por tenerla conmigo, pero nuestros cuerpos no han tardado en recuperarse del todo, parece que la realidad ha vuelto mucho más rápido de lo que esperaba.

Alysson se levanta, va al baño y vuelve vestida con una bata, luego empieza a recoger mi ropa del suelo. Obviamente me parece extraña su reacción, esperaba al menos pasar unas horas más aquí con ella.

— ¿Qué estás haciendo? — pregunto, aunque ya sé la respuesta.

Ella se gira para mirarme.

— Héctor, lo que pasó fue genial, pero tiene que quedarse solo en eso.

Me levanto y camino hacia ella.

— ¿De qué tienes miedo, Alysson?

— No tengo miedo de nada, pero creo que...

— Dije que hablaríamos de ello. — Le toco la cara lentamente. — En la oficina soy tu jefe y tú mi aprendiz, pero fuera de allí, aquí, por ejemplo, solo somos un hombre y una mujer que disfrutan del buen sexo, ¿me equivoco?

Suspira y me mira seriamente.

— Muy bien, entonces... — Se acerca, desliza sus manos por mi pecho. — Como es solo sexo, nadie tiene por qué enterarse, solo tú y yo, ¿verdad?

— Perfecto. Totalmente confidencial — le confirmo y le rodeo la cintura con las manos.
— ¿Sin ataduras, sin sentimientos, sin celos? — pregunta ella.
— Nada de nada. — Le beso los labios.
— ¿No te importa que te utilice para satisfacer mis deseos sexuales? — me pregunta.
Niego con la cabeza. — Perfecto, ¿tenemos un acuerdo entonces?
— Sí, acepto todas las cláusulas que propones, mi única exigencia es la exclusividad, si vamos a tener sexo con frecuencia, quiero ser tu única pareja.
— ¿Y quién dice que tendrás frecuencia? — pregunta, provocativa.
— Yo, nena, después de mostrarte mi "experiencia" — subrayo la palabra. — Querrás que te coja todos los días. Lo que acaba de pasar ha sido solo una muestra gratis, ahora que hemos negociado las condiciones, lo tendrás todo de mí.
Alysson se ríe a carcajadas, es provocativa, sexy, deliciosa y me vuelve loco.
— Me gusta tu amor propio y tu convicción, Héctor.
Vuelvo a besar su boca, le quito la bata, porque vuelvo a desearla. Todavía no he saciado mi deseo, quiero disfrutar de cada segundo que pase a su lado.

Días después...

Sigo viajando abrumado por negocios. Confieso que la rutina es agotadora, pero estoy satisfecho con los resultados. Pensaba que después de acostarme con Alysson estaría más tranquilo y concentrado, sin embargo, el efecto fue el contrario, la echo de menos, una y otra vez me sorprendo pensando en ella.

Los fines de semana vuelvo a São Paulo y a la cama de Alysson. Nuestro arreglo va bien, sin cargas y sin estrés, normalmente cuando nos encontramos cogemos como locos hasta que nos cansamos. Nuestra relación sigue siendo secreta. En el banco, seguimos actuando profesionalmente, sin levantar sospechas.

Durante el tiempo que estuve fuera, intercambiamos mensajes provocativos. Llamaba cuando podía, pero no en exceso, para evitar que se convirtiera en una rutina, ya que nuestra relación se basaba en el deseo y no quería perder eso.

Llegué el sábado al amanecer, el vuelo se retrasó, tardé más de lo habitual. La pista del aeropuerto estaba bloqueada por culpa de un globo que cayó sobre ella, por eso se retrasó. Me moría de ganas de ver a Alysson, pero debido a la hora a la que llegaría, ya era tarde. No quise llamarla para que me abriera la puerta.

Recuerdo que tengo una copia de la llave, así que primero voy a mi departamento. Me doy una ducha rápida y me pongo algo de ropa. Aunque estaba cansado, quería verla, besarla, hacerla mía. Me cuelo en su departamento, todo está oscuro. Cierro la puerta y voy directo a su

habitación.

La habitación está a media luz y ella duerme plácidamente. Me quito la ropa y mi pene se excita al verla. Me meto entre las sábanas y la estrecho entre mis brazos. Se despierta, me mira confusa durante unos minutos.

—¿Estoy soñando? —me pregunta aún somnolienta.

Se frota los ojos y bosteza, sus labios forman una leve sonrisa. Parece que le ha gustado verme. Me río y me acerco a ella, besando suavemente sus labios.

—No, estoy aquí, cariño... es una locura echarte de menos.

Ella responde con una nueva sonrisa, cierra los ojos somnolienta y me abraza con fuerza. Yo estaba cansado e incluso loco de ganas de besar todo su cuerpo y cogerla locamente. Después de todo, había pensado en ello durante todo el viaje. El calor de su cuerpo acercándose al mío, y su abrazo anhelante era tan reconfortante que me asombra.

Me relajé y me sentí tan bien con ella entre mis brazos, como nunca antes...

Capítulo 15

Alysson

Me despierto, pero no abro los ojos. Una buena pereza me hace quedarme unos instantes más en mi cama. Siento un olor delicioso y familiar: el perfume de Héctor. Sonríó y siento un pequeño escalofrío en el estómago al recordarlo. Me encanta sentir su olor en mis sábanas.

Finalmente, abro los ojos, pero me cuesta creer lo que veo. Me los froto solo para asegurarme de que no estoy soñando. Me siento en la cama y me doy cuenta de que el olor no viene de mis sábanas, sino de su cuerpo. Héctor está durmiendo plácidamente en mi cama. ¿Qué hace aquí? ¿Cómo ha entrado aquí?

Pensaba que había soñado que llegaba y me abrazaba al amanecer, pero no, era real. Está aquí de carne y hueso. Bueno, debería enfadarme. Ha entrado en mi casa sin mi consentimiento y encima está durmiendo en mi cama. Pienso unos segundos, intentando no enfadarme. Sin embargo, recuerdo nuestro intercambio de mensajes de ayer:

Héctor: Tardaré más de lo previsto, pero quiero verte hoy más tarde, ¿puedo entrar en tu habitación cuando llegue?

Yo: ¡Sí! Mi habitación, mi cama y mis bragas... ¿Cómo piensas hacerlo?

Héctor: Tengo mis métodos, no me esperes despierta, quiero tener el placer de hacerlo cuando llegues.

Yo: ¡Esperaré ansiosa!

No me tomé en serio nuestro intercambio de mensajes. Pensé que me llamaría o que estaba bromeando, pero al parecer, la "invasión" a la que se refería era en el sentido literal de la palabra.

Incluso con él rompiendo uno de nuestros acuerdos, que era no dormir juntos para evitar la rutina y la sensación de relación, no puedo enfadarme. No con este montón de músculos viriles a mi disposición.

Levanto la sábana despacio, solo está en calzoncillos y sigue durmiendo tan plácidamente y maravillosamente que casi lo dejo dormir. Pero tenía mejores planes.

Contengo el impulso de tocarle el pecho; me encantaría hacerlo, así que voy rápidamente al baño, me lavo los dientes, me doy una ducha y vuelvo. Héctor sigue durmiendo, como imaginaba.

Busco un camisón, me pongo el más sexy que tengo y vuelvo a la cama. Subo despacio, me arrodillo a su lado y retiro la sábana. Ah, todavía no me acostumbro a él en mi cama, y no me

canso de admirar su cuerpo lleno de músculos definidos. Aparte de su impresionante belleza, sigue siendo tan increíble en la cama que el mero recuerdo hace que mi cuerpo se estremezca.

Deslizo mis manos lentamente por su pecho; veo una leve sonrisa en sus labios. Continúo en dirección a mi camino favorito, tiro de la cintura de sus calzoncillos. Él levanta un poco las caderas para ayudarme a quitárselos, en posesión de una sonrisa irónica y tentadora.

Le tomo el pene despacio, está semierecto, pero en unos segundos está totalmente erecto en mis manos. Lo masturbo poco a poco, viendo cómo se amplía su sonrisa de satisfacción. Me agacho y empiezo a lamerlo despacio, desde los huevos hasta el glande. Gime suavemente, y con una mano le aprieto la base del pene mientras lo chupo con deseo.

—Mierda... nena... —murmura.

Héctor enreda su mano en mi pelo, ayudándome a subir y bajar a un ritmo frenético. Me gusta verlo loco de deseo mientras su pene entra y sale de mi boca. Alterno entre morder el glande, lamer y chupar. Él gime, tira de mi pelo y se entrega totalmente al momento. Me coloco entre sus piernas y, no satisfecha, me quito el camisón y coloco su pene entre mis pechos. Él suelta un gruñido al sentirlo entre ellos, me muevo lentamente, sujetando el lateral de mis pechos con las manos, masturbándolo con ellos despacio. Él gime fuerte y poco a poco intensifico el ritmo, me muevo arriba y abajo mientras él dice y grita palabras inconexas, completamente loco de deseo.

A punto de acabar, se detiene bruscamente, me empuja sobre la cama, sus ojos hambrientos y locos de lujuria.

—Ah, nena, sabes cómo volverme loco, pero ahora me toca a mí...

El tono asertivo y sexy de su voz me pone la piel de gallina. Se levanta rápidamente, busca su ropa, saca un preservativo del bolsillo y vuelve a la cama.

—Llevo toda la semana planeando lo que haría contigo, pero siempre me estropeas los planes. —Sonríe, provocativo. Se arrodilla en la cama, entre mis piernas, y en un tono autoritario que me encanta, me pide: —Abre las piernas, nena, quiero devorarte.

Hago lo que me dice, rápidamente se agacha y me lame lentamente, provocándome y deleitándose con mi sabor. Yo estaba muy excitada, y a él parecía encantarle. Luego entierra su cara entre mis piernas sin ningún pudor. La tranquilidad desaparece y da paso a la ferocidad y la desesperación, alterna entre chuparme el clítoris y penetrarme con la lengua, y sabía muy bien lo que hacía. Agarro las sábanas y las aprieto con fuerza, gimiendo de desesperación.

Nunca imaginé que diría esto, pero echaba de menos sus labios devorándome, echaba de menos acabar en su boca. Mi cuerpo se estremece, oleadas de placer lo embargan, a punto de acabar, se detiene de repente, casi haciéndome suplicar por más...

Lo miro confundida. Algo que nunca pensé que haría en mi vida era pedirle a alguien que me la chupara, pero Héctor era demasiado bueno en lo que hacía, y supo demostrarme lo

maravilloso que es el sexo oral, porque Bruno incluso lo intentó, después de mucha insistencia de mi parte, pero fue una experiencia terrible y traumática al punto de hacerme pensar que esto era algo malo.

—¿Quieres más, cariño? —pregunta.

—Sí, por favor...

—¿Por favor qué, nena?

—Quiero acabar en tu boca.

No tuve que volver a pedir, él sonríe y me mira fijamente con su mirada traviesa que ya he aprendido a descifrar. Luego, de nuevo, entierra su cara entre mis piernas, chupándome con tal destreza que gimo fuerte sin control. Intensas oleadas de éxtasis se suceden con fuerza, apoderándose de mi cuerpo en un placer tan increíble que me quedo completamente inerte sobre la cama durante unos segundos, incrédula, incapaz de procesar nada. Lo único que puedo pensar es: ¡mierda! Esto es demasiado bueno.

Oigo el sonido del envoltorio metálico romperse, pronto se posiciona entre mis piernas, alinea su pene a mi entrada, pesa su cuerpo sobre el mío. Pensé que sería bruto como hace poco, pero no. Me encara, me besa lentamente. Mi sabor está en sus labios, fundiéndose en un sabor nuevo, tan íntimo y nuestro, que me excita.

—Te he echado de menos, cariño... —me susurra al oído.

—Yo también te he extrañado...

Traicionado por mi razón, mi corazón me confió lo que temía: él me hacía falta.

Héctor aparta el pelo de mi cara, como si quisiera encararme. Por su sonrisa, parece que le gustó lo que oyó. Comienza de nuevo con besos por mi hombro y boca, tranquilo y silencioso, aunque su pene presionaba mi entrada, no avanzaba. Sorprendiéndome, después de los besos, me mira con una sonrisa tímida y suave, murmura:

—Me ha gustado saber que me echabas de menos. Me gusta aún más la sensación de tener a alguien esperándome... —Beso suave. —Eres demasiado especial, cariño...

Héctor entrelaza nuestras manos, mantiene su mirada fija en la mía, me sonríe y me penetra lentamente. Poco a poco avanza, como si quisiera deleitarse con cada segundo dentro de mí. Era diferente, muy bueno como las otras veces, pero algo había cambiado, una conexión inusual, diferente a todas las otras veces que tuvimos sexo. Se movía despacio, parecía que no tenía prisa o que quería prolongar el momento.

Mi cuerpo reaccionaba bien al suyo, aunque me gustaba cuando era rudo e intenso, ahora, ojos con ojos, manos entrelazadas y el placer dominándonos poco a poco, soy incapaz de elegir la mejor manera. La verdad es que Héctor siempre me sorprende, desde que lo vi la primera vez, con él, estaba segura de que las primeras impresiones se pueden rehacer.

Poco a poco encontramos un ritmo perfecto, él se mueve sin prisa y yo le recibo con

locura. A cada movimiento gimo, siendo seguida por él, que también hace lo mismo. Cierro los ojos, disfrutando de cada segundo de contacto de nuestros cuerpos.

Héctor me sujeta la barbilla, me besa los labios y me susurra al oído:

—Abre los ojos, nena, y entrégate a mí...

Sigo su orden y abro los ojos. Los suyos brillan, centellean, como nunca antes los había visto. En ese instante, lo único que hicimos fue mirarnos, conectamos de una forma inigualable, había mucho más que una simple conexión de cuerpos y sexo casual. Eso me asustó. Lo beso, fue la forma que encontré para no quedarme en esa mirada, porque me asusta esta conexión tan intensa, y hacia dónde se dirige este loco sexo casual.

De repente, nuestro ritmo se acelera y nuestros cuerpos tiemblan de placer, llegamos juntos al éxtasis. Era tan increíble, pero esta vez, no era solo sexo, había sentimientos de por medio, aunque no quería asumirlo.

Permanecemos unos instantes en silencio, todavía en la misma posición, como si estuviéramos asimilando lo que acaba de suceder. Creo que los dos estamos confusos, y nuestra implicación empieza a dar señales de que algo más serio está sucediendo.

Héctor se gira hacia un lado, me atrae hacia su brazo, nos quedamos pegados, mientras nuestros cuerpos se tranquilizan, solo el cuerpo, porque el corazón seguía acelerado, porque, por primera vez en mucho tiempo, tenía miedo de volver a romperme la cara. Tengo que aceptar mi destino, soy pésima para separar las cosas.

Héctor me acaricia el pelo, luego desliza su mano por mi cara, me levanta la barbilla para mirarlo, murmura, todavía un poco jadeante:

—Me ha encantado despertarme con tus suaves manos, cariño.

Sonríó, era automático, sabía cómo sacarme risitas tontas.

—A mí también me encanta tenerte aquí.

Otro fuerte abrazo, aunque no era eso lo que quería decir.

—Siento haberte hecho esperar, mi vuelo se retrasó.

—Sí, lo sé, vi tu mensaje antes de acostarme.

—¿Esperaste hasta tarde? —pregunta con una sonrisa de satisfacción.

—Sí, pensé que llegarías a la misma hora que las otras veces, y debería abrirte la puerta, ¿no? —Me siento en la cama. —¿Por qué no sabía que tenías una copia de la llave de mi departamento?

Héctor se ríe, cínico como siempre.

—No quería despertarte, lo siento. —Me acaricia el brazo. —Tengo una copia de la llave porque pensé que era importante tener una, nunca se sabe cuándo puedes necesitarla.

—Es que creo que una copia de la llave se gana, Héctor. Lo nuestro es algo más...

—Más... —anima.

—Más libre, acabamos de acostarnos y, por cierto, nuestro acuerdo era no dormir juntos, ¿recuerdas?

Cierra la cara, no parece haberle gustado mi exigencia. Se sienta también en la cama y me coloca un mechón de pelo detrás de la oreja.

—Lo sé, pero estaba tan cansado que solo podía abrazarte, no podía dormir, aún con todo el estrés y el cansancio del viaje, si antes no venía a darte un beso.

¡Dios mío! Me quedo completamente muda, pero mi corazón responde por mí, salto sobre su regazo, lo tumbo en la cama e intercambiamos besos burlones.

—Me ha gustado despertarme a tu lado, pero creo que es mejor que sigamos con nuestro acuerdo original.

Héctor invierte rápidamente nuestras posiciones, se coloca sobre mí y me sujeta la barbilla para mirarme.

—Y si quieres cambiar nuestro acuerdo, me encantaría dormir contigo más a menudo.
—Un beso suave. —¿Qué me dices?

—Creo que deberíamos seguir como antes...

Siento su erección preparada, la frota ligeramente contra mi vientre. Con esa sonrisa traviesa que me enciende. Provocativo, me besa la mandíbula, sigue con cálidos besos lentamente hasta mi boca, y luego me susurra al oído:

—¿Estás segura? El sexo matutino es la forma perfecta de empezar el día.

Su voz ronca y profunda, tan deliciosa de oír, me hace olvidar lo que debo responder. A punto de consentir, por poco digo que quiero todo y un poco más de él, porque, extrañamente, eso es lo que quería mi corazón.

Oímos un golpe en la puerta de la sala, el ruido era lejano, pero nos sorprendió. Nos quedamos quietos, intentando escuchar para ver si era real. De nuevo el golpe se repite, pero esta vez un poco más fuerte, casi desesperado.

Cierro los ojos, un poco frustrada, claro, no quería irme ahora, necesitábamos terminar nuestra conversación.

—Hay alguien en la puerta, tengo que contestar —digo.

—¡Maldita sea! ¿Es hora de visitar a alguien? —Héctor parece enfadado, se da la vuelta y se levanta de la cama. —¿Esperabas a alguien?

Me levanto y corro al armario, buscando algo que ponerme. Encuentro una bata.

—No, no tengo la menor idea de quién puede ser, pero debe de ser alguien conocido, o el portero habría llamado. Pienso en Marina, tal vez.

—No, Teo está en la ciudad, seguramente deben estar muy ocupados ahora.

Vuelvo a la habitación, Héctor ya está vestido.

—Me voy, espera aquí.

Salgo hacia la sala, antes de abrir la puerta, oigo otro fuerte golpe, tan desesperado que me hace apresurar el paso.

—Cálmate, ya va, ya va... —grito desde dentro.

Abro la puerta, sin siquiera ver quién era antes, y acerté, era alguien conocido. Michelle entra como un huracán, me sorprendió tanto su llegada que me quedo quieta, tratando de entender qué hace aquí tan temprano.

—¡Dios mío, Aly! ¿Quieres matarme? —protesta, tira el bolso en el sofá y gesticula nerviosamente. —¡Casi me muero de preocupación!

—Yo... —intento preguntar, pero ella es más rápida.

Michelle se dirige hacia la cocina. ¡Maldita sea! Puede ver a Héctor. La sigo a toda prisa, la puerta de mi habitación está entreabierta, por suerte ella pasa directamente y no se da cuenta de nada, la cierro al pasar en la secuencia.

—¿Qué he hecho mal, Michelle? ¿Y qué haces aquí tan temprano? —le pregunto.

—¿Tan temprano? —Abre la nevera y toma una botella de agua. —Son casi las diez de la mañana, Aly, llevo una hora llamándote como una desesperada, ¿no podías haberme contestado?

—¿Me has llamado? No lo vi, anoche dormí hasta tarde y no...

—¿Qué pasa? —Toma otro sorbo de agua, lava el vaso en el fregadero y viene hacia mí. —Te conozco, no eres de las que llegan tarde a una cita.

¿Cita? ¿Había concertado una cita con ella? ¡Maldita sea!

Solo entonces recuerdo que le prometí ayudarla con el Grandote.

—¡Oh, el Grandote! Lo siento, Michelle, me olvidé por completo. Dame unos minutos, tengo que cambiarme y nos vamos, ¿vale?

—De acuerdo, o Alex...

Apenas me contesta y se queda mirando la puerta. Como estoy de espaldas, no entiendo qué la impresiona, pero ya tengo una idea, aunque no quería creerlo. Cuando me doy la vuelta, casi se me sale el corazón por la boca. Héctor viene hacia mí, con la cara más cínica del mundo.

—Ya voy, cariño. —Me besa en la frente. —Quiero verte más tarde, me gustaría llevarte a un sitio especial, ¿tienes tiempo para mí?

—Lo organizaremos más tarde —le digo, casi sin palabras.

Se acerca un poco más, me sujeta la cara entre las manos y me besa los labios largamente. Yo le correspondo, pero no estoy muy contenta y él lo sabe, pero no parece importarle que Michelle esté aquí. Pero, ¿por qué? Nuestro acuerdo era el secreto total, sin embargo, apenas empezamos y él no sigue casi nada de lo que acordamos.

—¿Me acompañas a la puerta? —me pregunta.

Héctor se aleja, yo me quedo muda, no le contesto, porque intentaba mantener mi cara

de enfado, pero era imposible con esa mirada tan atractiva y esa sonrisa tan sexy que me estaba dirigiendo. Antes de alejarse, mira a Michelle y la saluda con la mano, todo cortesía:

—¡Buenos días y hasta luego!

—¡Hasta luego! —responde ella, tras recuperarse del susto.

—Te acompaño hasta la puerta —le digo y salgo detrás de él.

Héctor me espera e incluso se atreve a pasarme el brazo por encima del hombro, todo atento, lo cual me sorprende o me irrita más, no lo sé con seguridad.

—¿Qué crees que estás haciendo, Héctor? —susurro en voz baja, aún nerviosa.

—Me voy a casa —responde descaradamente.

Abro la puerta y salimos juntos, estaba dispuesta a reñirle, pero él me sorprende antes. Me besa los labios con deseo, dejándome sin aliento, se aparta para recuperar el aliento y antes de que diga nada, se anticipa:

—Tienes toda la razón, tener una llave del piso del otro se gana. —Saca una llave del bolsillo de su pantalón y me la pone en la mano. —Esta es la copia de la llave de tu departamento, te la devuelvo, cuando me quieras aquí solo tienes que abrir la puerta y vendré corriendo. —Otro beso que me roba el aire de los pulmones. Se separa de nuevo, saca un pequeño llavero de su otro bolsillo, vuelve a tomar mi mano y la pone en la suya. —Esta es la llave de mi departamento para cuando quieras pasar la noche conmigo.

Sin dejarme responder, me besa de nuevo, nos separamos para recuperar el aliento durante unos breves segundos. Con nuestras bocas y frentes casi chocando, respiré hondo, aunque sin tener nada que decir, necesitaba hablar.

El simple hecho de haberme dado la llave de su departamento es tan representativo, demuestra confianza, pero no sé si eso es bueno o malo, no sé si negarme o aceptar. Antes de que pudiera reaccionar, otro beso, luego otro y otro.

Hasta que nos interrumpen, una voz grave, nada alegre, rompe nuestro ambiente.

—Perdón, ¿estoy molestando a la parejita de aquí? —pregunta.

Miro rápidamente, es Alex, me flaquean las piernas, dirige una mirada mortal a Héctor, que le corresponde con la misma intensidad.

¡Mierda! Estoy jodida...

Capítulo 16

Alysson

—¿Qué haces aquí, Alex? —pregunto, nerviosa.

—Soy yo quien hace las preguntas, Aly. —Ni siquiera me mira, se queda mirando a Héctor. —¿Quién es este?

Señala a Héctor y se acerca un poco más a los dos. Me pongo en medio de los dos, temiendo que la cosa pueda empeorar, conozco bien el instinto protector de Alex.

—Este tiene nombre, Héctor Brandão —responde Héctor, con dureza.

¡Maldita sea! Definitivamente, este encuentro no debía producirse. No era suficiente tener que dar explicaciones a Michele, ahora está Alex. Lo que se suponía que iba a ser una relación secreta está lejos de serlo.

—Será mejor que mantengas la calma, yo haré las presentaciones aquí, ¿de acuerdo? —Miro a Héctor y luego a Alex. —¿Qué haces aquí, Alex?

—¿No es evidente? He venido a buscarte, ¿te has olvidado de que vas a ayudarme con el Grandote?

—No, no lo olvidé, solo tuve un contratiempo.

—Sí, ya veo el tamaño de tu contratiempo. —Señala despectivamente a Héctor, que permanece en silencio. —Ya veo lo ocupada que estás.

—Ella estaba bastante ocupada conmigo, ¿es eso un problema? —pregunta Héctor.

—Mientras te vayas de aquí ahora y la dejes libre, no hay problema.

Héctor se ríe, sarcástico, no gustándole nada la forma posesiva y celosa de Alex.

—Calma, gente. Paremos y empecemos de nuevo. —Respiro profundamente. —Alex, este es Héctor, mi... —Me atraganto, sin saber cómo presentarlo. —Amigo, nos vamos...

—¿Nos vamos? ¿Así es como hablas ahora? ¿Desde cuándo eres una mujer que sale con cualquiera, Aly? —se queja Alex.

¿Conoces ese meme de poner los ojos en blanco? Esa sería mi cara ahora mismo. Odio cuando Alex intenta hacerse el moralista sobreprotector.

—No cualquiera, fíjate cómo te refieres a mí, tú...

—¡Ya basta! —grito. —Chicos, hemos empezado con mal pie, empecemos de nuevo, ¿ok? —Miro a uno y luego al otro, ambos asienten positivamente. —Héctor este es Alex, mi hermano, tiene un terrible sentido de la protección, por no decir de los celos, pero es bueno.

Solo entonces veo aparecer una suave sonrisa en los labios de Héctor, que extiende la

mano para saludar a Alex. Mi hermano lo mira durante unos minutos, con esa cara de pocos amigos que conozco bien, pero le devuelve el saludo, aunque no muy complacido.

—Alex Rocha. —Alex continúa tomando la mano de Héctor, mirándolo fríamente. — ¿Qué intenciones tienes con mi hermanita?

—Por favor, Alex, ahórrame esta charla. Ya no tengo trece años y tú no eres el padre, por cierto, ni siquiera él desempeñó este papel.

Héctor sonríe, pero hace ademán de contestar:

—Las mejores posibles.

—Así espero... —Alex muestra sus puños cerrados. —Si le haces algún daño a mi Aly, te encontrarás con Mike y Tyson, que son tan buenos como sus apodos.

—Basta, Alex, eres patético —protesto.

Por suerte para mí, Héctor se lo tomó a broma. Sonrió, aunque mi hermano estaba hablando muy en serio. Sin embargo, sé que la insinuación tiene más que ver con su predilección gratuita por Bruno. En la mente de Alex y de buena parte de mi familia, Bruno es un santo porque he omitido los errores ha hecho.

—Hablo en serio, Aly —advierde Alex.

—Y yo también, tengo las mejores intenciones con Alysson, solo que ella no quiere tomarme en serio —responde Héctor, riendo.

Inmediatamente miro a Héctor, que sonríe y me guiña un ojo, su cara cínica me hace resoplar de rabia.

—¡Ok! No es momento de hablar de mi vida personal en público. —Miro a Alex. — ¿Puedes esperarme dentro del departamento, por favor?

—Bien, pero no tardes —me advierte y entra dejando la puerta entreabierta.

Espero a que entre y la cierro. Vuelvo a mirar a Héctor, quien tiene los brazos cruzados contra el pecho y una expresión de desvergüenza que no hace más que aumentar mi decepción.

—¿Qué te crees que estás haciendo, ¿eh? —exijo una explicación.

—¿Qué querías? ¿Que le dijera a tu celoso hermano que mis intenciones eran solo sexo animal casual? —Maldita sea, sabía que esto se iba a ir a la mierda —me quejo.

Héctor se acerca, me toca el hombro despacio y me abraza. Al principio no respondo, pero pronto sus brazos me reconfortan tanto que no tengo más remedio que corresponderle.

—Lo siento, no quería empeorar las cosas. Sé que no estoy cumpliendo lo que te prometí, lo reconozco, pero te prometo que me comportaré.

Me aparto para mirarlo con cierta desconfianza. Después de todo, lo único que ha hecho últimamente es incumplir nuestros acuerdos.

Busca mis labios en un beso lento, como si realmente estuviera disculpándose. Mis preocupaciones se disipan y olvido por qué estaba enfadada en primer lugar. Y eso es

preocupante. Me alejo. Necesito tomar las riendas de la situación.

—Tengo que irme, Héctor.

—De acuerdo, ¿nos vemos luego? —pregunta, levantándose la barbilla para mirarme.

—No, tengo que ayudar a Alex. Hablaremos más tarde.

Su sonrisa desaparece. Intenta disimularlo, pero veo que no le ha gustado mi respuesta. No sé si esto es bueno o malo, pero todo lo que temía se está cumpliendo. Nuestro acuerdo se está convirtiendo en una relación de amor con la necesidad de estar juntos todo el tiempo.

Héctor no dice nada más y se marcha. Respiro hondo. Incluso me dan ganas de justificarme, pero no hace falta. No tenemos una relación, solo tenemos sexo de vez en cuando. Se acabó.

Vuelvo a mi departamento. Alex y Michele están charlando, riendo y soltando risitas, pero solo he tenido que aparecer para que reine el silencio.

—¿Qué? ¿Por casualidad parezco un payaso? —me quejo.

—Empiezan muy mal, ¿eh? Ya se están peleando —grita Alex.

—Aquí no se ha peleado nadie, ¿vale? Y otra cosa, yo me encargo de mi vida personal. No quiero que te metas, ¿me entiendes bien, Alex?

Alex levanta las manos en el aire en un acto de rendición, como si declarara que ya no se inmiscuirá más en mi vida. Esto es bueno, de hecho, es genial, porque él siempre odia a todos los chicos que me gustan. El único del que es fan e idolatra hasta el día de hoy es Bruno. Eso solo demuestra que tiene el mismo dedo podrido que el mío.

El fin de semana fue muy ajetreado. Al final, conseguí ayudar a Alex con el Grandote y también en el bar. Era un evento con un grupo de motociclistas que él organizaba, y como terminaba muy tarde, preferí dormir allí. El domingo me levanté muy tarde. Estaba muy cansada. Perdí la costumbre de quedarme hasta tarde en fiestas con música alta. Como teníamos una comida familiar, acabé quedándome allí el resto del día.

A pesar de las prisas, tenía ganas de llamar a Héctor, pero me resistí, y él también. No volvimos a hablar este fin de semana. Aproveché la calma del domingo para pensar un poco en los dos. Llegué a la conclusión de que es mejor alejarnos un poco. Creo que la frecuencia con la que nos estamos viendo está haciendo que las cosas se nos escapen de las manos.

—Seguro que estás pensando en el guapo, ¿verdad? —dice Michele y se sienta a mi lado.

Estábamos en el balcón de la casa, observando el movimiento de la calle.

—Sí, prima, aún me conoces bien —respondo con una sonrisa.

—Me alegré mucho cuando me enteré de que habías dejado esa basura de Bruno. Espero que Héctor te merezca de verdad. Al menos te mira como si estuviera enamorado.

Me endezco en el sillón y le doy la espalda, como si me estuviera enfrentando a algo

malo.

—No, nada que ver prima, es solo un... ¿cómo puedo explicarlo? —Intento encontrar la definición adecuada para lo que tuvimos. Miro a mi alrededor para asegurarme de que tenemos intimidad antes de hablar. —Es solo sexo y nada más.

—¿Qué? —pregunta, poniendo una cómica cara de susto. —¿Quieres decirme que tú y ese chico tan guapo solo están teniendo sexo? —dice ella, en voz baja.

—Sí, sin compromisos ni exigencias, ¿sabes? Aún no estoy preparada para una nueva relación.

—¿Has estado bebiendo? —pregunta, horrorizada. —Te juro que no puedo creer que esté oyendo esto de ti. ¿Dónde está la Alysson que hacía planes, quería casarse y tener una relación seria con chicos a los que apenas conocía? —Me río abiertamente.

Me río con ella, aunque estoy siendo sarcástica. La verdad es que la Alysson que creía en el "felices para siempre" ya no existe. Desde que Bruno me rompió el corazón.

—La Alysson que creía en los cuentos de hadas dejó de existir el día que me enteré de la traición de Bruno. Ya no soy esa chica, prima.

Michele me abraza. Estábamos muy unidas, pero después de mudarme a São Paulo, nos distanciamos un poco. Ella vivía en Río de Janeiro y hace poco se mudó a São Paulo para ayudar a Alex con el bar.

—Mira, sé que no está bien, pero escuché parte de su conversación, sobre todo cuando te dio la llave de su departamento. —Se lleva la mano a la boca, intentando disimular la risa ante la ocurrencia. —Lo siento. Pero... te voy a ser sincera, no creo que solo estén teniendo sexo. Los ojos no mienten, Aly, he visto cómo te mira, todo enamorado. Por no hablar de lo de la llave, nadie da la llave si no confía en alguien. La verdad, creo que quiere algo más serio contigo.

—No, Michele, es un soltero empedernido. Lleva años viviendo así, y le resulta cómodo. Y yo tampoco tengo la mente como para meterme en una relación ahora mismo.

Michele sonríe tímidamente, parece un poco escéptica ante lo que he dicho. Me toma la mano con cautela, la acaricia con delicadeza y luego se encara conmigo.

—¿De verdad, prima? No es lo que parece, creo que están enamorados.

—No, Michele, entre nosotros no pasará nada más allá del sexo casual de vez en cuando.

Aunque estaba convencida, tenía miedo de lo que pudiera sentir por él, sobre todo porque hay otro factor que complica las cosas: tenemos una relación profesional.

—Eso no es lo que parece —dice riendo.

—Pero es lo que está pasando —confirmando con seriedad.

A pesar de la certeza que creía tener, mi mente estaba confusa. Necesito algo de tiempo para evaluarlo con calma. Quizá unos días lejos de él me hagan comprender con más claridad lo

que ocurre entre nosotros y, sobre todo, convenczan a mi corazón de que entre nosotros solo puede haber calentura, nada de sentimientos.

Volví a mi departamento el domingo por la noche, ya muy tarde, estaba un poco más relajada y convencida de cómo tenía que actuar. Conseguí poner mi cabeza en su lugar; será mejor alejarme de Héctor, será más sano para los dos. Por no hablar de que realmente necesito el trabajo, con lo que he ganado en un mes casi he pagado todas mis deudas.

Me ducho, como algo ligero e intento dormir, pero me costó; me revolví durante horas en la cama, como si me faltara algo, y me faltaba. Intenté no pensar en ello y, con mucha lucha, me dormí.

A la mañana siguiente me despierto muy temprano; no espero a que me lleve mi vecino, como casi todos los lunes, pido un coche por la app y me voy al banco. Lo primero que hago es abrir mi agenda, repaso mis citas diarias y miro también la de Héctor. Me alivia un poco saber que tiene una reunión programada en una sucursal de Paraná a primera hora de la mañana; eso significa que hoy no pasará por aquí.

Sigo husmeando su agenda, está llena de citas y tiene muy pocos horarios disponibles. Para la tranquilidad de mi corazón, estará fuera toda la semana.

Tenía programada una reunión con Víctor Saldaña para la mañana, continuando con las presentaciones de nuevos productos y sugerencias. Después de arreglar mi escritorio, entra Marina con una sonrisa radiante en los labios.

—Buenos días, ¡flor del día! —dice, camina hacia mí y me abraza.

—Buenos días, Marina, estás muy contenta, parece que el fin de semana ha sido muy productivo, ¿verdad?

Ella suspira y se sienta toda dramática en la silla frente a mi escritorio, yo hago lo mismo.

—Mucho, Aly, echaba mucho de menos a Teo. Quería presentártelo, pero he estado muy ocupada, te prometo que la próxima vez que venga de visita organizaremos algo juntos, ¿ok?

—Buenos días, ¡flor del día! —dice, camina hacia mí y me abraza.

—Buenos días, Marina, estás muy contenta, parece que el fin de semana ha sido muy productivo, ¿verdad?

Ella suspira y se sienta toda dramática en la silla frente a mi escritorio, yo hago lo mismo.

—Mucho, Aly, echaba mucho de menos a Teo. Quería presentártelo, pero he estado muy ocupada, te prometo que la próxima vez que venga de visita organizaremos algo juntos, ¿ok?

—No te preocupes, tendremos otras oportunidades. Yo también tuve un fin de semana ajetreado, estuve ayudando a mi hermano en el bar, de todas formas acabé durmiendo allí. Estuvo bien, a pesar del cansancio, vi a mi prima Michele, que se vino a vivir a São Paulo ahora, y claro, me divertí mucho.

No podía dejar de pensar en Héctor, en nuestra relación, en cómo se nos escapa de las manos el control de la situación.

—Qué guay, ¿y los chicos? ¿No conociste a nadie interesante?

—No, Marina, el evento en el bar era para un grupo de motoqueros, digamos que ese perfil no me va mucho.

—Es verdad —confirma.

Nos reímos juntas, yo de nervios, porque hablar de hombres con ella me recordó a Héctor y cómo nos habíamos liado en secreto, y tuve la sensación de estar engañándola.

—Vaya, Marina, qué linda estás hoy, te brillan los ojos, tu sonrisa es radiante, se nota lo feliz que eres.

Aprovecho para cambiar el rumbo de la conversación.

—Lo que no puede hacer una noche de sexo con la persona a la que amas —añade y suspira.

—Estoy completamente de acuerdo.

Volvemos a reírnos, me cuenta un poco sobre su fin de semana y finalmente viene a informarme de que va a contratar a un asistente para mí. Me presenta los currículos y me pide que los evalúe. Aunque ahora no estaba de humor para nada, porque la conversación con Marina solo me preocupaba más, di mi opinión sobre uno o dos nombres.

Poco después de que Marina se fuera, Celia me dijo que Víctor Saldaña había llegado, sería mi primera reunión del día, me preparé rápidamente, organicé los informes que quería mostrar.

Minutos después, Celia lo acompaña a mi despacho, se despide con una sonrisa y cierra la puerta al salir. Víctor espera, y en cuanto nos quedamos solos, se acerca a mí todo sonriente y galante, y habla:

—Buenos días, Srta. Alysson. —Me saluda, y hace ademán de besarme la mano durante largo rato, y luego sigue tomándola. —Es un inmenso placer volver a verla y ser atendida por usted.

Antes de que Víctor pudiera soltarme la mano y pudiéramos empezar la reunión, en efecto, la puerta de mi oficina se abre bruscamente. Como un huracán, Héctor entra dando un fuerte portazo tras de sí, atrayendo inmediatamente nuestra atención. Su mirada se posa inmediatamente en mi mano y en la de Víctor, que seguían en contacto.

—Espero no llegar tarde —dice con dureza.

Héctor mira fijamente a Víctor, quien obviamente no entiende lo que está pasando.

Nos soltamos las manos, vuelvo a mirar a Héctor, confusa, naturalmente, porque imaginaba que estaría en Paraná, o de camino hacia allí. Mi jefe se acerca a nosotros, con una mirada indescifrable, pero esta vez dirigida a mí. No supe cómo reaccionar de inmediato, pero no me pareció para nada una actitud profesional.

¿Qué mierda está pasando aquí?

Capítulo 17

Héctor

—¿Héctor? Creía que estabas de viaje —dice Alysson, tras un largo minuto observándome.

Su sorpresa es tan evidente que noto el nerviosismo en su mirada. Me gustaría seguir mirándola, pero la rabia que me quema el cuerpo me lo impide, y dirijo mi mirada a Víctor, quien parece más sorprendido que ella.

¿Por qué se sorprende? A mí no me engaña, seguro que estaba dispuesto a flirtear con Alysson, para haber venido tan temprano y arreglado como está ahora. No sé por qué demonios, pero la idea me parece tan aborrecible que me cabrea aún más. Me dan ganas de darle un puñetazo, pero me contengo.

—Debería, pero estar aquí es más importante que cualquier otro encuentro, al fin y al cabo, son largos años de amistad, ¿verdad, Víctor? —enfático y lo miro fijamente.

Mi mirada furiosa y la forma desdeñosa con la que pronuncio mis últimas palabras hacen que mi estado de nervios e ira sea evidente para ambos.

Me abro el botón del saco y camino hacia la mesa de reuniones que hay a un lado de la sala, me siento y espero pacientemente a que ellos reaccionen y hagan lo mismo. Primero viene Víctor tranquilamente, y antes de sentarse me tiende la mano a modo de saludo.

—¿Cómo estás, Héctor? Me sorprendió verte aquí, anoche en el club, dijiste que hoy viajarías temprano.

Le aprieto la mano con firmeza, Víctor suelta una risita sin gracia, yo permanezco serio, él esconde rápidamente su sonrisa y se sienta.

Alysson se une a nosotros, se sienta en la cabecera, yo a un lado y Víctor al otro, no le quito los ojos de encima. Sin embargo, no soy correspondido, parece que ella no está dispuesta a enfrentarse a mí, no hoy, no ahora.

¡Oh, mierda! Es demasiado difícil entender a las mujeres.

—¡Buenos días, Víctor y Héctor! —Ella me mira. —El propósito de esta reunión ya ha sido explicado, así que, para no robarles demasiado tiempo, sé lo ocupados que están, seré objetiva —dice Alysson.

—Tengo todo el tiempo del mundo —refunfuño.

Ella no me mira, abre la carpeta, busca los informes que hicimos juntos y empieza a explicarle a Víctor. Yo permanezco en silencio, observando a los dos, dirijo mi mirada más hacia Víctor que hacia ella, quiero entender cuáles son sus intenciones. Lo conozco, sé que está

interesado en Alysson, su mirada no lo niega.

Mientras le explica todo pacientemente a Víctor, solo puedo pensar en nosotros dos, en el resto del fin de semana sin noticias de ella y en lo mucho que esto me conmueve. Respiro hondo, intentando contener la rabia, sigo enfadado, demasiado para ser sincero, y lo peor de todo es que no sé si la rabia es con ella o conmigo mismo por permitirme llegar a este punto.

Quería decirle a Alysson que nadie se mete conmigo, pero al mismo tiempo reflexiono, y recuerdo que yo estoy actuando fuera de lugar, ella solo está actuando como yo propuse que actuáramos: sin ataduras y sin cargos.

Aun así, cuando veo la cara de tonto de Víctor mirándola, pierdo los nervios, ¿quién se cree que es? O mejor dicho, ¿quién se cree Alysson que es? Sobre todo, yo, que hace tiempo que no permito que ninguna mujer se acerque a mi corazón. Ella no puede ser diferente de las otras con las que he tenido sexo, es solo sexo y nada más. Es reciente, me cansaré de ella, la dejaré ir y buscaré otra.

¡Mantén el control, Héctor!

—¿Qué te ha parecido, Héctor? —preguntó Víctor, interrumpiendo mi reflexión.

Ni siquiera sé de qué estaban hablando, porque mis pensamientos andaban muy lejos.

—Estupendo —asiento.

—¿Qué estupendo, Héctor? Creía que habías aprobado mis sugerencias —protestó Alysson.

—Lo siento, no he podido prestar atención, ¿podrías repetirlo, por favor? —inquiero, dirigiendo mi mirada a Víctor.

—Alysson me presentó dos fondos de inversión que están dando grandes rentabilidades, y me sugirió que traspasara parte de mis inversiones en renta fija a ellos, pero yo soy más cauto, ya sabes, no quiero correr riesgos innecesarios, aunque ella me asegura que son buenas opciones, creo que es mejor dejarlos como están, por eso te pregunté qué te parecía.

—Ella tiene razón, Víctor, los fondos sugeridos son seguros y rentables, aunque de renta variable, se puede ganar mucho más, por supuesto, siempre es un riesgo, pero son fondos sólidos y están mostrando una buena tasa de crecimiento —añade.

He aprobado los análisis realizados por Alysson para todos mis clientes.

—Así que creo que dejaré el miedo a un lado —comenta, sonriendo.

—Sí, las cosas solo avanzan cuando dejamos el miedo a un lado. —Enfrento a Alysson.
—No sirve de nada esconderse detrás de lo cómodo, hay que arriesgarse y tener el valor de asumir responsabilidades.

Furiosa, frunce el ceño y me mira fijamente. Es evidente que ha entendido mi indirecta.

—Héctor tiene razón, Víctor —responde, mirándome fijamente—. —A veces tenemos miedo de lanzarnos de cabeza a algo que nos parece atractivo por miedo a partirnos la cara. —

Mira a Víctor. —¿Te has roto la cara alguna vez, Víctor?

—Sí, claro. Estaba en otra casa de bolsa, invertí mal...

—Precisamente por eso necesitamos un buen análisis antes, para comprobar si merece la pena la caída, porque cuanto más alto volemos, mayor será la caída —digo, interrumpo a Víctor.

—Absolutamente, señor, mi jefe —dice despectivamente, se levanta de la mesa y empieza a recoger los papeles. —No debemos olvidar que los tratos son tratos y no deben romperse.

En este punto, Víctor estaba callado y nos observaba sin entender nada de lo que estaba pasando. De hecho, ni siquiera yo entendía qué quería con todo esto.

—Realmente no se puede, sobre todo cuando prometes una cosa y haces otra. Oh, me acordé, creo que es porque tal vez a la gente le gusta tomar riesgos más grandes, realmente grandes, ¿sabes lo que quiero decir? Mucho más grandes que el riesgo que yo puedo ofrecer. —Hice un gesto, abriendo los brazos, como indicando el tamaño de algo.

Mientras hablaba, ella sacudió la cabeza y entrecerró los ojos, claramente muy enfadada.

—Escucha... —Me señala con el dedo a la cara. —No sabes de lo que hablas, así que será mejor que te calles, antes de que...

Víctor se levanta e interrumpe a Alysson.

—Chicos... ¿qué está pasando aquí? Parecen una pareja discutiendo. Lo siento, solo tenía dudas y por eso pregunté si era viable seguir el consejo de Alysson.

Tomo aire y cuento mentalmente, intentando mantener la calma. Porque las ganas que tenía de darle un puñetazo a Víctor eran demasiado grandes. Ni te cuento el papel que estoy haciendo ahora, porque nunca me había pasado. ¿Qué tipo de pelea infundada estoy inventando?

—Perdona, Víctor, tienes toda la razón y todo el derecho a preguntar lo que quieras, estamos aquí para eso. —Lo mira y sonrío amablemente, eso me molesta. —Es que Héctor y yo tenemos opiniones personales muy diferentes, lo que genera algunos conflictos internos de vez en cuando. —Me vuelve a mirar fijamente. —A veces no conseguimos separar nuestras opiniones personales de las profesionales, y la verdad, creo que es mejor que nos centramos solo en nuestras opiniones profesionales y dejemos a un lado las personales, ¿qué me dices, Héctor?

Callado estaba, y así me quedé, porque entendí perfectamente que se refería a nosotros dos. Me acerco un poco más a ella, pero antes de que pueda intentar rebatir su argumento, salta Víctor:

—Estoy de acuerdo, conociendo a Héctor como lo conozco, sé lo mucho que le gusta tener el control de las cosas, es difícil que alguien se lleve bien con ese matón.

Lo miro, y nos mira confuso, no es para menos, acabamos de tener una pelea patética, como dos adolescentes malcriados.

—Estoy de acuerdo, a partir de ahora centrémonos solo en opiniones profesionales —

dice Alysson con una sonrisa forzada.

Permanezco en silencio, porque no esperaba escuchar lo que acaba de decir, de todas las cosas que pensaba decir o escuchar de ella, seguro que un rechazo nunca se me pasó por la cabeza.

—Bueno, lo pensaré con más calma y te volveré a llamar, Alysson —dice Víctor.

—Me alegro. Esperaré noticias tuyas —Alysson se dirige a la puerta y Víctor la sigue.
—Que tengas un buen día, Víctor, y muchas gracias por venir.

—Soy yo quien te da las gracias.

Los dos se saludan, Víctor me mira antes de salir y saluda asintiendo. Correspondo, forzando una sonrisa para que nadie note mi ego magullado.

Alysson cierra la puerta y echa el cerrojo con la llave, luego viene hacia mí a toda prisa, por la cara que pone, está tan enfadada que pensé que me daría una paliza.

—¿Qué mierda es esto, Héctor? —exige, enfadada.

—Quería seguir la reunión, ¿qué tiene de malo? —Finjo no saber de qué está hablando.

Ella gesticula nerviosa. Intenta moderar el tono de voz para que no nos oigan.

—Por favor, Héctor. Sabes muy bien de lo que hablo. —Se pasea de un lado a otro, todavía muy irritada, suspira anhelante y vuelve a mirarme fijamente.

—Está pasando todo lo que me temía. Nuestro flirteo personal se está interponiendo en nuestro flirteo profesional —dice despectivamente.

—Alysson... —Intento explicarme, camino hacia ella, y ella retrocede. —Por favor, quiero que me escuches.

—No, Héctor, voy a hablar ahora. —Cambia su tono de voz, está claramente muy enfadada o asustada, no estoy seguro. —Temía nuestra implicación precisamente por eso, porque no sabríamos separar las cosas, y créeme, tengo autoridad para hablar de ello, y que yo sepa tú también. Me dejé llevar por el calor del momento, y terminé creyendo que contigo podría ser diferente, pero no, el ciclo se repite, y sé muy bien cómo va a terminar esto...

—¿De qué carajos estás hablando, Alysson? —pregunto, acercándome un poco más.

—No es sano que los dos estemos involucrados fuera de aquí. Mira lo que acaba de pasar. Mira lo enfadados que estamos ahora. Me estás acusando de algo en lo que no estábamos de acuerdo.

—El lema era fin de semana juntos, ¿ese era el trato! —replico en tono conciliador.

—¿Seguro que quieres hablar de un trato? Nunca has cumplido casi nada de lo que acordamos, ¿lo has olvidado? ¿Y quién eres tú para exigirme nada? —Gesticula sin parar, exaltada. —He oído muy bien que ustedes se encontraron la noche anterior, ¿por casualidad era un club de cartas o de lectura? Apuesto a que no lo fue, a juzgar por tu inmenso historial con las mujeres, apuesto a que fuiste a buscar consuelo en los brazos de otras porque te sentías

rechazado...

¡Carajo! Me cabreó aún más verla tan indignada volcando toda su ira sobre mí, y lo peor de todo es que tenía razón, pero me alteró y me puso duro, no voy a mentir. Sin pensar con la razón, la tiro de la cintura y pongo mi boca sobre la suya.

Al principio, ella protestó, golpeándome el pecho para que la soltara, pero pronto se rindió a nuestro momento. En pocos segundos estábamos besándonos como dos desesperados. Cuando creía que todo iba bien, ella me empuja con fuerza y se aparta.

—¡Estás loco! —me grita.

Me da la espalda, suspira largamente, seguía muy excitada, parecía que en cualquier momento me iba a dar un azote. No sabía cómo actuar, y ella tenía toda la razón. No puedo separar las cosas, no me reconozco. Siempre he sido muy racional, y esa es la racionalidad que necesito ahora.

Camina rápidamente hacia su escritorio, tomó su bolso y no me mira. Se dirige hacia la puerta y yo la alcanzo antes de que salga.

—¿Vas a salir? —le pregunto moderando el tono.

—Tengo que calmarme, jefe —responde desdeñosa.

—Estamos solos, no hace falta que me llames jefe —respondo, más suave.

—A partir de ahora, volverás a ser solo mi jefe, Héctor. No quiero volver a participar en escenas como esta, prefiero tener tu antipatía de jefe a tus celos desenfrenados.

Sin decir nada más, abre la puerta y se marcha, sin mirar atrás.

Me quedo quieto, sin detenerla, porque no es mi naturaleza correr detrás de una mujer, ellas se arrojan a mis pies, y así seguirá siendo. Alysson será una más que pasó por mi cama, quien pierde aquí es ella y no yo.

Días después...

Después de nuestra discusión, no vi más a Alysson en persona, pasé las últimas dos semanas fuera de São Paulo, incluso el fin de semana. Como una forma de alejarme de mi objeto de deseo. Todavía no puedo entender la fijación que tengo con ella, me molesta un poco, creo que es la conveniencia, después de todo, ella es mi vecina.

Nos hemos comunicado solo por correo electrónico en los últimos días, y solamente hemos discutido temas esenciales y asuntos de trabajo. Aunque a veces he tenido el deseo de saber algo personal, preguntar cómo estaba, si pensaba en mí o si me extrañaba; no sé, solo quería tener noticias de ella. He perdido la cuenta de cuántas veces he escrito y releído incontables veces lo que quería decir, sin embargo, en el último momento, acabé borrando los aspectos personales, dejando solo las cuestiones profesionales.

Como ella misma dijo, nuestra relación vuelve a ser estrictamente profesional.

El jueves por la noche, todavía estaba en Rio de Janeiro, tuve una cena de negocios, después de eso decidí ir a un club nocturno de lujo, parecía recién inaugurado, muy concurrido y con muchas mujeres hermosas desfilando de un lado a otro.

En pocos minutos en el lugar, ya había intercambiado miradas con algunas bellezas. No tardé en fijar mi atención en una hermosa morena. Me acerqué a la barra, pedí una copa y levanté el vaso, mirándola directamente, ofreciéndosela. No tardó en acercarse a mí; era atractiva y llevaba un vestido ajustado que resaltaba sus pechos. Me gustó lo que vi, y por lo que parecía, a ella también, me miraba de pies a cabeza con lujuria; eso estaba claro, ya estaba dentro. Como siempre, una breve conversación fue suficiente. Salimos después de algunas copas; elegí el primer motel que vi y pasamos algunas buenas horas en un sexo salvaje, como me gusta. Fue interesante, pero todo el tiempo que estuve con Valeria o Vanessa, no recuerdo exactamente, solo pensaba en Alysson. Aunque intento convencerme de que no pasará nada más entre nosotros, sigo pensando en ella.

Vuelvo a mi hotel a altas horas de la madrugada, un tanto reflexivo. A pesar del buen sexo, mi mente estaba ausente, me enfado por ello. ¿Por qué no puedo sacar a Alysson de mis pensamientos? Ella ha robado mis pensamientos y mi paz durante las últimas semanas.

Miro mi teléfono, no hay mensajes ni llamadas perdidas, ni siquiera un email profesional de ella, absolutamente nada. Me doy una ducha, enciendo mi notebook, analizo los historiales de transacciones realizadas por Alysson, veo que le va bien. Observo que Víctor aceptado nuestras sugerencias, cambió parte de las inversiones e incluso hizo otras nuevas. Eso es bueno, además de mi amigo, otros inversores a los que atendió, también aceptaron nuestras sugerencias e invirtieron nuevas cantidades. Repaso su agenda, sigue sincronizada con la mía. Tengo la intención de volver dentro de un rato, después de comer quiero estar en el banco, y, por su horario, entiendo que estará allí. Nos volveremos a ver en persona.

Regreso a la cama, no puedo dormir, a pesar de estar cansado. Me revuelvo de un lado a otro, el día estaba amaneciendo prácticamente cuando me dormí. Horas después, despierto tarde; el jet ya me espera en el aeropuerto. Pido un taxi a toda prisa, llego a tiempo para despegar. Tomo una breve siesta durante el vuelo, me duele un poco la cabeza y siento ansiedad que me carcome. De todos modos, hoy veré a Alysson.

Cuando llegué a São Paulo, mi chofer ya me estaba esperando. Me detengo a almorzar primero. Elegí un restaurante cerca del banco, era elegante y con buena comida. Siempre traigo aquí algunos ejecutivos y clientes, tanto que los empleados y dueños ya me conocen.

Tal fue mi sorpresa cuando entré al establecimiento, al asomarme al salón, la primera persona que vi fue Alysson, la ladrona de mis pensamientos.

Aprovecho que estaba distraída mirando su móvil, para observarla; creo que espera a

alguien. Aprovecho el momento en que una pareja entra en el salón, y los sigo para no ser visto por ella. Elijo una mesa detrás de la suya, con la intención de pasar desapercibido.

Unos minutos más tarde, me doy cuenta de lo que temía: se levanta y abre una hermosa sonrisa para recibir a alguien, tan hermosa que me frustra, porque no la recuerdo sonriéndome así un día.

El tipo se acerca, está bien vestido, parece un ejecutivo, pero no lo conozco; parece llevar un regalo para ella en sus manos. Con el corazón acelerado, los nervios de punta y las palmas de las manos sudorosas, lo observo acercarse; él le entrega el regalo, ella le agradece con otro abrazo, y justo cuando están a punto de besarse, un maldito mesero pasa justo a tiempo y no puedo estar seguro de que se hayan besado en los labios. Pero lo que vi fue suficiente para entender que los dos estaban muy cerca. Entonces se sientan, se dan la mano y sonríen. Maldita sea, me enoja tanto.

¿Qué demonios sigo haciendo aquí? ¿Por qué no puedo dejar de mirarlos? Hasta se me ha quitado el hambre.

Llega el camarero, hago mi pedido, pero no puedo apartar los ojos de la parejita; parece feliz, no me ha echado de menos, no se ha acordado de mí ni un minuto. Al fin y al cabo, ya está aquí reunida con otra persona.

Traté de disimular, juro que lo intenté, pero no podía quitarles los ojos de encima. Me enfurece verla toda feliz y sonriéndole a otro, tanto que me contengo para no ir a su encuentro.

Llegó mi almuerzo, y mi tortura continuó, comí muy poco. La escena de la parejita de un comercial de margarina me revolvió el estómago. No tengo ni idea de por qué, pero no me gusta verla con otro hombre, y más enseñando los dientes toda contenta. Desde que llegué, me he estado aguantando como un león enjaulado para no ir allí y acabar con esta mierda, pero al mismo tiempo entra en juego la racionalidad: ¿por qué iba a hacer eso? No tenemos nada más que una relación profesional.

Intento convencerme a mí mismo de que Alysson es una mujer cualquiera. Recuerdo la noche anterior y la hermosa mujer que tuve entre mis brazos, pero nada de eso fue capaz de hacerme apartar los ojos de esa maldita mesa.

Pido la cuenta, espero a que el camarero la traiga, ya dispuesto a marcharme, pero no puedo contenerme. Saco algo de dinero de mi billetera y lo pongo sobre la mesa.

—Todo esto puede ser tuyo si vas a esa mesa. —Señalo. —Y averíguame el nombre de ese tipo, solo eso, pero en el más estricto secreto.

El camarero mira en dirección a su mesa, me devuelve la mirada y sonríe con alegría. Me trae la cuenta y se dirige hacia ellos. Le observo mientras habla un rato con los dos, luego va al mostrador, finge hacer algo para disimular y solo entonces se acerca a mí. Al menos ha sido discreto.

—¿Y después? —pregunto.

—Adriano —dice, satisfecho de su hazaña.

Le empujo los billetes de dinero, que toma con entusiasmo.

—Bien.

Pago la cuenta y, cansado de hacer el tonto, me pongo de pie, decidido a poner fin a mi martirio de una vez por todas.

Capítulo 18

Héctor

Salgo del restaurante sin mirar atrás, he llegado a mi límite. Estoy demasiado cabreado para quedarme aquí, así que mejor me voy antes de meter la pata. Mi chofer me espera en el aparcamiento, vamos directos al banco, en absoluto silencio y frustración. No entiendo lo que siento, no sé qué escena me duele más: verla feliz y que no me eche de menos o que esté con otro.

Estoy jodido, Alysson domina mis pensamientos de una manera que incluso salir con otras mujeres se está volviendo poco interesante. Siempre me he defendido atacando; cada vez que me siento influenciado por alguna mujer, me rodeo de otras en un intento de evitar sentimientos. Esta táctica ha funcionado durante muchos años; sin embargo, con Alysson parece no tener efecto, porque ella ha dominado literalmente mis pensamientos durante los últimos días, quizás debido a la salida que me dio, ya que es algo que rara vez sucede.

Voy directamente a mi oficina y me sirvo un whisky puro.

Intento trabajar, pero nada retiene mi atención. Miro el móvil, han pasado dieciséis minutos desde mi llegada. Tal vez Alysson ya esté aquí, llamo a su despacho, pero solo llama y no contesta nadie.

Llamo a Celia, que responde inmediatamente.

—Celia, cuando llegue Alysson, dile que venga enseguida a mi despacho.

—Está bien, Héctor. ¿Hay alguna emergencia, algo en lo que pueda ayudarte?

—No.

Sin más preámbulos, cuelgo, doy un largo suspiro e intento concentrarme en lo que pretendo decirle. Necesito calmarme antes de que eso ocurra, porque si dejo que se note mi enfado, seguramente diré idioteces y empeoraré las cosas.

No tengo ni idea de sobre qué hablar. Me pongo de pie, bebo otro sorbo de whisky y miro de vez en cuando el reloj. Odio esperar, vago de un lado para otro, han pasado casi cuarenta minutos y ni rastro de ella.

Bebo otro trago de whisky puro, y finalmente vuelvo a sentarme, tratando de concentrarme en los números y en el trabajo. Y eso funciona, durante unos minutos consigo poner la cabeza en su sitio.

Estaba claramente nervioso, me sudaban las manos, una extraña sensación de expectación y al mismo tiempo de rabia, lo cual era novedoso para mí. Repaso una vez más las últimas transacciones de Alysson, hasta que oigo unos suaves golpes en la puerta.

Me acomodo el cabello, me ajusto el saco, compruebo mi aliento.

Mierda. Solo es whisky.

De todos modos, ordeno mi escritorio ligeramente, finjo leer algo y permito la entrada. Es Alysson, que abre la puerta despacio. Nuestras miradas se cruzan de inmediato, mi corazón se acelera al verla. Ella entra, pero no se acerca demasiado y deja la puerta abierta.

—Disculpe, señor, ¿quiere hablar conmigo? —me pregunta muy seria.

Eso me molesta, que ella me llame señor me pone nervioso.

—Sí, cierra la puerta —le ordeno con firmeza.

Ella hace lo que le pido, luego se acerca a mí, pero no se sienta, yo la miro fijamente a los ojos, que esperan una nueva orden, así que se la doy, señalo la silla que está frente a mi escritorio, ella se sienta y me mira atentamente.

¡Carajo! Por unos instantes toda la rabia que estaba en mi pecho se disipa, me dan ganas de arrancarle la ropa y devorarla en mi escritorio. Mientras mis pensamientos vuelan, ella dirige su mirada hacia otro lado, sacude una de sus piernas, que están cruzadas, impaciente.

—¿Qué puedo hacer por ti? —pregunta, devolviéndome a la realidad.

Pienso rápidamente, intentando mantener la profesionalidad que está mostrando ahora, quiero ver hasta dónde es capaz de llevar este juego.

—Quiero el historial de transacciones de las dos últimas semanas que he estado fuera.

—Pero... te lo he enviado todo a tu correo electrónico, ¿no lo has leído? —pregunta.

—Tuve una agenda muy apretada, Alysson, tuve poco tiempo para leer los historiales, así que quiero que los imprimas y me resumas todo lo que se hizo, ¿crees que podrás? —bromeo.

—¿Ahora? —Se levanta. —¿O puedo dejarlo para el lunes?

—No, ahora mismo. El lunes no tengo agenda.

Noto que estás furiosa, es natural, acabo de pedirle una tarea poco convencional que podría dejar para más adelante. Pero quiero que sienta mi indiferencia, quiero que entienda que entre nosotros, ahora mismo, solo existe el romance profesional y nada más.

Aproximadamente una hora después, Alysson regresa, trae consigo prácticamente una resma de papel impreso y, pareciendo haber olvidado sus modales en casa, los arroja sobre mi escritorio, haciendo un fuerte ruido, y fija su mirada en la mía.

—¿Algo más, señor? —pregunta, roja de ira.

—Sí, un expreso, preferiblemente con edulcorante. O mejor, dos.

Ella esboza una sonrisa, se da la vuelta y sale de la oficina. Vuelve poco después con la bandeja en la mano, pisando a fondo, claramente enfadada. Me acerca la primera taza, cuando está a punto de hacerlo con la segunda, le advierto:

—No, esta es para ti.

Me mira seriamente, permanece pensativa unos minutos. Pensé que me arrojaría el café

a la cara, al final parece renunciar a lo que pretendía, se sienta y devuelve la taza a la bandeja.

—Yo no quiero. ¿Puedo empezar con las explicaciones?

—Sí.

Comienza a explicar una a una las inversiones captadas, muestra los gráficos y el resumen de las operaciones realizadas. Finjo observar, mostrar interés por lo que presenta, pero la verdad es que mi atención estaba toda centrada en ella. Solo podía pensar en lo mucho que la echaba de menos y en las ganas que tenía de besarla.

Alysson resumió todo a una velocidad impresionante, en poco tiempo logró explicar detalladamente todo lo que estaba impreso. Incluso parece que tenía prisa o estaba inquieta, no lo sé a ciencia cierta, pero no parecía cómoda a mi lado. Al final da un largo suspiro, bebe un sorbo de agua y vuelve a mirarme a la cara.

—¿Alguna duda o quieres algo más de mí?

Me río, fue automático.

—¿Algo que yo quiera? No te gustará saberlo.

Ella se pone seria, entiende mi provocación, se levanta de la silla y empieza a organizar los papeles desordenados de la mesa, muy deprisa.

—Bueno, como no hay dudas, tengo que irme, mi horario de oficina ya ha terminado...

—Mira su reloj de pulsera. —Trece minutos.

—¿Tienes prisa, Alysson? —pregunto y me levanto también.

—Como mi horario de oficina ya ha terminado, no le debo más explicaciones, señor —responde, pronunciando lentamente el vocativo.

Esto me irrita profundamente, sabe que no me gusta que me llamen señor, y menos ella. Termina de recoger los papeles y antes de ponerlos en sus brazos y salir de mi oficina, la tomo de la mano; ella me mira inmediatamente, furiosa.

—Odio que me llames señor, lo sabes, Alysson —le advierto.

Ella tira de mi mano, impidiendo que nuestro contacto físico perdure.

—Así es como debería tratarte, después de todo, eres mi jefe, ¿me equivoco?

—No, no te equivocas, pero prefiero que me llames Héctor.

—Y yo prefiero señor, es mejor que lo mantengamos formal, como corresponde a nuestra relación, señor —deletreando lentamente el vocativo.

—¡Maldita sea! Puedes llamarme Héctor —grito impaciente.

Alysson me mira asustada, claro que no le ha gustado cómo le he hablado, sé que me ha pasado, debería disculparme, pero estoy tan nervioso que no sé cómo actuar. Sobre todo, yo, que siempre he tenido el control de todo en mi vida, incluido mi sexo. Ella aparta la mirada y vuelve a tomar los papeles en silencio.

—Está bien, Héctor —responde ella con desdén—.

—Lo haces a propósito, ¿verdad? —Respiro hondo, intentando moderar mi tono de voz.
—Sé que tenemos nuestras diferencias fuera de aquí, pero aun así quiero que sigas llamándome Héctor.

—Eres quien manda. ¿Algo más, Héctor?

Se está conteniendo para no explotar de odio, me doy cuenta por su expresión cerrada y su cara sonrojada.

—Te he... echado mucho de menos —dice en voz baja.

Alysson traga en seco, cierra los ojos y respira hondo.

—No, Héctor, no empieces con ese tema. Ya lo hemos hablado y ya está resuelto.

—Sí, para qué insistir, ¿no? Si ya estás con otro —le digo.

—¿Qué? —Parece que no lo entiendes. —Yo no... ah, ya sabes, piensa lo que quieras, no te debo ninguna información sobre mi vida privada.

Me da la espalda y se marcha sin mirar atrás.

—Hoy te he visto con alguien en el restaurante —grito.

Se detiene y se vuelve hacia mí, furiosa.

—¿Me estabas siguiendo, Héctor? —pregunta y cruza los brazos contra el pecho.

—Obviamente no, también voy a almorzar allí, ¿recuerdas? Fue una coincidencia verte allí, con una cita y un regalo y todo, ¿no? Lo vi todo, Alysson, no tiene sentido negarlo.

Ella niega con la cabeza, esboza una sonrisa sarcástica y, antes de marcharse, añade:

—Realmente no me conoces.

—De verdad que no. Creía que habíamos tenido una aventura, que había algo especial entre nosotros, y de la nada rompes conmigo, ¿y cuando vuelvo estás ahí con otro?

Abro los brazos, gesticulando nerviosamente, ni siquiera sé por qué estoy haciendo esto.

—Espera, ¿de verdad me estás cobrando por algo? —pregunta, como si no pudiera creer lo que está oyendo.

—Sí, es verdad. —Respiro hondo y vuelvo a empezar, con voz más suave. —No había día en que no me acordara de ti, incluso después de que me dejaras, incluso cuando intentaba estar con otras mujeres, eras tú quien ocupaba mis pensamientos, era contigo con quien quería estar, me robaste los pensamientos y la paz, Alysson.

Alego, ella no se defiende, solo me mira estupefacta, parece demasiado impactada por lo que ha oído. Me acerco, ella se da la vuelta y camina hacia la puerta en silencio, la abre, pero antes de salir, dispara.

—Lo que menos quería hoy era acabar la jornada laboral con una discusión.

Sin decir nada más, se marcha, dando un fuerte portazo.

Camino de un lado a otro de la oficina, tenso, el corazón laténdome con fuerza, un extraño malestar, unas ganas de ir tras ella, aunque la racionalidad va en contra, me dirijo hacia

allá, salgo corriendo de mi despacho, necesito aclarar esta historia, tengo que hacer algo, no puede ignorarme, no después de haber dicho que es con ella con quien deseo estar.

Apenas salgo de mi oficina me encuentro con Marina.

—Héctor, ¿ya te vas? —me pregunta.

—Iba a hablar antes con Alysson.

—Solo quería darte estos dos documentos, necesito que los firmes, ¡por fin Edgar se jubilará! —Me quita otra carpeta de las manos, confieso que no estaba prestando atención a casi nada, mi mirada estaba fija en el pasillo, en dirección a la oficina de Alysson. —Esta tiene los currículums y perfiles de los candidatos que solicitaste para su puesto, también he incluido los candidatos que estamos considerando de nuestro equipo para ocupar el puesto.

—Bien. ¿Puedes poner todo esto en mi escritorio? Solo quiero decirle a Alysson sobre un pequeño cambio en el informe que me dio hoy temprano.

—Sí, pero no te acostumbres, hermanito.

Marina se marcha hacia mi despacho, yo me apresuro tras Alysson. Cuando me acerco a su despacho, la puerta está entreabierta, ella está hablando por el móvil, apagando el ordenador, entro, pero no repara en mí inmediatamente. Permanezco de pie, unos segundos después termina la llamada, parece que ha quedado con alguien, y cuando me ve finge ignorarme y toma su bolso para marcharse.

—Si has venido hasta aquí para pedirme explicaciones, estás perdiendo el tiempo, no te debo nada —me dice, un poco más calmada.

—¿Me has echado de menos? —disparo.

Se detiene, me mira incrédula, sigue enfadada, lo comprendo. Quiero calmarla, quiero abrazarla, tomar sus labios, y solo soltarla cuando la vea sonreír. Me acerco a ella, toco su rostro, ella lo permite, una lágrima rueda, eso me parte el corazón, era la respuesta que quería, la atraigo a mis brazos, la beso con tanta desesperación, anhelo, cariño, ni siquiera lo sé con certeza, solo sé que quería quedarme con mi boca pegada a la suya.

—Cómo te he echado de menos, cariño —murmuro, suavemente, abrazándola con más fuerza.

Ella se aparta, se pone boca arriba y dispara.

—Vete, Héctor, solo estás aquí por tu inmenso ego herido, no te importa lo que yo sienta, lárgate de aquí antes de que las cosas empeoren...

Antes de que pudiera contestar, Marina entra bruscamente en la oficina, por suerte estamos a una distancia que no nos compromete.

—Amiga, vámonos o llegaremos tarde —grita Marina, eufórica.

—Sí, estaba tomando mi bolso —responde Alysson.

—¿Van a salir? —pregunto.

—Por supuesto, hoy es un día muy especial, tenemos que celebrarlo, ¿verdad, amiga?
—Marina entrelaza su brazo en el de Alysson, toda íntima. —Hoy es el día de...

—Vámonos, Marina, aún tengo que ir primero a la lavandería —interrumpe Alysson, apurada.

Sentí que intentaba impedir que Marina hablara, como si no quisiera que yo supiera lo que van a celebrar. Esto hizo que me volviera a poner tenso, necesito saber qué van a celebrar.

Los tres salimos de la oficina, en el pasillo, antes de que se vayan, Marina se vuelve y me mira:

—Ah, Héctor, Teo quiere hablar contigo, parece que quiere algunos consejos para un amigo que juega al golf.

—Lo llamaré.

Me despido con la mano y las dos se marchan en dirección al ascensor. Permanezco pensativo en medio del pasillo, pero un poco aliviado. Marina acaba de darme una gran idea. Seguramente Teo sabe sobre la fiesta de hoy.

Vuelvo a mi oficina, llamo a Teo, quien ya me había invitado a salir y mi estrategia funcionó, me preguntó si no estaría más tarde en la celebración. Le di alguna excusa de que no me acordaba del evento, y me reveló la razón de la conmemoración: el cumpleaños de Alysson.

¡Maldita sea! ¿Cómo pude olvidar que hoy era su cumpleaños?

Confirmo mi participación, me da la dirección y, por supuesto, prometo que le daré personalmente las felicitaciones. Feliz por haber obtenido la información que necesitaba, salgo del banco animado, incluso sin haber sido invitado por la cumpleañera, estaré presente en esta fiesta cueste lo que cueste.

No recuerdo cuándo fue la última vez que me sentí tan nervioso, seguramente pasó hace mucho tiempo. Aquí estoy, en la discoteca, con ese mismo nerviosismo. Pareciera que soy un adolescente a punto de conocer a su primera novia. A pesar de mis nervios, entro a la discoteca con confianza. Teníamos un palco VIP que utilizábamos de vez en cuando; era un club de alta clase al que solíamos llevar a ejecutivos y clientes.

La música sonaba a todo volumen, mucha gente excitada bailaba en la pista, el lugar estaba muy concurrido. Me dirijo directamente al palco, y enseguida veo a Alysson, con un vestido corto, lleno de brillos y sexy a más no poder. Como está de espaldas a la entrada, no me ve llegar. Está excitada, saltando, parece feliz. ¿Seguirá feliz cuando me vea?

Alysson y Marina están conversando y riendo, un poco apartadas de los demás. Aunque hay mucha gente, reconozco a su hermano Alex, al hombre con el que ha comido hoy (el imbécil), a Teo, a la prima que vi en su departamento y a algunas otras personas que no conozco. Teo es el primero en percatarse de mi presencia y viene hacia mí.

—Héctor, ¡has venido! —exclama animado.

Le sonrío y le respondo el saludo a mi cuñado, luego saludo a los demás, intentando ser educado. Estrecho algunas manos y, finalmente, me dirijo a quien más deseo saludar: Alysson.

Al principio está seria, me mira fijamente como si quisiera echarme de aquí, ignoro su semblante desafiante, desvío la mirada hacia su escote, ¡mierda! Se ve espléndido, si se vistiera así solo para mí, pero aquí delante de todos, la idea no parece muy agradable.

Me acerco lentamente a ella, después de echarle un par de miradas. Ella disimula su satisfacción de hace poco, se queda quieta, boquiabierta, como esperando a que yo tome la iniciativa y desaparezca.

—Hola, Alysson, quería desearte un feliz cumpleaños —le digo, acercándome a ella para darle un abrazo, respetuoso, por supuesto. —¿Por qué no me lo habías dicho?

—¿Acaso iba a servir de algo? —me interrumpe susurrándome al oído mientras nos abrazamos. —No deberías estar aquí, el Marina...

Ya ni siquiera tuvimos tiempo de hablar, apenas nos apartamos para no levantar sospechas y su hermano, Alex, se une a nosotros, golpeando mi espalda con fuerza, sentí que era una provocación, me contuve, no quería empeorar las cosas con ella.

—Alysson dijo que no vendrías hoy —dispara, arrogante.

—Sí, he cambiado de opinión —respondo.

El idiota con el que Alysson almorzó se une a nosotros, mirándome con una sonrisa amistosa.

—Así que tú eres Héctor. —Me tiende la mano a modo de saludo. —Soy Adriano, ¿todo bien?

Correspondo, intento ser cordial, aunque quería sacarle todo lo que quiero saber a mi rival, intento actuar con naturalidad. Lo miré fijamente con firmeza, con seriedad, y él estaba siendo educado, no sé si lo hacía como una provocación o era su forma de ser, pero no me estaba gustando nada esa cercanía.

—Sí. ¿Y tú quién eres? —pregunto.

—Chicos, ¿bailamos? —grita Alysson, interrumpiendo nuestra conversación. —¡Hoy solo quiero irme de aquí cuando mis piernas no aguanten más!

Todo el mundo grita de celebración, yo solo observo en silencio la excitación de los invitados. Veo que el grupo se aleja hacia la pista de baile, solo yo, Teo y ese tal Adriano, que al parecer sabía quién era yo, pero, ¿por qué? ¿Cómo?

El camarero nos trae las bebidas, los tres hablamos, yo me contengo para no preguntar nada comprometedor, pero él actúa como si ya nos conociéramos, y lo que es peor, como si conociera muy bien a Alysson. Me pregunto si ella le habrá hablado de mí.

Empiezo a ponerme cada vez más aprensivo, sin embargo, la conversación sigue

fluyendo, ya sabía que era abogado, que vivía en Brasilia y que había venido a São Paulo para celebrar el cumpleaños de Alysson. Ella bailaba y bebía como una loca en la pista, confieso que me debatía entre hablar con mi rival y mirar al objeto de mi deseo, preocupado por su maldito vestido corto. Después de unas copas, Teo decidió unirse al grupo que seguía bailando en la pista, cuando nos quedamos solos, Adriano me miró seriamente y cambió su cara rápidamente.

—Fue bueno que vinieras, y que tuviéramos un momento a solas, tenía muchas ganas de hablar contigo. —Se despegó del respaldo del sofá, acercándose un poco más. —Ya sé todo lo que pasa entre Alysson y tú.

—¿A qué te refieres? —interrumpo, moderando el tono.

El camarero entra para recoger los vasos vacíos y dejar las nuevas bebidas, mientras mil ideas impregnan mi cabeza. Una de ellas, nada favorable: Adriano está saliendo con Alysson, ella le ha contado nuestro affaire, y es un abogado que ha venido a intentar un acuerdo millonario a cambio de silencio, para no demandarme por acoso moral y sexual, además de generar un puto escándalo digno de la prensa rosa.

Reconozco que no me comporté adecuadamente para una relación de jefe y empleada, pero me emocionó el sentimiento que, aunque me duela admitirlo, tengo por ella. Sin embargo, solo de pensar que todo lo que pasó entre nosotros pudo ser premeditado por ella, para estafarme con una falsa demanda, me duele el pecho.

No, mi niña no haría eso...

Esto solo puede ser una pesadilla. Tengo todas las razones del mundo para no creer en el amor, sin embargo, no puedo equivocarme esta vez, Alysson no puede haberme engañado tan asquerosamente...

Permanezco paralizado unos instantes, esperando pacientemente a que el camarero se marche, y cuando el desgraciado vuelve a hablar, aprieto los puños, dispuesto a darle un puñetazo al cabrón en cuanto compruebe que mi idea es correcta. Resoplo, con el corazón acelerado, sintiendo la adrenalina recorriendo mi cuerpo, estoy cabreado, muy cabreado y totalmente dispuesto a responder a otra demanda por agresión.

Capítulo 19

Alysson

—Aly, has bebido demasiado, ¿no crees? —se queja Alex en mi oído.

—Tranquilo, hermano, hoy es mi día, quiero ahogar todas las penas y tristezas.

—Así es, Aly. Vamos a disfrutarlo. —Marina se acerca y me abraza con fuerza. —Oh, amiga mía, estoy tan contenta de que me dejes celebrar tu cumpleaños. Sé que no querías una fiesta.

—Tengo que darte las gracias por ser tan buena conmigo, a veces me pregunto si realmente merezco tanto cariño por tu parte...

—Oh, no, Aly, voy a llorar así, y hoy solo quiero conmemorar y divertirme mucho — grita Marina con entusiasmo.

A pesar de la discusión de hoy temprano con Héctor, estaba logrando divertirme, no sé si fue bueno o malo volverlo a ver, de lo único que estoy segura ahora es que quiero bailar hasta que no pueda más de pie. Creo que las copas me están ayudando mucho hoy, en general no suelo estar tan desinhibida y alocada.

No he vuelto a la mesa ni un segundo, me he quedado casi toda la noche en la pista de baile, no sé si por miedo a enfrentarme a Héctor, o por miedo a perder el control delante de todos, porque la verdad es que todo el alcohol que he ingerido hasta ahora no me ha ayudado a olvidarlo y mucho menos a dejar de quererlo.

La músicaailable continúa, cierro los ojos, bebo un sorbo más y bailo, me dejo guiar por el ritmo de la música, recuerdo las manos de Héctor por mi cuerpo, su beso de hoy temprano, recuerdo su cuerpo dominando el mío...

Mierda, lo he echado de menos. No debería, pero lo he hecho.

Me río sola. ¡Estoy jodida! ¿Es mi destino que me gusten los tipos idiotas?

Solo quería olvidar que siento algo por él, olvidar que me echa de menos. Aunque esté con otras. ¡Qué ironía! ¡Olvidalo, Alysson, olvidalo!

Mis ojos se dirigen a la mesa donde está Héctor. Me doy cuenta de que no puede dejar de mirarme. Disimulo, hago como si no veo. Quiero que vea que estoy bien sin él. Me da igual que piense que tengo otro. Solo necesito bailar un poco más. Olvidar las frustraciones del día y... besar otras bocas, ¿quién sabe?

Ya había mezclado varias copas, empezaba a estar un poco fuera de mí, sin embargo, la sensación de libertad era tan buena, aunque proporcionada por mi nivel de alcohol, que no quería parar. ¡Nada iba a estropear la noche!

Seguí bailando y bebiendo con mis amigos, después de un rato Adriano se unió a nosotros, estaba tan feliz de que viniera a visitarme. Hacía mucho tiempo que no nos veíamos en persona.

—Adri! —lo abrazo cariñosamente. —¿Qué es esa cara? Hoy no es un día para la tristeza, estoy demasiado feliz porque hoy estás aquí —le grito, para que me oiga.

Estaba demasiado serio para mi gusto.

—Yo también, Aly. Pero empiezo a preocuparme por ti, creo que estás bebiendo demasiado, será mejor que lo dejes.

—¿También tú, Adri? Déjate de mariconadas... No necesito que nadie me controle. ¿No habrás bajado del VIP solo para hacerme pasar un mal rato? —pregunto y lo miro con seriedad.

—Soy tu hermano mayor, eso es lo que debo hacer, ¿no?

—Tú no eres así... —Lo miro, desconfiada. —¿Por casualidad fue mi jefe quien te envió aquí?

Adriano se ríe, me abraza cariñosamente, pero no me contesta. Me tambaleo un poco y él me abraza con fuerza.

—Ves, ya te estás pasando de la raya, Aly.

—Te estás haciendo vieja y tonta. —Me río a carcajadas. —Ven, vamos a bailar.

Tiro de mi hermano hacia el centro de la pista de baile, empieza a sonar un *funk*. Bailo como una loca, canto, muevo el culo y grito, emocionada. Mis amigos forman un círculo a mi alrededor, la emoción era tan grande que sigo bailando las dos canciones siguientes.

Un chico se acerca, intenta bailar a mi alrededor, pero Adriano me rodea, comportándose como Alex, todo celoso. Me detengo, lo miro fijamente sin entender por qué actúa así, cuando se da cuenta de mi descontento, me jala del brazo para unirnos a nuestros amigos, y lejos del chico que intentaba acercarse.

—Ven, Alysson, quedémonos con nuestros amigos.

—¿Qué te pasa, Adriano? Alex es el que está celoso, no tú.

—Solo estoy evitando que hagas algo de lo que te arrepentirás cuando estés consciente. Me río, intentando hacerme la dura.

—Ahórratelo, hermanito, sé lo que hago, estoy muy lúcida.

Me río, creo que hoy me río más de lo normal. Me detengo, jadeante, pido otra deliciosa bebida cítrica. Tenía poco alcohol y estaba tan deliciosa que me la bebí de un par de sorbos. Me paro en la barra, mientras espero mi nuevo pedido, miro a la mesa, directamente a Héctor, me devuelve el cumplido, no parece muy animado, bebe algo, sin apartar la vista de mí.

Llega mi nueva bebida, levanto el vaso y se lo señalo, ofreciéndoselo, no reacciona, al contrario, sigue parado, mirándome fijamente con una mirada poco amistosa. Creo que no le ha gustado la provocación, me encojo de hombros, no me importa, hoy es mi día, no quiero

estresarme por nada.

Marina se acerca a mí, toda sonriente.

—Amiga, ¿te importa que me vaya? Hoy quería ser la última en irme de aquí contigo, pero Teo se va mañana temprano a Canadá, así que quiero disfrutar del resto de la noche, ya me entiendes.

—No, amiga, adelante, diviértete.

Nos despedimos con un fuerte abrazo, me aseguré de darle las gracias de nuevo. Saludé rápidamente a Teo y los dos se marcharon.

Continúo en la pista de baile, bebo dos copas más y bailo algunas canciones más. Sin embargo, el alcohol empieza a manifestar sus efectos. Empiezo a sentir las consecuencias de la embriaguez, me pesan las piernas y siento unas fuertes ganas de ir al baño.

—Chicos, voy al baño —les advierto.

—¿Quieres compañía, Aly? —pregunta Michele.

—No, puedo ir sola.

—Volvamos a la mesa, estoy un poco cansado —advierte Adriano.

—Bien, nos vemos allí —respondo.

Los demás están de acuerdo y deciden volver también a la mesa. Salgo en dirección a los baños, siento un ligero mareo por el camino, la vista se oscurece un poco, pensé que me iba a desmayar. Al mismo tiempo, siento unas ligeras ganas de vomitar. Me detengo, me apoyo unos minutos en la pared, respiro hondo, cierro los ojos y me río para mis adentros. Nunca había bebido tanto en mi vida.

Cuando abro los ojos, ya un poco mejor, creía que estaba delirando, veo a Bruno de pie frente a mí, sosteniendo una rosa roja.

—¿Tan borracha estoy? —me pregunto, aún sin creer lo que veo.

—No, Alysson, soy yo, tu amor. Estoy aquí para alegrarte la noche, ven conmigo. —Me toma del brazo y tira de mí bruscamente. —Vámonos.

—¿Qué te pasa? ¿Te estás volviendo loco, Bruno? —grito, pero no me oyen, porque el sonido era demasiado alto.

Salimos por la salida de emergencia que hay al lado del club. Bruno tira de mí a toda prisa, estoy tan borracha que no puedo reaccionar, mientras él tira de mí, mi cabeza da vueltas. Pensé que me iba a desmayar, cuando por fin se detiene, estamos en el aparcamiento, junto a un vehículo, está un poco oscuro.

—Alysson, he venido a buscarte, he preparado nuestra velada romántica para celebrar nuestro amor en grande.

Me río a carcajadas, tiro de mi brazo, doy dos pasos en un intento de volver al club, pero parece que las piernas no me obedecen, casi me caigo de bruces al suelo, Bruno me sujeta y me

abrazo fuerte.

—Suéltame, quiero volver al club, ¿quién te ha dicho que estaba aquí? —protesto.

—Alex, él me invitó.

—Yo no mandé a nadie a invitarte, es mi fiesta, solo mía —me quejo, casi inaudible.

—Lo sé, amor, pero tenía que venir a besarte. —Bruno gira su rostro hacia mí, trata de besarme, yo giro hacia el otro lado, impidiendo que lo logre. —Quiero que vuelvas, Aly, ¿por qué no me crees? —Llegué aquí a pesar de que sabía que estabas con alguien más allí, porque creo en nuestro amor, revivámoslo...

Las ganas de vomitar volvieron con más fuerza, creo que la repulsión de Bruno cuando me agarró e intentó besarme contribuyó a eso. Lo empujé con fuerza y vomit todo, luego mi visión se volvió negra y no recuerdo exactamente lo que sucedió durante las próximas horas.

Me despierto, me duele tanto la cabeza que no puedo ni abrir los ojos. De repente, recuerdo algunas cosas de la noche anterior: la celebración de mi cumpleaños, el baile, muchas copas, Marina, Teo, mis hermanos, Michele, Héctor y ¿Bruno??

¡Maldita sea! Bruno...

Abro los ojos desesperada, me siento en la cama, la cabeza me da vueltas, tardo unos buenos minutos en poder ver algo. Estoy en una cama enorme, sábanas blancas y suaves, estoy vestida solo con una camiseta blanca masculina. Palpo mi cuerpo, por suerte llevo bragas, lo que no significa mucho.

La habitación es enorme, espaciosa, y no la reconozco, no tengo ni idea de dónde estoy, parece una habitación de hotel, colores pastel, cama enorme y decoración sofisticada, debe de ser una suite de un hotel de lujo. Me levanto despacio, hay varias mantas en el suelo al lado de la cama. ¡Maldita sea! Al parecer la noche aquí ha sido muy agitada, esto no es bueno.

Veo una puerta entreabierta, supongo que es un baño, camino de puntillas o intentándolo, porque la verdad es que sigo muy mareada y con un dolor de cabeza tremendo. ¡Oigo correr la ducha! Justo lo que me temía, hay alguien aquí. Antes de entrar en el baño, oigo cerrarse la ducha, vuelvo corriendo a la cama. Me tumbo y cierro los ojos, haciéndome la dormida, hasta que se me ocurre qué voy a hacer, quién está aquí y, lo más importante, cómo voy a salir de aquí.

Oigo pasos, alguien sale del baño, permanezco inerte y con los ojos cerrados, hasta que me aseguro de poder abrirlos, de repente ya no oigo nada, creo que vuelvo a estar sola. Pronto la persona entra de nuevo en la habitación, mi corazón se acelera, el miedo a abrir los ojos y ver la consecuencia de una noche de borrachera es grande.

¿Y si me he acostado con un desconocido? ¡Maldita sea! Y todavía está Bruno. ¡Oh, mierda! ¡Mierda! ¡Mierda! ¡Mierda!

Era inútil evitar lo inevitable, tengo que asumir las consecuencias sean cuales sean.

Abro los ojos, me siento en la cama lentamente, hago como que bostezo y me estiro. Estoy sola en la habitación, miro a mi alrededor. Hay una bandeja de desayuno sobre la cama, y pronto aparece el autor del manjar. Mi corazón se acelera, mis labios responden automáticamente con una gigantesca sonrisa de alivio, era Héctor, de carne y hueso y en puto bóxer, que, aunque tengo resaca, mi cuerpo se excita al ver su varonil cuerpo.

—Buenos días, Alysson —me saluda, tomando la bandeja y colocándola a mi lado. —Tienes que comer.

—¿Dónde estamos? —pregunto, intentando no mirar demasiado su físico.

—Primero come, luego responderé a todas tus preguntas, nena —dice Héctor y empuja una tostada con mermelada en dirección a mi boca.

Me moría de hambre, no protesté, me comí prácticamente todo lo que me sirvió. En realidad, comíamos juntos, era hasta extraño, Héctor estaba especialmente contento, atento y cuidadoso, no decía casi nada durante el desayuno, solo se ocupaba de darme de comer. Llegué a preguntarme qué diablos hice ayer o qué dije. Intento entender por qué se comporta así conmigo.

—¿Cómo está la cabeza? —me pregunta y me sirve un trozo de tarta.

—Me duele mucho.

—Pensé que lo malo de una noche de borrachera es la resaca. —Toma una pastilla de la mesita de noche y me la da. —Tómate un analgésico, te ayudará a ponerte mejor.

—Ni me hables de beber, no creo que vuelva a hacerlo en mi vida. —Me tomo la pastilla. —Gracias.

Después de desayunar, recoge todo y lo saca de la habitación. Vuelve un poco más tarde, se sienta en la cama, me toma las manos, con una hermosa sonrisa, tan hermosa que me arranca otra.

—¿Dónde estamos? —le pregunto.

—¿No te acuerdas? —pregunta y me aparta de la cara unos mechones de pelo desordenados. —¿Hasta cuándo recuerdas la noche anterior?

—Por favor, cuéntamelo todo, de verdad, todo.

—Claro que sí.

—Recuerdo que fui al baño y Bruno apareció y me llevó al aparcamiento, me tambaleé y casi me caigo al suelo intentando volver al club, pero él me abrazó e intentó besarme, pero yo... giré la cara y me entraron ganas de vomitar... y vomité y entonces mi visión se oscureció y... No estoy segura de nada más.

—Te seguí cuando fuiste al baño, vi cómo te arrastraba, pero no me acerqué inmediatamente porque no podía saber si estabas con él por voluntad propia. Solo cuando intentó besarte, y tú te negaste y dijiste que no, entonces me largué con ese idiota —dice, enfadado.

—¿Te peleaste?

—Sí, quiero decir, le di varios puñetazos, él ni siquiera se defendió —comenta, riendo.

—¿De verdad me lo perdí? —Bromeo y consigo que se ría. —¿Y después?

—Te he traído a casa, como ya no tengo la llave de tu departamento, estás en el mío.

Miro rápidamente a mi alrededor, claro, la habitación está demasiado organizada, hasta el más mínimo detalle, por eso supuse que era una habitación de hotel, pero mirando a mi alrededor, aquí todo es como él, meticulosamente organizado.

—Así que me has traído aquí y nosotros... —Señalo la cama.

—No, no dormimos juntos, yo dormí aquí en el suelo, a tu lado.

—Por eso las mantas en el suelo —digo y respiro aliviada.

—No quería dejarte sola, por eso dormí aquí, y antes de que preguntes, no, no hice nada en contra de tu voluntad, aunque me lo pediste varias veces. —Me reí, descaradamente. — Viniste todo el camino peleándote conmigo, riéndote mucho y haciéndome prometer...

—¿Qué? Dime, por favor.

—Que te la chuparía hasta que te corrieras duro.

¡Dios mío! Siento mi cara arder de tanta vergüenza. Héctor se ríe, yo me río junto con mi vergüenza, tengo unos breves recuerdos de lo que pasó. Por supuesto, no recuerdo exactamente todo lo que dije, pero ahora recuerdo cuando llegamos aquí.

—¡Qué vergüenza, Dios mío!

—No lo sientas, gracias a tu borrachera tuviste el valor de pedirme que me casara contigo, y yo acepté.

Ensancho los ojos, tensa y sorprendida al mismo tiempo. No, ¡no podría haber hecho eso!

—Es una broma, ¿verdad?

Héctor se ríe al ver mi cara de preocupación. Le golpeo lentamente en el hombro.

—No, todavía no me has pedido que me case contigo, pero en serio, después de la ducha, te sentaste aquí en esta cama y me diste las gracias por haberte salvado de Bruno otra vez.

Recuerdo ese momento, te di las gracias y estaba siendo sincera.

—Lo recuerdo, también te disculpaste por haber sido un tonto toda la tarde conmigo, por haberme cobrado algo que no debía y por haberme hecho odiarte con todas mis fuerzas.

Héctor sonrió, pero parecía un poco triste.

—Estaba tan enojado que no recordaba que era tu cumpleaños, lo único que podía pensar era que tenías a otra persona, no sabía cómo reaccionar porque nunca había pasado por esto, Alysson, nunca había deseado tanto a alguien como tú. —Me acaricia la cara suavemente con las yemas de los dedos. —No puedo controlar lo que siento por ti.

—Yo también tengo sentimientos encontrados por ti —admito.

—Ya lo sé, me lo dijiste ayer casi todo el camino de vuelta a casa. —Héctor se ríe. —Y

me gustó mucho saber que sientes lo mismo que yo. Llevo días sin poder dormir bien, y después de escucharte ayer, aunque todavía bajo los efectos del alcohol, sé que era verdad.

—Sí, creo que el alcohol me ha hecho un poco más valiente.

Héctor me atrae hacia su regazo, acomodándose entre sus piernas. Mi corazón late con fuerza, después de que nuestros cuerpos se juntan, se dispara aún más fuera de ritmo. Mi respiración se vuelve irregular, él entrelaza una de sus manos en mi pelo y acerca mi boca a la suya.

—Vivamos esto juntos y descubramos nuestros sentimientos, cariño.

—No sé qué decir...

—Ya sé, ¡di que sí! —confirma Héctor.

—¡Sí!

Un largo beso selló nuestro nuevo pacto. Lo de ayer fue una completa locura, pero si sirvió para revelar nuestros sentimientos, lo compensó todo. El ambiente era genial, pero como por arte de magia, me acordé de mis hermanos. No quería irme, pero necesitaba decirles que estaba bien.

—Yo... necesito decírselo a mis hermanos.

—Ya he avisado a Adriano, no te preocupes.

—Lo estás haciendo mejor de lo esperado. —Beso sus labios rápidamente. —Creo que te perdonaré por haber sido un jefe tan gruñón conmigo ayer.

—Perdí el control de las cosas, me dieron ganas de pegarle un puñetazo a tu hermano Adriano por celos, me volví loco de rabia cuando vi que me ignorabas totalmente. Pero yo también tengo la culpa de eso, fui estúpido, idiota, quería demostrarme a mí mismo que solo podíamos tener una relación profesional...

—Sí, vuelves a ser el mismo jefe estúpido de siempre.

Nos reímos juntos, confieso que ayer me dieron ganas de matarlo varias veces.

—Lo sé, y por eso quiero redimirme. —Héctor se levanta bruscamente. —Quédate aquí quieta, ahora vuelvo.

Héctor sale de la habitación unos minutos y luego vuelve con una bolsa en las manos y se sienta de nuevo a mi lado.

—Feliz cumpleaños atrasado. —Extiende la bolsa en mi dirección. —Espero que te guste.

Abro la bolsa despacio, intentando no hacerme ilusiones. Era una cajita dorada, con un logotipo grabado en la tapa, pertenecía a una marca muy cara. Dentro había un kit compuesto por seis lápices de labios. Saqué la primera y la abrí para ver el color, al verlo suspiré, debe ser una coincidencia. Sigo mirando a los demás, hasta que me doy cuenta de que todos eran en tonos rojos.

No era casualidad, mis ojos se llenan de lágrimas. Vuelvo una a una a la caja, embargada por la emoción, respiro hondo, conteniendo las lágrimas.

—No puedo creer que te hayas acordado de esto... —digo tragando saliva.

Capítulo 20

Alysson

—Claro que me acordé, solo que no me dijiste por qué no te pintas los labios de rojo, pero dijiste que querías hacerlo algún día.

—Son tonterías, cosas de adolescentes.

—Cuéntamelo, estoy aquí para escucharte. —Me aprieta la mano, animándome.

—Bien, pero es una tontería. —Tomo aire y continúo: —Me gustaba un chico del colegio cuando era adolescente, pero él nunca se fijaba en mí. Un día una compañera de clase llevaba los labios pintados de rojo, y él le hizo un cumplido cuando llegamos, y a la salida del mismo día los vi a los dos besándose. Pensé que, si yo también llevaba un pintalabios rojo, él se fijaría en mí, eso hice al día siguiente, pero no fue así, de hecho, él se dio cuenta y dijo que me veía ridícula y vulgar llevando ese color. Ya sabes cómo es, ¿verdad? Me quedé destrozada, lloré mucho y no quise volver a usar un pintalabios rojo porque me recordaba aquel rechazo...

—Es un imbécil, y tú eres increíble, te mereces llevar el color que quieras en esos maravillosos labios. —Me quita la caja de las manos. —Elige uno, quiero ser el primero en sacarlo de tu maravillosa boca.

Señalo uno de ellos, él lo saca y me lo entrega. En la tapa de la caja había un espejito, me lo paso y me quedo mirando un rato, es un color precioso. Y, me sentí muy bien vistiendo de rojo, otro miedo tonto enfrentado.

—Estás maravillosa. ¿Qué se siente?

—¡Increíble! Muchas gracias. —Apreté su mano. —Me haces sentir tan especial —confieso, emocionada.

Una lágrima rueda por mi mejilla. Él la seca con el pulgar.

—¿Puedo confesarte algo? —Confirmo con un movimiento de cabeza. —Me imagino esa boca dejando una marca en mi pene.

Sé que quería hacerme reír, y funcionó, nos reímos juntos. Guardo el pintalabios en la caja y la pongo en la mesita de noche.

—Me haces sentir importante, la verdad, me da un poco de miedo.

—Yo también, cariño, créeme, y estoy dispuesto a descubrir nuestros sentimientos si tú también lo estás.

Una sonrisa automática, creo que me llama la felicidad. Lo miro pensativa, ¿me merezco tanto? Sí, ¡me lo merezco! ¿Y qué cuesta intentarlo? Lo que tenía que salir mal ya ha pasado, ahora es el momento de hacer las cosas bien.

—Te he echado de menos, Héctor —confieso, arrancándole una sonrisa tonta.

—Yo también te he echado de menos. He intentado no pensar en ti, porque estaba intentando seguir para adelante después de que me dejaras, y también por rabia y miedo a lo que siento por ti, no quería admitirme a mí mismo que entre nosotros había mucho más que sexo casual. —Desliza suavemente sus grandes manos por mi espalda. —La verdad es que todos mis problemas se reducen a no tenerte conmigo, quiero poder verte todos los días, asumir ante Dios y el mundo que estamos juntos, ya no quiero encontrarme contigo a escondidas, quiero que todo el mundo sepa que eres mía. —Me sujeta la cara entre las manos. —Quiero ser tuyo, es contigo con quien quiero estar Alysson...

Pensé que el corazón se me saldría por la boca. Nuestra aventura sin ataduras se estaba poniendo demasiado seria, me sorprendió tanto la declaración que al principio no supe cómo reaccionar. Tardé unos segundos en recuperarme del impacto de sus palabras mientras nos mirábamos fijamente. Mi primera reacción fue besarlo.

Cuánto extrañaba esos labios devorándome.

—Basta, basta, quiero ese pintalabios en otro sitio —dijo Héctor al interrumpir nuestro beso.

Me río a carcajadas.

—Me has regalado seis pintalabios, aún queda mucho por gastar. —Respiro hondo y me pongo seria. —Pero volviendo al tema, no sé si es buena idea que...

—Ya sé todo sobre tu pasado, Adriano me contó que Bruno era tu jefe, y que no acabó bien, por suerte para mí. —Su sonrisa ensancha de manera maravillosa. —Por eso temes nuestra implicación, pero yo no soy esa basura, y hablo muy en serio cuando digo que estoy dispuesto a asumir nuestra relación por todos.

Me río, feliz, y tan halagada que mis labios no hacen otra cosa que seguir sonriendo. ¿Y por qué no intentarlo?

—¿Qué pasa con el banco? ¿Qué pasa con Marina? —pregunto, porque es algo que me preocupa.

—Tomémoslo con calma, mantengámoslo en secreto, pero no tanto. —Me río, descaradamente. —No me importa que se entere, apuesto a que se alegrará mucho de saber que estamos juntos, claro, me dará algún tirón de orejas, pero al final lo disfrutará.

—¿Lo hará? Tengo mis dudas. Nos hemos hecho amigas, tengo miedo de que se enfade, de que piense que le he mentado, no sé... —Permanezco en silencio unos minutos, intentando imaginar cómo reaccionaría. —Además de ella, está el banco.

—Bueno, a mí me importa el banco, porque es nuestra imagen profesional la que está en juego, así que, creo que podemos esperar a que termine el periodo de tu contrato, en cuanto te tengamos en el puesto, nos haremos cargo de todo.

—No sé, Héctor, somos demasiado parecidos y demasiado testarudos, no sé si...

—Oye, oye... —Me interrumpe y vuelve a sujetar mi cara entre sus manos. — Intentemos descubrir lo que sentimos el uno por el otro y dejemos que nuestros sentimientos nos guíen, ¿qué me dices?

—Creo que no empezamos con buen pie, hay muchas cosas que nos separan, Héctor.

—Centrémonos en lo que nos une y en lo que sentimos el uno por el otro. El resto podemos solucionarlo. —Me besa los labios rápidamente. —Ya he hablado con Adriano, Alex ya sabía que teníamos algo, así que ahora solo falta el suegro.

—¿Es en serio? ¿Hablaste con Adriano sobre nosotros?

—Claro, tuvimos una larga conversación, muy esclarecedora, por cierto. Después de casi romperle la cara, cosa que por suerte no sucedió. —admite un poco avergonzado. —De todas formas, me aclaró que era su hermano y conseguimos hablar civilizadamente. Es un tipo muy legal, me cayó bien mi cuñado, y creo que a él también, así que ya tengo un punto. Alex todavía no me aprueba, lo sé, pero también sé por qué, sé que con el tiempo se acostumbrará.

—Lo sé, Adriano también te lo dijo, ¿tengo razón?

—Sí, me dijo que el cabrón de Bruno te dejó muchas deudas, además de todo lo que te hizo pasar. Debería haberle pegado mucho más fuerte en aquel aparcamiento. —Habla con cierta furia, tan protectora que me encanta. —Sé que solo Adriano conoce toda la historia, porque fue él quien te prestó el dinero para pagar tus deudas.

—Parece que su conversación solo giraba en torno a mí.

—¿Y hay algo más interesante que tú, nena? —me pregunta, provocativo, y me besa el cuello.

Mi cuerpo reacciona al suyo, deslizo las manos por su pecho. Cómo extrañaba tocar sus músculos.

—No lo creo, pero creo que ya hemos hablado bastante. Es hora de cumplir nuestras promesas.

Insinúo burlonamente y miro hacia abajo, su erección perceptible a través de la ropa interior. Deslizo las manos por su pecho hasta llegar a la base de sus calzoncillos. Acaricio ligeramente la prenda y él jadea al sentir mi contacto. No me permite continuar y se levanta rápidamente y me tira de las piernas hasta el borde de la cama.

—Empiezo, nena.

Héctor me quita la remera y la tira, luego desliza sus manos por mis pechos lentamente, me mira, como impresionado, como si no conociera mi cuerpo, se siente bien cuando me mira, sexy, fatal, no puedo explicarlo, me hace sentir especial de tantas maneras. Me encanta cuando me devora con la mirada y se lame los labios apreciando mi cuerpo.

Contornea mis pechos con las yemas de sus dedos uno a uno, presiona un pezón y luego

el otro, finalmente busca mis labios en un beso ardiente. Mientras sus manos exploran mi vientre bajando hacia mi sexo.

—Me encanta tu cuerpo, nena —murmura en mi oído.

Estaba a punto de tener un orgasmo solo de escucharlo y sentir sus manos por todo mi cuerpo, y decide cumplir su promesa. Se aparta y se inclina sobre mí, abre bruscamente mis piernas, y antes de devorarme, me encara de nuevo, su boca a escasos centímetros de su objetivo, la proximidad era tal que sentí su exhalación acariciar mi piel.

—Vuelve a preguntar, nena. ¿Qué quieres que haga?

Héctor no hizo nada, como si estuviera esperando mi orden. Estoy tan caliente que no puedo ni pensar.

—Quiero acabar fuerte —digo, casi inaudible.

Miro hacia abajo y él fija sus ojos en los míos. Sonríe descaradamente y me lame la entrada una vez, arrancándome un ronco gemido.

—¿Cómo lo quieres, nena? Dímelo.

Apenas puedo respirar con regularidad, imaginarme hablando, solo sé lo que necesito de él, quiero que su boca y su lengua me devoran con avidez.

—Todo, quiero todo de ti. Primero, quiero tu boca aquí. —Señalo entre mis piernas. —Luego, te quiero todo dentro de mí.

Con una sonrisa cínica, no escatima esfuerzos para darme lo que quiero. Se inclina sobre mí, me lame delicadamente la vagina, me penetra con uno de sus dedos y hace firmes movimientos alrededor de mi clítoris. Me agarro a las sábanas, mis piernas tiemblan, estoy a punto de estallar en un orgasmo, pero él se detiene.

Busco su mirada, sonrío, como haciéndome saber que sabe lo que hace, dándose cuenta de mi confusión, pregunta:

—Tranquila, relájate y disfruta. No quiero que acabes ahora.

Como si pudiera esperar.

Sus dedos vuelven a acelerarse, entran y salen de mí con velocidad, muevo mis caderas en busca de mi liberación, sin embargo, él tenía otros planes, o mejor dicho, había hecho otra petición. Héctor se detiene bruscamente, mirándome a los ojos.

—Ahora sí, estás deliciosamente mojada y lista para mí.

Mi respiración se aceleró, tenía ganas de darle un puñetazo por detenerse, sin embargo, mi espera fue recompensada. Cuando da su primer lametón, todo mi cuerpo se estremece. Su lengua invade mi sexo, al principio con calma, sin embargo, rápidamente fue sustituida por la voracidad que tan bien conozco de él.

Con la espalda arqueada, levanto ligeramente las caderas en busca de más, esta vez no se detiene, sigue chupando, mordisqueando y penetrándome con su hábil lengua. Intento

aguantar todo lo posible y prolongar el momento, porque quiero disfrutar cada segundo del placer que me da, pero ¿cómo resistirse? Con tanto anhelo y deseo acumulado.

¡Epa! ¿Qué es esto? Nunca me habían hecho el sexo oral así, llegué a pensar que el sexo oral era algo malo, pero ahora sé que era porque no conocía a la persona adecuada, aún no había sido devorada por los labios de Héctor.

No pudiendo resistir más, todo mi cuerpo estalla en deseo y oleadas de placer gigantesco, anunciando uno de los orgasmos más delirantes de mi vida. No satisfecho, no se detiene, al contrario, me chupa el clítoris con más fuerza, sujeta uno de mis pezones entre sus dedos, presionando con firmeza.

—Héctor... —susurro.

Ni siquiera sé lo que diría, solo sé que en el momento en que el orgasmo llegó con fuerza, perdí la razón, y apenas pude pronunciar su nombre.

Me desplomo sobre la cama, cansada, como si hubiera corrido una maratón. Todavía sin aliento, él se tumba a mi lado y me besa suavemente la boca.

—Me encanta cuando me llama por mi nombre mientras disfrutas.

Me río, con el cuerpo aún sensible. Héctor desliza su mano por mi vientre y todo mi cuerpo se estremece. Mi respiración sigue siendo irregular, mis pensamientos están desconectados en este momento, él me acurruca entre sus brazos, empieza a besarme la espalda lentamente otra vez.

—Debería habérmelo tomado con más calma, ahora no puedo ni levantarme —le digo.

Nos reímos juntos, él no se rinde, me besa cariñosamente el cuello y la espalda, roza ligeramente su erección en mi culo, burlándose de mí. Nos quedamos así unos minutos, hasta que me recupero.

—Solo cumplo mis promesas, nena.

—Genial, ahora me toca a mí cumplir la mía.

Me levanto rápidamente, retocándome el carmín de los labios. Mientras él me mira con los ojos ardientes de deseo, tumbado en la cama.

—¿Qué quieres, nena? —me pregunta, poniendo los brazos detrás de la cabeza y apoyándose en la cabecera.

—Cumplir mi promesa.

Le hago una señal, se levanta de la cama y se pone de pie, esperando mi siguiente orden.

—Me encanta cuando eres obediente —digo, intentando mantener el tono sexy.

—Siempre lo soy, y más cuando eres tú quien manda.

Empiezo a besarle el pecho, dejando rastros de carmín por todo él, trazando mi camino hasta mi punto favorito. Su piel se estremece ante mi tacto, oigo su respiración agitada, me arrodillo ante él y tomo su pene, lo masturbo ligeramente, le doy una primera lamida, mientras

aprieto la base con firmeza, él gime suavemente.

No me resisto mucho, empiezo a chuparlo despacio, pero pronto los movimientos se intensifican. Lo chupo poco a poco, dejando rastros de mi carmín casi por toda su longitud, le acaricio los huevos mientras meto y saco su pene de mi boca, una y otra vez. Gime con fuerza, me encanta cuando le saco gemidos.

Héctor enreda una de sus manos en mi pelo, y me ayuda a intensificar los movimientos, pronto sus caderas se mueven juntas, encontramos un ritmo perfecto, empuja profundamente en mi boca, mis ojos lloran, pero me mantengo firme, necesito corresponder al placer que me da. Sus gemidos son cada vez más fuertes, sigo firme, casi me ahogo, me aparto, disimulo y vuelvo a chupársela. Su pene era bastante grueso y grande, sin embargo, sé lo mucho que estaba disfrutando, aún con dificultad, resisto, porque se merecía este orgasmo. Me acaba de dar uno de los mejores de toda mi vida.

Alterno entre chupar y lamer, Héctor gime y dice algo en voz baja. Me encanta cuando pierde el control, lo miro, sus ojos entrecerrados, intentando aguantar un poco más. Su cara se pone tensa y se endurece con fuerza, ya lo conozco, sé que está a punto de acabar. Y tenía razón, se mueve, con intención de salir de mi boca, pero lo detengo, sujeto sus caderas con firmeza para que se quede en mi boca. Sigo moviendo la cabeza de un lado a otro.

—Aly... ¡Me voy a... mierda!

Quería continuar, ya era hora de saborearlo también, nunca tuve ese valor, solo el deseo, pero él se merece todo de mí. Intensifico los movimientos, entonces me agarra fuerte del pelo, y su pene se sacude, acabando con fuerza en mi boca.

No es una de las mejores sensaciones, sin embargo, su mirada de felicidad lo compensa todo. Me lo trago todo rápidamente como si fuera la bebida más deliciosa, intento mantener la mirada de sexy y fatal, me pongo de pie, nuestras miradas se encuentran y todo lo compensa: su sonrisa de lado y sus ojos brillantes lo compensan todo. Antes de que pueda decir nada, me arrastra en un beso largo y arrebatador.

Nuestros sabores se juntan y me empuja de nuevo sobre la cama. Sigue duro, lo noto. Me besa el cuello con deseo, me muerde la oreja lentamente y murmura:

—Me has dado un orgasmo increíble, pero aún necesito estar dentro de ti.

—Estoy de acuerdo —digo y le bajo lentamente los brazos.

—Ahora vuelvo.

Se levanta, pero antes de que pueda apartarse, lo detengo y tiro de él hacia atrás. Vuelve a tumbarse encima de mí.

—¿Adónde crees que vas?

—Condón, nena —susurra.

—Tomo la píldora, si quieres...

Su sonrisa es automática, pero no parece feliz.

—¿Estás segura?

—Estoy segura. Empecé justo antes de romper.

Ahora es una sonrisa feliz.

—Es bueno saberlo.

Empezamos de nuevo con un beso caliente, Héctor me besa el cuello y baja hacia mis pechos. Juega con uno y luego con el otro, mordiendo ligeramente, chupando y presionando mis pezones entre sus dedos. Vuelve a mi boca, otro beso abrumador.

—Me encantan mis marcas —dice riendo.

—He marcado dónde me perteneces, amor —le digo y lo beso rápidamente.

—Muy estratégico. —Ríe, divertido. —Ahora cada vez que te pintes los labios de rojo te acordarás de mí, ¿lo prometes?

—Lo prometo. Has sustituido un recuerdo doloroso por uno increíble y placentero, gracias por eso, amor...

Se ríe, tan lindo y atractivo.

—Me gusta ese nombre.

Ni siquiera me había dado cuenta de que le había llamado algo tan íntimo y personal, en fin, fue sincero y fue tan espontáneo que antes de darme cuenta él ya se había dado cuenta.

Beso sus labios, deslizo mis manos por su pecho. Él abre mis piernas con las suyas, alinea su pene en mi entrada, pero no me penetra todavía.

—Ha sido tan natural como el deseo que siento por ti. —justifico.

Su sonrisa se amplía, al igual que su deseo. Héctor se levanta bruscamente de la cama, me tiende la mano para que haga lo mismo, me da la vuelta y me coloca boca arriba sobre la cama, enseguida comprendo su intención. Me da una fuerte bofetada en el culo, haciéndome gritar del susto, pero a pesar de todo me gusta la sensación.

—Eres preciosa y estás jodidamente buena, quiero cogerte duro mientras te palmeo el culo, ¿puedo?

—Creo que sí...

Apenas he terminado de responder, me ha penetrado con fuerza, enreda una de sus manos en mi pelo y continúa moviéndose rápido, adelante y atrás mientras me da palmadas en el culo. Obligo a mis caderas a encontrarse con él, en un ritmo rápido y frenético, todo parece más intenso sin el condón, sentirlo todo dentro de mí, piel con piel es mucho más placentero e íntimo. Es inexplicable lo que tenemos, pero sé que cada día, cada momento que pasamos juntos, todo se vuelve más intenso.

Héctor maldice, me encanta su boca sucia mientras me coge. Mi orgasmo está cerca, estoy a punto de explotar de placer, pero él tiene otros planes. Me deja bruscamente, antes de que

proteste, se sienta en la cama y, como si fuera una muñeca, me toma en su falda y me coloca montada sobre él, en un hábil movimiento.

—Quiero verte cogiéndome, nena, toma mi pene...

Me encanta cuando habla de lo que me va a hacer o cuando me ordena hacer algo. Le rodeo el cuello con los brazos mientras alinee su pene en mi entrada. Intercambiamos un largo beso, yo permanezco apoyada con las rodillas en la cama, empiezo a moverme despacio, acostumbrándome a él dentro de mí. Pronto pone sus manos en mis caderas y me ayuda a intensificar los movimientos.

Intercambiamos besos mientras nuestros cuerpos se mueven en un frenesí increíble, no pasó mucho tiempo para que mi cuerpo ya mostrara signos de un nuevo orgasmo. Mis piernas ya casi no respondían, sin embargo, a pesar de mi cansancio, era demasiado bueno para interrumpirlo, continué.

—Héctor... voy a...

—Mírame, cariño, quiero verte acabar.

Hago lo que me ordena, me sujeta la cara con una mano y me aprieta la barbilla con firmeza para que lo siga mirando. Con la otra mano me aprieta firmemente el culo y de vez en cuando me lo abofetea con fuerza. Y aunque me hormiguea, quiero más, me gusta la sensación.

—Más... por favor —le pido.

Héctor entiende mi mensaje y sonríe al darse cuenta de que me han gustado las palmadas. Invierte sus manos, y golpea el otro lado de mi culo, sigo moviéndome arriba y abajo, y con cada nueva bofetada, era como un incentivo para intensificar los movimientos, hasta que mi cuerpo no resiste más.

—Eso es nena, mírame y acaba en mi pene.

Con los ojos clavados en los suyos, me doy cuenta de que no hay otro lugar en el que quiera estar. Aquí, en sus brazos está mi paraíso, o mejor dicho, es el nuestro, a juzgar por su semblante, sé que nuestros sentimientos son los mismos.

Otra bofetada, seguida de otra, que funciona como combustible, parece que mi cuerpo ha sido tomado por una nueva energía proveniente de ellos, empiezo a cabalgar más rápido, en un frenesí de desesperación y deseo. Estoy tan excitada que noto como mi humedad recorre sus muslos, no recuerdo haberme sentido nunca así, tan loca de deseo como ahora, solo él era capaz de esta hazaña, solo en los brazos de Héctor me he sentido así.

Todo mi cuerpo está embargado de placer, el orgasmo me golpea violentamente, creía que no pararía, ¡ha sido intenso, largo e increíble! Héctor sigue moviendo mis caderas, empuja profundamente dentro de mí, se mueve un par de veces y alcanza también su clímax, manteniéndose dentro de mí hasta la última gota de semen.

Me desplomo sobre su pecho, jadeante y cansada. No creo que pueda moverme, estoy

tan agotada. Me alejo un poco, apoyo mi frente en la suya, nos reímos, no sé de qué, creo que de felicidad. No quiero irme, quiero eternizar este momento, nuestros cuerpos en contacto y saciados, nuestros corazones latiendo fuerte, fue una conexión tan real, que por primera vez tuve miedo de perder lo que tenemos.

—Gracias por esto, amor —digo, casi inaudible.

—No me des las gracias, es mi trabajo darte placer, cariño.

—No sé cómo decirlo, eso fue... ¡increíble!

—Tú eres increíble, más aún llevando un pintalabios rojo fatal, me vuelve aún más loco.

—Es bueno saberlo, guardaré todos para usarlos contigo.

Héctor se levanta lentamente, me coloca en la cama, se tumba a mi lado y me pone en su regazo. Nos relajamos durante unos minutos mientras nuestros cuerpos se calman. Al cabo de un rato, con la respiración ya normalizada, me siento en la cama.

—Tengo que ducharme y pasar por mi departamento.

—Me parece bien. ¿Por qué no traes algunas cosas personales y las dejas aquí en el mío?

—¿Seguro? Creo que estamos tan cerca que podría ir en cualquier momento.

Se sienta también en la cama y desliza el dorso de sus dedos por mi mejilla.

—Tranquila, nena, solo era una sugerencia, si aún así no te sientes cómoda, no pasa nada, lo entenderé. Sé que tienes miedo de una relación, pero yo no soy los idiotas que has conocido.

—Lo sé, Héctor, es solo que yo estaba bien sola y de repente tú... —Suspiro. —Tengo miedo de enamorarme y volver a romper... es que todo entre nosotros está pasando muy rápido y me tiene en vilo.

—Lo sé, yo también tengo miedo de lo que siento por ti, pero ya acordamos que dejaríamos que las cosas pasaran, ¿recuerdas?

Me abraza fuerte y me besa la cabeza con ternura.

—Tienes razón, dejemos que las cosas sucedan.

—Ahora vamos a ducharnos, porque tengo un programa especial para los dos.

Me aparto para mirarlo a los ojos.

—¿Quieres probar los otros pintalabios? —le sugiero.

—Tendremos tiempo para eso, pero tengo otro programa en mente.

—¿No me lo vas a contar? —pregunto, curiosa.

—¡No, es una sorpresa!

Héctor se levanta de la cama y me saca a mí también.

—¿No me vas a dar ni una pista? —insisto.

—Haremos cosas que suelen hacer las parejas cuando tienen una aventura. —Me guiña

un ojo y me dirige al baño. —Es la única pista, al baño, nena.

La curiosidad es uno de mis defectos. Me pregunto qué estará planeando.

Capítulo 21

Héctor

Salimos de São Paulo poco después del desayuno, queriendo llegar pronto a Campos do Jordão. Era nuestro primer viaje juntos, como una pareja de verdad. Estoy emocionado, y sé que Alysso también, puedo verlo en sus ojos. Aunque todavía no conocía el destino, estoy seguro de que lo disfrutará.

He pensado que era mejor no contarle todavía el motivo del viaje, porque estoy seguro de que, si lo supiera, desistiría incluso antes de partir. Me siento un poco ansioso, pero intento que no se me note.

Las señales de tráfico y la ropa de frío que le pedí que llevara y trajera en la maleta ya daban pistas sobre nuestro destino, pero Alysso intentaba contener su ansiedad, cantando, charlando, mostrándome su encantadora sonrisa y sus maneras de niña, que me hacen reír mucho.

—Sé que no quieres decirme el destino, pero ya tengo una idea, y como es un lugar que siempre he querido visitar, estoy intentando contener mi curiosidad —dijo, riendo entre dientes y pasando la música que sonaba en el equipo de música del coche.

—Sí, ya sé lo lista que eres, imagino que ya tendrás una idea del destino.

Se voltea rápidamente hacia mí, con los ojos brillantes, claramente emocionada.

—Dímelo, por favor. Quiero enloquecer ahora mismo.

Junta sus manos delante del pecho y me lo pide con una cara tan inocente que no puedo resistirme. Me siento como un villano quitándole un caramelo a un niño si no le doy esta respuesta. De hecho, casi siempre me resulta difícil resistirme a sus peticiones.

—¡Campos do Jordão! —le digo.

—¡Dios mío! ¡Lo sabía! Vaya... ¿cómo me has hecho eso? —dijo tan emocionada que me hizo gracia.

—Pensé que estaría bien hacer un viaje a un lugar especial, solos tú y yo, lejos de todo y de todos, los dos solos.

La miro y está callada, pero sus ojos ya lo dicen todo, están brillantes y su sonrisa complementa su alegría.

—Perfecto, amor. ¿Podré salir contigo sin preocuparme de nada? No lo puedo creer. —Suelta una leve risita y vuelve a mirarme. —Ya te adelanto que me gusta abrazarte, escucharte, besarte, tomarte de la mano, hacerte fotos... Quiero todo lo que me corresponde.

Le acaricio el muslo, intentando mantener también mi atención en la carretera.

—Quiero ser todo lo que necesites, cariño.

Ella me mira fijamente, durante un largo minuto en silencio. Parece estar pensando en mis palabras o en la respuesta que me daría, y finalmente suspira y habla:

—Eres peligroso, Héctor, y empiezo a tenerte miedo, esto es serio, ¿ok?

Me río, intentando aligerar el ambiente, pero la verdad es que yo también tengo el mismo miedo que ella. Nunca pensé que me encariñaría con ninguna mujer después del fiasco de mi relación con Paola, y aquí estamos.

—Tú también, Alysso, estoy a punto de hacer algo inaudito que pensé que jamás haría en toda mi vida.

—¡Oh, vamos! ¿Quieres decir que nunca has viajado en pareja con alguien? —protesta, desdeñosa.

—No que yo recuerde. De hecho, solo tuve una novia durante muchos años, y éramos de la misma familia, así que siempre viajábamos juntos, pero no me refiero solo al viaje en sí. Para ser sincero, tú también eres bastante peligrosa. —Le guiño un ojo, y ella me mira riéndose. —Nadie tenía la llave de mi departamento, nunca llevé a ninguna mujer a dormir conmigo allí, por no decir que nunca me apetecía acostarme con nadie como contigo, además de querer estar cerca de ti todos los días, cuidarte, protegerte y cogerte locamente...

—Era tan lindo hasta que dijiste coger.

Nos reímos juntos, ella siempre tenía humor y una respuesta en la punta de la lengua para mí. Me encanta eso de ella, de hecho, disfruto con ella mucho más de lo que podría imaginar. En el fondo, creo que mi aversión inicial hacia ella era miedo, porque mi instinto era estar a cuatro patas como estoy ahora.

—Soy un hombre de verdad, nena.

Esta vez me lanza un besito y me aprieta la mano en el muslo, con una sonrisa tan hermosa como el brillo de sus ojos.

—Eso me gusta.

Y de la nada, Alysso empieza a tararear y a hacer un bailecito raro otra vez. Río, es una excelente compañera de viaje.

Cuando llegamos a la ciudad, realizamos una visita rápida. Agosto es uno de los meses más interesantes para visitar Campos do Jordão en pareja, debido a la floración de los cerezos. La ciudad está mucho más concurrida, hay muchos eventos y cosas muy románticas e interesantes que hacer. Pensé en tantas cosas para hacer juntos, pero antes de nada, el programa principal: visitar a Nair.

Alysso está entusiasmada, habla sin parar, cuenta las aventuras de los pocos viajes que ha hecho en familia, y a mí me encanta escucharla, siempre es tan divertida. Definitivamente es una gran compañía, animada, juguetona y no para de hablar o cantar ni un segundo. Me reía

tanto, nunca imaginé que me sentiría feliz por pequeñas cosas, es raro, pero es una buena sensación, no sé ni cómo explicarlo.

Cuando me dirijo hacia el barrio de Nair, que es un barrio tradicional y un poco alejado del centro, muy tranquilo y silencioso. Alysson se da cuenta del cambio de ruta. Todavía estaba estudiando la forma de decir a quién vamos a visitar, pero quiero hacerlo solo cuando estemos a punto de entrar en la casa o incluso después, tal vez.

Paro el coche y antes de bajar le doy un beso rápido. La ayudo con su abrigo, después de estar listos aprieto su mano.

—Quiero presentarte a alguien, eres una persona muy importante para mí.

Los ojos de Alysson se abren de par en par, me mira confusa.

—¿Es eso lo inaudito que haríamos? —pregunta y abre los ojos, tensa.

—Sí, tranquila, es una buena chica que no muerde.

—¿Por qué no me avisaste, Héctor? No sé si estoy preparada para conocer a alguien... Yo... Ni siquiera sé qué decir o cómo actuar. —Gesticula nerviosa. —Nunca he hecho esto antes, yo...

Le tomo la cara entre las manos, para que siga mirándome.

—Tranquila, es solo una visita. Solo tienes que ser tú misma, y seguro que le encantarás. —Le beso la frente. —Y no olvides que estoy aquí contigo, cariño.

—¿Y a quién hemos venido a visitar? —pregunta ella.

—Vamos dentro, tú lo descubrirás.

Ya le había dicho la hora aproximada a la que llegaríamos, así que supongo que Nair ya nos estará esperando. Hace mucho que no la veo, a pesar de mis peticiones de visitarla más a menudo, el trabajo acaba ocupando más espacio en mi vida.

Toco el timbre y enseguida se abre la puerta de la casa. Le tiendo la mano a Alysson, intentando dedicarle una sonrisa tranquilizadora mientras entramos juntos. Nos recibe uno de los perros de la casa, que inmediatamente va hacia Alysson y salta excitado hacia ella, que se inclina para saludarlo.

Nair viene a recibarnos, junto con ella el otro perro, que corre también hacia Alysson. Mientras ella presta atención a los habitantes de cuatro patas, hablándoles como si fueran personas, yo voy hacia Nair.

—¡Cuánto tiempo, muchacho! —dice Nair y me abraza con fuerza. —¿Cómo estás, querido?

—Estoy bien, Nair. Y tú, ¿cómo estás? —Me aparto para mirarla. —Veo que sigues teniendo la misma vitalidad de siempre.

—Por supuesto, hijo mío. —Mira a Alysson, que sigue distraída con los perros. —Ya me cae bien, y mis compañeros de cuatro patas también.

Alysson se acerca a nosotros, los perros la siguen, parece que ya la conocen.

—Hola, buenas tardes, soy Alysson —se presenta y tiende la mano a Nair.

—Hola, Alysson, encantada de conocerte, yo soy Nair, así que, ¿eres la responsable de esta sonrisa en los labios de Héctor? —pregunta riendo.

—Sí, es ella —respondo y la atraigo a mi lado.

—Vamos dentro, chicos, he preparado café y la tarta favorita de Héctor, tarta de naranja con jarabe de chocolate. Espero que te guste, Alysson.

—Claro —responde Alysson.

Los tres entramos, Nair le enseña la casa a Alysson, mientras yo contesto un mensaje del trabajo en el salón. Oigo a las dos hablar y reír, incluso parece que ya se conocían, luego nos sentamos en la mesa del comedor, que ya estaba debidamente organizada esperándonos.

—Echo de menos el olor a tarta —digo y beso la cabeza de Nair antes de servirme el café.

—Eres tú quien ha dejado de visitarme —responde Nair.

—El tiempo, Nair, últimamente viajo mucho por trabajo.

—Es cierto, puedo dar fe —confirma Alysson.

Nair corta unos trozos de tarta y se asegura de servirnos.

—Sí, ya lo sé. Tu madre me llama prácticamente todos los días. —Mira a Alysson —Y tú, hija mía, ¿qué tal el viaje?

—Ha sido estupendo, señora Nair, gracias.

—Ni siquiera me gusta que mis nietos me llamen abuela, porque eso me recuerda a la vejez.

—¡Muy bien, Nair! —respondió Alysson, sonriendo.

Seguimos charlando, hablando de muchos temas. Entre ellos, Nair y su obstinación en seguir aquí, lejos de todos nosotros, viviendo sola. Está orgullosa de decir que vive sola y que sigue haciéndolo todo, a pesar de sus casi ochenta años, está muy lúcida y sana. Apenas tiene una secretaria que la ayuda con las tareas domésticas.

—Usted... Lo siento. —Alysson sonríe suavemente. —Haces uno de los mejores pasteles que he probado en mi vida. Gracias.

Nair le devuelve el cumplido ofreciéndole otro trozo de tarta a Alysson, que lo acepta enseguida. Sentí que las dos tenían una buena conexión, hablaban mucho, yo sigo un poco más como actor secundario, feliz por este encuentro.

Cuando terminamos, Alysson se aseguró de ayudarnos a recoger la mesa, luego nos sentamos en la sala de estar.

—No sabes lo feliz que me hizo la visita, queridos. —Nair se sienta junto a Alysson, le toma la mano y la mira con serenidad. —Eres muy guapa y adorable, y para aguantar a esto hay

que ser muy especial. —Susurra al oído de Alysson. —Tiene el genio de su madre, ¡es muy testarudo!

Los tres nos reímos, Alysson ya estaba a gusto, exactamente como imaginaba que estaría. Nair no escatimó esfuerzos para que se sintiera a gusto. La conversación siguió fluyendo y las dos parecían tener mucha afinidad, era genial.

En un momento, suena el móvil de Alysson, que lo saca del bolsillo y mira la pantalla.

—Tengo que contestar, es Adriano —dice y me mira fijamente, como si esperara mi consentimiento.

Sonríó y asiento con la cabeza, ella se levanta y sale de la habitación para contestar. Me acerco a Nair, antes de preguntar algo, ella se anticipa:

—¡Es ella! Ahora sí, hijo mío, has acertado.

Rio, no la traje aquí esperando una aprobación, sino para cumplir una promesa que le hice a Nair hace muchos años.

—Te prometí que, si algún día conocía a alguien especial, tú serías la primera en conocerla.

—Lo sé, querido. —Me apretó la mano con ternura. —Y eso me alegra mucho. Nunca pensé que Paola fuera la mujer para ti. Siempre estuve en contra de esa relación, y tenía razón, siempre creí que lo de ustedes no funcionaría.

—¿Y por qué nunca me lo has dicho? —Me quejo.

—Porque no soy yo quien debe elegir a tus novias, mandamás. —Me da una ligera palmada en el brazo. —Pero después de todo lo que ha pasado entre ustedes, me arrepiento mucho de no habértelo dicho antes.

—Eso está en el pasado, ya no es relevante, Nair. Supongo que la verdad es que nunca amé a Paola, solo fue una pasión efímera, cosa de adolescentes, que terminó cuando descubrí quién es en realidad.

—Es verdad, hijo mío. Eres un hombre increíble y estoy muy orgullosa de ti —dijo con los ojos llorosos. —Sé lo dedicado que eres a tu trabajo, ya era hora de que encontraras a alguien con quien compartir tu vida.

—No te preocupes, Nair, solo nos conocemos —le digo riendo.

—¿Conocerse? ¿Con esa cara? —Se ríe, desdeñosa. —Ni siquiera cuando estabas enamorado de Olivia tenías esa cara. Estás enamorado de Alysson, hijo, acéptalo para siempre e intenta atarla.

Rio, Nair era un personaje. Siempre tuvimos una relación muy estrecha, a pesar de su obstinación por seguir viviendo aquí y sola, siempre que puedo vengo a verla.

Alysson vuelve, se une a nosotros y se sienta a mi lado. Le paso el brazo por encima del hombro y la miro, ella sonríe y ¡maldita sea! Soy capaz de perderme en esa sonrisa.

—¿Va todo bien, cariño? —le pregunto.

—Sí, todo va bien.

Nair nos mira con admiración, le cuesta creer lo que ve, pero me doy cuenta de que le gusta. Incluso yo me pregunto, ¿cómo es que el soltero empedernido que era antes, aquí estoy, perdido de amor por una mujer? Todavía no sé a dónde va esto, pero me está gustando mucho.

Regresamos a São Paulo el domingo por la noche. El viaje, aunque agotador, fue estupendo. Hicimos un picnic en el Parque de los Cerezos, visitamos el Jardín Oriental, una feria de artesanía local, comimos mucha comida japonesa y cogimos como dos locos en la suite del hotel donde nos alojamos.

Ayudo a Alysson con su maleta cuando llegamos a nuestro edificio. Subimos juntos, abrazados, como una pareja feliz. Nos detenemos en su piso, ella abre la puerta, entra primero y yo la sigo.

Alysson deja el bolso y el abrigo en el sofá y viene hacia mí, se pone de puntillas y me besa la boca. Respondo inmediatamente, deslizando las manos por su espalda y atrayendo su cuerpo hacia el mío. Era más bajita que yo y su cuerpo se adaptaba perfectamente al mío.

—El viaje fue agotador, pero no me arrepiento en absoluto. Lo he disfrutado y lo he pasado muy bien, gracias por eso, amor. —Me acaricia la barbilla con la punta de los dedos.

Mantengo los brazos alrededor de su cintura.

—Yo también lo disfruté mucho, creo que podemos viajar más a menudo.

—Fue estupendo pasar el rato contigo todo el tiempo, sin miedo a que nos vieran o nos vieran in fraganti. Ha sido increíble.

Me río y beso suavemente sus labios. Ella suelta una risita contra mis labios, muerdo ligeramente el labio inferior y tiro de él un poco, burlonamente, porque sé que le encanta.

—Creo que estoy demasiado cansada para jugar y mañana tenemos que trabajar —dice muy seria.

La acerco más a mí para que sienta cómo estoy. Duro, muy duro y con ganas de arrancarnos la ropa y estar dentro de ella ahora mismo.

—¿Estás segura? Creo que podríamos divertirnos un poco más.

—Me encantaría, pero mañana tengo la agenda bastante apretada. —Me acaricia los brazos y apoya la cabeza en mi pecho. —Me encantaría tumbarme aquí en tu pecho y dormir hasta el amanecer.

—¿De verdad? —pregunto, pensando que la norma de dormir en casas separadas sigue vigente. —¿Quieres que me quede aquí?

—Sí, para que podamos dormir juntos, si quieres, claro. Es lo único en lo que puedo pensar ahora.

—Claro que quiero, cualquier segundo contigo merece la pena, Alysso.

Se ríe, le acaricio el pelo despacio, yo también estaba cansado, pero ella despierta mis deseos como nadie ha conseguido hacerlo nunca.

Después de una buena ducha, acomodo algunas prendas básicas en sus armarios, las dejaré aquí, para cuando las necesite. Sale del baño poco después de mí, vestida con un pijama azul claro con estampado de plátanos amarillos, era un short corto con una blusa fina de tirantes, muy holgado y nada sexy, ¡por supuesto! Río, ¿quién lleva un pijama con estampado de plátanos? Sin embargo, cuando se trata de Alysso, mi pene se excita con ella vestida de cualquier manera.

—¿La idea era no parecer sexy porque estás cansada? —pregunto divertido.

Se ríe mientras coloca las almohadas en la cama.

—Digamos que es una estrategia.

Me acerco a ella, enredo una mano en su pelo y acerco su boca a la mía. Intercambiamos un beso rápido, aspiro su perfume, me encanta el olor del champú que utiliza. Le beso el cuello y le susurro al oído:

—Has fracasado estrepitosamente. —Tomo su mano y la pongo sobre mi pene semierecto. —Mira cómo estoy.

—Juegas sucio, Héctor. —Sacude la cabeza riendo y mete la mano en mi ropa interior. —Tengo que madrugar... Tengo un horario que cumplir...

—Tranquila, ¡soy el jefe, nena!

—Ahí es donde está el peligro.

Sonríe y sigue acariciándome por debajo del calzoncillo. Levanto las manos, como si me rindiera.

—Aún no estoy haciendo nada, pero puedo hacerlo si tú quieres.

Ella sonríe con picardía y se muerde el labio inferior, tiene la cara sonrojada, ¡maldición! Está caliente. Eso es lo que yo quería. Coloco mi boca sobre la suya, intercambiamos un largo beso, lleno de deseo. Aprieto sus pezones por encima del pijama, y recorro su cuerpo con mis manos, deslizo una dentro de su short, primero apretando su culo, luego abriendo ligeramente sus piernas, está sin bragas, sin esperar más, deslizo dos dedos dentro de ella mientras devoro sus suaves labios en un beso.

¡Maldición! Ya está mojada y caliente. Está tan caliente que mi pene está tan duro que duele.

—Creo que he cambiado de opinión... Quiero hacer el amor —dice con cierta dificultad.

Me detengo y la miro con seriedad. La petición es insólita, sus ojos brillan, como deben de brillar también los míos.

—Puedo hacerlo, cariño... solo pídemelo.

—Por favor, hazme el amor, Héctor.

Mi corazón latía más fuerte, no sé explicar por qué, pero aquella noche no la cogí con fuerza, como me encanta hacer, y sé que a ella también le gusta. La amé con ternura y devoción. Me entregué a nuestro placer y sentimientos, eran dos corazones latiendo fuerte, ojos con ojos, piel con piel, excitación y algo mucho más grande, que ninguno de los dos esperaba que sucediera entre nosotros: amor, nos amamos.

Capítulo 22

Héctor

Días después...

Vuelvo a São Paulo después de dos semanas agotadoras con muchos viajes y trabajo. En quince días pasé por diecinueve agencias, hice incansables reuniones, conferencias, inspecciones, en fin, está siendo muy cansador tocar el plan de reestructuración del grupo, pero los resultados compensan todo el cansancio.

Roger, mi chofer, ya me está esperando en el aeropuerto, dentro de unos minutos tengo una reunión con el consejo de administración del grupo. Abro la notebook en el corto trayecto hasta el banco, para asegurarme de que mi presentación es impecable.

A pesar de las prisas, convencí a Alysson para que se reuniera conmigo en Belo Horizonte el fin de semana pasado, de lo contrario no nos veríamos en muchos días. Fue estupendo volver a estar con ella, los dos solos, libres y sin preocupaciones, lejos de todo.

Hablamos a diario, nuestra relación va viento en popa. En cuanto a su rendimiento en el banco, en el último mes incluso me ha superado en volumen de transacciones e importe invertido. Insistí en incluir el gráfico que muestra la evolución y el crecimiento de mi cartera de clientes para presentarlo hoy al consejo, especialmente a Paola, que ya sé que estará presente, necesita saber cómo le va a mi aprendiz.

Aunque no era el objetivo de la reunión, quería despejar cualquier duda sobre la profesionalidad y competencia de Alysson, porque cuando asumimos públicamente nuestra relación, no quiero dar cabida a comentarios prejuiciosos e innecesarios, así que no quiero desaprovechar esta oportunidad.

Apago la notebook en cuanto Roger entra en el aparcamiento del banco. Salgo del coche emocionado y ansioso. Había convocado a todos los miembros del consejo, incluida Alysson, para esta reunión.

Cuando llego, Celia viene a recibirme.

—Buenas tardes, Héctor. Ya he organizado la sala de reuniones, todos están instalados, tal y como me pediste.

—Buenas tardes, genial, Celia.

Antes de ir a la sala de reuniones, paso por mi despacho, dejo el maletín y tomo solo la notebook para llevarla conmigo. Tomo un vaso con agua antes y salgo hacia la sala de reuniones.

Entro, con una mezcla de ansiedad y satisfacción, recorriendo la sala con la mirada hasta que fijo los ojos en ella: Alysson, quien me dedica una sonrisa encantadora y un poco tímida, mientras intentaba disimular nuestra conexión de miradas. Saludo a algunos de los presentes con breves inclinaciones de cabeza, ya que todos los que habían sido convocados ya estaban presentes: directores, el consejo de administración y Paola. Tomo asiento, enciendo la notebook y preparo mis diapositivas.

—Buenas tardes, señores. Disculpen el pequeño retraso, he enviado junto con la orden del día de la reunión de hoy algunos informes que he utilizado para elaborar la presentación de hoy. ¿Podemos empezar?

Tras las confirmaciones, comienzo la presentación, tratando de ser breve, pero lo suficientemente detallada para asegurar la transparencia necesaria para que todos comprendan. Primero presento los avances de la reestructuración del banco y tomo unos minutos para preguntas. Después de responder las pocas preguntas, escucho los cumplidos de los accionistas y directores, especialmente de Santiago, que se aseguró de ser el último en hablar, hablando con el orgullo de un padre, lo que me hace feliz.

Tras el primer tema presentado, antes de dar por terminada la reunión, paso al segundo: un resumen de los últimos tres meses de mi cartera de clientes. El primer mes aún bajo mi responsabilidad y los demás con Alysson al mando. Como dice el refrán, contra los hechos no hay argumentos, y demuestran que mi aprendiz me ha superado en números y ha dado rendimientos por encima de las expectativas.

Trato de no mostrar mi satisfacción personal por el logro, controlando mis emociones al máximo, porque, en verdad, tenía muchas ganas de gritar fuerte y echarle en cara a Paola que esta vez gané yo, y ella tendrá que tragarse su orgullo y aceptar la derrota.

Por supuesto, a medida que hablaba, la cara de Paola se iba cerrando cada vez más, omitía la sonrisa falsa de quien está prestando atención a todo lo que ocurría en la reunión y no nos quitaba los ojos de encima a Alysson y a mí. Es obvio que está alentando mi fracaso. Tras la presentación de las pruebas concluyentes, casi salto de éxtasis cuando veo que Paola se enfada cada vez más por mi éxito. Para terminar con llave de oro, elogio a Alysson.

—Enhorabuena, Alysson, has hecho un excelente trabajo al frente de la cartera de clientes que era mi responsabilidad. —La felicito, esforzándome por mantener mi seriedad para que nadie note nada demasiado evidente. Miro a los demás miembros de la reunión. —Señores, se levanta la sesión de hoy, les agradezco a todos su presencia.

La gente empieza a salir de la sala, mientras apago la notebook, intercambio asentimientos y saludos con los directores. Observo que Santiago hablaba con Alysson en un rincón más apartado de la sala. Estamos prácticamente solos. Paola viene hacia mí, hago como que no me doy cuenta.

—Héctor, quiero hablar contigo en privado —exige, como si fuera la jefa aquí.

En ese momento, Santiago y Alysson se acercan a nosotros. Se despiden y salen de la habitación. Solo quedamos nosotros dos.

—¿Qué quieres, Paola? —pregunto.

—Te espero en tu despacho, es un asunto privado.

Me da la espalda y se marcha, como si tuviera algún poder sobre mí. La ignoro, porque estoy tan feliz por el logro de Alysson y por mi casi victoria que nada me estropeará el día, diga lo que diga.

Soy el último en salir, voy directo a mi oficina. Cuando entro, Paola ya estaba sentada, de espaldas a la puerta. Oye mis pasos, mira hacia atrás y al verme, ordena:

—Cierra la puerta, por favor.

La cierro, no por obediencia, sino por intimidad, estoy casi seguro de que va a apelar y gritar mucho. Ya conozco sus métodos. Rodeo mi escritorio, pongo la notebook encima y antes de sentarme, disparo.

—Di lo que quieras, porque solo tengo cinco minutos para ti.

Paola se levanta, solo entonces me doy cuenta de que tiene los primeros botones de la blusa abiertos, se da la vuelta y viene hacia mí, con una mirada que intenta ser seductora, camina despacio, casi arrastrándose como un insecto en celo. Cruzo los brazos contra el pecho, no me creo que realmente vaya a apelar y exponerse al ridículo de esa manera. Intenta tocarme, pero le sujeto la muñeca, impidiéndole continuar.

—¿Qué crees que estás haciendo? —pregunto, intentando bajar el tono.

—Intento dialogar contigo. —dice ella, intentando mantener su pose seductora. —Sé cómo trabajas y lo que te gusta, Héctor.

—No me interesa ese tipo de diálogo, Paola. Vete de aquí ahora mismo. —La suelto del brazo y la empujo lejos de mí. —¿O prefieres que te eche?

Se ríe, libertina, se abre un poco más la blusa y me enseña su sujetador de encaje, y sus puros pechos. ¡Claro! Mi mirada se posa inmediatamente en sus pechos. Sacudo la cabeza con incredulidad y ella da otro paso hacia mí.

—Pensé que podríamos revivir algunos recuerdos deliciosos, ¿qué me dices? —Se pone de puntillas y me susurra al oído: —Aún recuerdo cómo me cogías a cuatro patas, aún recuerdo tus manos en mi...

Me aparto de ella, dando un paso adelante, confiado y feliz de saber que nada de lo que ha dicho me ha conmovido. Me río, me paso el pulgar por el labio inferior y le devuelvo la mirada.

—Ni de broma, Paola.

—Tu rechazo es un claro indicio de que aún sientes algo por mí, Héctor. Te conozco bien.

—Ya no, Paola. ¿Qué te pasa por la cabeza para pensar que aún quiero algo contigo? ¿De verdad crees que podrías chasquear los dedos y yo volvería corriendo a ti? —digo con sarcasmo.

—Quiero acabar con este asunto de las apuestas, quiero volver contigo, quiero volver a ser tuya, Héctor... —Me mira con ojos tan serenos que parecen verdaderos. —Quiero paz, eso es todo.

—¿Por qué no vuelves con el tipo experimentado por el que me dejaste? —digo, manteniendo la voz baja, pero dejando traslucir mi enfado. —Ya no soy el tonto al que engañaste hace tiempo, sé muy bien lo que quieres hoy aquí. Fuera, Paola.

Me encojo de hombros, no tengo más paciencia para esta conversación. Le doy la espalda y camino hacia la puerta.

—Héctor... por favor...

No puedo creer que le haya oído un "por favor", me giro para mirarla, solo entonces me doy cuenta de que lleva la blusa completamente desabrochada y la falda a los pies. Verla medio desnuda en mi oficina me produce tal repulsión, que me alivia saber que no la deseo y que solo siento desprecio, ha sido lo mejor que ha podido hacer por mí hoy.

—Solo voy a hablar una vez. Vístete, porque de mí no obtendrás más que desprecio. ¿Qué pensabas? ¿Que vendrías a mi despacho y te ofrecerías como una puta y todo entre nosotros estaría resuelto?

—Dije que lo sentía... —protesta, alzando la voz.

—Solo si es por haber hecho la apuesta, porque traicionarme, lo veo improbable. Vete de aquí, Paola, acepta tu derrota, solo quiero distancia de ti. Vete, Paola —le digo con firmeza.

Ella se viste a toda prisa y me mira con tanto odio en los ojos que pensé que iba a gritar y patear como una niña malcriada, como siempre hacía. Permanezco cerca de la puerta, esperando a que se componga para echarla definitivamente.

—Siento lo que hice, estoy aquí porque pensé que los dos podíamos...

Vuelvo a mirarla, incapaz de creer que fuera capaz siquiera de planteárselo.

—Estás tan llena de mierda, ¿de verdad crees que voy a creerte tu patética escena? —digo, acercándome un poco más a ella. —Ya no soy ese chico virgen e inocente que conociste, Paola, y si has venido aquí pensando que vas a sacar algo de nuestra apuesta, has perdido el tiempo.

Abro la puerta, la miro y hago un gesto con la cabeza para que se vaya. Paola pasa a mi lado, resoplando de odio, pero sin dejar de sacar su última carta.

—Nunca tendrás a nadie, porque solo funciona conmigo, lo sé.

Me río a carcajadas, no puedo creer lo que he oído.

—Cree lo que quieras —digo finalmente.

Ella se encoge de hombros y se va, no muy contenta. Me da igual, hace tiempo que dejó de importarme lo que piense de mí. Cierro la puerta, respiro hondo, olvido lo sucedido, porque hoy mi día es muy bueno, y nada ni nadie me lo va a estropear.

Me sirvo un trago de whisky. Llamo rápidamente a Alysson, pero el teléfono de su despacho está ocupado, así que llamo a Celia, pido que le dé un mensaje, me invento que necesito algún tipo de informe, porque la necesito. Termino mi whisky, oigo unos suaves golpes en la puerta.

—Adelante —autorizo.

Me giro hacia la puerta, es Alysson, una sonrisa automática al verla, pero que se omite rápidamente al no ser correspondida. Su cara no tiene el mejor aspecto.

—¿Me has mandado llamar? —pregunta en voz baja, decepcionada.

—Sí, cierra la puerta, por favor.

En cuanto hace lo que le pido, camino hacia ella y la abrazo, me moría por hacerlo desde que la vi hoy en la sala de conferencias. Ignoro que estamos en el banco y beso sus suaves labios.

Alysson corresponde, pero no como yo quisiera, y pronto se aleja de mí.

—No, Héctor, aquí no —susurra suavemente.

—Me moría de ganas de besarte, te echo tanto de menos, Alysson.

Vuelve a alejarse de mí, me da la espalda, como si se hubiera animado a decir algo, sin embargo, no dijo nada, se quedó callada, tan cortante que me robó la paz. ¿Qué ha pasado?

—¿Ha pasado algo, Alysson? —pregunto y le toco el hombro lentamente.

Ella se vuelve de repente, mirándome con una expresión de furia que desconozco.

—No lo sé, deberías decírmelo, ¿no crees? —Se da la vuelta, da un largo suspiro y se dirige hacia la puerta. —Olvídalo, será mejor que volvamos al trabajo.

La tomo de la mano y tiro de ella hacia mí. Algo iba mal, ya tenía una idea de lo que era.

—Qué pasa, cariño, háblame —le pregunto y la beso.

—No pasa nada.

Permanece sería, la estrecho entre mis brazos, no reacciona, la rodeo con mis brazos, impidiendo que se aleje.

—No te soltaré hasta que me digas qué pasa.

—No hagas eso, Héctor, podría venir alguien y... —Beso su cuello mientras forcejea entre mis brazos intentando zafarse. —Por favor...

—No, no hasta que me digas por qué estás enfadada. —Continúo besando su cuello,

corriendo el riesgo de que en cualquier momento alguien pueda sorprendernos. —Te lo preguntaré una vez más, si no me contestas, te besaré en otro sitio.

Sus ojos se abren de par en par, sabes de lo que soy capaz, admite finalmente, no muy contenta.

—¡Celosa! Estaba celosa —murmura, avergonzada.

La suelto, acojo su cara entre mis manos y acomodo con cuidado algunos mechones de pelo que están en su cara. Pienso en lo que le diré.

—¿Es grave? ¿Estabas celosa de Paola? —le pregunto.

—Sí, estaba hablando con Celia, vi la puerta de tu despacho abierta, pude ver a Paola cerrándose los botones de la blusa —dice, un poco excitada.

—No ha pasado nada, Alysson. Paola cree que sigo siendo una marioneta y que lo único que tengo que hacer es quitarme la ropa y estaré encima de ella, lo que viste fue un débil intento de intentar solucionar sus propios problemas, cada uno juega con las armas que tiene, y ella cree que el sexo lo soluciona todo.

Alysson se da la vuelta, me da la espalda, camina de un lado a otro, irritada.

—¡Desgraciada! *Putamera*... serpiente del infierno —maldice, enfadada.

—Ey, cálmate... —Me acerco a ella. —No dejemos que Paola nos estropee el día. —La tomo de la mano y vuelvo a estrecharla entre mis brazos. —Tenemos mucho que celebrar, por no hablar de que me muero de ganas de...

—¿Han tenido sexo en esta oficina, Héctor? —pregunta, seria.

Respiro hondo, no quiero seguir hablando de Paola, pero si no doy las respuestas que Alysson quiere, no avanzaremos en la conversación, sé lo cabezota que es.

—Aquí no, me mudé a esta oficina cuando asumí la presidencia del grupo.

Lo asumo, no quería ocultarle nada. Alysson permanece seria, analizando mis movimientos, como si leyera mis señales corporales para dar fe de la veracidad de mis palabras.

—¿Qué sientes por ella? —exige, con seriedad.

—Desprecio y lástima, nada más allá de eso, ella ya no tiene relevancia para mí, y eso es lo que ha oído hoy aquí.

Se le dibuja una sonrisa, un poco tímida, intenta disimularla, pero ya era demasiado tarde. La comprendo, me acerco a ella, vuelvo a estrecharla entre mis brazos.

—Yo... ni siquiera debería pedirte nada, yo...

—Sí, deberías, te debo explicaciones, deberías pedirme lo que quieras. Y, a decir verdad, me gusta saber que estás celosa de mí.

Me río, eufórico, ella se limita a negar con la cabeza, pero me devuelve la sonrisa. La pongo de espaldas a mí, le rodeo la cintura con uno de mis brazos, mientras le retiro suavemente el pelo del cuello.

—Héctor... —me advierte.

Me alejo un poco, pulso el botón del altavoz de mi teléfono y marco para Celia, que responde rápidamente.

—Celia, no quiero que me interrumpan, en los próximos minutos estaré reunido con la señorita Alysson.

—Está bien, Héctor —confirma Celia.

Cuelgo.

Termino de apartarle el pelo del cuello y deposito besos por toda ella. Me encanta su perfume, su piel se estremece, gime suavemente, se remueve un poco, parece molesta, entiendo sus motivos, pero la ignoro. Rozo mi erección en su culo, aprieto sus caderas, encajando su cuerpo en el mío.

—Te he echado mucho de menos, Alysson —le susurro al oído.

La giro bruscamente, beso sus labios y avanzo unos pasos hasta que chocamos con mi escritorio. Aparto los papeles, la sujeto por la cintura y me siento sobre ella en un rápido movimiento, que la sobresalta.

—Héctor... no... —Los ojos de Alysson se abren de golpe. —No podemos...

Abro un poco sus piernas y me coloco entre ellas. Coloco mi dedo índice sobre sus labios para hacerla callar.

—Tranquila, yo mando, nena.

Enredo una mano en su pelo y tiro de ella para darle un largo beso. Se resiste un poco, pero enseguida me devuelve el beso.

—Héctor... aquí no... Creo que podemos dejar esto para más tarde, en mi departamento o en el tuyo... —habla con dificultad, jadeando.

Río, tengo mejores planes, la echo más de menos que el miedo a ser sorprendido.

—Un minuto.

Voy a la puerta, la cierro, para estar seguro. Vuelvo junto a ella, que permanece sentada en mi escritorio.

—Listo, la puerta está cerrada y le he advertido que no nos interrumpa.

—Héctor... Yo no...

—Ya te lo he dicho, aquí mando yo, relájate y confía en mí —le digo con firmeza, interrumpiéndola.

Vuelvo a besar sus labios, recorro su cuerpo con mi mano, meto mi mano entre sus piernas, siento su calor. ¡Mierda! Me pongo aún más duro, acaricio tu coño sobre sus bragas, retiro el elástico, ella gime contra mi boca mientras mis dedos la penetran. Entro y salgo despacio, ella se retuerce un poco, buscando más.

Me detengo y ella me mira jadeante, con los ojos ardiendo de deseo. Me alejo, tomo uno

de mis sillones y me siento frente a ella, no demasiado, lo justo.

—Quiero que me enseñes cómo lo hiciste ayer.

—¿Cómo? —pregunta, sorprendida.

—Ayer, cuando te llamé, te indiqué que te tocaras, oí tus gemidos, oí cómo acababas, así que enséñame cómo lo hiciste.

Menea la cabeza, perpleja, reticente por un momento, pero cuando se da cuenta de que hablo en serio, traga en seco y abre las piernas para mí lentamente, tímida pero tan sexy que casi no puedo quedarme mirando.

—¿Es eso lo que quieres? —murmura con la mirada clavada en la mía.

Asiento con la cabeza.

Alysson se levanta de la mesa, se quita las bragas y las lanza en mi dirección. Las tomo, las huelo y me las meto en el bolsillo, ya casi me estoy arrepintiendo de mi petición, y estoy caliente, tan caliente que no creo que necesite mucho para acabar.

—Tengo una condición, yo también quiero verte. —Señala mi erección. —Muéstrame cómo lo has hecho mientras yo disfrutaba al otro lado de la línea.

Me río, satisfecho con la petición, y claro, no podía hacer ese desprecio. Me abro el cinturón y los pantalones, lo justo para dejar fuera mi pene, que ya está erecto y preparado. Ella lo mira fijamente, yo lo acaricio un poco, ella aprecia cada movimiento que hacía, atónita, relamiéndose los labios, sin pudor y volviéndome aún más loco. Empiezo a masturbarme lentamente, una o dos veces, y pronto paro.

—Ahora quiero mi propio show privado —le exijo.

Rápidamente se sienta en la mesa, suspende un poco la falda, abre las piernas para mí y empieza a tocarse, cierra los ojos y suelta un gemido.

—Tranquila, nena, despacio, quiero disfrutar. Sigue mis órdenes, quiero que acaricies tu clítoris, haz movimientos circulares y firmes, imagínate, son mis dedos los que están ahí ahora.

¡Mierda! Me estaba conteniendo como un adolescente, porque estaba a punto de acabar, viendo como Alysson se masturbaba en mi escritorio.

—Héctor... voy a...

—No, todavía no, para. Abre los ojos, mírame.

Ella me mira fijamente, yo me masturbo más fuerte, ella se lame los labios al verme duro. Pronto vuelve a tocarse, yo acelero los movimientos, ella me sigue y hace lo mismo. Uno mirando al otro, locos de deseo, entonces ella aprieta los dientes, conteniendo un gemido más fuerte. Cierra las piernas cuando el orgasmo la golpea. Yo continúo, pero solo brevemente, porque pronto alcanzo el clímax también, inundando mi otra mano de semen.

Ha sido una locura. Siempre he sido muy centrado y exigente con el trabajo, pero no he podido resistirme a su petición, y menos viendo a Alysson, de pie ante mí, ardiendo de deseo.

Me levanto del sillón y la miro.

—Quédate ahí, vuelvo en un segundo —le advierto.

Voy al baño, me aseo y vuelvo corriendo hacia ella. Que sigue en la mesa esperándome. Acerco mi boca a la suya con deseo, rápidamente sus manos están en mi pecho y las mías trabajando para dejar al descubierto uno de sus pechos. Lo chupo ligeramente, muerdo despacio, vuelvo a su cuello y murmuro:

—Has estado jodidamente sexy, has conseguido volverme loco. Ahora quiero devolvértelo, siempre he querido cogerte a cuatro patas aquí en mi escritorio, pero te dejaré elegir, ¿quieres mi boca o mi pene?

—Difícil elección, pero creo que prefiero la segunda opción.

—¡Buena chica!

Le beso la boca, la retiro del escritorio y la pongo rápidamente boca arriba. Enredo una de mis manos en su pelo y la tumbo sobre mi mesa. Sin poder esperar, abro lentamente sus piernas y le doy una fuerte bofetada en el culo, que deja las marcas de mis dedos. Ella aprieta los dientes, intentando contener un ronco gemido. Sin demora, hago lo que me pide y la penetro con fuerza. Cuando estoy completamente dentro de ella, me quedo quieto unos segundos, ¡y mierda! Está caliente, deliciosa y me vuelve loco. Empiezo a moverme despacio, adelante y atrás, entonces ella fuerza sus caderas contra las mías y todo se vuelve más intenso.

—Mierda... Alysson...

Se movía conmigo a un ritmo tan increíble que necesité mucha concentración para no acabar otra vez. Con ella el placer era tanto que me sentía como un adolescente inexperto, que apenas conoce su propio pene.

La visión de Alysson de espaldas sobre mi escritorio era indescriptible, seguí acariciando hasta que sentí su cuerpo temblar, como si mi placer estuviera esperando el suyo, acabamos juntos, como dos animales en celo, olvidándonos por completo del mundo exterior.

Fue increíble.

La levanto lentamente, intercambiamos unos pequeños besos. La dejo con cuidado, luego vamos juntos al baño, me aseo y acomodo mi ropa más rápido y salgo el primero. Mientras tanto aprovecho para acomodar mi escritorio y colocar el sillón en su sitio.

Cuando sale del baño, desbloqueo la puerta y le señalo que se siente frente a mí.

—Tienes mis bragas —dice con una risita.

—Estás preciosa cuando te ruborizas. Sobre todo, después de acabar en mi pene.

Se ríe, un poco tímida.

—Bueno, ha estado bien, pero es mejor no repetirlo, dejemos aquí solo los asuntos de trabajo, ¿ok? —advierde.

—De acuerdo —finjo estar de acuerdo.

—Ahora devuélveme las bragas.

Muevo la cabeza negativamente.

—No, hoy no. Huele a sexo, quiero quedármela para olerla el resto del día.

—Llevo falda, ¿lo has olvidado? ¿Y si alguien me ve así?

—Ya casi hemos terminado. —Le guiño un ojo. —Tranquila, soy el jefe, nena.

Le doy una sonrisa traviesa, ella me la devuelve con otra, un poco desconcertada.

—Me has llamado para trabajar, ¿verdad? —exige.

—Sí, quiero que leas este informe, me gustaría tener una opinión personal. —Tomo la carpeta de documentos y se la entrego. —Es algo que estoy considerando en el plan de reestructuración del grupo, pero he notado una debilidad en dos aspectos y quería escucharte...

Antes de terminar mi discurso, Marina entra como un huracán en mi oficina, interrumpiéndonos, parecía enfadada, se detiene justo delante de nosotros y gesticula nerviosamente.

—Héctor, ¿qué es eso de una novia? La abuela me acaba de decir que le has presentado a una chica —exige, nerviosa.

Capítulo 23

Alysson

¡Mierda! ¿Cómo una novia?

Estaba tan nerviosa como Marina, que, hasta entonces, no parecía haberse dado cuenta de que yo estaba allí. No sabía dónde meter la cara. ¿Cómo le había presentado una novia a su abuela? ¿Y nosotros? Creía que teníamos una aventura exclusiva. Mi corazón no parece caber en mi pecho, late de manera salvaje y rápido. Intento contener mi rabia para no dejar que se vean mis ganas de volar hacia su cuello.

—Sí, Héctor, ¿qué es eso de una novia? —comenté, con desdén.

Justo en ese momento Marina me mira y se acerca a mí.

—¿Lo puedes creer, amiga mía? ¡Le ha presentado una mujer a la abuela y no me ha dicho nada! —Hace un gesto nervioso y vuelve a encararse con él. —Creí que sería la primera en saberlo, Héctor.

Héctor se levanta de la silla y se muestra tranquilo, incluso demasiado para mi gusto.

—Marina, escucha, estoy en medio de una reunión de negocios con Alysson, ¿podemos hablar de esto más tarde? —sugirió Héctor, serio.

Levanto la mirada, enfadada y casi sin poder contener la rabia que se apodera de mí, casi le exijo respuestas y pongo todo en juego.

—Por mí no, puedes seguir —replico, cruzo los brazos contra el pecho y me reclino en el sillón, balanceando la pierna con impaciencia.

Héctor nota mi repentino cambio de humor, porque sabe por qué. Me mira seriamente durante unos minutos, como si quisiera decir algo. Si supiera que quiero darle una paliza, no estaría tan tranquilo.

—Bien, ¿de verdad quieres saberlo, Marina? —responde, pero sin dejar de mirarme.

—Por supuesto, Héctor. Si la has llevado a conocer a nuestra abuela es porque es un asunto serio, que yo sepa nunca lo habías hecho.

Respira hondo y vuelve a mirar a Marina.

—Le prometí a Nair que cuando conociera a alguien especial, ella sería la primera en conocer a esa persona. Así que fui a Campos do Jordão un fin de semana para presentarle a mi novia. Hablamos, comimos un pastel de naranja y volvimos, ¡eso fue todo!

Solo entonces presté atención a la conversación, cuando Héctor hizo hincapié en "Nair", "Campos de Jordão" y "pastel de naranja". ¿Soy su novia? ¡Mierda!

Debo estar avergonzada. ¿Cómo no me di cuenta antes? Estaba tan nerviosa por la

forma en que Marina entró aquí que ni siquiera pensé que estaba hablando de mí. ¿Cómo iba a imaginar que Nair es la abuela de los dos?

Todavía un poco confusa, me quedé en silencio observando a los dos, solo que mucho más nerviosa que antes.

—Ok, eso se perdona, después de todo, ella es la matriarca de la familia. Muy bien, pero ahora ¿cuándo voy a conocer a tu novia? ¿Preparamos una cita doble? Teo y yo, ¿tú y ella? —sugiere Marina.

Héctor me mira, un silencio tenso se cierne sobre nosotros, era como si estuviera esperando a que yo le respondiera. Abre la boca para hablar, pero antes de que diga algo comprometedor, me adelanto.

—¿Por qué no la invitas al cumpleaños de tu padre, Marina? —sugiero, por fin.

—Es una idea estupenda, Alysson. Será la ocasión perfecta, toda la familia estará junta. —Ella me mira y sonríe maravillosamente. —Eres perfecta, Alysson, gracias.

Héctor me mira y esboza una leve sonrisa, pero no consigo descifrar si está satisfecho con mi sugerencia o incluso si entiende por qué la he propuesto. Vuelve a mirar a Marina.

—Bien, Marina, la llevaré al cumpleaños de Santiago —confirma Héctor.

—No lo puedo creer. Va a venir la abuela, ¿sabes? —pregunta, eufórica.

—No, mi visita a ella fue rápida, ni siquiera tuve tiempo de hablar de ello.

—Seguro que te has ido a disfrutar de la ciudad con tu novia, ¿verdad? —sugirió Marina, riendo.

Me quedé callado y así permanecí. Me sentí mal por mentir a Marina y peor aún por pensar que la novia de Héctor era otra persona y no yo. En fin, intercambian unas palabras más y luego Héctor acompaña a Marina hasta la puerta. Solo entonces, puedo respirar con regularidad cuando por fin sale de la habitación.

—Maldita sea. —Suspiro. —Toda esta situación es demasiado...

Héctor vuelve, se acerca a mí, pero no tanto.

—¿Oportuna? —sugiere, completando mi discurso.

—No, embarazosa. ¿Qué hacemos ahora? ¿Qué le voy a decir a Marina?

—La verdad, Alysson, te sugiero que lo hagas antes de la fiesta, ya que fue tu idea ir como mi invitada —comenta, sonriendo.

—Sugerí la fiesta de Santiago para ganar tiempo, porque fue lo primero que se me ocurrió. Hasta entonces hablaré con Marina, aunque me odie por ello, pero tengo que decirle la verdad, me siento fatal por ello.

—Estás sufriendo por anticipado, ya te dije que a ella le va a encantar.

Héctor tira de mí para abrazarme, con una sonrisa cínica.

—¡Maldita sea! ¿Cómo iba a imaginarme que Nair era abuela de ustedes? No me dijiste

nada. Estuve a punto de darte un puñetazo en la cara, queriendo saber qué clase de novia era.

—¿Que? ¿De verdad creías que Marina se refería a otra mujer? —pregunta él, juguetón.

—Pues claro. Hasta donde yo sé, solo hicimos una visita a una simpática señora, no sabía que era una presentación como tu novia y mucho menos que Nair era tu abuela. —Le doy un puñetazo en el pecho, no para de reírse de mí. —Y que yo sepa, tenemos una aventura, nunca hemos dicho nada de salir.

—No lo hacemos, pero actuamos como si lo estuviéramos, así que lo estamos.

Me roba un beso rápido.

—No, no, no le has pedido a mi padre salir conmigo —bromeo.

Héctor me deja y va a su escritorio, toma el móvil y mira la pantalla, luego a mí.

—No será por eso, se lo pregunto ahora mismo.

—¿Qué? ¿Qué crees que estás haciendo? —Corro hacia él, nerviosa, e intento quitarle el teléfono de la mano. —Para, Héctor, ni se te ocurra hacer eso, ¿estás loco?

Se detiene, me agarra por la cintura, impidiéndome tomar el teléfono mientras se ríe cínicamente. Me detengo, jadeante, él sigue sujetándome, inmovilizándome.

—Tienes razón, primero tengo que declararme, luego hablaré con el suegro. —Vuelve a dejar el móvil sobre la mesa. —Alysson, ¿quieres ser mi novia?

Nunca pensé que una petición tan simple se convertiría en algo tan importante para mí. Mis labios forman una sonrisa de inmediato, tengo ganas de contestar, sin embargo, contengo la expresión de alegría y finjo pensar.

—Lo pensaré un rato, te responderé más tarde, creo que una pregunta así merece una respuesta adecuada —digo y deslizo las manos por su barbilla.

—Está bien, esperaré. ¿Debo vestirme con el personaje?

—La ropa es lo de menos, amor —le digo y le doy un beso rápido.

Me doy la vuelta para irme, Héctor me da una palmada rápida en el culo.

—¡Hermosa!

Grito, sorprendida por la bofetada, sigo caminando e intento mostrarme sexy. Recojo los documentos que me ha pedido y salgo de la oficina.

—Nos vemos en mi departamento a las siete —le digo, concertando una cita, toda exigente.

—¿No quieres que te lleve? —me pregunta.

Niego con la cabeza y salgo de su despacho sin mirar hacia atrás. Me apresuro a volver a mi oficina, eran casi las seis de la tarde, recojo mis cosas a toda prisa, necesito correr para organizar nuestra noche especial. Pido un taxi, por suerte fue rápido, llego en menos de diez minutos a mi departamento.

Subo corriendo, voy directo a la ducha, uso mi mejor aceite de baño, elijo una lencería

nueva. Me pongo un vestido sencillo, justo para recibir el pedido que hice de una pasta especial para nuestra cena, era de un restaurante elegante, que sé que le encanta. Mientras espero, ordeno la mesa. Elijo unas velas aromáticas, coloco la vajilla y los cubiertos, decoro con flores naturales y ¡listo! Todo está perfecto.

Vuelvo al dormitorio, me maquillo y me pinto los labios sobre todo de rojo. Oigo sonar el timbre y corro a contestar. Es nuestra cena. Recibo todo rápidamente, organizo las bolsas en la mesa de la cena, dejo todo listo y vuelvo para terminar de arreglarme, llevando solo una bata de seda, a juego con la lencería.

Dos minutos antes de las siete de la tarde, vuelvo a la sala, apenas enciendo las velas y oigo que llaman a la puerta, ¡es él! Mi corazón se acelera, respiro hondo e intento contener mi nerviosismo. Abro la puerta, intentando ser lo más sensual posible, cuando mis ojos se cruzan con los de Héctor, siento un pequeño escalofrío en el estómago de expectación, me tiemblan las piernas.

Llevaba puesta solo una bata oscura, estaba descalzo, su cabello estaba ordenado y olía divino, lo cual era posible oler desde donde estaba parado. Lo miro de pies a cabeza, la visión de su abultada erección, marcando la bata hizo que me relamiera. Entendió exactamente lo que quería, vino tan escasamente vestido como esperaba. Todavía en estado de shock, mirándolo, un calor recorriendo mi cuerpo, ni siquiera pude reaccionar inmediatamente.

—¿Puedo entrar? —pregunta, rompiendo mi fascinación.

—Ah, ¡por supuesto! Estaba tan impresionada que hasta se me había olvidado...

Héctor ríe, trayendo consigo una botella de champán.

—Algo especial para una noche especial. —Levanta la botella y la coloca sobre la mesa. —Es la misma que derramaste el otro día, pero esta vez me aseguraré de que no la derrames por todas partes.

—¡Ay, caramba! —Hice un mohín. —Me encantó empaparte de champán.

Héctor me atrae para darme un largo beso y me mancha todo el carmín.

—Me encanta quitarte el pintalabios rojo —me murmura al oído.

—El nuestro, amor. Nuestro pintalabios rojo. —Acaricio su amplia barbilla, con la barba recién recortada. —Pido su pasta favorita, el plan era que primero comiéramos algo y luego disfrutáramos.

Héctor mira a su alrededor, fijándose en la mesa ordenada. Le echo los brazos al cuello, esperando su respuesta.

—Gracias por eso, cariño, pero prefiero invertir el orden de las cosas. —Me besa la boca, me muerde el labio inferior y tira ligeramente de él. —Primero quiero el postre.

—Creía que primero querías una respuesta —le digo, burlándome de él.

Héctor abre una amplia sonrisa, tan hermosa y cínica que hace que mi corazón lata más

deprisa, al igual que el calor entre mis piernas.

—¿Tengo que repetir la pregunta? —pregunta, provocativo.

—No, solo busca la respuesta.

Me lanza una mirada confusa, me aparto de él, doy media vuelta y vuelvo a pararme frente a él, imaginando que había entendido mi propuesta. Héctor vuelve a abrazarme.

—Me encantará encontrar la respuesta.

Me quedo quieta en medio de la habitación, él desabrocha lentamente el encaje de mi bata, retira una manga tras otra, deposita cálidos besos mientras desliza la tela de seda por mis hombros. Mi piel se estremece, gimo suavemente al sentir sus cálidas manos tocándome.

—Jodidamente hermosa. Me encanta tu cuerpo, nena.

Héctor se da la vuelta, se coloca detrás de mí, me aparta el pelo y me besa el cuello. Termina de quitarme la bata, dejándola caer a mis pies. Jadeo cuando vuelvo a sentir su aliento cerca de mi nuca, me besa despacio, yendo poco a poco hasta el cierre de mi sujetador, abriéndolo, luego sigue bajando y provocándome con besos, suaves mordiscos y lametones hasta mi culo, cuando llega a él, lo abofetea con fuerza.

—¡Demasiado sexy!

De nuevo frente a mí, me sujeta los hombros, desliza los tirantes de mi sujetador suavemente, me lo quita y lo tira.

—Estoy disfrutando del juego, pero no puedo esperar mi respuesta.

Me río, pero no digo lo que él desea oír, sino que lo animo:

—Está muy cerca, sigue.

Me besa la boca, desliza las manos por mi cuerpo, se quita la bata, estaba completamente desnudo, como sospechaba. Su pronta erección llama mi atención, me quedo mirándola unos instantes, relamiéndome los labios con deseo. Héctor sonrío al darse cuenta de que lo deseo.

Vuelve a mi cuerpo, manosea, mira atentamente, besa mis pechos, arrancándome un ronco gemido. No se detiene, se arrodilla ante mí, sujeta el lateral de mis bragas y las desliza hacia abajo poco a poco, de repente se detiene. Encuentra lo que buscaba, lo miro, sonrío como un tonto, tiene un brillo increíble en los ojos, a mí también me emociona.

La respuesta que buscaba estaba escrita con carmín rojo en mi monte de Venus. Solo las dos letritas necesarias: sí.

—¿Es esa mi respuesta? —pregunta con una sonrisa de satisfacción.

—Sí —digo categóricamente.

Héctor termina de quitarme las bragas con cuidado. Se levanta y me besa en la boca, un beso caliente que me deja sin aliento.

—Tengo algo más que darte —interrumpo, jadeante.

Me dirijo a la mesa del comedor y recojo una cajita que había sobre la mesa. Se la entrego, y él me mira confuso.

—¿Un regalo? —pregunta, mirándome divertido.

Abre la cajita, curioso, y cuando saca el objeto, se sorprende, pero por la expresión de su cara, sé que le gusta.

—Creo que ya es hora de que tú también tengas la llave de mi departamento, después de todo, ahora eres mi novio.

Sin decir nada, me estrecha en sus brazos y me vuelve a besar.

—Me está gustando mucho esto de salir, nena.

—A mí también, amor.

Héctor me pone en su regazo y me besa y me lleva al dormitorio, era nuestra primera noche oficialmente como novios. Fue maravilloso, nos amamos, cenamos, bebimos champán y terminamos la noche viendo una película juntos en la cama.

En las dos últimas semanas estaba tan feliz y radiante que hasta Marina se había dado cuenta de mi repentino cambio de humor. La noticia de la misteriosa novia de Héctor ya era conocida por su familia, todos lo sabían y estaban deseando conocer a esa novia, y eso no hace más que angustiarme.

Quiero contárselo yo misma a Marina, pero aún tengo miedo, porque no tengo ni idea de cómo hacerlo, y mucho menos de cómo reaccionará. Además de que tengo miedo de cómo me recibirá su familia al enterarse de que soy la novia de Héctor y ya no una empleada.

En el trabajo intentábamos disimular y evitar estar mucho tiempo solos, yo intentaba ser profesional, pero Héctor no es muy colaborador, siempre repite la misma consigna: ¡Tranquila, que soy el jefe, nena!

Con mi último sueldo conseguí hacer un buen anticipo para la financiación de un coche, un modelo modesto, pero que ya me ha servido de mucho. Ahora puedo visitar a Alex más a menudo y ayudar con el Grandote de vez en cuando.

Estaba terminando de revisar dos propuestas de negocio, era casi la hora de comer. Estaba ansiosa, Héctor volvería hoy de Cuiabá, almorzaríamos juntos, al menos era la intención y nuestro acuerdo.

—Disculpa, Alysson. —Vani abre la puerta, pero no entra. —Ya voy a almorzar, ¿puedo traerte algo?

—No, Vani, muchas gracias, tengo un almuerzo de negocios dentro de un rato —contesto.

Mis labios forman una sonrisa automática, esto siempre ocurre cuando el tema es Héctor.

—¿Necesitas que te acompañe? —pregunta, servicial.

Me río, porque lo que menos deseo ahora es la ayuda de mi asistente durante el almuerzo.

—No, será breve, puedes ir a comer tranquila.

—De acuerdo, gracias, Alysson. Nos vemos en un rato.

—Nos vemos en un rato, Vani.

Vani era muy servicial y ágil, me ayudaba mucho con los contratos, informes, carpetas, en fin, siempre era muy útil y me acompañaba de vez en cuando en algunas reuniones con clientes.

Mi móvil vibra, era una notificación de un mensaje de Héctor, con una única instrucción: "En el restaurante en quince minutos".

Mi corazón late más rápido cuando leo algo de él. Lo echaba de menos, por supuesto, loca por volver a verlo, hasta tal punto que ni siquiera me importó su orden explícita y autoritaria, al contrario, me limité a levantarme, echarme perfume, retocarme el maquillaje y por supuesto, aproveché para aplicarme nuestro pintalabios rojo, siempre llevo uno en el bolso, para usarlo con él.

Al entrar en el restaurante, miro en mi móvil, tardé trece minutos en llegar. Por suerte estaba a unas manzanas del banco. Era un restaurante nuevo que habíamos descubierto hacía poco, la comida estaba buenísima, era menos concurrido y lujoso, pero tenía la intimidad que necesitábamos.

Mi corazón se acelera al verlo en nuestra mesa favorita, justo al fondo del restaurante, lejos de todas las demás, detrás de un acuario gigante. Esto nos garantizaba aún más intimidad. Estaba guapísimo como siempre, me localiza en cuanto entro en el establecimiento, viene hacia mí con esa sonrisa cínica que he aprendido a apreciar y que todavía hace que se me dispare el corazón.

—Hola, cariño.

Ni siquiera tuve tiempo de contestar, sus labios se acercaron inmediatamente a los míos en un beso apasionado y tierno.

—Yo también te he echado de menos. —Recuesto rápidamente la cabeza sobre su pecho, aspirando su perfume. —Aún no he cancelado mis citas de la tarde, pero creo que puedo hacerlo.

Héctor me aparta rápidamente para mirarme, su semblante cínico deja clara la respuesta.

—Creo que no necesito responder.

Me limpia el carmín de los labios y yo hago lo mismo con los suyos. Me acerca a la

mesa y nos sentamos uno al lado del otro. Intercambiamos algunos besos más, sin preocuparnos de nada ni de nadie.

—Creo que será mejor que pidamos pronto —sugiero.

—No tengo prisa —bromea y guiña un ojo provocativamente.

—Yo sí, ya te he dicho que aún no he cancelado mi agenda.

—Tranquila, nena...

—¡Ya sé! —Coloco mi dedo índice sobre sus labios para silenciarlo. —Incluso me he aprendido de memoria su eslogan, ¡relájate, soy el jefe, nena! —imito su forma de hablar.

Héctor se ríe de mi imitación y me da otro beso. Nunca pensé que echaría tanto de menos a alguien como a él.

—Estoy loco por demostrarte lo caliente que estoy —me murmura al oído.

—Oh, me imagino y yo también me muero por verlo.

Me río, un nuevo beso y luego otro. Hasta que oímos a alguien aclararse la garganta al acercarse a nuestra mesa. Imagino que era el camarero, me giro para saludarlo y casi me caigo de bruces al ver quién estaba delante de nosotros.

Me levanto sobresaltada, tratando de encontrar las palabras adecuadas, pero parece que no voy a ser capaz de encontrarlas.

—Lo siento, Héctor y yo... nosotros... quería decirte...

Capítulo 24

Alysson

No puedo hablar más, miro a Héctor, que parecía contento con su presencia, lo cual, en vez de tranquilizarme, tuvo el efecto contrario. Me apretó la mano, me atrajo a su lado, con un acto de protección tan dulce y acogedor, que me hizo tranquilizar un poco.

—Todo va bien —me murmuró al oído.

¿Cómo que todo va bien? Estoy a punto de tener un síncope.

Ni siquiera tuve el valor de mirar a la cara a María Rita, que seguía de pie frente a nosotros, me quedé mirando al suelo, no sé si por miedo o por vergüenza. Creo que un poco de ambas cosas.

—Siéntate, madre, por favor —pidió Héctor con dulzura.

Ella se sentó, luego hicimos lo mismo, Héctor puso su mano en mi pierna, hermosa y tan tranquila, que me dio miedo.

—Alysson, invité a mi madre a comer con nosotros, porque me gustaría que conociera a mi novia antes de que el resto de la familia.

Solo entonces tuve el valor de mirarla. Tragué saliva, juro que esperaba que se enfadara, se disgustara o lo que fuera. Pero ver su cara de felicidad al vernos juntos me hizo sentir un poco más tranquila.

—María Rita, no quiero que pienses que... —intento justificarme.

—No, Alysson, por favor, no hace falta que me des explicaciones. Ya lo sé todo, Héctor me lo contó, y no sabes cuánto me alegro por ustedes —interrumpió ella.

Parecía realmente feliz o aliviada, ¿quizás? No pude descifrarlo en aquel momento. Pero siento un gran alivio, miro a Héctor, que me aprieta la mano con fuerza y me guiña un ojo travieso.

—Te agradezco la invitación —dice María Rita, con una amplia sonrisa.

—Alysson, yo también he invitado a mi madre por otro motivo —dice Héctor y me mira serio. —Quiero que la escuches.

Miro a María Rita, que sonríe maravillosamente, pude ver en esa sonrisa que era felicidad. Sí, estaba contenta de vernos juntos.

—Alysson, querida, creo que conoces un poco el pasado de Héctor, imagino que sabes de su relación con Paola. —Asiento con la cabeza. —Bueno, ella ha regresado recientemente a Brasil, aunque es mi hijastra, no puedo omitir su carácter dudoso...

—Mi madre está siendo educada para no decir la verdad sobre ella —interrumpe Héctor.

—Sí, la estoy ablandando para no arruinar el almuerzo. En fin, como decía, desde que Héctor y Paola rompieron no lo había visto tan feliz como ahora. Para ser honesta, ni siquiera puedo decir si fue feliz con ella alguna vez, su relación siempre fue tan tumultuosa y después de que ella...

—Mamá, no estropeemos el almuerzo, ¿recuerdas? —interrumpe Héctor.

Sentí que iba a decirme algo que aún no sé. Casi me corroe la curiosidad, intento seguir prestando atención.

—Es verdad. Volviendo al tema, quiero decirles que no tengan miedo de asumir esta relación, nadie se va a oponer a ustedes dos, ya lo ven. —Maria Rita señala a Héctor. —Mira la cara de ese chico, mira esos ojitos brillantes, como los tuyos, está claro que están enamorados y son felices, y yo aún más, Alysson.

—No exageres, mamá —protesta Héctor, riendo.

Lo miro, su sonrisa y su mirada confirman las palabras de Maria Rita. Suspiro, feliz de saber que Héctor siente lo mismo que yo.

El camarero se acerca a nosotros y nos trae el menú, toma nota de nuestro pedido y vuelve a dejarnos solos.

—María Rita, estaba muy preocupada por lo que tú y Santiago pudieran pensar de nosotros.

—No veo ninguna razón, Alysson, estás haciendo feliz a mi hijo, ¿cómo podría no aprobarte?

—Ya se lo he dicho —dice Héctor.

—Confieso que ahora estoy mucho más aliviada, pero falta Marina —confirmo.

—Ay, cariño, estoy casi segura de que Marina se alegrará tanto como yo, créeme, la conozco bien.

Respiro, tan aliviada que no sé cómo decirlo.

—Marina y yo nos hemos hecho tan buenas amigas que no quería arruinar nuestra amistad.

—Alysson, ustedes dos están enamorados, no veo ninguna razón para preocuparse. Sé que Marina y tú se han hecho grandes amigas, igual que lo que está pasando entre Héctor y tú es algo real y bonito, así que estoy segura de que ella se alegrará mucho por los dos.

—Me siento un poco más tranquila cuando oigo eso, Maria Rita. Quiero contárselo a Marina cuanto antes.

—No ocultes nada a nadie, te mereces toda esta felicidad. Es obvio para los dos que hay algo real entre ustedes.

Sin palabras, miro a Héctor, que me mira feliz e intercambiamos un rápido beso. No sé cómo expresar el alivio que siento después de mi conversación con Maria Rita. Ella tiene razón,

mi amistad con Marina es verdadera, así como mis sentimientos por Héctor. Lo entenderá, y ya empiezo a creer que le encantará tenerme como cuñada.

Días después...

Tres días antes del cumpleaños de Santiago, invito a Marina a cenar, quiero contárselo todo, en una conversación personal, las dos solas. Elijo un bonito restaurante, con un pequeño bar relajado. Llego temprano, antes de la hora acordada. Ella me dice que llegará un poco tarde, pero que ya está de camino.

Pido una copa, intentando mantener la calma, estoy casi convencida de que a ella le encantará la novedad, solo que no me gusta la idea de haber omitido nuestra relación durante tanto tiempo. La conversación con María Rita me ha ayudado mucho, aparte de que Héctor me ha dicho insistentemente que le encantará, lo que me ha dado más valor para decírselo.

Poco después la veo entrar en el bar, linda y radiante como siempre. Me levanto y voy a su encuentro. Nos damos un rápido abrazo.

—¡Marina, querida!

—Aly, echo de menos quedar contigo para hablar de tonterías.

—Yo también te echo de menos. —La tomo de la mano. —Sentémonos, tenemos que ponernos al día.

—¡Claro que sí! Tengo algo que contarte —declara Marina, emocionada.

Nos sentamos y pedimos dos tequilas. Rápidamente el camarero trae o nuestros pedidos. Empezamos a hablar de temas al azar, teníamos mucha afinidad y me encantaba su compañía. Pedimos más tequilas y la conversación continuó muy bien, después de unas buenas risas, decido que ya era hora. Doy el último sorbo a mi bebida y respiro largamente para armarme de valor.

—Marina, quería decirte algo muy importante, esta es una de las razones por las que te invité a salir hoy.

—Vaya, Aly, parece que estás a punto de darme una noticia trágica —protesta, riendo.

Me río con ella, intentando disimular mi nerviosismo.

—No es nada trágico, bueno, al menos no lo creo.

—Vale, pero antes tengo que contarte algo muy importante. —Acerca un poco su silla a la mía, como si quisiera confiarme un secreto. —He invitado a alguien a nuestra reunión de hoy.

Me quedo quieta y la miro, confusa.

—¿Cómo? —pregunto, sorprendida.

—Quiero que conozcas a un hombre estupendo y, si sale bien, ¡tendrás la misma suegra

que yo! ¿No es genial? Seremos familia.

Me quedé tan sorprendida que ni siquiera pude reaccionar o defenderme, de repente se levanta y saluda a alguien con la mano, toda emocionada. Veo que un hombre desconocido se acerca a nuestra mesa. Era un tipo alto y apuesto, que se parecía mucho a Teo, el prometido de Marina.

Me levanto por educación, Marina lo saluda y luego me mira.

—Alysson, este es Cristian, el hermano de Teo, recién llegado de Alemania, soltero y en la pista.

Casi me muero de vergüenza, tenía ganas de matar a Marina. Le tiendo la mano a Cristian, que, a pesar de reírse de su broma sobre la soltería, hace ademán de besarme la mano todo galante.

¡Mierda! Esto no es lo que había planeado para hoy, necesito urgente decirle la verdad.

—Mucho gusto, Alysson, soy Cristian, a tus órdenes.

Ni siquiera puedo contestar, sonrío, tan apagada y nerviosa que apuesto a que se ha dado cuenta.

—Hechas las presentaciones, gente, vamos a sentarnos. —Nos sentamos, Marina saluda al camarero. —Estamos bebiendo tequila, ¿nos acompañas, Cristian?

—Está bien —responde, sin apartar los ojos de mí.

Marina parece feliz por el logro, se siente como Cupido en persona, se nota en sus actos. De repente se levanta, alegando que tiene que atender una llamada de Teo, pero estoy casi segura de que era una excusa para dejarme a solas con mi pretendiente.

—Marina está un poco loca, pero es buena —comenta Cristian, en cuanto se aleja de nosotros.

—Ya lo sé. Lo siento, Cristian.

—No hace falta que te disculpes, Alysson, aunque Marina me ha hablado mucho de ti, dejando clara su intención, no estoy aquí obligado, créeme.

Cristian toma un sorbo de tequila y sigue mirándome.

Madre mía. Voy a matar a Marina. Respiro hondo, intentando no ser grosera, porque él estaba siendo amable.

—Cristian, perdona, pero no estoy en la pista, como dice Marina. —Me río con sorna. —Tengo novio.

—Para ser mi mejor amiga, Marina es bastante despistada —bromea.

—Así que nuestro encuentro de hoy era para hablar de eso, pero le encantan las sorpresas, e incluso antes de que le dijera lo que quería, te llamó.

—Está bien, Alysson. Al menos conocí a alguien interesante.

No supe qué decir, me sonrojé. La situación era demasiado embarazosa. Respiro hondo,

bebo el resto del tequila. Creo que será mejor que me vaya en cuanto vuelva Marina, parece que hoy no le voy a contar la verdad.

El ambiente es incómodo durante unos minutos, un silencio ensordecedor entre dos desconocidos con poca afinidad, hasta que él se anticipa y decide decir algo.

—¿Marina y tú trabajan juntas?

—Sí, yo...

Antes de que termine de hablar, veo entrar a Héctor, me mira con cara poco amistosa, lo acompañan Marina y Teo. No puedo apartar la mirada de él, a medida que se acerca, mi corazón se acelera, me doy cuenta de que está furioso, me levanto para darles la bienvenida, me tiemblan las piernas, pero me mantengo firme.

—¡Buenas noches a todos! —saluda Teo al acercarse a la mesa.

—Buenas noches, Teo. —Miro a mi novio. —Héctor...

—¡Vamos a sentarnos, gente! La idea era hacer una reunión de parejas, ¿no? Pero Héctor estará aquí sosteniendo una vela, ya que insistió en quedarse con nosotros —dice Marina.

—No creo que sea yo quien vaya a estar aquí aguantando una vela, Marina —responde Héctor, con dureza.

Mierda.

Tiene la mandíbula apretada, la mirada impasible, el semblante completamente cerrado. Héctor permanece de pie, igual que yo, no nos sentamos como los demás. Ambos nos miramos fijamente, como adversarios a punto de batirse en duelo.

—No es una reunión de parejas, Aly tiene novio —comenta Cristian y parece un poco decepcionado.

—¿Aly? ¿Ya están íntimos así? —se mofa Héctor.

Mi corazón se acelera aún más, Héctor fulmina con la mirada a Cristian.

—Marina habla tanto de Aly que me he acostumbrado —se justifica Cristian, un poco avergonzado.

—Siéntense, chicos, ¡vamos a celebrar nuestra amistad! —invita Teo.

No puedo ni reaccionar, la mirada borrosa de Héctor me hipnotiza, es evidente que está muy enfadado. Quiero asumir lo que hay entre nosotros, decirle a las cuatro esquinas que estamos juntos, pero quiero que Marina lo sepa primero de mi boca, en una conversación solo nosotras dos.

—Lo siento, chicos, tengo que irme, mi hermano necesita apoyo en el bar —digo y me giro para tomar mi bolso.

—Oh, no, Aly, quédate, por favor —me pide Marina.

—Quédate, Aly, por qué no nos hablas de tu novio —rebate Héctor, claramente enfadado.

Rara vez me llama Aly, creo que ni siquiera lo ha hecho nunca. Estoy demasiado nerviosa para pensar, pero estoy segura de que si me quedo aquí las cosas irán mucho peor.

—Esto es un asunto privado, Héctor —le digo, encarándome con él.

Tomo mi bolso, me encojo de hombros y me voy sin mirar atrás. Todavía puedo oír a Marina quejándose a Héctor antes de abandonar el lugar.

—Hoy no tenías nada que hacer aquí, Héctor. Cada vez que apareces Aly se pone así, toda nerviosa. Eres un imbécil, no sé cómo te aguanta.

—Tú no sabes nada, Marina —responde, cambiando un poco la voz.

Vuelvo a casa disgustada. No quería estropearlo todo. Mis planes eran decir la verdad. Ni siquiera miro el móvil; tenía la cabeza caliente y sería peor no decir tonterías.

Tras una larga y relajante ducha, me dirijo a la cocina. Caliento un vaso de leche y cuando me giro hacia la puerta de acceso a la cocina, Héctor está de pie frente a ella, serio, mirándome fijamente con una mirada penetrante e indescifrable.

—¿Llevas mucho tiempo aquí? —pregunto, escudriñando el terreno.

—Bastante tiempo —responde, con voz grave.

Cruza los brazos contra el pecho, se apoya en la pared y permanece inmóvil.

—No me atreví a contarle a Marina lo nuestro.

Tomo un sorbo de leche.

—¿No pudiste o no quisiste decírselo porque querías conocer a su amiguito? —dice, modulando la voz para no mostrar su furia.

Cierro los ojos, respirando hondo, porque no quería pelear.

—Claro que no, ni siquiera alcancé a hablar de nosotros dos. Ella ya estaba diciendo que tenía a alguien que quería presentarme. Me tomó por sorpresa —digo, intentando mantener la compostura.

—Tuviste una gran oportunidad de presentarme delante de todos, pero no lo hiciste. ¿Cómo crees que me siento?

Dejo caer el vaso de leche sobre la mesada y camino hacia él, intentando acercarme, pero no lo suficiente, no sé cómo reaccionará a mi tacto.

—Héctor... lo único que más deseo es poder asumir lo que siento por ti, créeme. Sin embargo, ustedes dos son muy importantes para mí. Ella me hizo prometer que no me involucraría contigo, ¿de acuerdo? Por eso me siento tan mal con todo esto, siento que traicione su confianza.

—Ella también me dio esta advertencia...

—No quiero perder su amor y mucho menos la amistad de Marina.

Veo, por primera vez desde que llegó, un tímido rastro de sonrisa en sus labios.

—¿Amor? —dice, serio, pero con el semblante algo más ligero.

Clava sus ojos en los míos, como exigiendo una explicación más completa de mi frase.

—Sí, Héctor Brandão, mi novio, tu amor es muy importante para mí. Es lo que me hace suspirar despierta por las esquinas, tener una inesperada explosión de felicidad a lo largo de mis días cuando llegan tus mensajes, aunque la mayoría de ellos sean muy traviesos, pero aun así me hacen feliz. —Me acerco, le rodeo el cuello con mis brazos. —Perdona si no lo dejé claro hoy en el restaurante... y te juro que no sabía de la presencia de Cristian. Solo invité a Marina.

—Sé que no lo hiciste, escuché su conversación después de que te fueras —responde, pone sus manos en mi cintura, acercando nuestros cuerpos, ya un poco más calmado.

Siento un escalofrío en el estómago con la proximidad.

—Prometo que le contaré todo antes de la fiesta de Santiago. Porque quiero caminar por una alfombra roja del brazo contigo, mi novio.

Tomo la iniciativa y beso sus labios rápidamente. Veo una hermosa sonrisa en ellos cuando me separo. Como si me hubieran quitado un peso de encima, respiro feliz y aliviada al verlo más tranquilo, porque lo único que menos quería hoy era pelearme con él.

—Eso espero, Alysson. Estoy cansado de ocultar lo que tenemos. Sé lo mucho que le gusta a Marina atacar a Cupido, y no me va a gustar nada verla empujándote a un montón de tontos.

—¿Eso son celos, Héctor? —pregunto, riendo.

Se ríe, un poco escéptico, como si quisiera disimular lo que tiene en la cara.

—No es eso...

—Afréntalo, Héctor —le exijo, interrumpiéndolo juguetonamente.

—Es que no quiero que nadie te cante ni te llame Aly.

—¡Celos! —repito, sonriendo.

—No, claro que no, cariño.

—Celos descarados, apodérate de mí para siempre, Héctor. Puedo empezar, tengo celos de ti, es normal sentir celos cuando estamos enamorados de alguien.

No me doy cuenta de lo que digo, el semblante de Héctor cambia de repente. Vuelve su sonrisa cabrona y la mirada descarada que tanto me gusta.

—¿Qué has dicho, cariño?

—Que te tengo envidia.

—No, un poco después.

Es inútil negar lo que tienes delante de las narices. Respiro hondo, lo miro con serenidad y asumo la verdad que encierra mi corazón:

—Estoy enamorada de ti, Héctor.

Mi respuesta vino, a priori, en gestos:

¡Qué sonrisa!

¡Qué brillo en sus ojos!

Valió la pena cada palabra pronunciada. Me besa, un beso largo y ardiente. Enreda sus manos en mi pelo, desliza su boca por mi cuello y me susurra al oído:

—Yo también estoy enamorado de ti, cariño.

Fue el bálsamo que necesitaba mi corazón, me relajé en los brazos de mi novio y solo me marché al día siguiente.

Capítulo 25

Héctor

Vuelvo poco después de comer a São Paulo, deseando que llegue el gran día. Mañana es el cumpleaños de Santiago, estaré del brazo de Alysson públicamente, por fin. Pero mi ansiedad no reside solo en eso. El tercer mes del informe de las actividades realizadas por Alysson está listo, y con números aún mejores que los anteriores. No veo la hora de terminar definitivamente con esta apuesta y ver la cara de Paola asumiendo la derrota.

Llego al banco muy rápido, voy directo a mi oficina, para mi desgracia, la primera cara que veo es la de Paola, sentada en el sillón frente a mi escritorio, parece impaciente, como si me estuviera esperando desde hace mucho tiempo.

—No te he autorizado a entrar en mi despacho, ¿qué haces aquí?

—Soy la hija del dueño, puedo entrar donde y cuando quiera, Héctor.

—En mi oficina no, ¿qué quieres aquí, Paola? —exijo, no contento.

—Buenas tardes, Héctor, ¿cómo estás? —pregunta con desprecio, como si quisiera enseñarme buenos modales.

Se levanta y viene hacia mí. Tiro el bolso sobre la mesa, cruzo los brazos contra el pecho y espero, paciente, a que se manifieste.

—No quiero pelear, solo quiero hablar.

—Escúpelo, Paola.

—Sidnei no es bueno.

Me río a carcajadas y vuelvo a encararla.

—¿Y ahora te has enterado? —digo mientras me recupero de la risa.

—No, pero ahora estoy segura de lo que ya sospechaba. He oído de fuentes fiables que Sidnei está negociando la compra de acciones de un banco de inversión y que será nuestro competidor directo.

—¿Y eso qué tiene que ver conmigo, Paola? —pregunto.

—Sospechaba que estaba celoso de ti, pero ahora estoy segura. Y tiene una aventura con tu ayudante.

Inmediatamente se me heló la sangre.

—¿Cómo es? —pregunto y me acerco a ella.

Paola repite lo que ha dicho.

—Los vi a los dos ayer reunidos en su hotel, estaban en el bar, muy animados, por cierto. Cuando me acerqué, cambiaron de tema y Alysson se marchó.

—¡Estás loca! —disparo, cambiando el tono de voz.

Nervioso, no puedo ni contemplar la posibilidad.

—No, en serio, creo que Sidnei quiere ser como tú, está engañando a Alysson igual que hizo conmigo. —Baja la cabeza unos instantes, como si estuviera triste, y luego, cuando vuelve a mirarme, tiene los ojos llorosos. —Lo siento mucho, Héctor.

—Ya es tarde para eso, Paola.

Estoy tan enfadado con lo que insinuó sobre Alysson, aún sin saber cómo proceder, solo intento mantener el control de la situación. Paola se levanta, me toca el hombro.

—Haz algo, despide a Alysson, no permitas que Sidnei vuelva a robarte a tu asistente, actúa antes de que lo haga. Estoy segura de que, si la despides, ya no la querrá, después de todo, eso es lo que me pasó a mí. Solo tuve que apartarme del banco que me dio una patada en el culo.

—Así no se habla, Paola —le advierto.

—Me lo dijo a la cara, yo solo te dije lo que me parecía más tolerable, eso es todo. Me confió sin tapujos que yo era un trofeo, que solo quería alejarme de ti, y que ahora que ya no era tuya, ya no le servía para nada.

La posibilidad hace que me duela el pecho. No puedo imaginar que Alysson fuera capaz de traicionarme tan despiadadamente como lo hizo Paola. Y lo que es peor, con el mismo cabrón. Intento contenerme, al fin y al cabo, podría estar aquí jugando, necesito pruebas.

—No despediré a Alysson, eso es lo que quieres aquí, ¿no? Vomitar tu veneno para que la despida, que nuestro contrato no se cumpla en su totalidad y ganes la apuesta. Sé lo que quieres, Paola.

Me alejo de ella y me dirijo a la puerta.

—No estoy aquí para eso, Héctor, no me importa la apuesta, sé que ya he perdido, lo que de verdad quiero es que creas en mí.

—Perdiste tu oportunidad cuando me dejaste por Sidnei. Por qué no vas por él, ah, se me había olvidado, ya no te quiere, ¿verdad? —me burlo, enfadado.

—Ahora están juntos en una suite presidencial —grito.

—¿Quiénes? —pregunto, pero ya sospecho la respuesta.

—Sidnei y Alysson están juntos ahora. —Saca una tarjeta del bolsillo. —Esta tarjeta es el acceso a la suite en la que están. Todavía tengo una copia, de cuando estábamos juntos, por cierto, es la misma suite en la que me reuní con él.

Se levanta con la tarjeta extendida hacia mí. Me acerco, casi incapaz de caminar, porque tenía tanto miedo de que dijera la verdad que contuve con firmeza las lágrimas de odio.

—¿Cómo lo sabes, Paola? —pregunto y tomo la tarjeta de su mano.

La miro con detenimiento, es demasiada coincidencia como para no creerle. Aunque no me fío de Paola, hay cierta coherencia en todo esto que me asusta.

—De vez en cuando quedo con Sidnei para tener sexo casual. Y hace unos días vi una extraña conversación en su móvil, por casualidad, hice una foto de la conversación, mira aquí. — Saca el teléfono del bolsillo y lo extiende hacia mí. —Quedaron en verse hoy porque Alysson dijo que estaría de descanso, léelo tú mismo.

Estaba muy nervioso, pero conseguí identificar la foto de perfil de Alysson, que está guardada en su teléfono como "Nuevo objetivo". Lo peor de todo, lo que casi me hizo perder los nervios, fue la frase: "Llevaré nuestro pintalabios rojo". Eso me dolió tanto que trago en seco para que Paola no note mi corazón roto y vea las lágrimas que insisten en caer.

Le devuelvo el móvil, todavía muy confuso, pero seguro de que tengo que aclarar toda esta historia.

—Vete, Paola.

—Pensaba que... —Se acerca, intenta tocarme, pero yo me aparto de su contacto. — Pensé que entre los dos podríamos darles el cambiazo. Ahora sé que no es nada agradable ser traicionado o abandonado por otro.

—No seré parte de eso, Paola, tú encárgate de él.

—Pero Héctor, está haciendo esto para llegar a ti, ¿no lo ves? Quiere todo lo que es tuyo.

—Vete de aquí, Paola —grito, impaciente.

Se va, resoplando de rabia, probablemente esperando que me vaya de aquí del brazo con ella. Doy un portazo y respiro hondo. No puedo pensar con claridad, me duele demasiado pensar que la historia pueda estar repitiéndose.

Tomo el móvil y llamo a Alysson, no contesta. Miro nuestros últimos mensajes, dice que se tomaría la tarde libre para buscar un vestido para el cumpleaños de Santiago y que, junto con Marina, aprovecharía la ocasión para hablar de nosotros. Llamo a mi hermana, pasa lo mismo, no contesta. Repito el hecho, las llamo a las dos infinidad de veces, pero nada, nadie me contesta.

—¡Mierda!

Odio pensar que las cosas tienen sentido. Miro la llave de acceso a la suite que tengo en mis manos. ¿Por qué no aclarar esta historia?

Salgo del banco con una mezcla de miedo y rabia tan grande que me asusta mi propio instinto. Me vienen a la mente las escenas de la flagrante de Paola con aquel miserable. Aquellas ya no me duelen, sin embargo, pensar que Alysson podría estar ahora en sus brazos, me duele tanto que apenas puedo respirar con regularidad.

El trayecto parece una eternidad, atascado en la señal, agarro con fuerza el volante del coche, intentando no pensar en lo peor. Paola es una serpiente repugnante, puede que esté jugando conmigo, pero me conoce bien, sabe que no me quedaría de brazos cruzados ante

semejante sospecha.

Llego frente al hotel, es como si una película se reprodujera en mi cabeza, recuerdo el día que estuve aquí, el odio consumiéndome, la forma en que me contuve para no romperles la cara a ambos. Los gritos, golpes y ofensas, todo volvió a mi mente. Son recuerdos que duelen mucho, y que hace mucho que no recuerdo, estaban dormidos, y hoy reconozco que ya no son relevantes, sin embargo, saber que la historia puede repetirse, pero esta vez con alguien a quien quiero para toda la vida, duele demasiado.

Voy directo a los ascensores, mientras el ascensor sube, el miedo y el nerviosismo aumentan. Tengo miedo de no poder contenerme y hacer una cagada casi astronómica, como la otra vez.

Llego al departamento, con la boca seca y las manos contraídas. Es imposible no recordar el día que encontré a Paola aquí, en esta misma suite, teniendo sexo con el miserable de Sidnei. Camino como en trance, buscando una respuesta a toda esta historia, preguntándome si todo es un delirio o solo otro de los juegos de Paola para desestabilizarme.

Me detengo en la puerta de la suite, reticente por unos instantes, ¿estoy loco? Mi Alysson nunca haría eso. Con manos temblorosas sostengo la llave-tarjeta muy cerca de la cerradura. Si me rindo, interiorizar este odio y este resentimiento, será mejor que afronte el miedo de una vez y abra pronto esta puerta.

Confiado, entro en la habitación, resuena una música ambiental. Hay champán en un balde, dos copas y algo de fruta en la mesita del salón. Mi corazón se acelera, sigo caminando, voy hacia la suite, la puerta está entreabierta. Veo a alguien en la cama, reconozco por su pelo que es Alysson, está medio desnuda, tumbada boca abajo.

La sangre hierve, las piernas no obedecen, me quedo estático unos minutos, intentando encontrar explicaciones a la escena que veo. Nada tiene sentido, esto no puede estar pasando. Cierro los ojos, respiro largamente, en el vil intento de mantener la calma. Sin embargo, nada funciona, reacciono, necesito mirarla a la cara, ahora voy hasta el final.

Cuando paso por la puerta, veo la ropa amontonada en el sillón, ella permanece inmóvil, sin embargo, parece haber oído mis pasos, antes de que hable, se anticipa.

—Vaya, tus manos son mágicas, estoy tan relajada.

—Sí, lo entiendo, Alysson —grito, impaciente.

Se da la vuelta rápidamente, retirando la sábana de la cama para taparse los pechos. Eso me enfurece aún más.

—¿Héctor? ¿Qué... qué haces aquí? —pregunta sorprendida.

Empiezo a caminar de un lado a otro de la habitación, buscando a ese idiota, quería partirle la cara como la última vez, pero ahora, quiero asegurarme de hacer bien el trabajo.

—¿De verdad creías que no me iba a enterar, Alysson? ¿Dónde está? —Voy al baño. La

bañera está lista, llena de pétalos de rosa roja, una prueba más de lo que había venido a hacer. Alysson me sigue, ya vestida con una bata, con cara de preocupación. —Hizo un gran trabajo en la recepción, lástima que solo te utilice a ti.

—¿Qué estás diciendo? ¿Te estás volviendo loco, Héctor? —pregunta, intentando acercarse a mí.

Me río, tan molesto por su cinismo que ni siquiera sé cómo consigo mirarla a la cara.

—Estoy hablando de todo esto, Alysson. —Paso junto a ella y vuelvo a la suite, aún me sigue. —Es un cabronazo de marca, no sabes con quién se está metiendo, pero te aviso y espero tu caída para celebrarlo. Solo te joderá y te tirará, solo quiere lo que es mío. Prueba a decirle que estás despedida del banco y verás lo que hace, te despedirá mucho más rápido.

—No sé de qué me estás hablando. —Me sigue. —Mírame, Héctor. —Exige, como si aún tuviera derecho, cambiando el tono de voz. —Creo que aquí hay algún malentendido, ¿por qué no nos sentamos y conversamos mejor?

Me vuelvo hacia ella, que parecía confusa, obviamente no esperaba que yo entrara aquí. Lo que solo aumenta mi odio. Mi corazón se acelera, puedo sentir las lágrimas formándose en mis ojos, trago en seco, tratando de moderar mi voz, me alejo de ella o cometeré un error garrafal.

—El único malentendido aquí es que yo confíe en ti. Seguro que Marina aún no sabe nada de nosotros, ¿verdad? ¿Por qué razón? ¡Ya lo sé! —Estoy impaciente. —Nunca quisiste nada serio conmigo. Nunca quisiste aceptarme, porque tu plan era, a la primera oportunidad, dejarme por alguien más rico que conocieras, ¿verdad? —Ella negó con la cabeza, demasiado sorprendida para responder. —En el fondo eres igual que Paola, una golfa de cuarta que solo piensa en el dinero, a la que le importan un bledo mis sentimientos...

—Ten cuidado cómo me hablas, y no me compares con esa zorra, yo nunca sería capaz de hacer...

—¡Ya basta! No quiero escucharte más, quédate ahí esperando a tu macho, incluso es mejor que no lo hayas encontrado ahora, si no uno de los dos saldría hoy de aquí muerto.

—¿Qué macho? ¿Te estás volviendo loco? ¿Has estado bebiendo, Héctor?

—Disimula, ya sé lo que pasa aquí, ya me enteré de todo, Alysson. Olvídate de mí, haz como si nunca me hubieras visto, no quiero volver a mirarte a la cara. —Camino hacia la puerta, la abro, pero antes de salir doy el último paso, sin mirar atrás. —Un último consejo... el truco de la barriga no funciona, porque ya se ha hecho la vasectomía, así que, si ese era el plan, le va a salir mal.

—¡Loco! Te estás volviendo loco, no quiero volver a verte en mi vida, Héctor. Yo no soy de las putas con las que te lías...

Doy un fuerte portazo, no quiero oír ni una palabra más de su boca. Vuelvo al coche,

conduzco hacia lo desconocido, paro en una licorería, compro un whisky caro y vuelvo a la carretera, sin rumbo, con el pecho ardiendo, como si tuviera un cuchillo clavado.

Conduzco durante horas, bebo todo el whisky, ya estoy tan borracho que si sigo conduciendo provocaré un accidente. Paro al borde de la carretera, en medio de ninguna parte, tomo unos billetes de dinero y salgo del coche, sin móvil, sin documento y de nuevo sin dirección. La única compañía que quiero ahora es mi dolor y un poco de alcohol para disfrutar a solas de mi sufrimiento.

Después de deambular unos metros, encuentro un bar, pido un whisky, el mejor que he tomado, es terrible, sin embargo, no más que mi dolor. La vista empieza a duplicarse, empiezo a ver cosas, incluso creo haber visto un unicornio con cuernos de colores. Me río y lloro solo, maldiciendo mentalmente a la mujer que me rompió el corazón. Hasta que me invade el dolor y me apoyo en la desgastada mesa de hierro del bar. Me desmayo hablando solo.

—Héctor... despierta... Tengo que llevarte a casa. —Abro los ojos con dificultad, reconozco a Paola, ni siquiera sé cuánto tiempo pasé aquí dormido. —Ven, te llevo a tu departamento.

Ella seguía en la mesa del bar, sosteniendo la botella de whisky. Está con Roger, mi chofer.

—No quiero ir contigo, vete de aquí —le digo, con un poco de dificultad.

—Mañana es el cumpleaños de mi padre, no dejaré que lo arruines por culpa de una empleada insignificante. Después puedes acabar en un bar de mala muerte como estos, pero hoy no —dice, un poco más enérgica.

—No voy a ir contigo a ninguna parte —grito.

—Tu chofer está aquí, él te llevará a casa.

Río, lo que menos quiero es irme a casa. Todo menos volver a mi departamento. No después de haber cogido con Alysson en cada rincón de ese lugar.

—Señor, puedo llevarlo a su casa —sugiere Roger.

—¿Cómo me has encontrado? —pregunto.

—Tu coche tiene un rastreador, lo abandonaste cerca, no fue difícil encontrarte —responde Roger.

—No deberías estar aquí, Paola ¿Has venido a ver mi desgracia? ¿A reírte en mi cara? —pregunto cambiando el tono de voz.

—No te escucho porque sé que estás borracho. —Mira a Roger. —Vamos, Roger, llévalo a su departamento.

No discuto, tiene razón, estoy completamente borracho, no tengo ni idea de dónde estoy, aunque nada más me importa ahora, en una cosa tiene razón, no puedo acabar con la fiesta de cumpleaños de Santiago, aunque ya no tenga motivos para celebrarlo como antes.

Roger me ayuda a levantarme y me lleva al coche. Paola dice que nos seguirá en el suyo, no me resisto, solo pienso en la cama y en dormir, porque recordar a Alysson me pone peor. Le digo que me lleve a un hotel, hoy no quiero volver a mi departamento.

Paola se encarga de mi *check-in* mientras Roger me lleva a la habitación. Voy directo al baño, ni siquiera sé cuánto tiempo he permanecido en la ducha. Después me pongo solo una bata y me derrumbo en la cama, miro fijamente el techo blanco del hotel, las formas geométricas que forma el yeso del techo parecen estar en movimiento.

Estoy muy borracho, la araña del techo se balancea, mirar el techo me revuelve el estómago. Cierro los ojos, intento recordar algo bueno, pero solo me vienen a la mente los momentos con Alysson. Las lágrimas corren por mi cara, lloro copiosamente, me está doliendo tanto, como nunca pensé que lo haría. Después de lo de Paola, me juré a mí mismo que no volvería a sufrir por ninguna mujer.

¿Por qué, Alysson?

Duele, cómo duele, porque esta vez no es un ego herido, como cuando descubrí la traición de Paola, esta vez es mucho más profundo, porque es un corazón roto, sin saber qué hacer con tanto amor...

Capítulo 26

Héctor

Me despierto con un dolor de cabeza insoportable. Siento un fuerte olor a café. Abro los ojos, la habitación aún está a media luz, oigo una música suave y familiar. Me siento en la cama, lentamente mi cabeza deja de dar vueltas y recuerdo la noche anterior.

—Buenos días, Héctor. —Paola entra en la habitación, vestida con una camisola, trae consigo una bandeja con el desayuno. —¿Te encuentras mejor?

—¿Qué haces aquí?

—No iba a dejarte solo e inconsciente aquí, ¿verdad?

—Deberías haberlo hecho. Puedo ocuparme de mis propios problemas.

—Me preocupo por ti. —Se detiene a un lado de la cama, se sienta y coloca la bandeja del café cerca de mí. —Te lo he dicho mil veces, aunque no me creas. Creo que deberías comer algo, te sentirás mejor. Ya le he pedido a Roger que pase por tu departamento, ha traído una pequeña maleta con todo lo que necesitas para unos días. Ayer dijiste que no querías volver allí, así que reservé este hotel para cinco días.

—No hacía falta que lo hicieras, dije que me las arreglaría.

Tomo la taza de café, es muy fuerte y un poco amargo, justo lo que necesito. Lo bebo poco a poco, intentando no pensar en lo de ayer. Sé que no puedo huir de mis problemas, pero al menos hasta que pase el cumpleaños de Santiago, eso es lo que haré.

—Tu móvil está en la mesita, había muchas llamadas perdidas, no quería contestar, pero como era Marina, me preocupé y contesté, le dije que estabas bien.

No digo nada, de hecho, ni siquiera puedo pensar si sería mejor haber respondido o no. Sigo comiendo en silencio, no me gusta mucho su presencia aquí, pero la ignoro. Noto que sonrío más que de costumbre, el café se ha terminado, ha sacado la bandeja de la habitación, está muy atenta, incluso más que cuando estábamos juntos.

Cuando vuelve, trae una pequeña maleta, la tira sobre el sillón, parece buscar algo que ponerse. Se quita la bata de noche, está completamente desnuda, se vuelve hacia mí, como si no fuera gran cosa estar así delante de mí.

Desvío la mirada, pero es demasiado astuta para captar mi atención.

—¿Crees que este color me queda bien? —me pregunta, mostrándome un conjunto de lencería azul oscuro.

—No sé, ponte lo que quieras, pero vístete.

—¿Qué pasa, Héctor? Actúas como si nunca hubieras visto todo esto aquí. —Se pasea

mostrando su cuerpo. —En realidad, hay cosas que no has visto. Mis nuevos pechos, cambié las prótesis de silicona. —Los acaricia, provocativa, y da otro paso hacia mí. —Y esto de aquí también. —Señala el tatuaje de su entrepierna, un pequeño corazón. —¿Sabes lo que significa este corazón?

—No tengo ni idea.

Intento reaccionar con naturalidad al tener delante a una hermosa mujer desnuda, pero mi corazón y mi cabeza están tan confusos que mi cuerpo reacciona a la escena.

¡Mierda! Ella me conoce bien, sabe lo que me gusta.

—Este corazón de aquí es igual que el que grabamos los dos en el árbol de mango de la granja familiar, cuando nos dimos nuestro primer beso.

Salgo de la cama sin hacer ruido, antes de que pueda vencerme el cansancio. Tomo la bolsa con mi ropa y voy al baño a cambiarme. La dejo sola en el dormitorio, soy un hombre, conozco mis instintos, pero no soy tan estúpido como para caer en su trampa.

Cuando salgo del baño ella ya está en la sala, vestida, leyendo una revista, actuando como si realmente fuéramos pareja.

—¿Vas a salir? —me pregunta.

—Sí, y tú también. Cuando vuelva no quiero volver a ver tu cara por aquí.

—¿De verdad? Te abrí los ojos, te mostré que tu asistente era una puta, te cuidé y ¿así es como me vas a tratar?

—No te pedí nada de eso, Paola. Y nada de lo que hiciste ayer borraré lo que me hiciste en el pasado.

Me encojo de hombros y me voy. La dejo sola, no me importa. Miro mi móvil, había innumerables mensajes de mi madre, de Marina e incluso de Santiago. Grabo un simple audio, solo digo que estoy bien, invento alguna excusa y apagar inmediatamente el teléfono.

Lo único que podía mantenerme cuerdo ahora era el golf. Voy a ir al club, solo quería un poco de paz y serenidad para pensar mejor lo que voy a hacer a partir de ahora. La única certeza que tenía era que no quería más mujeres.

Paso el día en el club de golf, me voy cerca del cumpleaños de Santiago. Roger ya había recogido mi atuendo, vuelvo al hotel, me cambio de ropa. Por suerte Paola había hecho lo que le indiqué, se fue, mucho mejor así. Una vez listo, enciendo el móvil, aunque odio a Alysson, aún tenía la esperanza de tener alguna noticia suya, aunque fuera para maldecirme, pero no hay nada.

De camino intento pensar en un discurso apropiado, sé que esta noche es una gran noche, una importante celebración familiar. Santiago siempre ha sido un padre para mí, no sería justo perdérmela, sin embargo, sigo destrozado y me sangra el corazón. ¿Qué diré cuando me pregunten por mi novia? Me invento alguna excusa, tengo que guardar las apariencias, la noche tiene que ser un éxito.

Llego muy temprano, el equipo de organización aún está ultimando los últimos detalles de la decoración del jardín, el lugar donde se ha organizado la fiesta. Reconozco el coche de Alysson en el aparcamiento. Mi corazón se acelera y me tiemblan las piernas. No puedo creer que haya venido, es una auténtica cara rota que aparezca por aquí.

Intento contener mi rabia, ¡hoy no! No puedo estropearlo todo, creo que es mejor no entrar ahora, no quiero tropezarme con ella. Camino por la sala, saludando a un empleado y a otro. Bajo hacia la piscina, desde allí tendré una vista privilegiada del aparcamiento, finjo hablar por el móvil para justificar mi distancia, todo para evitar encontrarme con ella en persona.

Estaba ansioso, como si la estuviera esperando, aunque muy enfadado por lo que me hizo, una parte de mí quería verla, quería saber si estaba sufriendo como yo. No lo creo, se debe estar riendo de mi cara. Me siento en una silla, la iluminación es bastante escasa en el lugar que he elegido, precisamente por eso, no quiero que me vean. Muevo las piernas, impaciente y nervioso, no puedo apartar la vista de su coche.

Cálmate, Héctor, ¡respira!

Unos minutos más tarde la veo a ella y a Marina, acercándose al vehículo. Marina tiene los brazos sobre los hombros de Alysson, las dos parecen demacradas. Se detienen junto al coche y se abrazan durante largo rato, deduzco que están hablando, porque el abrazo es demasiado largo. ¿Por qué me preocupa eso?

Trago saliva, parece que Marina la consuela. Hasta que Alysson se aparta, abre la puerta con la cabeza inclinada y sube al coche. No pude verle la cara con claridad, pero parecía muy triste.

Esto me conmueve aún más. Se coloca el cinturón de seguridad, sujeta el volante con firmeza, luego se frota los ojos, como secándose las lágrimas, arranca el coche y se marcha, saludando a mi hermana con la mano. Marina se queda unos minutos en el aparcamiento, hasta que pierde de vista el coche. Veo que ella también se seca los ojos, parece triste.

¡Mierda! Me levanto de la silla, por primera vez empiezo a dudar de lo que he visto. ¿He sido injusto? No, la vi a ella, medio desnuda y claramente esperando a alguien.

Perdido, vuelvo a casa, quizás si hablo con Marina pueda averiguar algo. Entro con esa intención, pero a la primera persona que veo es a mi madre.

—Hola hijo, ¿estás bien? —me pregunta, muy contenta.

—Sí, mamá. Todo está en orden —miento.

Ella me da un abrazo.

—Es una pena que Alysson no pueda quedarse, pero entiendo sus motivos, tiene más que razón.

¿Motivos? ¿Verdad? Me limito a asentir, porque no tengo ni idea de lo que ha dicho.

—¿Acabas de llegar? ¿No la viste irse?

—Sí, pero no la vi —vuelvo a mentir.

—Ah, bien. Ven, vamos a ayudar a Santiago a elegir los vinos de hoy.

Me toma de la mano y tira de mí hacia la posada. Cuando llegamos, Santiago charla con unos camareros, dándoles una lección sobre vinos y espumosos. Si hay algo que le encanta es el vino, está muy orgulloso de la bodega que tiene aquí, sin duda muy valiosa y completísima, creo que tiene vino de prácticamente todas las nacionalidades.

—Héctor, hijo mío, has llegado.

Intercambiamos un breve abrazo, luego tira de mí para mostrarme algo.

—Mira aquí, este es el regalo que Alysson vino a traerme. —Me enseña una botella de vino, todo orgulloso. —Es un vino artesanal, tiene una pinta maravillosa, ¿quieres probarlo?

—No, no hasta más tarde.

Parece que aquí, todo gira en torno a Alysson.

Seguimos hablando de vino, al cabo de un rato pongo la excusa de que voy a saludar a unos invitados y vuelvo al jardín. Me siento en la mesa destinada a nuestra familia, apático, triste y desolado. Me mantengo firme como una roca para no derrumbarme aquí, delante de todos.

Por suerte la fiesta empezó pronto, Marina llegó un poco tarde, no vino a saludarme, al contrario, se pasó toda la noche echándome miradas groseras. Creo que sabe mucho más que todos nosotros que estamos aquí. Necesito hablar con ella, aunque tengo la impresión de que no querrá escucharme, sin embargo, necesito insistir, porque soy yo quien quiere respuestas.

La fiesta transcurrió como estaba previsto, pronuncié un discurso, digno del gran hombre que es Santiago, aunque soy bueno con las palabras, no puede conmover a Marina, que se pasó toda la fiesta evitándome, cada vez que intentaba acercarme a ella se alejaba de mí y ni siquiera contestaba a mi saludo.

Mientras Marina mantenía las distancias, Paola se pasó casi toda la noche a mi alrededor, incluso con mi desprecio, se aseguraba de permanecer cerca, como un perro sin dueño. Esperé solo la cena, decido que es hora de irme, al levantarme veo a Marina dirigirse hacia la casa. Es hora de escuchar de su boca el motivo de tanto enojo.

Entro por la puerta de la cocina, arrastrándome a encontrarla antes de que entre en alguna habitación. Y funciona, la sorprendo antes de acceder a las escaleras.

—Quiero hablar contigo, Marina —le digo y la tomo del brazo.

—No tengo nada de qué hablar contigo, idiota. —Ella tira de mi brazo con fuerza y sube las escaleras. —No mereces saber la verdad.

—¿Qué verdad? —Voy tras ella. —¿Qué dices, Marina?

—Vete, Héctor, no te diré nada. —Marina sigue caminando apresuradamente, se detiene delante de la puerta de su habitación. Se vuelve hacia mí furiosa. —¿Por qué no le preguntas a Paola, ya que eres tan amigo de ella —se burla, con gesto irritado.

—Marina, por favor, háblame.

—Te pedí que no te acercaras a Alysson, Héctor, porque sabía que la cosa se iba a poner fea. —Me empuja, furiosa. —¿Por qué no te guardaste el puto pene en los pantalones, ¿eh? — Como si yo fuera el equivocado de la historia.

—¿Estás loca, Marina? ¿De verdad sabes lo que está pasando? —pregunto, tratando de entender.

Ella se ríe libertinamente.

—El que todavía no entiende lo que está pasando aquí eres tú, pero esta vez, no voy a ser yo la portadora de la verdad. Date la vuelta, ve a averiguarlo por ti misma.

—¿Qué estás diciendo? —exijo, aún más confuso.

—Apártate de mi camino antes de que te parta la cara, Héctor. No sabes las ganas que tengo de hacerlo.

—¿Qué te he hecho?

—¡Eres un tonto, imbécil, idiota! Lastimaste a la única persona que realmente te ama. ¡Eso es! Ya hablé, ahora vete, porque no quiero estresarme, más que hoy es el cumpleaños de mi padre.

Marina renuncia a entrar en su habitación, me da la espalda y se va, dejándome lleno de dudas. Me confundo más, ¿por qué tanto enfado? ¿Alysson contó lo de nuestra ruptura? Quizá solo contó su versión de los hechos. Marina siempre es tan sensata, al menos me escucharía para entender la historia antes de tomar partido, pero eso no es lo que acaba de pasar.

Me despido de todos, alegando que estoy cansado, por suerte nadie protestó. Vuelvo al hotel. Pensativo y reflexivo. Vuelvo a emborracharme. Hacia la madrugada, siento unos brazos que me acarician suavemente, estoy sentado en el sillón de la sala.

—Hola, cariño, he venido a cuidarte...

Tengo la vista borrosa, la cabeza mareada, distingo el carmín rojo de sus labios y sonrío.

—Llevas... nuestro color... nuestro carmín... —digo con dificultad.

—Sí, hasta mi lencería era roja, pero me la he quitado para que sea más fácil.

Me toma las manos y las pone sobre sus pechos. No puedo ni tocarlos, mis manos no coinciden. Entrecierro los ojos, reconozco que no es quien me gustaría, es la serpiente de Paola, la empujo.

—Fuera de aquí...

—Cálmate nene, yo te cuidaré. Así la llamabas, ¿no?

—¿Cómo lo sabes?

—Tengo mis informantes. Puedes llamarme nena si quieres.

—Ni en joda.

Me levanto, ella me sujeta para que no me caiga al suelo. Me lleva a la cama, me

desplomo sobre ella, tan borracho que no puedo reaccionar.

En algún momento se sube a la cama, me da la vuelta con dificultad, se sienta sobre mí, intento levantarme, pero estoy demasiado mareado.

—¿Qué haces? Vete de aquí, zorra.

—No sin que antes me cojas.

—Ni muerto.

— Eso no es lo que dice tu pene.

¡Mierda! Coloca la mano al lado de la cama, se agacha y empieza a abrirme el cinturón y los pantalones.

— Para, Paola.

— Solo cuando consiga lo que quiero.

— Estoy borracho, pero no estoy loco. No quiero nada contigo.

— Ya veremos.

Me quita los pantalones y los tira. Vuelve a cabalgar sobre mí, empieza a frotarse y a gemir como una perra en celo. Siento tanta repulsión que intento levantarme, no quiero cogermela.

— Ven, nene, reacciona. Sé que tú también lo deseas...

Por un instante es la cara de Alysson la que veo. Estoy borracho, jodido, me siento enfadado conmigo mismo por negarme a tener sexo con otra mujer, porque sigo queriendo a Alysson. Es tan desesperante. Intento demostrarme a mí mismo que puedo ser de otra. En un arrebato de cordura, respondo. Soy un hombre decidido, muy cogible y me cojo a quien quiero.

El lunes, llego a mi hora habitual. Llevo gafas de sol para disimular las ojeras, fruto de la resaca del domingo. Voy directo a mi oficina, de nuevo, la primera cara que veo es la suya: Paola.

—¿Qué quieres aquí? —pregunto, apenas capaz de mirarla a la cara.

—No es para tener sexo, cariño —se burla.

—Vete, Paola. —Me siento, enciendo mi notebook, ignorando totalmente su presencia.
—No tengo nada más que hacer contigo.

—¡Oh, sí que tenemos! Hoy es mi gran día de triunfo, cariño.

—¿De qué estás hablando?

— Hoy voy a demostrarte que soy mucho más inteligente que tú. En los últimos minutos del segundo tiempo, le di la vuelta al partido. —Ella se acerca a mi mesa y yo me levanto para mirarla. — Sigo sabiendo manipularte muy bien. —Ella parpadea con una mirada libertina.

—Estás loca, sal de mi vista.

—No sin antes confirmar mi casi segura victoria en la apuesta.

Rio, es imposible. Alysson me superó en los números. Mientras tanto su seguridad me asusta.

—¿Cómo que diste la vuelta al partido?, explícate.

—Sencillo. La apuesta era entrenar a alguien durante 100 días, ¿me equivoco? —Asiento en señal de confirmación. —Que yo sepa, hoy es el día 99, ¿no?

Maldita sea, solo entonces entiendo a dónde quiere llegar y se me hiela la sangre, porque la muy zorra tiene razón. No puedo dejar que gane esta apuesta.

—Entiendo a dónde quieres llegar, pero tengo que recordarle que tenemos una cláusula que protege nuestra apuesta contra trampas.

—¿Y quién dice que yo hice trampa? Cualquiera diría que fui yo quien fue a ese hotel a destrozarle el corazoncito a Alysson —dice despectivamente.

—No eres buena.

Se ríe a carcajadas.

—Y tú tampoco, Héctor. Te cogías a la pobre para mantenerla en el cargo, porque nadie en su sano juicio te aguantaría, ¿verdad?

Me acerco a ella, apresurado, sujetándola por el saco.

—Eres patética. Sabías que nunca te ganarías la vida honradamente y montaste todo esto para joderme. —Ella se rió sin parar. —Me hiciste hacerle daño, fingiste ser amable y luego intentaste acostarte conmigo, eres demasiado rastrera.

La empujo, retrocediendo antes de hacer algo estúpido.

—Eres fácil de engañar. Te dije que soy mucho más lista. Te puse micrófonos y averigüé todo sobre ti, sobre el pintalabios rojo. Te oí teniendo sexo. En fin, averigüé todo lo que necesitaba para hacer un plan infalible. Y funcionó. Ah, y lo de querer acostarme contigo ayer, ese era el plan B, por si fallaba el primero. Pero lo echaste a perder porque estás enamorado de Alysson —dice, toda libertina y molesta.

Miro a mi alrededor, buscando el micrófono. Me señala la mesa, me agacho y encuentro un objeto extraño debajo de ella, pegado al lateral del cajón. Lo saco y lo tiro sobre mi escritorio, necesitareé pruebas.

—¿Dónde más has puesto? —exijo, gritando.

—Ese es el único, pero no creo que eso sea de lo que debas preocuparte ahora. El tiempo corre; dentro de un rato, empezarán las horas de oficina y si Alysson no se presenta en su centésimo día de trabajo, lo cual creo que sería tan tonta después de todo lo que le has dicho, estoy seguro de que ella no quiere ver tu cara. Entonces, gana la apuesta.

—¡Zorra! Esto no se va a quedar así —grito, impaciente.

—De verdad que no, conseguiré todos tus clientes, tendré tu voto en las elecciones del consejo, además de la dirección de banca de inversión, ¡será increíble! —celebra feliz.

Ni siquiera sé cómo actuar, y no tendría tiempo de humillarme a los pies de Alysson para que me perdonara. ¡He sido tan idiota! Estúpido, no merezco que vuelva y mucho menos pedírselo.

—No se quedará así —amenazo.

—Siéntate y espera. —Ella mira su reloj de pulsera. —En los próximos quince minutos tendremos la respuesta.

—Eres una serpiente desagradable.

—No, ya te lo he dicho, es que soy más lista que tú. —Se sienta con elegancia, cruza las piernas y toma una botella de champán y dos copas de la bolsa que hay en el suelo junto al sillón. —¿Quieres celebrarlo conmigo?

—Vete de aquí o no estarás viva para celebrarlo.

—Está bien, esperaré fuera.

Cuando se va, camino de un lado a otro de mi oficina, siento tanto odio hacia mí mismo, ¿cómo he podido ser tan ingenuo? Recuerdo cada acusación y maldición que le dije a Alysson, la maldita apuesta es lo de menos, ya me encargaré de eso después, lo que más me preocupa ahora es tener el perdón de Alysson.

Miro el móvil, pienso en llamar, pero desisto, he sido un tonto con ella, no merezco su piedad, he fracasado estrepitosamente, tengo que asumir las consecuencias de mi idiotez.

¡Mierda, estoy jodido! La he cagado.

¡Un minuto, queda un minuto!

50 segundos, no puedo apartar la vista del reloj...

40 segundos...

30 segundos...

¡Maldita sea! ¡Qué dolor!

10 segundos...

0 segundos... se acabó el tiempo.

Capítulo 27

Alysson

—¿Estás segura de que realmente quieres hacer esto, Alysson? —pregunta Marina, en cuanto apaga el coche.

—Sí, después de todo lo que hizo la zorrita de Paola, no puedo dejar que gane.

—¡Dios mío! Eres el ser humano más increíble que conozco. —Marina me abraza fuerte. —Siento mucho todo lo que ha pasado, amiga mía. Me hubiera encantado tenerte como cuñada, lástima que solo me enteré después del final.

Me río, intentando mantener la compostura, aunque estoy destrozada por dentro. Nos alejamos, sujeto firmemente la mano de Marina.

—Y pensar que tenía miedo de contártelo todo. —Me río, sin gracia. —Era tan reacia porque pensaba que te enfadarías conmigo y no quería perder tu amistad.

—Te comprendo, amiga, nunca lo sospeché, ¡te lo juro! Solo después de esa noche que intenté presentarte a Cristian, las cosas empezaron a tener sentido, uní los puntos y estuve casi segura de que estabas involucrada, solo que no pensé que estuvieras seriamente comprometida.

—De todos modos, eso ya no es importante. ¿Nos vamos? —Respiro hondo y me miro por última vez en el espejo para asegurarme de que las ojeras están bien disimuladas bajo el maquillaje. —Es hora de poner fin a la fiesta de Paola.

—No estoy nada orgullosa de esto, Alysson, aunque sea mi hermana, siempre he deseado que Héctor gane esta apuesta, porque no creo que sea bueno para el banco que ella vuelva. Mi padre tiene las manos atadas, al fin y al cabo, es su hija, ¿no?

—Sí, pero ella no es buena.

—Sí, estoy de acuerdo —confirma Marina, un poco triste. —Te repito que no hace falta que estés hoy aquí, te voy a entender, esta no es tu pelea, te pegaron porque le estorbabas.

—Lo sé, Marina, pero me aseguro, por no decir que no he hecho nada malo, no necesito huir, así que, cumpliré mi contrato y el bonus mantendrá a Paola alejada del banco.

Parpadeo y sonrío, intentando convencer a Marina de que puedo hacerlo, de hecho, aunque soy fuerte e intrépida, la idea de que pueda volver a ver a Héctor aún me hace perder la cabeza. Todavía estoy muy enfadada con él.

—Ni siquiera sé cómo darte las gracias, Alysson.

—Pues yo sí, sigue siendo mi amiga, esa será la mejor forma de agradecermelo —Respiro hondo, abro la puerta del coche. —Vamos, Vani me ha dicho que Paola ya está en la

recepción con una botella de champán, dispuesta a celebrarlo.

—¿De verdad? —pregunta Marina, sorprendida.

—Sí, me siento como una heroína digna de las películas, que se ha levantado de una paliza y va a acabar con el villano.

Nos reímos juntas, me encantaba la compañía de Marina, algo que echaré de menos en mi rutina es estar con ella casi todos los días.

Inflo el pecho, mantengo una postura firme e intento olvidarme de mi magullado corazón. Me siento tan segura y en cuanto entro en el ascensor, encarno a la heroína, ¡estoy totalmente PRE-PA-RA-DA!

Después de la pelea con Héctor en el hotel, fui directamente al departamento de Marina para intentar entender lo que había pasado. Estaba como loca detrás de su móvil, que fue entregado por Paola en la recepción de su edificio, la víbora dijo que Marina se lo había olvidado en el restaurante donde habían almorzado. Fue entonces cuando entendimos todos los desencuentros.

Paola me envió un mensaje a través del móvil de Marina, haciéndose pasar por ella, y llamó al hotel diciendo que era una tarde de SPA para las dos. Así que no sospeché nada y fui. Una vez aclarado todo, le conté mi aventura con Héctor y todo lo que era capaz de decir.

Marina me contó el traumático final de Héctor y Paola, solo entonces algunas cosas que dijo tuvieron sentido. Incluso entiendo la inseguridad de Héctor, el miedo a ser traicionado, sobre todo ahora que realmente le dio una oportunidad al amor, yo tendría el mismo miedo, pero lo que más me duele es el hecho de que no me dejara hablar, además de que me juzgara y me comparara con Paola, por no hablar de las maldiciones. No sé si soy capaz de perdonar, me duele demasiado recordar todo lo que escuché.

—Hola, ¿eres del espacio? Esto es de la Tierra, llamando a Alysson —bromea Marina.

—Lo siento, es que aún no puedo digerir cómo Héctor fue tan estúpido de volver a creer en Paola.

Marina suspira y me pone la mano en el hombro con suavidad.

—Yo tampoco, amiga. ¿Quieres rendirte? —me sugiere.

—Ni muerta.

Se abren las puertas del ascensor. Recojo mi último resto de dignidad y salgo del ascensor, guapa y segura de mí misma, como nunca.

La primera persona a la que veo es Paola, de espaldas a la puerta, riendo toda contenta, comentando los planos de decoración de la nueva oficina. En la recepción estaban Celia y Vani, mi ayudante, fingiendo, por educación, escuchar lo que decía la víbora. Cuando me acerco y me ven, las sonrisas son automáticas.

En ese momento me sentí poderosa, despiadada y tan importante, que todo mi dilema

existencial desapareció. Aunque tengo el corazón roto, la felicidad que siento ahora lo compensa todo.

De repente Vani grita, radiante, y viene corriendo hacia mí.

—Alysson, ¡buenos días!

Como si el tiempo se hubiera detenido, de repente todas las miradas se posan en mí. Me siento como la mismísima reina Isabel. Excepto la cobra, que se queda boquiabierta y conmocionada al verme allí. Claramente viendo su castillo de arena desmoronarse.

—Buenos días

Saludo, mirando a Celia y luego a Vani, con una sonrisa amable.

—¿Qué haces aquí, Alysson? —pregunta Paola, tras su sobresalto inicial.

—Déjame ver. —Tomo mi tarjeta y la miro, desencajada. —Ah, trabajo aquí, solo puedo haber venido a cumplir mi turno, ¿no?

—No puede ser. —Ella mira su reloj. —Llegas tres minutos tarde, Alysson.

Marina, que había estado callada hasta entonces, se acerca y habla:

—Nuestro reglamento interno permite hasta quince minutos de retraso, un periodo de gracia que solías utilizar mucho, ¿recuerdas, Paola?

—¡No, no! Debes de ser muy tonta —grita, Paola, desesperada.

La puerta de la oficina de Héctor se abre y, de repente, aparece. Mi corazón palpita, obvio, nuestras miradas se cruzan de inmediato, lo ignoro, miro hacia otro lado, devuelvo mi atención a Paola. Pero siento que sigue mirándome, de pie en el umbral de la puerta. Tan sorprendido como la víbora por mi presencia.

—No, Paola, sería estúpido si hubiera caído en tu truco barato, típico de telenovela mexicana, escatima mi inteligencia —digo, ignorando la serpiente y, además, obviamente, era una indirecta muy directa a Héctor. —¡Al trabajo!

Calladita estaba y así se quedó.

—Claro, ¿vamos a repasar tu agenda? —pregunta Vani, acercándose a mí.

—Claro, para eso estoy aquí, Vani.

Me encojo de hombros y voy hacia mi oficina, codo con codo con Vani. Me temblaban las piernas, pensé que me iba a dar un ataque, pero conseguí llegar a mi despacho sana y salva. Apenas abrí la puerta me desplomé en el sofá, temblando, tan nerviosa que ni siquiera sé cómo conseguí comportarme fuera.

—¿Quieres un poco de agua, Alysson? —sugiere Vani al darse cuenta de mi estado.

—No, me pondré bien. —Respiro hondo, me levanto y me dirijo a mi escritorio. —Vamos a trabajar, Vani. Tengo muchas cosas que transmitirte.

—Bien.

No tardé ni en acomodarme y encender el ordenador para que la puerta de mi oficina se

abriera, era Héctor, con cara de perro que se ha caído del coche en marcha. Mi corazón apenas se había calmado y ya estaba acelerado de nuevo.

—Vani, por favor, déjame a solas con Alysson.

Vani se levanta, pero antes de que cumpla su orden, me adelanto:

—No, Vani, quédate ahí. El señor Héctor debe tener algún asunto profesional importante, así que será mejor que estés al tanto, ya que hoy es mi último día de trabajo.

Héctor, que seguía junto a la puerta, entra un poco más en la habitación y se detiene delante de mi mesa, mirándome fríamente.

—Está bien, ya que lo prefieres así. Quiero hablar de nosotros dos. —Héctor acerca una silla y se sienta, con esa mirada molesta y autoritaria que tan bien conozco. —Empezaré yo, Alysson, quiero que vuelvas, echo de menos ponerme a cuatro patas y cogerte de todas las formas posibles e imaginables, echo de menos tocar tu...

—¡Cállate, Héctor! —Grito, golpeando la mesa, levantándome de la silla, hasta el punto de avanzar hacia él y darle unos buenos puñetazos.

—De todas formas, creo que será mejor que me vaya, Alysson, no necesito oír lo que tienen que hablar. Volveré dentro de un rato.

—No, Vani... Héctor tiene que irse de aquí... —grito.

—Lo siento, Alysson —dice Vani.

Se va y cierra la puerta. Cierro los ojos, suspiro anhelante armándome de valor y conteniéndome también, porque me entraron ganas de gritar y decir todo lo que no pude en el hotel, sin embargo, me contengo, era mejor mantener la formalidad y la profesionalidad. Quiero terminar nuestra relación de la misma manera que empezamos: solo en el ámbito profesional. Héctor solo espera a que Vani cierre la puerta y comienza:

—Alysson, necesito que me escuches...

—Eres tú quien me va a escuchar primero. No estoy aquí por ti, ¿me oyes? He venido por el banco, por Santiago, por Marina y para acabar con la carrera de Paola, he venido para hacer justicia, porque mi verdadero deseo es hacer lo que me pediste en aquel maldito hotel: olvidarme de tu existencia.

Se levanta y hace ademán de venir hacia mí, pero me anticipo. Levanto la mano para que ni siquiera lo intente.

—No te acerques a mí, Héctor. Y será mejor que te vayas de aquí, si quieres que cumpla mi centésimo día de trabajo.

—Solo necesito que me escuches, olvida lo que dije en aquel hotel.

Me río a carcajadas, libertinamente.

—¡Imposible! No quiero y no te escucharé, Héctor. No me diste esa oportunidad cuando fuiste al hotel, preferiste creerle a Paola y no a mí. ¡Lárgate! —digo, intentando moderar mi tono

de voz.

—Alysson, sé que estás enfadada, tienes razón, fui muy estúpido. Porque quien está roto como yo, es mucho más fácil creer en lo peor que en la felicidad. Solo quiero que sepas que lo siento, me arrepiento de cada palabra que te dije, no te merecías...

—¡Fuera, Héctor! Es mi última advertencia o seré yo quien salga por esa puerta. — Señalo, impaciente. —Estás gastando saliva en vano, porque nada de lo que digas me hará cambiar de opinión.

Cierra los ojos y mira hacia otro lado, como si tomara aliento para continuar. Intenté quedarme quieta, sin esbozar ninguna reacción, solo quería verlo lejos de mí, porque temía que mi corazón tomara las riendas de la situación.

—Puso un micrófono en mi oficina, Alysson. Esa zorra espiaba nuestras conversaciones, conocía todos mis movimientos e indirectamente los tuyos. Me engañó...

—Eso explica muchas cosas, pero sigue sin cambiar nada para mí. Vete.

Aparto la mirada, fingiendo mirar mi diario, ignorando su presencia.

—Alysson, perdóname... cambiaste mi vida en tan poco tiempo, duele demasiado pensar que ya no tendré tu sonrisa al despertar. Todavía no he tenido el valor de volver a mi departamento, porque te veo en todo y me arde el pecho solo de pensar que ya no tendré tu alegría en mi oscura vida...

—¡Lo siento, no puedo! Es suficiente para mí. Quieres darle la victoria a Paola, así que la tienes.

Me levanto, tomo mi bolso y paso junto a él, decidida a marcharme. Héctor se anticipa y se detiene delante de mí, agarrándome fuerte del brazo, obligándome a mirarlo.

—A la mierda esta puta apuesta, me importa una mierda. Lo único que me importa aquí eres tú.

—Suéltame, Héctor.

Se acerca aún más, sujeta mi otro brazo, en unos segundos estoy completamente en sus brazos, siendo presa del depredador, completamente hechizada por su mirada penetrante y triste, por suerte su tristeza me despertó, me resisto, recuerdo sus palabras, el odio gritando en mi corazón.

—Te quiero, Alysson, lo siento si lo descubrí solo después de la mierda que hice...

Cierro los ojos, mi corazón se acelera, mis piernas quieren debilitarse, pero me resisto. Aunque sabía que sus palabras eran ciertas. Siento que se acerca, nos acercamos tanto que casi nos besamos, pero vuelvo la cara.

—No puedo, Héctor, suéltame, me voy.

—No tienes que irte. —Me suelta, se aleja de mí, con los ojos llorosos. Me siento mal viéndolo así, pero él causó todo esto. —No te estorbaré más, puedes trabajar en paz.

Baja la cabeza, me da la espalda y se va.

Junto con él se lleva la confianza en mí misma, solo faltaba que cerrara la puerta y me derrumbo llorando. Doy vueltas por la oficina, intento respirar con regularidad, me duele mucho, pero necesito superarlo, de hecho, es lo que mejor sé hacer en la vida: superar corazones rotos.

Se abre la puerta, es Vani con un vaso de agua. No dice nada, solo me ofrece agua y su hombro para llorar. Nos quedamos unos minutos así, estuvo bien, cuando me recupero, me seco las lágrimas, ¡basta! No se merece mis lágrimas.

—Gracias por el hombro sobre el que llorar, Vani, pero tenemos que trabajar.

Me levanto, ella sonrío y me sigue.

—Está bien. No sé si entendí bien, pero por la cara le que vi a Héctor salir de aquí ustedes dos...

—Éramos novios —añadí.

—Ya me había dado cuenta de cómo te miraba, pero pensé que solo era admiración por tu profesionalidad.

—Eso ya no importa, Vani. No quiero acordarme más de él, vamos a trabajar, tengo muchas cosas que transmitirte.

—Ok, así está mejor.

El día pasó en un abrir y cerrar de ojos. Nos centramos únicamente en el trabajo, conseguí elaborar un informe resumiendo prácticamente todo lo que tenía pendiente y las operaciones en curso. Introduje todas las negociaciones en curso con los clientes, las transacciones recientemente concluidas, las citas del calendario, en fin, conseguimos organizarlo todo. Solo salí de mi despacho cuando terminó la jornada laboral, e incluso venía a comer. Estaba totalmente concentrada en organizarlo todo y Vani estaba al tanto.

—¡Hemos terminado! —Respiro aliviada. —Estoy agotada.

—Creo que el próximo agente de inversiones te lo agradecerá.

—Eso espero. Vani, muchas gracias por todo, querida. Tu nuevo jefe tendrá mucha suerte de poder contar contigo. Eres maravillosa.

—Bueno, Alysson, eres maravillosa, es una pena que ya no vayas a ser mi jefa.

—No puedo hacerlo más, Vani.

—Ya lo sé. —Me apretó la mano sobre la mesa. —Lo entiendo perfectamente. Y... ahora que lo pienso, hacen una pareja preciosa.

Me río y se me llenan los ojos de lágrimas.

—Éramos... —corrijo.

Me despido de Vani con un fuerte abrazo, luego tomo mi bolso y me dirijo al ascensor, esperando no volver a ver a Héctor. Mientras espero el ascensor, Marina se me acerca.

—Aly, necesito hablar contigo, ¿puedes acompañarme a mi oficina?

—De acuerdo —confirmo.

Marina estaba un poco seria, mucho más de lo habitual. La sigo, en silencio, era hasta extraño, ella siempre es tan alegre. La puerta de su despacho estaba abierta, veo a Santiago, tan serio como Marina, me estremecí al verlos así.

¡Eso es! ¡Es un asunto serio! ¿Le habrá pasado algo a Héctor?

—Siéntate, Alysson —dice Santiago y señala la silla frente a él.

Me siento, tan tensa, el corazón palpitando de nerviosismo, las lágrimas amenazando con caer en cualquier momento. Marina se acomoda, toma una carpeta que hay sobre la mesa, y el silencio se mantiene, creo que, si dura, me voy a volver loca.

—Aly, sé que hoy es tu último día aquí con nosotros, y que tu estancia aquí estaba condicionada al sí de Héctor, eso no es ninguna novedad, ya lo sabías desde el principio...

—Sí, ya lo sé.

Yo era consciente del contrato que firmé, claro, no sabía la apuesta que había detrás, pero siempre supe que la renovación estaría condicionada al sí de Héctor. Y después de todo lo que pasó entre nosotros, creo que su recomendación fue negativa.

—Así que, en vista de los últimos acontecimientos, pensamos que lo mejor...

—No hay necesidad de entrar en lo personal, Marina, solo ve al grano. Ya me imagino que no recomendó la renovación.

—Al contrario, Alysson, recomendó la renovación de tu contrato, pero sé que el clima no será muy bueno para los dos. Así que nos gustaría proponerte otro puesto en el grupo.

Estoy sorprendida, obviamente, no me imaginaba que después de todo lo que ha pasado, me recomendaría la renovación de mi contrato.

—Eres una excelente profesional, Alysson, no queremos que dejes el grupo —dice Santiago con calma.

Sacudo la cabeza con incredulidad. Obviamente, no quería seguir aquí, y ya estaba segura de que me quedaría sin trabajo, ni se me pasó por la cabeza que pudiera haber otra vacante en otro lugar del banco.

—Claro, si no hay otra propuesta, ¡por supuesto! —comenta Marina.

—No, ni siquiera había pensado en eso —respondo.

—Tenemos una agencia de inversiones en São Caetano do Sul, claro, son pequeños inversores, pero tenemos una buena clientela. Tu comisión no será la misma que aquí y...

—¡Me apunto! —Confirmo.

—¡Estupendo! —contestó Santiago, emocionado.

—Pues entonces, puedes empezar mañana. ¿Puedo ir contigo? —pregunta Marina, emocionada.

—¡Claro que sí! —le contesto.

—¡Bien! ¡Perfecto! —Marina aplaude feliz. —Enhorabuena, Alysson, la gerente de la agencia.

—¿Gerente? —pregunto sorprendida.

—Sí, gerente —responde Santiago.

—Creía que era un puesto de agente de inversiones —digo.

—Creemos que tienes la competencia necesaria para ocupar este puesto, Alysson —dice Santiago.

—Me gustaría intentarlo —digo, emocionada.

—¡Lo conseguirás, Aly! —responde Marina.

—Gracias por tu confianza. Haré lo mejor que pueda.

—Estoy segura de que lo harás. —Santiago se levanta. —Ahora tengo que irme, me alejo del banco, es hora de volver a casa.

—Yo también me voy, papá. —Marina me mira. —¿Vas a tu departamento, Alysson?

—No, me voy unos días a casa de Alex.

Marina sabe el motivo, pero no entra en detalles.

—Yo también tengo que irme —digo, levantándome y dirigiéndome a la puerta.

—Ah, casi se me olvida. Héctor dejó una carta de recomendación, por si no aceptabas el trabajo. —Marina saca un sobre de su cajón y me lo entrega. —Como vas a seguir con nosotros, ya no es importante, pero quizá quieras leerla, o quedártela, no sé.

Tomo el sobre en mis manos y lo miro atentamente, con ganas de cortarlo en pedazos y tirarlo, pero el grosor del sobre llama mi atención.

—¿Nos vamos? —sugiere Marina.

—Ah, sí, claro. —confirmo.

Salimos los tres y nos despedimos en el aparcamiento, yo intento olvidar el contenido del sobre. Sigo hasta casa de Alex, el atasco me ha llevado más tiempo del esperado, con la mente llena de planes, intento centrarme solo en el trabajo, que es lo que me importa en este momento. Será mejor así, alejarme de São Paulo y de Héctor por un tiempo. Podré olvidarlo y seguiré estando más cerca de Alex.

Cuando llego, el bar estaba lleno, dejo mis cosas en la habitación de invitados de su departamento, que era mi refugio por ahora, me cambio de ropa y vuelvo para ayudar. Era una forma de mantener mi mente ocupada, me giro para traerle una bebida a un cliente.

—Déjame a mí, Alysson. Hay alguien afuera esperándote, ve allí —dice Alex.

—¿Quién es? —pregunto con el corazón acelerado.

—Ve a echar un vistazo —dice entusiasmado.

Salgo, intentando no asustarme, respirando tranquila, me cuesta mantener la calma. Cuando veo quién es, casi vuelvo corriendo al bar.

¡Mierda!

Capítulo 28

Alysson

Todo el nerviosismo desapareció en cuanto vi a mi visitante. Era Bruno, todo arreglado, hasta parecía listo para un baile de gala, sosteniendo rosas rojas, como si nada malo hubiera pasado entre nosotros. Me acerqué a él, dispuesta a echarlo.

—¡Hola, mi amor! He venido a salvarte del sufrimiento —me dice y esboza una amplia sonrisa.

—¿De qué? ¿Qué te he hecho? He tirado piedras sobre la cruz, ¿verdad, escoria? —grito.

—Qué es eso, Aly, soy tu amor. —Da dos pasos hacia mí, yo retrocedo. —Ya sé que el guapo te pateó el culo, y estoy aquí porque te acepto de vuelta.

Doy un largo suspiro, incrédula ante lo que he oído, e intento mantener la calma, porque últimamente la paciencia escasea.

—Creo que voy a tener que hacerte un dibujo para que lo entiendas. —Hago un gesto nervioso. —Primero, no te quiero ni, aunque fueras el último hombre sobre la tierra. Y segundo, vete y no me busques más, si no pediré una orden de protección que te impida acercarte a mí, ¿entendido?

—¿Por qué me haces esto, Aly? —dice, fingiendo llorar.

—Ah, perdóname, Bruno, tu tiempo ha pasado, vete y olvídate.

Me encojo de hombros y vuelvo al bar, apresurada y bastante enfadada. Veo a Alex con una sonrisa de satisfacción en los labios, el pobre, jurando que ha hecho una buena obra. Seguro que esperaba que me llevara bien con Bruno. Miro a Michelle, que estaba en la caja registradora del bar.

—Prima, espera un momento, por favor.

Ella asiente. Camino hacia Alex, lo tomo de la mano y tiro de él.

—Ven conmigo, tengo que contarte algunas verdades —le digo impaciente.

Lo llevo al pequeño despacho del bar, cierro la puerta y lo miro fijamente, resoplando, intentando moderar la voz para no gritar.

—Escucha, no necesito que informes a Bruno de todos mis movimientos, y otra cosa, él no es el santo que tú crees. Me fui de Brasilia porque ese cabrón se endeudó mucho, se fue de viaje con otra mujer a mi costa y dejó a los usureros a los que debería estar amenazando con matarme. Eso por no darte todos los detalles de la falta de carácter de ese canalla. ¿Entiendes ahora por qué no quiero ni verle la cara?

Alex se puso serio, escuchando atónito mis palabras. Aparentemente no mostró reacción alguna. Resopló enfadado y salió furioso del despacho, pensé que estaba enfadado porque había dicho algunas verdades sobre su "querido". Sin embargo, fue todo lo contrario, lo sigo hasta el bar. Bruno estaba sentado en la barra, Alex camina apresuradamente hacia él. Pensé que los dos hablarían, pero no, Alex empezó a golpear la cara de Bruno, fue un puñetazo directo que lo tiró al suelo.

¡Maldita sea! Corrí hacia los dos, intentando sujetar a Alex, porque Bruno no vale la pena, aunque se merecía una buena paliza.

—Hijo de puta, vete de aquí y no vuelvas a pronunciar el nombre de mi hermana, si sé que solo piensas en ella, iré por ti y te haré pedazos —grito Alex.

Bruno estaba tan conmocionado en el suelo que ni siquiera respondió. Se levanta limpiándose la sangre de la nariz y sale corriendo del bar sin mirar atrás. Claro que tenía miedo de que le pegaran otra vez, y también porque no esperaba perder a su único aliado. Su comportamiento ni siquiera me asusta, después de todo, sé que es un cobarde. Alex lo sigue con mirada furiosa hasta que desaparece de mi vista, entonces vuelve a mí.

—¿Por qué nunca me dijiste la verdad, Alysson? —grita.

—Yo... pensé que Bruno nunca volvería a mi vida. Y temía que hicieras alguna estupidez.

Sacude la cabeza, muy enfadado.

—Ese imbécil llamó llorando y diciendo que te quería, le creí, por eso dije que habías roto con el otro idiota de allí...

—¡Héctor! Se llama Héctor.

—No importa. Odio a cualquiera que te haga daño, hermanita. Dime la verdad, ¿por qué rompiste con ese Héctor? ¿También tengo que pegarle?

—No, tranquilo, no me dejó llena de deudas ni me traicionó, simplemente no funcionó.

—No pasa nada.

—Mierda, Alysson, por qué no me dijiste la verdad desde el principio, le habría dado una paliza hace tiempo. Creía que le gustabas de verdad.

—Por eso, porque no quería que pelearas con él. —Me acerco y le doy un abrazo. — Gracias por tu protección, pero tranquilo, yo puedo sola.

—Sí, ya sé que puedes, pero cuenta conmigo para darle un puñetazo a cualquier idiota que se interponga en tu camino.

—Ya lo sé, Alex.

Un nuevo abrazo, fraternal y sencillo. Sé que golpearía a cualquiera para defenderme. En fin, sentí tal alivio por haber dicho la verdad, que al final fue bueno que Bruno apareciera hoy.

Nos calmamos y ante la insistencia de Alex le expliqué con más detalle mi ruptura con Bruno, quien se molestó mucho, pero entendió que había omitido la verdad para evitar que hiciera algo peor. Ahora siento que Bruno va a desaparecer de mi vida, porque ha perdido la amistad de Alex, que era el único apoyo que le quedaba. Una vez aclarado todo, seguimos yendo al bar como de costumbre, y mi hermano ya se había hecho a la idea de que el pretendiente favorito era una basura.

A la mañana siguiente me fui temprano a mi departamento, necesitaba algo de ropa y efectos personales. Desde allí me reuniría con Marina para ir juntas a la casa de intermediación. Intentaba mantener la calma y controlar mi ansiedad, tanto en el trabajo como en el amor. Era otra noche dura sin los brazos de Héctor para darme calor.

Al llegar al garaje del edificio, lo primero que veo es su coche aparcado. Un escalofrío recorre mi cuerpo y mi corazón late con más fuerza. Intento ser firme, me arrastro fuera del coche, una tristeza y unas ganas de llorar al ver su coche surgen de la nada, pero me controlo, no puedo llorar.

Camino hasta el departamento, aún agitada y con los nervios a flor de piel, aparte del miedo a tropezarme con él por los pasillos del edificio. Por fin, cuando entro en mi piso respiro aliviada, pero no por mucho tiempo, porque, lo primero que veo es un globo blanco con algo que lo sujeta al suelo.

Atada al globo había una pequeña caja. La abro y en su interior están mis bombones favoritos. Junto con una pequeña y sencilla nota:

"Para endulzarte el día, ya que hoy mis labios no pueden hacerlo.

P.D: ¡Qué suerte esos bombones!

Besos, cariño.

Me río sola. Aunque sigo muy enfadada con él, no puedo negar que sabe cómo sorprenderme. Dejo los bombones en el sofá, me voy a mi habitación a hacer la maleta y, cuando llego, me encuentro con una nueva sorpresa. El techo de la habitación estaba lleno de globos blancos, de nuevo uno de ellos, con forma de corazón estaba sobre la cama, atado a algo.

Sorprendida, con el corazón latiendo deprisa, me dirijo hacia la cama. Tomo el globo con forma de corazón que estaba atado a un marco, con una foto nuestra. Contengo las lágrimas al ver nuestra sonrisa, solo entonces me doy cuenta de que fuimos felices, a pesar del corto período, fue la única vez que un hombre me hizo realmente feliz. Una lágrima rueda por mi cara, respiro hondo, para contener las ganas de llorar. Me dolía demasiado estar sin él.

Sobre la cama había otra caja, la abro y la sonrisa fue inmediata, al igual que las lágrimas. Era un unicornio de peluche blanco con cuernos de colores, muy parecido al que había

intentado ganar en la pesca el día que fuimos juntos al parque de atracciones. ¿Cómo lo recordaba? Había una nueva nota:

"No conseguí ir de pesca, lo confieso, al menos ahora tienes compañía con la que dormir en mi ausencia.

P.d: lleva mi perfume, acuérdate de mí cuando lo abras."

Era inevitable, lo tomo en brazos y lo aprieto fuerte, el perfume de Héctor estaba impregnado en él. Nuevas lágrimas ruedan por mi cara.

Maldita sea, debería enfadarme con él, pero ¿cómo?

Me seco las lágrimas, me retoco el maquillaje y voy a hacer la maleta. Era mejor ocupar mi mente. En unos minutos con todo listo salgo de mi piso, pero ni rastro de Héctor. Voy directo al departamento de Marina, por supuesto, con mis nuevos regalos. Subo, llamo a la puerta y mientras espero, miro el móvil, sin noticias de Héctor.

—Buenos días, Marina. —la saludo en cuanto abre la puerta.

—Buenos días, Aly. ¿Qué tal estás? —me pregunta y me hace pasar.

—Me voy, amiga. Héctor se ha presentado en mi departamento.

—¿En serio? ¿Vino a buscarte? —pregunta, sorprendida.

—No, dejó unas notas y unos regalos —respondo, un poco triste.

—Ay, amiga, eso es lo que no quería ver, ¿sabes? —Marina me toca la cara con afecto.

—Los quiero a los dos y me da mucha pena verlos así, dolidos, peleados, aunque sé que sus sentimientos son fuertes.

No pude contener las lágrimas. Marina me abraza fuerte.

—Lo siento, amiga mía...

—No lo sientas, Aly, sé que duele.

No dijo nada más, solo me calmó y escuchó mis llantos. Después de calmarme, me maquillé y salimos, rumbo a la correduría.

—Aly, vamos en tu coche, pero yo conduzco, no tienes muy buen aspecto. —Me tiende la mano pidiéndome la llave. —Luego le pediré al conductor que me recoja en la agencia de valores.

—Me parece bien —dice.

Nos vamos juntas, por el camino Marina intenta sacar temas al azar, me cuenta situaciones hilarantes, todo para hacerme sonreír. Hasta que funciona, yo estaba más tranquila. Pero en el primer semáforo, ya en la cuadra de la casa de corretaje, vi un cartel publicitario, que me aceleró el corazón.

—¿Lo has visto, Marina? —pregunto, sorprendida.

—¿Qué, Aly? —responde ella, sorprendida.

—Allí atrás, pasaste por delante de un cartel publicitario, ponía "*¡Perdón, cariño!*"

—No lo he visto, ¿cuál es el problema?

—Así me llama Héctor —le confieso, triste.

—¡Dios mío! ¿Le has contado cómo te has vengado de tu ex? —pregunta Marina.

—Sí, creo que sí.

—Debe de ser él, entonces. —Marina sonríe ampliamente.

—A lo mejor es algo que tengo en la cabeza.

—¿Puede ser? —Marina aminora la marcha y se detiene en el semáforo, señalando hacia delante. —Mira allí.

Había una nueva valla publicitaria en lo alto de un edificio a la izquierda, muy parecida a la otra, pero esta vez el mensaje era más claro:

"Sabía que eras un ladrón desde la primera vez que te vi, desde que me robaste la maleta en el aeropuerto, pero tu mayor delito fue robarme el corazón..."

Por favor cariño, ¡perdóname!"

—¡Mierda! ¿Por qué me hace esto? —pregunto casi llorando.

—Porque te quiere, amiga, y está claramente arrepentido de lo que hizo. Es su forma de pedir perdón.

Suspiré largamente y contuve las lágrimas, porque quería llorar profusamente en posición fetal sobre mi cama, y no salir de allí hasta que cesara el dolor. Continuamos nuestro viaje y por fin llegamos a la casa de corretaje.

Los empleados ya nos estaban esperando, ansiosos por conocer a la nueva jefa, fui muy bien recibida. Tuve una breve reunión para conocer a todos antes de empezar a trabajar, luego me dirigí a mi nueva oficina. Me despedí de Marina y empecé mi primer día de trabajo como gerente de la empresa de corretaje.

Organizo el escritorio de mi mejor manera, pongo algunos objetos personales a su alrededor. Pongo los bombones que he ganado en el cajón. Abro las persianas, me encuentro con un gigantesco cartel publicitario en el edificio justo enfrente de la agencia de valores. Esta vez, la misma foto del portarretratos estaba estarcida en parte de ella, junto con un nuevo mensaje:

"100 días es poco tiempo para tanto amor. Ya no soy el mismo sin ti. Perdóname, cariño. Te quiero".

¡Maldita sea! Siento una opresión en el pecho tan grande, seguida de unas ganas alucinadas de llorar. Suspiro, cierro los ojos e intento concentrarme de nuevo solo en lo que

importa ahora: mi nuevo trabajo.

Apenas termino de hacer mi ejercicio de respiración para mantener la calma y un sutil golpe me desconcentra. Me acomodo rápidamente en la silla y permito la entrada. Era una empleada de recepción, que llevaba un jarrón de tulipanes blancos.

—Disculpe, Alysson, ha llegado esto para ti. ¿Dónde puedo ponerlo?

—Puedes ponerlo en la mesa de allí. —Señalo la mesa de reuniones. —Gracias.

En cuanto se va, me levanto y busco una tarjeta entre las flores. Lógico, había una tarjeta, firmada por Héctor, reconozco su letra.

"Te prefiero a mi lado en el banco, pero me alegro de que hayas aceptado este puesto. Te deseo mucho éxito. Feliz primer día de trabajo, cariño".

Trago en seco, tomo el móvil corriendo, intento llamar a Héctor, quería exigirle que me dejara en paz, que se olvide de mi existencia, pero salta el buzón de voz. Envío un audio por mensaje instantáneo, sin embargo, no aparece como recibido, como si me hubieran bloqueado. Resoplo, enfadada. Llamo a Vani, ella sabrá si está en el banco.

—Hola Vani, ¿cómo estás? —pregunto, en cuanto me contesta.

—Hola, Aly, sí, todo bien, extraño sin ti aquí.

—Me lo imagino. Vani, quería hablar con Héctor, ¿puedes decirme si está ahí?

—No, Aly, no aparece desde el último día de trabajo, nadie sabe dónde está. Lo único que sé es que Celia está reprogramando sus citas, Santiago se está encargando de todo por ahora.

—Muy bien, si aparece, por favor avísame. Me gustaría hablar con él.

—De acuerdo, lo haré.

Sin salida, me siento frente a mi ordenador, él tiene e—mail, tendrá que leerme. Necesito escribir algo, no podré estar bien con tantas evidencias de nosotros dos y con él tan presente en mi vida.

De: Alysson Nunes

Para: Héctor Brandão

Asunto: Paz

Hola Héctor.

Intenté llamarte y enviarte mensajes, pero no obtuve respuesta, no sé si me leerás ahora, pero necesito hablar. No puedo seguir con tantas evidencias tuyas, necesito paz, necesito tiempo, quiero que me dejes en paz. No estoy preparada para verte ahora ni para escucharte, porque me duele demasiado.

Por favor...

Por favor...

Mi única petición, déjame en paz...

Solo quiero paz.

Alysson.

Con los ojos llenos de lágrimas, hago clic en enviar. Respiro hondo. Tengo que seguir, tengo que centrarme en el trabajo. Hay muchas cosas que tengo que leer, que aprender. A pesar de tener poca experiencia en el mercado financiero, hay muchas situaciones que necesito conocer y familiarizarme. En fin, eso es lo que mi mente necesita: estar muy ocupada ahora.

Tres meses después...

Vivía un día tras otro, sin sobrecargar y sin exigir demasiado. Intentaba respetar mi corazón roto y centrarme solo en el trabajo. Aunque seguía doliendo, trataba de no pensar demasiado en Héctor. Después de mi e-mail pidiendo paz, aunque sin respuesta, los carteles desaparecieron y no recibí nada más de él. Fue mejor así para los dos.

Logré alquilar un piso amueblado, muy cerca de la agencia. Me mudé un par de semanas después de empezar a trabajar aquí. Sin embargo, aún tenía algunas de mis cosas en el piso de Héctor. Me daba miedo volver y encontrarlo allí, pero necesito pasar página, aunque me duela mucho. Es lo que tengo que hacer. Reservé el sábado para finalmente recoger las pocas pertenencias que aún tenía allí.

Intentaba omitir mis sentimientos, no pensar más en ellos, centrarme únicamente en el trabajo, que es lo que me motiva a levantarme cada día.

Por cierto, el equipo de la correduría es muy bueno. Me recibieron muy bien y las cosas iban bien allí. Poco a poco, me fui haciendo cargo de todo. La semana pasada comí dos veces con Marina. Me dio noticias sobre Héctor, mencionó que está muy desanimado, pero el tema murió ahí. Evité hablar de él, siempre opto por cambiar de tema. Quiero mantener nuestra amistad separada de mi relación con él. Hablamos mucho más sobre los preparativos de su boda, que tendrá lugar en unos meses.

Me fui muy temprano, Marina se ha ofrecido a ayudarme. Supongo que ya debe estar allí. Le dejé las llaves desde nuestro último almuerzo. Como vive más cerca, prometió llegar antes y empezar a empacar mis pertenencias.

De camino hacia allí ha sido inevitable pensar en Héctor, en la vida y en las vueltas que está dando últimamente. Intento recuperarme, pero la realidad es que sigo destrozada por dentro,

a pesar del tiempo que llevamos sin hablarnos. Con Bruno fue doloroso, pero no se compara con lo que estoy sintiendo ahora, ni siquiera mis sentimientos por Héctor se comparan con mi efímero enamoramiento de Bruno.

Ahora duele mucho más...

Todavía es difícil respirar sin pensar en Héctor...

Aún es difícil despertar sin sentir sus brazos protegiéndome...

Sigue siendo difícil dormir sin su olor en mi cuerpo...

El semáforo se abre, el sonido de la bocina del vehículo que viene detrás me despierta de mi delirio. Trago en seco, conteniendo las lágrimas que quieren rodar por mi rostro. Sí, sigo llorando una y otra vez.

¡Basta, Alysson! No se merece tus lágrimas, no te merece a ti.

Es mi mantra, es lo que me digo cada vez que me sorprendo pensando en él. Sigue sin tener sentido, porque no puedo evitarlo, pero estoy bien, lo superaré.

Suena el móvil y el corazón se me acelera. Atiendo por el altavoz, a toda prisa, sin mirar siquiera quién llama, confieso que quería oír la voz de Héctor.

Mi alegría se deshace en cuanto reconozco la voz de mi hermano.

—Hola, Alysson, ¿cómo estás? —pregunta.

—Hola, Adri, resistiéndose. Es duro, mucho más de lo que imaginaba —digo con la voz entrecortada.

—Me lo imagino, Aly, esta vez fue amor.

—Sí, lo fue, pero ahora tengo que olvidarlo —digo, casi inaudible, vencida por las lágrimas.

—Alex me ha dicho que Bruno por fin ha dejado de molestar.

—Sí. —Maniobro para entrar en el edificio. —Debería haberles dicho desde el principio lo que hizo ese cabrón, me habría librado de él mucho antes.

—Estoy seguro de que lo habrías hecho. ¿Cómo te va en la casa de bolsa? ¿Es buena idea quedarse en el grupo?

—Me va bien. Me quedaré, necesito algo que me motive, será bueno mantener la mente ocupada, así pensaré menos en Héctor y, poco a poco, dejaré de echarlo de menos.

—En teoría es fácil, quiero verlo en la práctica.

Aparco en mi espacio, era imposible no mirar el suyo. Estaba vacío, menos mal o no, ya ni siquiera estoy segura. El coche de Marina ya estaba aparcado.

—Es mucho más difícil, pero me las arreglaré. Necesito centrarme en algo desafiante, esta nueva posición representa eso, incluso todavía en el grupo donde es CEO. A decir verdad, estoy cansada de renunciar a buenas oportunidades profesionales por un corazón roto, ahora necesito pensar en mí y dejar que los que se sientan incómodos se vayan.

—Me alegra oír eso, tienes razón, siempre la tienes. Pero creo que ya es hora de que hablen, sé que me dirás que fue un grosero, que te juzgó mal, que esto y lo otro, ya sé toda la historia, pero creo que dos adultos deben actuar como tales, una pena, porque los dos son orgullosos y cabezones.

—Sí, lo sé, pero yo no hice nada malo, fue él.

—Sí, pero tienes que escucharlo, para él todo lo que vio en el hotel fue real, Aly. ¿Has pensado cómo se sintió o cómo debe estar sufriendo y culpándose ahora?

—No, nunca he pensado en eso.

—Deberías. Como lo quieres, tienes que entender qué lo hizo actuar así. Sin contar que, apartándote de él, le estás dando el gusto a Paola que quería evitar que ganaras la apuesta, pero estoy seguro de que también era su objetivo separarlos.

—Dios mío, ¿ahora te has convertido en terapeuta de parejas? ¿O estás hablando con Héctor? —bromeo, disimulando mi llanto.

—No por las dos preguntas, pero estoy fuera y puedo leer la situación sin tomar partido.

—Sí, quizá tengas razón en algunas cosas.

—¿Cómo? Creo que no he oído bien, dilo otra vez —bromea Adriano.

—Sí, tienes razón, hermanito. Tal vez, solo tal vez, ¡bien!

—No puedo creer que lo hayas dicho.

—Bobo, ahora tengo que irme, ya me encargaré de recoger el resto de mis cosas del viejo piso.

—Quiero que hablen civilizadamente y luego me cuentes qué ha pasado, ¿ok?

—Quizá algún día. Ahora tengo que irme. Necesito acelerar las cosas aquí. Pensaré en todo lo que has dicho, te lo prometo.

—Eso espero. Intentaré estar allí el próximo fin de semana, ¿tienes tiempo para mí?

—¡Siempre, besos!

—Besos.

Cuelgo y me voy directo a mi antiguo departamento. Un poco nerviosa y ansiosa, no lo niego. Mi corazón se acelera a medida que me acerco al piso. Una sensación de ansiedad y miedo, no sé, no puedo descifrar lo que siento.

El ascensor se detiene, voy directo a mi puerta. Suspiro, recordando cuántas veces nos hemos besado por ese camino.

¡Maldita sea! ¿Qué hago con tanto amor?

La puerta está entreabierta, deduzco que Marina la dejó así. Entro, no la veo enseguida, así que la llamo, pero no contesta. De pie en medio de la habitación, tomo el móvil y busco algún mensaje de ella, y lo había, un simple mensaje, que no tiene mucho sentido:

"Lo siento, pero insistió demasiado y necesitan esto".

Ni siquiera me dio tiempo a entender lo que significaba el mensaje, oigo pasos, me giro hacia el pasillo y veo que se acerca Héctor.

—Buenos días, Alysson.

Me estremezco, las piernas me flaquean, el corazón me late irregularmente, permanezco inmóvil, incapaz siquiera de formular una respuesta. Me trago las ganas de llorar, que eran muchas, me resisto, firme y fuerte. Intento hacerme la dura, pero a medida que se acerca, me agarro al sofá por miedo a caer al suelo.

Todavía atrapada en su mirada, noto que está demacrado, parece un poco más delgado, tal vez. Hace tres meses que no nos vemos en persona. Héctor camina con pasos firmes, con el rostro cerrado, parece un poco pálido. Creo que debo estar como él, blanca como una vela, tan nerviosa.

Las manos frías y temblorosas, intento disimular el impacto que aún me causa, pero es prácticamente imposible, descubro allí, delante de él que aún no estaba preparada para volver a verlo.

¿Por qué es tan difícil, Dios mío?

Capítulo 29

Héctor

—¿Dónde está Marina? —pregunta, casi inaudible, sin apartar la vista de mí.

—Está esperando en el café de la calle de atrás. Le he pedido que me deje a solas contigo, necesito hablar.

—Héctor... será mejor que...

—No, Alysson, por favor, solo necesito que me escuches, después de que te diga todo lo que quiero, puedes pegarme, maldecirme, echarme, hacer lo que quieras, solo escúchame, por favor —lo ruego.

—Creo que soy yo quien tiene que irse, al fin y al cabo, es tu piso —dice intentando disimular su nerviosismo.

—Puedes quedarte aquí todo el tiempo que quieras, no tienes porqué irte, ya lo he dejado claro, pero no es de eso de lo que quiero hablar ahora —le digo con firmeza.

Ella se queda quieta, mirándome seriamente, sin mostrar ninguna reacción. Me dirijo a la puerta, la cierro y me siento en el sofá, indicando que haga lo mismo. Lo entiende, pero permanece un poco distante, diría que incluso reacia.

El corazón me late deprisa, tengo tanto de lo que hablar, pero tengo que tomármelo con calma, no puedo dejar pasar la oportunidad. Ella también parece un poco decaída, ¿ha sufrido tanto como yo en los últimos meses?

Me pierdo en pensamientos mirándola, cuánto la he echado de menos, estoy deseando besarla, me duele saber que está tan cerca y no poder tocarla. Finalmente tomo valor, necesito hablar.

—Alysson, quiero que sepas que desde nuestra ruptura no puedo dormir bien, he estado bebiendo y tomando tranquilizantes más de lo normal. —Me río sin gracia, intentando ocultar mi incapacidad para lidiar con mi sufrimiento. —Sobre todo después de tu correo, sé que me pediste un descanso y que te dejara en paz, pero no sales de mis pensamientos ni un segundo. No me rendí contigo, solo quería darte el tiempo que necesitas, no sé si fue el tiempo necesario, porque para mí ya no es soportable, te extraño tanto que me estoy matando.

Respira hondo y baja la cabeza, como si la conversación le molestara. Temo que no me entienda, me acerco un poco más, quería tocarla, pero me contengo. Continúo, necesito que me escuche.

—Quiero que entiendas primero la naturaleza del daño que Paola hizo en mi vida, para que comprendas lo duro que fue para mí verte en aquel hotel. Esa suite era la misma en la que

Paola y Sidnei solían reunirse; ahí es donde los encontré. Por cierto, ese hotel le pertenece. Paola montó todo esto porque ya sabía de lo nuestro. Incluso falsificó una impresión de una conversación por mensaje en la que supuestamente quedabas con Sidnei ese día y a esa hora, pero lo peor no fue eso, sino que utilizó algo exclusivo nuestro, que solo nosotras dos sabemos, estaba la frase "usaré nuestro pintalabios rojo" en la conversación. ¿Tienes idea de cómo me sentí con eso?

—¡Putamera! Tendría que haberle dado una bofetada —se encoge de hombros Alysson.
—Eso explica cómo consiguió convencerte para ir al hotel. Pero sigue sin cambiar el hecho de que no me dejaras hablar —dice con seriedad.

—Ya lo sé, Alysson. Paola fue astuta, eligió la misma suite que usaron ellos dos a propósito. No solo me engañó con Sidnei y me dejó por él, sino que quedó embarazada. El niño podía ser tanto suyo como mío, pero obviamente fue corriendo a decírselo primero a su amante, pero descubrió que él se había hecho la vasectomía hacía muchos años, es decir, que no podía ser el padre del bebé. Yo era el padre, pero ella no me dijo nada, hizo un aborto clandestino, porque no quería tener un hijo mío, sino de Sidnei.

—Dios mío, ¡qué maldita! —protesta, horrorizada.

Nunca le había contado a nadie mi relación con Paola; fue algo que me dolió durante muchos años, pero que ahora ya no tiene relevancia, me duele mucho más estar sin Alysson.

—Sidnei la abandonó muy poco después y aún tuvo el descaro de llamarme para hablarme del embarazo y del aborto. Ambos son sin carácter, nada bueno.

—Seguro.

Me acerco a ella, no tanto. Me mira con tristeza, me doy cuenta de que estaba impresionada con la verdad sobre Paola. Me toma la mano y me la aprieta.

—Lo lamento. Paola es despreciable, mucho más de lo que imaginaba. Claro, eso explica la forma en que llegaste al hotel, lo entiendo, pero cuando decidimos involucrarnos de verdad, siempre acordamos hablar y solucionarlo, ¿recuerdas? Ese día no me diste ese derecho, Héctor.

—Sé que me equivoqué, lo reconozco, Alysson. Me dejé llevar por todo lo que me hizo pasar, pensé que la historia se repetía. —Agacho la cabeza y cierro los ojos, muy arrepentido y avergonzado por cómo actué con Alysson. —No sabes cuánto me dolió y cuánto luché conmigo mismo para no enloquecer, era demasiado duro imaginar que pudieras traicionarme, igual que hizo Paola.

Permanezco con los ojos cerrados, reflexivo, porque tiene toda la razón, no tengo derecho a exigirle nada, al contrario, necesito suplicarle perdón. Creía que la batalla ya estaba perdida, un hilo de esperanza renace cuando la siento acariciar mi cara con el dorso de sus dedos.

—Lo siento, Héctor.

Levanto la cabeza, acercándome un poco más a ella, que no se echó atrás. Agarro sus manos con firmeza y las aprieto.

—Fue demasiado cruel lo que me hizo, y a nosotros también, volvió a manipularme, Alysson. Siento contarte todo esto, no quiero parecer una víctima de la situación, no es mi intención eximirme de culpa. Solo quería que entendieras lo traumático que fue para mí verte en aquel hotel. Parecía que lo estaba viviendo todo de nuevo, pero esta vez la caída fue mucho mayor, porque te amo. —Levanto su barbilla lentamente, necesito ver sus ojos, sostengo su cara entre mis manos. —Perdí la cabeza, dije cosas que no debía y que no merecías escuchar. Eres demasiado importante para mí cariño, haré lo que sea por tu perdón.

Veo esbozar una leve sonrisa en sus labios, aún atrapada en su mirada, me contengo, porque me moría de ganas de besarla. Una lágrima rueda por su mejilla, la seco lentamente con un suave beso. Ella no rechaza mi afecto, eso me anima. Sigo bajando lentamente, casi rozo sus labios con los míos, ella reacciona.

—Héctor... No sé...

Incapaz de resistirme, la interrumpo con mis labios. Al principio, un beso tranquilo, quería sentir si ella también deseaba lo mismo que yo. Sé que aún teníamos mucho de qué hablar, pero el anhelo era mayor que cualquier asignatura pendiente. Cuando sentí que ella me correspondía, no pude resistirme y nuestro beso se intensificó, bocas y lenguas desesperadas, sedientas y locas de anhelo. Fueron los minutos más largos de mi vida, quería tener aliento infinito para no irme, no quería dejar de besarla por miedo a que ese fuera nuestro último beso.

—Estaba loco de nostalgia, estar sin ti me destrozó, Alysson —Digo jadeando y pongo mi frente contra la suya, me quedo con su cara entre mis manos. —No puedo dejar de pensar en ti. Al principio, incluso tuve que cancelar mis viajes y alejarme de la presidencia del grupo, Santiago tuvo que hacerse cargo de todo en el último momento, quería matarme por eso. —Me río, tratando de aligerar el ambiente. —Volví porque era necesario, pero mi vida aún no ha vuelto a la normalidad, no estoy de humor para nada, porque necesito saber que no arruiné todo entre nosotros.

Me alejo, buscando sus ojos.

—Yo también pienso en ti, Héctor, me dolió mucho todo lo que me dijiste, ahora entiendo un poco más la forma desmedida en que actuaste, pero...

—No, Alysson, no tienes que decir nada ahora. Te daré el tiempo que necesites, si aún lo necesitas. Solo quiero saber si puedo esperarte, si aún tengo una oportunidad de volver a ser tuyo, solo para tener un soplo de esperanza.

Le brillan los ojos, esboza una leve sonrisa y me abraza. ¡Mierda! No puedo ni medir el alivio que sentí al tenerla entre mis brazos, inmediatamente le correspondo. Apoya la cabeza en mi pecho.

—Parece como si hubiera estado lejos de ti tanto tiempo. Me he tomado la molestia de venir aquí porque todo lo que hay en este piso me recuerda a ti —dice, casi en un susurro.

La aparto suavemente, necesito mirarla a los ojos, creo que es la primera vez que mi corazón se tranquiliza desde que llegué. Es lo único que necesitaba oír para seguir viviendo.

—Yo también siento lo mismo cariño. Mi departamento solo me recuerda a ti y me duele demasiado pensar que te perdí por mi error.

Vuelvo a abrazarla, resistiéndome todo lo que puedo para no precipitarme y meter la pata. Finalmente, su abrazo es mi bálsamo, hacía días que no tenía paz como ahora, al mismo tiempo, me doy cuenta de que estoy jodido, porque amo a esta mujer y me tiene en sus manos.

Me controlo todo lo que puedo, porque las ganas de arrancarle la ropa y llevarla al dormitorio eran gigantescas. Yo esquivaba, tratando de disimular mi deseo. No puedo estropearlo todo, las cosas van bien.

Tranquilo, Héctor, paso a paso.

Aún en silencio, se apoyó en mi pecho. Intento desviar mis pensamientos, pues, solo puedo imaginarla desnuda en mi cama o aquí mismo en este sofá, como hemos hecho tantas veces, sin embargo, aún no es momento para eso, necesito tener su "sí" primero.

El ambiente de casi reconciliación se interrumpe bruscamente al abrirse la puerta. Miramos inmediatamente hacia atrás, era Marina, con cara de susto, mete la cabeza por una rendija de la puerta y nos mira.

—Hola chicos, ¿todo bien por ahí? He llegado demasiado pronto, ¿no? —deduce al vernos abrazados.

¡Maldita sea, Marina! Claro que has llegado a destiempo.

—No, Marina, pasa, por favor. —Alysson se levanta y la invita a pasar. —Prometiste ayudarme, ¿recuerdas?

No tengo más remedio que hacer lo mismo. Me levanto y observo cómo hablan las dos.

—¿Me he interpuesto en algo? Si quieres puedo volver en otro momento —sugiere Marina y me mira fijamente.

Permanezco en silencio y dejo que Alysson conteste, pero no llega ninguna respuesta. Respiro hondo, me contengo e incorporo la paciencia que no existe en mí.

—No, Marina, puedes quedarte, no molestas nada, de hecho, te he molestado en tu programa. —Me dirijo hacia la puerta, Alysson me sigue y sale del piso conmigo. —No quiero molestarte, Alysson, puedes seguir.

—No me molesta, si quieres quedarte para ayudarnos, te lo agradeceré. —Sonreí, parecía nerviosa.

No era la invitación que quería recibir, pero el simple hecho de poder quedarme un poco más en su compañía ya era un avance, pero si solo éramos nosotros dos.

—¿Cómo estás en la correduría? —le pregunto.

—Va bien, creo que podemos cenar cualquier día y así te cuento algunas cosas.

—Hoy —digo inmediatamente, con una amplia sonrisa. —Esta noche puedo.

—Sí, puede ser. Tengo previsto mudarme definitivamente hoy mismo al departamento que alquilé cerca de la agencia, te enviaré mi nueva dirección por si prefieres recogerme.

—¿Sería demasiado abuso si te pidiera...

—¿La llave de mi nuevo piso? —deduce ella, un poco seria.

—No, iba a pedirte que te quedaras aquí.

—¿Que me quede aquí? —pregunta, confusa.

—Sí. Yo... no pienso alquilar el departamento, estará vacío, así que puedes quedarte aquí, no tienes porqué irte.

—Ya he alquilado otro piso, Héctor...

—¿Has firmado ya el contrato? —pregunto.

—Sí, incluso he pagado tres meses por adelantado.

—Quédate aquí, te reembolsaré lo que has gastado —le digo.

—No, no, en absoluto, no necesito que me lo reembolse —Dice riéndose. —Pero te prometo que lo pensaré.

Toca el picaporte de la puerta para entrar, pero antes de hacerlo tomo su mano.

—Te he hecho una pregunta y no puedo irme de aquí sin oír una respuesta. Necesito saber si puedo seguir esperándote.

Se queda callada, mirándome profundamente, como si evaluara mis señales.

—Sí, yo...

—No, no hace falta que me lo expliques, solo quiero saberlo. Puedo darte el tiempo que necesites, y mientras tanto podemos vernos cuando quieras, sin ataduras, te prometo que me portaré bien, solo quiero poder estar cerca de ti.

Se ríe, como si ya supiera que mi promesa no vale nada.

—Bien, de acuerdo.

—¿Es un sí, entonces?

—¿Puedo darte una respuesta más tarde? Tengo que pensarlo —dice muy seria.

Mi sonrisa desaparece de inmediato, pero acepto. Ahora no puedo pedirle nada. El mero hecho de poder estar cerca ya es una gran victoria.

—Por supuesto. Gracias, Alysson.

Me inclino para besarle la mejilla, intento respetarla, sin embargo, ella toma la iniciativa y se gira, tocándome ligeramente los labios. Yo le correspondo y la beso de verdad. No quería irme, pero para ser una primera conversación, ya estaba bien. Me aparto y beso su frente a modo de despedida.

—Hasta luego, cariño.

—Hasta luego, Héctor.

Salgo en dirección al ascensor, que llega muy rápido. Ella espera en la puerta, saludo con la mano antes de que se cierren las puertas. Vuelvo a mi piso, feliz, excitado y dispuesto a todo para recuperar a esta mujer.

A la hora convenida estoy en su edificio, ansioso, con el corazón latiendo deprisa. Pensé en tantos regalos para hacerle, pero pensé que era mejor no comprar nada, porque es una cena para hablar del corretaje. Intento alinear mis expectativas.

Miro el reloj, nada de ella. Tomo el móvil, busco un mensaje, pero no hay nada. Pienso en llamar, pero me resisto, y pronto la veo aparecer en la puerta. Respiro, aliviado y el corazón parece querer salirse por la boca, mi sonrisa aparece de inmediato al verla. Salgo del coche para recibirla y me alegra verla con un pintalabios rojo.

Solo iba a saludarla, pero el pintalabios rojo me desconcierta. Su sonrisa no hace más que animarme. Ni siquiera la saludo, estoy ciego de lujuria. Espero a que se acerque y entrelazo una de mis manos en su pelo, acerco su boca a la mía, hago lo que más echaba de menos en los últimos días: quitarle el carmín rojo de los labios.

Ella se aparta, jadeando, riendo.

—Hola, Héctor, estoy bien, gracias por preguntar.

—Perdona, Alysson, me vuelvo loco cuando te veo con los labios pintados de rojo.

Ella sonríe, hermosa y tan encantadora que me pierdo en su mirada.

—Muy bien, ¿nos vamos? —me pregunta.

Le abro la puerta del coche y subo, entusiasmado. Como hacía días que no sentía. No puedo ocultar mi alegría por tenerla conmigo. Nos ponemos en marcha, dejo que ella elija el restaurante, porque no me importa el lugar, solo la compañía.

La cena estuvo bien, hablamos mucho del corretaje, no hablamos de nosotros, fue prácticamente una cena de trabajo. Me contó sus planes, sus logros y lo contenta que está al frente de la correduría. Cuando terminamos, decidí llevarla a un lugar especial, era una sorpresa, no revelé el destino, y ella aceptó. Aunque no pude ocultarlo por mucho tiempo, porque las luces, el sonido y la animación del lugar pronto dejaron claro nuestro destino.

—¿Un parque de atracciones, Héctor? —me pregunta.

—Pensé que te gustaría divertirte un poco —le digo y le guiño un ojo.

—Sabes que me encanta.

—Sí, lo sé.

Aparco el coche, bajamos, le ofrezco la mano, sin esperar que Alysson acepte, pero lo hace y eso me anima. Hasta entonces había respetado nuestro distanciamiento, aunque con ganas de volver a besarla, me contengo. Primero damos unas vueltas por el parque, comemos algodón

de azúcar, charlamos, jugamos al tiro al blanco y luego, la dejo elegir la atracción, mientras esperamos en la cola de las entradas, me quedo admirándola, fascinado, parece feliz, hacía días que no me sentía tan bien como ahora.

Alysson está radiante y hermosa, con un vestido floreado y zapatillas bajas. Lleva un pequeño bolso a un lado del cuerpo, viste sin muchas formalidades, sin seguir las reglas de la moda, eso me gusta. Lleva el pelo suelto, ligeramente ondulado a la altura de los hombros, se balancea cuando se mueve, ¿y su sonrisa? Increíble, perfecta. Estaba hablando algo, le presto poca atención, porque verla tan feliz como está ahora es lo que me importa.

Fue una noche muy divertida. Ya era un poco tarde, era hora de volver. Alysson se veía cansada, aunque yo quería estar más con ella, creo que es mejor no presionarla. Volvemos, me indica que entre en el garaje, lo hago. Juro que intento no crear expectativas, sin embargo, la quiero tanto que cualquier esperanza de reanudar nuestra relación me deja en éxtasis.

Apago el coche y la miro.

—Ya está, se ha entregado.

—Gracias por la noche y el viaje. Te invitaría a subir, pero las cosas están bastante revueltas por aquí. Sigo sin ponerme las pilas.

—¿De verdad vas a cambiar? —pregunto.

—Sí, creo que será mejor así, Héctor.

Me callo, me gustaría tenerla cerca, pero, en fin, es su decisión.

—Bien, pero el piso seguirá estando a tu disposición siempre que quieras volver.

—Te devolveré las llaves...

—No, he dicho que no hace falta. El piso seguirá estando a tu disposición —interrumpo.

—Está bien.

—No me importa subir, si me lo permites, claro.

—Muy bien, entonces vamos.

Salimos del coche. Yo intento disimular mi sonrisa de satisfacción y, por supuesto, pensando para mis adentros: ¿cómo una simple invitación puede hacerme tan feliz? Intento no mostrar mi excitación para no asustarla.

El edificio era modesto, sin muchos lujos, no a la altura de lo que ella se merece. Sin embargo, no quiero interferir en su decisión. Su departamento estaba en el sexto piso, tenía vecinos, cosa que ya no me gusta mucho. La puerta no parecía muy segura, pero intento no pensar en eso. Al fin y al cabo, el primer paso es recuperarla; luego ya ajustaremos los demás detalles.

Entramos, era un piso pequeño, la sala estaba llena de cajas y algunas maletas por el suelo. Cierra la puerta y coloca su bolso en el polvoriento sofá con algunas bolsas ocupando casi todo el mueble.

—No tengo nada que ofrecerte, lo siento —dice riendo.

Era el momento que había esperado toda la noche, me acerco un poco más a ella, tomo su mano y uno nuestros cuerpos. Noto cómo su respiración se acelera, sus ojos brillan, su pupila se dilata, sus pechos suben y bajan rápidamente. Está un poco nerviosa, me doy cuenta, yo también, lo reconozco.

—Todo lo que quiero está aquí delante de mí. Solo te quiero a ti, cariño, solo a ti.

Una increíble conexión de miradas, sonrisas silenciosas, bocas casi rozándose. ¡Mierda! Cómo la deseaba tanto, es desesperante pensar que la he perdido.

—Nena, estoy loco por ti. —Beso sus labios lentamente, aunque su cuerpo me da señales de que desea lo mismo que yo. —Ya no puedo estar lejos de ti.

Un nuevo beso, esta vez más intenso, tengo la impresión de que su boca es aún más suave de lo que mi memoria registraba. Deslizo una mano por su cuello, bajo a lo largo de sus curvas hasta su trasero y la aprieto más contra mí.

Me alejo brevemente. Ella parpadea anhelante, pareciendo aturdida. Sus labios están enrojecidos por el beso reciente, y son tan tentadores que me entumecen. Ella sonríe y yo le devuelvo la sonrisa, intentando concentrarme en lo que tengo que hacer y no en lo que quiero. Porque la verdad es que me muero por tirarla en el pequeño sofá que tenemos detrás, enterrar mi cara entre sus muslos y hacer que acabe tantas veces hasta que se desplome exhausta sobre mi pecho.

—Te he echado de menos. Gracias por no desistir de mí —murmura.

—Nunca, porque eres lo único que más quiero, Alysson. Deseo volver a ser tuyo, quiero que vuelvas a ser mía. No quiero estar ni un segundo más lejos de ti. Solo tienes que decir que sí.

Ella sonríe, tan hermosa que me llena de esperanza. Maldita sea, con esa sonrisa tiene todo lo que quiere de mí.

—Necesito pensar — dice ella, juguetona. —Quizá debería ocultar mi respuesta en un lugar más estratégico.

¡Mierda! Mi pene se estremece en mis pantalones ante la posibilidad.

—Me apunto. Quiero todo lo que teníamos antes. —No creo que volvamos a tener lo que teníamos antes, Héctor.

—¿Cómo que no? —pregunto, preocupado.

—Porque ahora ya no tenemos que escondernos. —Me rodea el cuello con los brazos y me mira riendo. —Quiero que vuelvas, cariño, porque te amo.

Una mezcla de alivio y felicidad inexplicable. Con una amplia sonrisa en la cara y el corazón latiendo con fuerza, me callo, he esperado tanto para oír esto de ella que me he quedado sin palabras. Nunca pensé que me sentiría tan feliz como ahora. Por fin, respiro aliviado.

—Dilo otra vez, por favor —le pido, con la voz temblorosa.

—¿Qué? ¿Que te acepto de nuevo? —pregunta ella, relajada.

—No, lo que has dicho después.

—Héctor Brandão, te amo, y quiero que todo el mundo sepa que te amo.

—¡Dilo otra vez! —exijo, feliz como nunca creí merecer serlo un día.

—Te amo, te amo, te amo. —Ella me tira hacia el balcón. —Aquí se está mejor. —

Toma aire y grita: —Héctor Brandão, te amo...

Me río, extasiado por la insólita declaración. Necesito corresponder, me acerco a ella, grito tan fuerte como ella, pero completo mi declaración.

—Alysson, te amo... ¿quieres casarte conmigo?

Capítulo 30

Héctor

Su sonrisa desapareció de inmediato.

¡Mierda! Me he pasado, debería haber esperado un poco más. Me acerco, intento explicarme, ella sigue estática, como si lo estuviera esperando.

—Lo siento, Alysson, te mereces un pedido en condiciones...

—No, no es eso, es que... ¿hablas en serio? —pregunta ella, incrédula.

—Sí, muy en serio. —La atraigo hacia mí, sujetándole la cara entre las manos. —Te amo, Alysson, sé que te mereces un pedido digno, pero en este momento era mi corazón el que hablaba más alto. Te amo para el resto de mis días, quiero casarme, tener una fiesta, luna de miel, una casa, niños, perros, todo lo que quieras. Lo quiero todo contigo, cariño.

Una lágrima rueda por su mejilla y su sonrisa se ensancha, al igual que la mía. Cierra los ojos, suspira, pensativa, como si reflexionara sobre mi petición. Me preocupa, pero durante un breve segundo, pronto sus lágrimas se intensifican y se unen a su risa, creo que de felicidad.

—Héctor... Yo...

De repente, somos interrumpidos por unos gritos procedentes del balcón superior.

—¡Tómalo! ¡Acepta! —Seguido de aplausos y gritos entusiastas. —Cásate con él, tonta.

Ambos miramos en la dirección de los gritos, hay dos mujeres saludándonos. Estaban en el balcón sobre el piso de Alysson, espectadoras de nuestro momento.

Nos reímos juntos. Alysson estaba un poco intimidada.

—Creo que tenemos espectadores —digo, rompiendo el ambiente.

—Lo entiendo. Es lo que pasa cuando quieres gritar para que te oiga todo el mundo —dice y sonrío, nerviosa.

—Quieren una respuesta y yo también, nena.

Se oye otro grito, esta vez de una voz masculina, no se ve el autor, solo la dirección, parecía venir del piso de arriba.

—Acepta pronto, quiero dormir.

Nos reímos a carcajadas. La abrazo con ternura, muriéndome por una respuesta.

—Creo que molestamos al vecindario, por eso me gusta elegir a mis vecinos, pero no me importa. Hay asuntos más importantes de los que ocuparnos ahora. Sé que esta idea puede parecer una locura, nos conocemos desde hace poco tiempo, pero cuando estás con la persona adecuada, tu corazón lo siente así, no hay explicación. Así es como me siento ahora, Alysson, eres la persona que mi corazón ha estado esperando toda mi vida.

Mientras hablaba, sus lágrimas siguen rodando y su sonrisa permanece.

—No sé ni qué decir, Héctor. Es la proposición más absurda que he recibido, pero es la que más feliz me hace. —Esconde la sonrisa, intenta mantenerse seria, suspira profundamente para contener las lágrimas. —Yo también siento que te esperé durante todo este tiempo, ahora entiendo por qué nunca funcionó con nadie más, porque tú eras el adecuado. Sé que nos llamarán locos, juzgarán que apenas nos conocemos, pero no me importa, quiero vivir esta locura contigo.

¡Mierda! Mi corazón se acelera mientras hablaba, esperando recibir un no, sin embargo, su respuesta casi me hace gritar de nuevo para que todos la oigan, sin embargo, ya tenemos demasiados espectadores.

Coloco mi boca sobre la suya, besándola profundamente, radiante y tan feliz que no puedo medirlo. Me alejo, jadeando, su mirada tenía un brillo tan especial, que soy capaz de perderme en ellos, entumecido, deslizo mi mano por su mejilla suavemente.

—Juro que no esperaba su sí, pero ya que lo tengo, necesito hacer las cosas como es debido. —Rebusco a tientas en mis bolsillos, buscando los caramelos que ganamos en el tiro al blanco. Recuerdo que uno de ellos era un bombón con un anillo de juguete clavado. Lo saco, lo aparto y me arrodillo, tomándole la mano, bajo su risa y sus lágrimas, que ya han comprendido mi intención. —Alysson Nunes, ¿quieres casarte conmigo?

—Sí, acepto.

Le pongo el anillo en el dedo, aunque pequeño, cumplía la función del momento.

¡Mierda! Me pongo de pie, en un arrebato de felicidad que apenas cabe en mí. El corazón me late deprisa, la cuelgo en mi regazo y la beso, damos unas cuantas vueltas, reímos y nuestras lágrimas se unen. Finalmente, me detengo y la dejo en el suelo.

—Perdón por el anillo, era el que tenía en ese momento —justifico.

—No pasa nada, era el anillo de dulce más bonito que he ganado nunca.

—Voy a hacerte la mujer más feliz del mundo, Alysson.

—Yo también, mi amor —dije, muy emocionada.

Otro beso, aunque nuestras acciones ya indicaban su respuesta positiva, sabía que nuestros espectadores querían oírlo claramente.

Miro hacia las dos mujeres que nos seguían desde el balcón.

—¡Ha dicho que sí! —grito.

Bajo los gritos y aplausos de los vecinos, vuelvo a besarla para sellar nuestro compromiso. Enseguida la conduzco al interior del piso besándola, porque quiero celebrar nuestro amor y nuestro "sí".

Juro que no esperaba que dijera "sí". Casarme nunca formó parte de mis planes, pero que se jodan. Ya no quiero hacer planes solo, quiero compartir mi vida con ella a partir de ahora.

El beso se intensifica, ella rodea mi cintura con sus piernas, salgo hacia el pasillo

buscando el dormitorio, sin despegarme de su boca, empujo la primera puerta, diviso una cama, es esta. La tumbo en ella, solo entonces abandono sus labios, empiezo a desnudarme, ella hace lo mismo, y en unos segundos estamos con nuestras bocas pegadas de nuevo, desnudos y con nuestros cuerpos en contacto.

Cuánto echaba de menos el calor de su cuerpo, encantado y loco de lujuria, me alejo por breves segundos, busco su mirada, deslizo mis manos por el lateral de su cara, sonreímos, ella busca de nuevo mis labios, impaciente, pero, a pesar del deseo y el ansia acumulada, no tengo prisa, porque quiero amarla con calma, besar poco a poco todo su cuerpo.

Ella se da cuenta, me mira con preocupación.

—¿Pasa algo, amor?

—No, al contrario, ahora todo es perfecto.

Beso suavemente sus labios y desciendo por su cuello.

—Ya no tenemos prisa, ahora eres mía para el resto de nuestros días, cariño —le susurro al oído.

Deslizo las manos por sus curvas, disfrutando de cada detalle de su cuerpo. Me inclino sobre ella, le acaricio uno de los pezones, ella gime suavemente, desliza su mano por mi pelo y tira de ellos mientras le chupo los pechos con más intensidad.

Intento mantener el control, pero era difícil. El tiempo que habíamos estado separados había potenciado aún más mi deseo por ella. Bajo hacia su vientre, sin esperar mucho, la huelo, me vuelvo loco.

—Oh nena, como echaba de menos tu olor.

La miro por última vez, antes de perderme entre sus piernas. Chupo, lam, beso, contorneo su clítoris, la penetro con los dedos, la hago jadear, loca de deseo, verla arder me vuelve loco. Oigo sus gemidos desesperados, de alguien que está a punto de entregarse a un orgasmo. Me detengo, porque soy capaz de llegar al ápice solo con escucharla.

Me quedo quieto unos segundos, me alejo, me pongo de rodillas sobre la cama, intentando frenar mi deseo por ella, lo quiero todo de ella esta noche, pero lo quiero con calma y paciencia, quiero amarla poco a poco, celebrar este, que será nuestro primero de muchos.

Alysson se sienta en la cama bruscamente, confusa, intentando comprender el motivo de mi súbita parada, no satisfecha, desliza sus manos por mi pecho y sonrío. Como si los conociera por primera vez.

—¿Qué pasa? —pregunto riendo.

—Es que se me había olvidado lo mucho que me gusta pasar las manos por aquí. — Sigue acariciándome suavemente, bajando la mano hacia mi pene. —Y aquí también.

Se ríe, provocativo y sexy. Mastúrbame despacio.

¡Mierda! Quería calmar un poco el deseo, pero ella no colabora en absoluto. De repente,

salta de la cama, me giro para verla, me toma de la mano y me saca de la cama. Con una hermosa sonrisa, me lleva de nuevo a la cama. Comprendo su propósito, me dejo guiar por ella.

Alysson se arrodilla entre mis piernas, sujeta mi pene con fuerza y lo chupa con desesperación, alternando con placenteras lamidas, casi me saca un orgasmo con pocos movimientos.

—Ey... —La agarro del brazo. —Vamos con calma, nena.

Ella sonríe y no me obedece, sigue chupándose el pene, a punto de acabar, se detiene un poco, se acerca un poco más, coloca mi pene entre sus pechos turgentes y empieza a masturbarme lentamente.

¡Mierda! Sabe que estoy loco por sus pechos, y conociendo mi predilección, no mide sus esfuerzos para volverme loco. Pierdo la cabeza durante unos segundos. Me gusta cuando ella toma el control.

—Estaba loca de nostalgia...

—Me di cuenta.

Me río, me empuja, caigo de espaldas sobre la cama, ella sube lentamente y me monta. Sexy y jodidamente provocativa. Alinea mi pene en su entrada, frota su humedad por toda la longitud de mi pene. Eso acaba conmigo.

Me levanto bruscamente con ella sobre mi regazo, invierto nuestras posiciones y la tumbo en la cama. Beso su boca con deseo y alinee mi pene en su entrada.

—Te deseo, nena, ¡ahora! —me pide.

—Me tienes, nene, soy toda tuya.

Sabía lo que ella quería y necesitaba, de hecho, ambos lo necesitábamos. La penetro poco a poco, me quedo quieto unos segundos, sintiéndola, tan caliente y tan húmeda, exactamente como la recordaba. Ella se revuelve, buscando la posición adecuada para recibirme completamente dentro de ella, engancha sus tobillos a mi espalda, solo entonces empiezo a moverme, lentamente al principio, quería disfrutar cada segundo dentro de ella. Me muevo con movimientos lentos y profundos, poco a poco encuentro un ritmo bueno y a la vez tierno.

Beso su boca, sostengo su cara y nuestras miradas conectan inmediatamente, la risa es automática, los corazones laten fuerte, los cuerpos en contacto total. Es tan intenso y perfecto, mucho más que el sexo animal que solíamos tener, porque ahora la conexión es de corazones y sentimientos.

—Te amo, cariño. —le susurro al oído.

—Te amo nene...

Es tan placentero escucharla declarar su amor, siento la verdad en su mirada. El momento fue tan tierno, que quise quedarme un poco más, intenté prolongar nuestros orgasmos, porque quería más de esta increíble conexión. Sin embargo, han pasado días sin tenerla entre mis

brazos, aunque el momento era perfecto, no podía postergarlo.

Acelero un poco más, empujo con más fuerza, ella gime alucinada, siento que se acerca su orgasmo. Vuelvo a sujetarle la cara.

—Ven para mí, nena, quiero verte acabar en mi pene —le ordeno, con la voz temblorosa, embriagado por el placer.

Ella hace lo que le ordeno, abre los ojos y sonrío, como dándome una respuesta afirmativa. Intensifico los movimientos, ella grita delirante mi nombre, gimiendo tan deliciosamente que me vuelve loco.

—Sí, nena, me encanta verte acabar cuando tengo mi pene enterrado en ti.

Un último gemido, esta vez más fuerte, unas palabras inconexas y se entrega a un orgasmo múltiple y prolongado. Verla acabar es como una orden para que acabe yo también. Sigo empujando un par de veces más, hasta explotar en un intenso y placentero orgasmo que me saca momentáneamente de órbita.

Poco a poco vuelvo en mí, los dos jadeamos, sonriendo de par en par. Me tiro en la cama junto a ella y la arropo en mi hombro.

—Eres lo mejor de mi vida, Alysson.

Alysson me busca con la mirada, como si quisiera confirmar la veracidad de mis palabras. Me mira durante unos segundos, abre una amplia sonrisa. Me siento el hombre más feliz del mundo por poder poner una sonrisa en esos labios.

—Tú también, mi amor, eres lo mejor que me ha podido pasar. Gracias por esperarme.

Nos damos un beso rápido y ella vuelve a acurrucarse entre mis brazos. Acaricio su pelo con calma. Su sonrisa completa su semblante de felicidad, mientras nuestros cuerpos se calman, pienso para mis adentros. Puedo tener dudas sobre muchas cosas, pero si había una certeza que tenía, era que haría cualquier cosa por mantener esa sonrisa para siempre en sus labios.

A la mañana siguiente me despierto todo postrado en la cama y con la espalda dolorida. La cama de Alysson es de pésima calidad. Por supuesto, no fue solo culpa de la cama, de hecho, no dormimos mucho anoche. Lo celebramos con mucho sexo y amor.

Me levanté antes que ella, me duché e incluso intenté preparar café, pero no encontré nada en la cocina. Todo estaba aún en fase de organización. En fin, vuelvo a la cama. Ella sigue durmiendo plácidamente. Me siento a su lado, estoy impresionado, mirándola y pensando lo loco que estoy por esta mujer.

Alysson se mueve un poco, abre los ojos lentamente y cuando me ve, mirándola como un tonto, sonrío maravillosamente.

¡Mierda! Me he alegrado el día con esa sonrisa.

—Buenos días, cariño.

—Buenos días, mi amor.

Le toco la cara despacio.

—¿Has dormido bien? —le pregunto.

—Lo poco que dormí, sí, maravillosamente bien.

Su sonrisa se ensancha. Sabía la razón del poco sueño, por supuesto, y estoy orgulloso de ello.

—Es bueno saberlo. Te prometo que te dejaré dormir los próximos días, pero no en esta cama.

—¿Por qué no?

—Porque te quiero conmigo, en mi departamento, hoy.

—Todavía tengo la llave, podré visitarte. —Desliza sus manos por mi brazo. —Si me lo permites, claro.

Me inclino para besarla. Sé que aún no entiende mi propuesta, así que tras el sereno beso, me quedo mirándola.

—No te quiero como visitante, cariño. Te quiero en mi departamento como residente. ¿Te vienes a vivir conmigo?

Se queda callada unos minutos, seria, muy seria. Tan seria que me preocupa. Cuando me dispongo a explicarme, ella se anticipa.

—Te encanta hacerme preguntas difíciles. —Se ríe, parece un poco nerviosa. —Me gusta, estoy cansada de darle vueltas a las decisiones de mi vida y analizar los pros y los contras de todo. Aunque me acabo de mudar... Yo... acepto, mi amor.

¡Mierda! Mi sonrisa nunca había sido tan genuina. Tuve la misma sensación de felicidad cuando aceptó mi propuesta de matrimonio.

—Te encanta darme sustos de muerte, ¿verdad? —Respiro aliviado y tan feliz que no puedo ocultarlo. —Como ya vivimos juntos, creo que podemos casarnos ahora, ¿qué te parece?

—¡Dios mío! Vamos a tomárselo con calma, ¿ok? —Ella sonríe, divertida. —Pero pensándolo bien, no creo que quiera esperar más.

—Yo tampoco, cariño. Aceptaré lo que tú quieras, me casaré por la iglesia y por civil. Una fiesta, una luna de miel, lo que tú decidas —digo emocionado.

—Tengo un pequeño trauma con el tema del vestido de novia y la fiesta, así que prefiero evitarlo.

—Ya he dicho que depende de ti. Solo te quiero a ti, cariño. Solo a ti.

Un beso intenso y en pocos segundos ya estaba en la cama sobre ella, desvestido, arrancándole las bragas. Sediento y loco por cogérmela duro. Sin embargo, antes de que pudiera siquiera tirar la ropa interior, suena su teléfono, insistentemente.

Nos detenemos, ella sonríe, divertida.

—Lo siento, tengo que contestar. Tenía una cita esta mañana.

Pongo los ojos en blanco, no muy contento, por supuesto. Ella contesta, yo espero mientras habla. Alysson sale de la cama, me siento y la miro.

—Hola, Alex. Sí... me atrasé, he tenido un contratiempo. —Me mira y sonrío, intento corresponderle. —Sí, lo haré, te lo prometo. Besos, ¡adiós!

Se abriga y tira el teléfono sobre la cama, con cara de emoción. Menos mal que no eran malas noticias por teléfono.

—¿Te apetece una comida familiar? —pregunta y vuelve a la cama, emocionada.

—¿Una comida familiar? —le pregunto, estrechándola entre mis brazos.

—Sí, me comprometí con Alex a que hoy, después de comer, cuidaría del Grandote por él.

—¿Grandote? —pregunto, casi sin poder contener la curiosidad.

—Si no quieres ir lo entiendo, pero creo que sería un buen momento para conocer a mi padre y decirle que tenemos intención de casarnos.

—Por supuesto que acepto.

No me perdería este evento por nada del mundo. Conoceré a mi futuro suegro, y también a este Grandote. ¡Por supuesto que voy!

Capítulo 31

Alysson

Todavía era pronto para la comida familiar, así que pasamos por el departamento de Héctor, nos preparamos y tomamos un café juntos. Fue tan divertido y animado, estábamos los dos tan contentos, que en varios momentos pensé para mis adentros:

¿Me merezco tanta felicidad?

...sí, la merezco.

Después de lavar los platos y acomodar la cocina, nos sentamos en el sofá de la sala. La idea era planificar los próximos pasos en nuestras vidas: mi mudanza al piso de Héctor y nuestra boda. Pero nuestros planes se interrumpieron, mi móvil volvió a sonar. Ya había sonado tres veces desde que llegamos, pero no quise contestar. Estábamos en un momento propio y, como ya había hablado con Alex, ignoré las llamadas.

A pesar del increíble momento, la insistencia de las llamadas me inquieta. Miro rápidamente la pantalla, era Marina otra vez.

—Marina otra vez, tengo que contestar —justifico y tomo el móvil de la mesita. — Seguro que se muere por saber lo de nuestra cena.

Héctor sonríe, me besa la cara y me susurra al oído:

—Estoy seguro, ella te quiere y quiere saber si volvimos a estar juntos.

—Vamos a averiguarlo ahora. —Devuelvo la llamada, pongo el altavoz, ha llamado varias veces y luego contesta. —Hola, Marina.

—¿Hola, Marina? —repite, sonando tensa. —¿Quiere matar mi curiosidad, Sra. Alysson? ¿Qué clase de amiga eres? Estoy en vilo con mi boda a la vuelta de la esquina, ¿y no me das noticias? —dice ella, visiblemente nerviosa.

—Marina, cálmate... —intento justificarme, conteniendo la risa por respeto a su desesperación.

—¿Que me calme, Alysson? Es lo que menos tengo ahora mismo.

La oigo reír, aunque sigo notándose tensa.

—Siento no haberte llamado, es que estaba un poco ocupada.

—¿Ocupada? ¿Cómo que ocupada? No me digas que ustedes...

Miro inmediatamente a Héctor, que se me acerca para hablar.

—Sí, hermanita, hemos vuelto a estar juntos. Le pedí que se casara conmigo, aceptó y nos mudaremos juntos, eso es todo, resumí.

—¿Es en serio? ¿Alysson? ¿Es verdad? —pregunta Marina, nerviosa.

—Sí, Marina —respondo y miro a Héctor, sintiéndome toda tonta. —Sí, él lo ha resumido todo. De momento vamos a vivir juntos y nos casaremos pronto, solo que no sabemos cómo ni cuándo, porque aún no hemos tenido tiempo de pensarlo.

Risas compartidas y él me deja un tierno beso en la frente, nuestras miradas cómplices y felices hablan por nosotros. Aquella mirada sacude mis estructuras, por un momento hasta olvidé completamente a Marina.

—Madre mía. Esa ha sido la mejor noticia que he recibido hoy. ¿Dónde están? Quiero ir personalmente a darles un abrazo.

—Estamos en el departamento de Héctor —respondo, volviendo a la realidad.

—Genial, ahora mismo voy.

—Bueno.

Termino la llamada y vuelvo a dejar el móvil en la mesita. Dirijo mi mirada de nuevo a Héctor, que me observa fijamente, lleno de felicidad y con ese brillo en los ojos al que ya me estoy acostumbrando.

—Gracias por robarme la maleta, ladrona del aeropuerto. —Me sube rápidamente a su regazo, sonriendo con picardía. —Aquel día estaba muy cabreado, pero confieso que algo en ti me llamó la atención cuando te vi en mi sala. Entonces, me volví loco. La verdad es que tenía miedo del daño que podías causar en mi vida.

Sujeta mi rostro y me besa, explorando mi boca con su lengua, reclamándola apasionadamente. Luego, desliza sus labios ligeramente por mi cuello, siguiendo hasta mi regazo. De pronto, sin previo aviso, detiene sus movimientos, sonríe y me mira fijamente con un gesto provocador y sexy.

—Creo que será mejor que paremos, o no estaré en condiciones de recibir a Marina. —Parpadea y señala su erección, marcando ligeramente su pantalón. —Quiero devorarte tranquilamente más tarde, en mi cama, o mejor dicho, en nuestra cama.

—¡Dios mío! —Me llevo las manos a la boca y me río. —Más te vale, y no puedo esperar a eso, te lo cobraré, ¿eh?

Bromeo, exigente, le guiño un ojo y me levanto de su regazo, tratando de sentarme conductualmente a su lado. Hablo de algo banal, intentando disimular el ambiente sexy y atractivo que nos rodea.

Cuando Marina llegó, la situación ya estaba bajo control. Héctor abrió la puerta y ella corrió radiante hacia mí, abrazándome tan fuerte que casi nos caemos sobre el sofá.

—Dios mío, Alysson, estoy tan feliz, ¡no sabes cuánto! —gritó emocionada.

—Se nota —respondí entre risas, un poco avergonzada.

Marina había venido con Teo. Mientras él y Héctor hablaban, ella me llevó al balcón, tan contenta como nunca hubiera imaginado.

—Ahora cuéntame, Alysson, ¿cómo fue esta reconciliación? ¡Me muero de curiosidad!
—susurró en voz baja para que no nos oyeran.

Miré hacia la sala y noté que Teo y Héctor estaban conversando animadamente. Incluso parecía que Héctor se había percatado de que lo observaba, se giró y me brindó una sonrisa radiante que me hace palpar el corazón más fuerte.

Marina notó mi distracción.

—¿Hola? ¡Sigo aquí, loca de curiosidad, señorita Alysson! —dijo con seriedad, como si estuviera molesta.

—Sí, claro. —volví a mirar a Marina, con una sonrisa tan amplia como la de Héctor. — Bueno, cenamos y hablamos mucho, de muchas cosas, nada relacionado con nosotros. Se portó bien, luego me llevó a casa y pasó...

—¿Qué pasó, Alysson? Quiero detalles —inquirió con aprensión.

—De acuerdo, está bien. —La llevé a un lugar más privado.

Marina estaba tan contenta que me animó a continuar. Su alegría brillaba en sus ojos, y estaba deseando que nos reconciliáramos.

Una vez aclarados todos los detalles, nos reunimos con nuestros novios y seguimos conversando hasta cerca de la hora del almuerzo. Fue tan reconfortante, una sensación de alivio y felicidad que no recuerdo haber experimentado antes. Me sentí tan amada y deseada con Marina, Theo y mi Héctor, que dudo haber vivido un día tan feliz en toda mi vida.

Comenzaba a sentir un poco de sueño y todavía nos esperaba el almuerzo con mi familia. También estaba algo aprensiva por mi inesperado compromiso, no sabía cómo reaccionarían todos. De todas formas, intentaba no pensar demasiado en ello para que Héctor no se diera cuenta.

En cuanto Marina y Teo se marcharon, nosotros también nos preparamos para irnos. Héctor quería ir a una tienda de vinos en el centro comercial para comprar uno para mi padre. Aunque le dije que no era necesario, y que mi padre no es fanático de los vinos, insistió en hacerlo.

Héctor tenía una extraña sonrisa en el rostro, como si estuviera ocultando algo. Intenté sacárselo, pero fue en vano. Cuando llegamos al centro comercial, entrelazó su mano con la mía y entramos. Sin embargo, nuestra primera parada no fue en la bodega. Nos detuvimos frente a una joyería muy lujosa, y enseguida un empleado vino a abrirnos la puerta para darnos la bienvenida.

—Buenos días, señor Héctor y señorita Alysson, ¡bienvenidos! —saludó el empleado.
—Soy Edson, el gerente de la joyería. Ya lo hemos organizado todo, por favor, síganme.

—Gracias, Edson —respondió Héctor y me instó a seguir al empleado.

—Héctor... ¿qué estamos haciendo aquí? —susurré mientras continuábamos siguiendo

al empleado.

Héctor solo me mira y sonríe. Estoy un poco confusa, pero continuo siguiéndolo. Entramos en un espacio reservado, muy lujoso, con camareros ofreciendo champán y canapés para darnos la bienvenida. Sobre la mesa, frente a los sillones que Edson nos indicó para sentarnos, había una colección de anillos de varios tipos y tamaños de piedras preciosas. Eché un vistazo rápido; había tantos y todos eran hermosos, sin duda muy costosos.

Héctor me miró, tomó suavemente mi mano y finalmente me explicó el motivo de nuestra visita, que ya se estaba volviendo evidente.

—Esta vez quiero que sea diferente, Alysson, al igual que tú. Sé que nuestro anillo de compromiso tiene un valor sentimental. —Se río, tomó mi mano y giró el anillo dulce que aún llevaba en el dedo. —Pero tú mereces algo tan precioso como tú, cariño.

—No es necesario, Héctor, de verdad.

En realidad, el anillo no me importaba, lo consideraba completamente innecesario. Pero me di cuenta de que era importante para él, así que no protesté.

—Sí, claro que sí. Ya tengo algunos modelos favoritos, pero si no te gustan, no dudes en decirlo.

—Está bien, ya que insistes, confiaré en tu buen gusto.

Héctor sonríe alegremente. Toma el primero y lo prueba en mi dedo, luego otro y otro, siempre atento y preocupado. Todos me parecen preciosos, aunque sigo sin ver la necesidad, si es lo que él quiere, bien, acepto. Después de varias pruebas, se decide por uno de ellos, me lo deja en el dedo y me besa la mano.

—Ahora sí, ¡un anillo perfecto como tú! —exclamó Héctor, emocionado.

Nos dimos un rápido beso y luego miré el anillo. Era realmente hermoso.

—Es muy bonito, gracias, mi amor.

Héctor sonríe al darse cuenta de que me gusta, entrelaza su mano con la mía y nos ponemos de pie.

—Edson, memoriza la talla del anillo de mi prometida, a partir de ahora mis compras serán solo para ella.

—¡Por supuesto, señor! —añade el vendedor.

Salimos de la joyería, pasamos por la bodega, Héctor insistía en comprar algo para mi padre. Como no quería asustarlo, le di una pista y le sugerí que comprara un coñac o un whisky, ya que es lo que suele beber.

Faltaban unos minutos para el mediodía cuando llegamos frente al bar de Alex. Estaba cerrado, como imaginaba. La moto de mi padre ya estaba aparcada enfrente.

—Ya hemos llegado. —Miré a Héctor, que parecía un poco nervioso, tanto como yo. —

¿Va todo bien?

—Sí, es solo que... ahora me doy cuenta de que nunca he hecho esto antes.

—¿El qué? —pregunto.

—Conocer a la familia de una chica, anunciar un compromiso... ese tipo de cosas.

¡Dios mío! Eres tan lindo cuando estás nervioso, pareces un adolescente. —Me reí, intentando aligerar el tenso momento.

—Todavía puedes echar atrás, ¿eh?

—¡Muy gracioso! Echar atrás no está en mi vocabulario.

—Estaba bromeando. En serio, mi padre es un poco...

Un fuerte golpe en la ventanilla del coche me impide hablar, me sobresalto por el ruido. Es Alex, que se ríe de mi cara de susto. Bajo la ventanilla y lo miro furiosa.

—¿Te has vuelto loco? ¡Casi me da un infarto, Alex!

Sigue riéndose como un tonto.

—Vamos, hermanita. —Mira a Héctor. —¿Qué pasa? ¿Te quedas a comer?

—Esa es la idea —responde Héctor.

—Pues vamos dentro. Ya están todos allí.

—Bueno, adelante, vamos para allá.

—No, me muero de hambre. Si te quedas aquí tardarás un rato y ya quiero comer. ¡Vamos, vamos, Aly! —dice, relajado.

Salimos del coche y entramos juntos en casa. Quería advertirle sobre mi padre, pero Alex me hizo el favor de interrumpirme. En fin, que se haga lo que Dios quiera.

Alex tenía razón, ya todos estaban reunidos esperándonos. Entré tomada de la mano de Héctor, nuestras manos estaban frías. Ambos estábamos nerviosos. Al entrar, se hizo un silencio sepulcral. Todos dejaron lo que estaban haciendo para mirarnos entrar en la sala. Héctor es físicamente enorme, viste muy bien y llama mucho la atención, incluso con su look informal. Yo no sabía cómo reaccionar, pero Adriano, que siempre me salva de los problemas, fue más rápido.

—Alysson, ¡te he echado de menos! —Corrió hacia mí y me abrazó fuerte, aprovechando para susurrarme al oído. —Tranquila, no estás haciendo nada malo, actúa con naturalidad.

Se aparta de mí y saluda a Héctor con un apretón de manos. Luego le devuelvo la mano a Héctor y lo conduzco hasta mi padre, que se levanta para darnos la bienvenida.

—¡Papá! Te he echado de menos. —Lo abrazo fuerte, él apenas me abraza, noto que no aparta la mirada de Héctor. Me separo y los presento: —Papá, este es Héctor, mi novio... y futuro marido. Ayer me pidió matrimonio y acepté.

Oigo gritos de alegría de todos los presentes, seguidos de aplausos y felicitaciones. La cara de mi padre seguía seria, al igual que la de Héctor, quien tras los aplausos esboza una leve

sonrisa. La animación de mis familiares sirve de incentivo.

—Es un placer, Héctor.

Mi prometido extiende la mano en señal de saludo, mi padre le corresponde, permanece en silencio unos instantes con cara de pocos amigos. Ambos intercambian miradas durante unos instantes, casi me da un infarto con este silencio, hasta que mi padre tira de Héctor para abrazarlo.

—Me sentí firme en ti, muchacho, ¡Same un abrazo, yerno mío!

Los dos intercambiaron un abrazo fraternal, para alivio de mi corazón.

—Alfredo, me gustaría pedir oficialmente la mano de Alysson. A pesar de nuestra prisa por casarnos, quiero hacer las cosas de la manera correcta.

—No hace falta que me pidas nada. Si se lo has pedido a Alysson y ella ya ha aceptado, firmaré con mi nombre abajo. Pero admiro tu actitud. —Mi padre pone la mano en el hombro de Héctor y carraspea, llamando la atención de todos. —Atención, hoy vamos a celebrar no solo la unión de nuestra familia, sino el compromiso de mi hija Alysson con Héctor. ¡Vivan los novios! —grita, emocionado.

¡Qué alivio! A mi padre nunca le gustó Bruno. Cuando se lo presenté, fue muy grosero. Nunca lo aprobó, pero dijo que me apoyaría en mis decisiones, aunque no fueran las mejores para mí. En el fondo, intuía que esa basura no valía nada.

Miro a Héctor, que luce una enorme sonrisa, tan aliviado como yo por el caluroso recibimiento. Recibimos los saludos de todos y finalmente nos sentamos en el sofá durante unos breves segundos.

—Ha sido mejor de lo que imaginaba —digo, aliviada.

—Sí, yo también siento lo mismo. —Héctor me besa en la frente y me estrecha en su abrazo. —Tu padre es todo un personaje.

—Sí, me di cuenta de que lo miraste un poco asustado, intenté advertirte, pero nada es comparable a tu cara de asombro cuando lo viste —me río.

—¿Tanto? Creía que había conseguido disimularlo. Pero podrías haberme advertido de que es...

—Excéntrico —completo, riendo.

—Ayudaría un poco, nunca imaginé que tu padre fuera una figura así.

—Es el presidente del motoclub, su larga barba, sus canas y el pañuelo en la cabeza ayudan a mantener el carácter duro que intenta mostrar, pero la verdad es que es un encanto.

—Lo entiendo, pero a primera vista el disfraz impresiona un poco.

—Tranquilo, te acostumbras. Creo que esos son sus únicos estilos de ropa —me río, pero estoy bastante seguro.

Chaquetas o chalecos, vaqueros destartados, camisas oscuras, accesorios y botas de

cuero son prácticamente la marca de fábrica de mi padre.

—Estoy acostumbrado, no me importa, mientras su hija me quiera.

—Puedes estar seguro de que te ama.

Intercambiamos un beso rápido y luego Alex nos invita a todos a sentarnos a la mesa. Hacía mucho tiempo que no nos reuníamos así. Incluso vino la novia de papá, que formaba parte del motoclub con él. Los dos cuentan algunas de sus aventuras recientes durante el almuerzo. Fue muy divertido estar en compañía de todos. Héctor, aunque es muy reservado y le gusta el silencio, se relacionaba bien con todo el mundo, parecía estar disfrutando. Fue maravilloso.

Después de comer, todos se fueron y yo me quedé en casa con Héctor. Tenía que cuidar de Grandote, como le había prometido a Alex.

—Si quieres ir, ¡bien! Tengo que cuidar de Grandote.

—¡Carajo, no! Quiero ver a ese Grandote.

Me río. Me encanta cuando Héctor juega a los celos, aunque lo niegue con vehemencia, es muy gracioso cuando está celoso.

—Bueno, ¡vamos!

El Grandote estaba en una casita en el área de servicio de la casa de Alex. Llamé dos veces, no contestó. Héctor me siguió y me acerqué a la casita. Cuando el Grandote me vio, corrió hacia mí lo más rápido que pudo y, con cierta dificultad, me acerqué a él.

—¿Qué pasa, grandullón? ¿Qué tal estás? —Le pasé la mano por la cabeza lentamente.
—¿Tienes hambre?

—¿Es en serio? ¿El grandullón es un perro? —preguntó Héctor, riendo.

—Sí, ¿en qué estabas pensando?

—No te preocupes.

Héctor sonríe y se arrodilla en el suelo a mi lado.

—Héctor, este es Grandote. Lleva nueve años en nuestra familia, fue atropellado por un coche hace un par de años, desde entonces solo puede caminar con la ayuda de esta silla de ruedas, perdió el movimiento de las patas traseras tras el accidente.

—Lo siento mucho.

—Su accidente fue muy grave, se salvó de milagro, pero tiene algunas secuelas. A veces tiene convulsiones, así que no puede estar mucho tiempo sin supervisión. —Mientras hablaba, estaba acariciando a Grandote. —Algunos días se pone muy agitado, hoy parece estar tranquilo. Es dócil, se lo puede tocar.

Héctor acaricia despacio a Grandote, luego tomo el juguete favorito de mi cachorro y se lo tiro. Nos sentamos en el columpio de madera mientras Grandote juega por la zona.

—Parece que está contento con tu presencia.

—Sí, le gusto mucho, aunque ahora vengo muy poco por aquí.

—El nombre hace justicia al animal —bromea Héctor.

Río, al fin y al cabo, de cachorro no tiene nada. Es un pequeño mestizo. Alex y yo lo encontramos tirado en un contenedor cuando aún era un cachorro.

—Me encanta que me hagas compañía, ¿sabes? Pero si quieres ir, entiendo que, si no quieres cuidar a Grandote, puedes tener otro plan.

—Estoy bien aquí, a menos que no quieras que me quede.

—Claro que quiero, es solo que no...

Sus labios me interrumpen y comienza un beso largo y lleno de deseo. Todavía recuperando el aliento, me susurra al oído:

—Eres mi mejor espectáculo, cariño.

Capítulo 32

Alysson

Salimos de casa de Alex al anochecer, pasamos primero por mi departamento, preparé una pequeña maleta para unos días, a petición de Héctor, que más bien parecía el Grandote pidiendo un bocadillo. Y eso me gustaba.

Cuando llegamos a su piso, Héctor se empeñó en preparar la bañera, pensé que era para los dos.

—Tengo que resolver una situación muy urgente en el banco, cariño, pero te prometo que volveré pronto.

—Ah, ahora soy yo la que va a poner cara de perro sin dueño, ¿no te vas a meter en la bañera conmigo? —digo y pongo mala cara.

Héctor sonríe y me besa rápidamente.

—Eres peligrosa, nena. Te prometo que volveré pronto, disfruta de tu baño, relájate y espérame.

—Bien —le digo, no muy contenta.

Pongo música agradable, me meto en la bañera y disfruto del momento, intentando relajarme. Estaba tan contenta y relajada que casi me echo una siesta en la bañera. Salgo una hora más tarde, bien bañada y con un poco de sueño. Me pongo un camisón de encaje y me tumbo en la cama, con la intención de leer algo para distraerme, sin embargo, el sueño habla más alto.

Me despierto escuchando un agradable sonido de música, parecía venir de la cocina. Me levanto, guiada por el sonido. Veo a Héctor en el comedor, parece preparar la mesa, un delicioso olor a comida invade mis fosas nasales, lo que hace rugir mi estómago y me recuerda que tengo hambre.

Él aún no se ha percatado de mi presencia, está de espaldas a mí, parece concentrado en lo que hace, lo observo desde la distancia, arreglando meticulosamente la mesa. Me río, es su cara de extrema organización. Lleva vaqueros y una remera ligera de algodón, sus músculos son visibles a través de la remera ajustada, observo su espalda ancha, bien definida, imagino mis manos recorriéndola. Un calor corre por mi cuerpo, mi mente es invadida por pensamientos pecaminosos.

No me resisto a mirarlo, me acerco, quiero besarlo. Héctor me nota, sonríe y viene hacia mí. Me levanta la barbilla y me da un suave beso.

—He pedido nuestra cena. Espero que te guste la pasta.

Le rodeo el cuello con los brazos, él me rodea por la cintura y me abraza fuerte.

—Me encanta, tanto como el postre que tomaremos después de cenar —digo burlona.

Héctor capta el mensaje, su sonrisa traviesa va seguida de un beso fuerte e intenso que nos deja sin aliento. Por un instante, incluso hambrienta, casi renuncio a todo y me lo llevo a la cama ahora mismo.

El beso cesa, él sonríe, provocativo y sexy, reteniéndome en su mirada. Durante unos minutos nos contemplamos en silencio, solo risas y cuerpos en contacto. Sus ojos tienen ahora un brillo tan intenso que ya ni siquiera parece el tipo gruñón, antipático y prepotente que conocí en el aeropuerto.

Me río solo de recordar lo mucho que lo odiaba al principio. Él también se ríe, aunque no sabe el motivo de mi risa.

—¿Qué pasa, nena? —me pregunta.

—Estoy recordando lo mucho que te odiaba el día que te conocí y también después, cuando empezamos a trabajar juntos. Eras un antipático, si no hubiera necesitado tanto el dinero, te habría dejado —digo riendo, pero era la pura verdad.

—Me odiaba a mí mismo, porque no podía entender mi incapacidad para no quererte.

Risas tontas, besos y más besos. La cena fue maravillosa, la comida estaba increíble y después, bueno, fue aún más perfecta, Héctor me amó con todo detalle, besó cada parte de mi cuerpo, se dedicó a mí y a nuestro placer. Fue increíble, hasta tuve miedo de dormir y despertar a la mañana siguiente y que todo no fuera más que un buen sueño.

A la mañana siguiente, siento suaves besos en mi cuello, una mano acariciando mi espalda lentamente. Reconozco la suavidad de esos labios. Abro los ojos, perezosamente, me giro lentamente, tengo la visión del paraíso frente a mí. Veo a Héctor, con una sonrisa tan magnífica, pensé que estaba soñando, levanto mi mano derecha rápidamente y vi ¡mi anillo de compromiso! Sí, ¡es real!

—¿Qué pasa? —pregunta Héctor al darse cuenta de mi repentina acción.

—Para asegurarme de que no estoy soñando, busco algo concreto. —Señalo el anillo y me siento lentamente en la cama. —Sigo pensando que estoy soñando, todo lo que está pasando es demasiado bueno para ser verdad.

Deslizo suavemente el dorso de mis dedos por su cara. Cierra los ojos, disfrutando de mi caricia, brevemente, y luego los abre, hermosos y tan brillantes que me arrancan una sonrisa tonta.

—Quiero llevarte a un sitio especial —dice en voz baja.

—Hoy es lunes, ¿se te ha olvidado, jefe? —bromeo, buscando a tientas en la mesita de noche el móvil para saber la hora. —Tengo un horario que cumplir, señor director CEO del grupo SMB.

Héctor tira suavemente de mi cara para que lo mire. Posee de una sonrisa sexy que me acelera el corazón, un escalofrío de expectación se apodera de mi cuerpo.

—Ya te he avisado de que hoy no irás, no te preocupes. Soy el jefe, nena. —Parpadea, sin vergüenza. —Tu horario de hoy está todo reservado para mí.

—Como soy una empleada muy obediente, ¡estoy a su disposición, jefe! —salto de la cama.

Héctor se ríe y me da una ligera palmada en el trasero. Lo miro haciendo una mueca de protesta por la palmada recibida, pero la mueca no dura mucho, ha bastado ver su enorme sonrisa para derretirme por completo.

En unos minutos estoy lista. Partimos hacia lo desconocido, con una única consigna: hoy es solo nuestro día y los asuntos de negocios están prohibidos. Mientras conduce, lo miro, tanta paz invade mi corazón, ¡sí! Es amor, ahora puedo decir sin miedo ni temor: ¡amo a mi jefe!

Héctor es misterioso, no revela nuestro destino, yo me relajo y no me preocupo por nada, canto las canciones del equipo de música del coche, él se ríe de mi actuación musical, ¡cómo no!

Paramos en el aeropuerto, el jet privado está en la pista, siento un pequeño escalofrío de expectación. Miro a Héctor mientras bajamos del coche, está tan guapo con unos vaqueros y una remera ligera, aun así, su porte sigue siendo imponente como si llevara esos trajes tan caros que usa. En unos segundos despegamos, Héctor habla con la tripulación del vuelo, estoy atenta, pero no logro averiguar nuestro destino. Aunque muy curiosa, me callo y controlo mi ansiedad. Recuesto mi cabeza en su hombro y me relajo cuando sus brazos me envuelven protectoramente.

Una hora más tarde aterrizamos, solo llevamos dos maletas pequeñas, que nos llevan a un coche que nos espera en la pista. Apenas me acomodo en el asiento trasero junto a Héctor y ya estoy exigiendo:

—¿Vas a matarme de curiosidad o vas a decirme dónde estamos? —pregunto, deslizando las manos por su pecho.

—Estamos en Balneário Camboriú —responde entusiasmado.

—¿En serio? Aquí hay una noria...

—82 metros de altura, sí, lo sé. Ya lo he investigado antes, nena —dice Héctor.

Me giro rápidamente hacia él, casi sin poder creer que estuviera aquí.

—Dios mío... No lo puedo creer, ¡soñaba con conocerla, Héctor! —digo tan emocionada que parezco una niña.

—Ya lo sé, ¿por qué crees que elegí este destino?

—¡No me digas! Tienes una cita de trabajo, ¿no? —Sugiero.

—Ya te lo he dicho, mi único compromiso hoy eres tú, cariño.

Héctor me besa, siento que el corazón se me va a salir por la boca, no sé ni qué decir. Él

sabe cuánto me gustan las ruedas, pero nunca imaginé que éste sería nuestro destino. Pensé que me presentaría a algún familiar o algo así.

Después de registrarnos en el hotel, salimos a ver la ciudad. La ciudad era preciosa, tenía varias playas y lugares para visitar, incluida la propia rueda. Comimos en un restaurante de la playa Central, la comida estaba buenísima. Caminamos por el paseo marítimo, dimos un paseo en barco y, por último, fuimos a un centro comercial.

Yo estaba muy contenta y él también, nos hicimos muchas fotos juntos, cuando una salía bien me dijo que era para nuestro álbum familiar. ¡Fue perfecto!

Después, antes de volver a nuestro hotel, nos detuvimos en un centro comercial. Yo ya estaba un poco cansada, pero Héctor insistió en que necesitaba comprar algo, así que seguimos juntos.

Héctor camina a gran paso, ya me duelen un poco las piernas, pero consigo seguirle el ritmo. Nos detenemos delante de una tienda de vestidos de mujer. Antes de entrar, se vuelve hacia mí, me toma la cara entre las manos y me mira seriamente.

—¿Recuerdas que dijiste que esta vez querías hacerlo todo de otra manera?

—Sí... —respondo un poco confusa. —¿Te refieres a nuestra boda?

—Sí —confirma y me da un beso rápido. —Yo también, por eso estamos hoy aquí. Vamos a hacerlo todo diferente, nos casaremos hoy, al atardecer.

—¿Qué quieres decir, Héctor? ¿Cómo vamos a hacer eso?

—Digamos que me fui ayer para poder organizar todo para hoy.

—Yo... no sé ni qué decir, ni siquiera lo había pensado todavía...

—Ya has dicho que sí, así que vamos a darnos prisa. Elegiremos la ropa juntos e iremos a ver al cura, que celebrará nuestra unión.

—¿Va en serio? —pregunto, aún conmovida por la sorpresa.

—Muy en serio, vamos a hacerlo todo diferente. Nos casaremos los dos solos, aquí y hoy. Cuando volvamos presentaremos los papeles del matrimonio civil. Nada de tradiciones, solo tú, yo y nuestro amor. Es suficiente.

—¡Dios mío! Ni siquiera sé qué decir, yo... ¡Me encanta! Nunca lo había pensado, pero un matrimonio para dos es todo lo que más deseo.

Le rodeo el cuello con los brazos, lo beso largamente, una lágrima rueda por mi cara, Héctor la seca, se ríe y me besa la frente.

—Solo quiero hacerte la mujer más feliz del mundo, Alysson.

—Ya lo soy, cariño.

Después del momento de sorpresa, entramos y juntos elegimos un vestido, modesto pero bonito y romántico para una boda de tarde. Luego elegimos su ropa y salimos del centro comercial vestidos y listos para nuestra boda.

Era una locura total, ¡pero me estaba encantando todo!

Estaba feliz y un poco nerviosa. Después de todo, ¡es mi boda! Llegamos al aparcamiento de la noria. Yo pensaba que nos casaríamos en una pequeña y encantadora iglesia o en una de las playas de la ciudad, pero Héctor estaba decidido a hacer de este momento algo inolvidable.

—Vamos nena, el equipo ya nos está esperando.

—¿El equipo? ¿Qué quieres decir, Héctor? —pregunto, confundida.

Él sonríe y me besa rápidamente.

—Confía en mí, cariño.

Salimos del coche y en la entrada de la noria había una pareja esperándonos. La mujer llevaba un ramo de novia en la mano y, al vernos, se acercó a nosotros.

—Buenas tardes, señor Héctor, soy Rosana. Me he encargado de todo para que este día sea inolvidable. —Los dos se saludaron y luego ella se dirigió a mí. —Señorita Alysson, mucho gusto.

Rosana me entrega el ramo de novia, coloca una flor en la camisa de Héctor y nos indica el camino. Había una cabina reservada para nosotros. Adentro están el cura y el fotógrafo.

Subimos todos, yo todavía no podía creer que me casaría en una noria. Ni en mis sueños de niña hubiera imaginado algo así. Nos acomodamos y cuando la noria empieza a moverse, el cura empieza su discurso. Primero cita algunos versículos de la Biblia y luego nos pide que hagamos nuestros votos.

—No he escrito nada, Héctor —susurro en voz baja, aprensiva.

—Yo tampoco, pero dejaré que hable mi corazón.

Le entrega los anillos al cura, que los bendice y nos los devuelve. Héctor comienza, mi corazón parecía que iba a explotar tan rápido. Hicimos nuestros votos, intercambiamos los anillos y aún tuvimos tiempo de hacernos muchas fotos con la puesta de sol y la increíble vista panorámica del mar que nos ofrece la cabina de la rueda. Fue una boda rápida, ya era hora de dar una vuelta completa. Terminamos con un brindis especial, cuando la rueda se paró, dimos las gracias a todos y se bajaron, quedamos solos Héctor y yo, para un nuevo paseo.

Por fin solos, la noria empezó a moverse de nuevo. Héctor me acerca a él.

—Para siempre tuyo, nena.

—Para siempre tuya, nene.

Un largo beso, mi corazón latía con fuerza, la emoción se apoderaba de mi cuerpo. Todavía no creo que me haya casado. Nos detuvimos para recuperar el aliento, reímos juntos, tontos y felices.

—Dios mío, no puedo creer que nos casáramos antes que Marina y Teo —digo, aún emocionada, intentando contener las lágrimas.

—Me va a matar... Quiero decir, nos va a matar de verdad. Espero que te haya gustado la sorpresa.

—Me ha encantado, aún no había pensado en el matrimonio, porque me daba un poco de miedo, pero te confieso que has estado increíble, ha sido mucho mejor de lo que podía imaginar.

Me enderezo en el banco para mirarlo, por un momento parece que es lo único que podemos hacer y respirar. Deslizo mi mano por su mandíbula, acariciando su barba recortada, observando bien esos ojos intensos y esa sonrisa magnífica.

—Te amo, Héctor, gracias por todo —le digo, tragándome las lágrimas.

—Yo también te amo, Alysso, te mereces el mundo, cariño. Y me siento privilegiado por poder dártelo. —Me toma la mano izquierda, la mira y desliza el pulgar sobre mi alianza. —Tengo que confesarte algo... Pensé que sería mejor casarme pronto antes de que me abandonaras.

A pesar de la risa, siento que hablaba en serio.

—¿Yo? ¿Renunciar a ti? —Me río, intentando romper el mal humor. —Jamás. Te quiero, Héctor Brandão.

Beso sus labios, él devuelve el beso y rápidamente cambia su sonrisa.

—¡Ay, Dios mío! Y mi padre... y tus padres... —Solo entonces me acuerdo de ellos, fue todo tan rápido e impulsivo que ni siquiera podía pensar con claridad. —¿Qué pensarán de esto?

—Oye, cariño, somos los únicos que tenemos que decidir algo sobre nuestras vidas. No me importa lo que piensen. Ahora eres mi esposa.

—Tienes razón, mi marido.

Reímos, felices e intercambiamos muchos besos. Me acomodo en su pecho, nuestras manos entrelazadas, miro nuestros anillos, río feliz y mi corazón es invadido por una paz tan grande que solo puedo sentir amor.

Por la noche cenamos en un restaurante frente al mar, la vista era preciosa. El chef nos felicitó por nuestra boda e incluso una pequeña orquesta tocó canciones románticas especialmente para nosotros. Mis músculos faciales están cansados de tanto sonreír; fue tanta la felicidad juntos que a veces hasta me da un poco de miedo. Aun así, me olvido de todas las preocupaciones y de lo que viene después; disfruto cada segundo de nuestra cena romántica, de la mejor manera: los dos solos.

Después de la cena, regresamos al hotel, abrazados y felices, aunque cansados. Antes de entrar en nuestra suite, Héctor se detiene y tira de mí.

—Sé que hemos roto muchos protocolos y tradiciones, pero una de ellas quiero

mantenerla —dice con seriedad.

Antes de que pudiera preguntar a cuál se refería, me toma en brazos, sorprendiéndome. Me río del susto, pero permanezco en sus brazos, mirándolo fijamente, tan lindo y emocionado por el logro. Abre la puerta, me besa largamente, la empuja con el pie, sin despegar su boca de la mía. Le rodeo el cuello con los brazos. Se detiene unos segundos para asegurarse de que la puerta está cerrada. Vuelve a besarme con fuerza, y caminamos así hasta la cama.

Héctor me tumba suavemente en la cama, me encara con una mirada provocadora, apoya su cuerpo sobre el mío durante unos instantes. Nuestras miradas están conectadas, nuestras bocas casi pegadas. Siento su respiración acelerada, sus músculos sobre mi pecho que sube y baja rápidamente. Siento su pene presionando contra mi muslo, intento acomodarme debajo de él, me lo pone más fácil, aunque aún estamos vestidos, siento el calor de su cuerpo.

Deslizo mis manos por sus anchos hombros, sintiendo sus músculos viriles, él sonrío aún más, sus ojos me muestran lo feliz que está. Mi corazón se acelera, Héctor me sujeta la cara y vuelve a besarme con fuerza, nos detenemos unos segundos para recuperar el aliento.

—Te deseo, cariño. —Me besa desde la clavícula hasta los pechos. —Mi mujer... mía, solo mía.

—Sí, tuya... —digo, jadeando.

Héctor continúa con sus besos calientes, me chupa un pezón, lo mordisquee ligeramente, y sigue bajando por mi vientre hasta detenerse entre mis piernas. Me mira por última vez, parpadea provocativamente y se inclina sobre mí.

Primero me besa lentamente la ingle, arrancándome un gemido de expectación, lame, al principio con delicadeza, mi vagina, húmeda y tan caliente, que anhela su tacto. Me aferro a la sábana, en éxtasis, tan llena de deseo que susurro su nombre. Me penetra con dos dedos, rodea mi clítoris con firmeza, sabe bien lo que hace. Sus manos y su lengua son hábiles, y sus caricias tan precisas que me entrego por completo al momento. Mi corazón late deprisa, muevo las caderas contra sus dedos en un ritmo lento que se intensifica poco a poco. Se detiene y casi le pido más.

Abro los ojos y lo miro, que sonrío y se inclina para darme otro beso.

—Dime, nena, ¿cómo quieres que te haga acabar primero? ¿Con la boca o con el pene? —me susurra al oído.

Me estremezco al oírlo, totalmente expectante.

—Te dejaré elegir, siempre que tenga las dos formas, amor —le digo casi sin aliento.

Reconozco la mirada provocativa y sexy de mi marido, se aparta, creo que ya ha elegido la primera manera. Desciende de nuevo con besos provocativos por todo mi cuerpo, pero ahora con más urgencia, hasta llegar de nuevo a la mitad de mis piernas. Esta vez no hubo calma, apoya una de mis piernas en su hombro y me penetra con su lengua. Gimo fuerte al sentir como

me chupa con fuerza, alternando con precisos lametones. Muevo las caderas queriendo más, él continúa, implacable, decidido a beberse hasta la última gota de mi placer.

Oleadas de placer dominan mi cuerpo, el clímax inminente es inevitable, me estremezco ante sus caricias, hasta que no puedo resistirme más, grito su nombre, me tiemblan las piernas y mi cuerpo estalla en un intenso orgasmo. Por unos instantes mi cuerpo parece no responder, estoy fuera de órbita, ¡ha sido increíble!

Héctor se arrastra de nuevo hacia mí, me besa suavemente, mientras mi cuerpo se recupera, pesa el suyo sobre el mío. Se aparta, pero vuelvo a buscar sus labios, mi sabor está en ellos, fue un beso cálido, único y tan íntimo.

—Me encanta tu sabor, nena —me susurra al oído. —Me encanta besarte, pero prefiero hacerlo mientras mi pene está dentro de ti.

Mi cuerpo reacciona al oírlo. Héctor abre mis piernas con las suyas, se coloca entre ellas, pero aún no me penetra, me sujeta la cara con una mano con firmeza, me mira a los ojos mientras alinea su pene en mi entrada.

—Quiero verte acabar otra vez y gemir mi nombre, nena.

—Tu petición es mi orden, amor.

Entrelaza sus manos con las mías, nuestras miradas se conectan, me penetra lentamente, poco a poco se mueve, tomando mi cuerpo, acostumbrándose a mi calor. Cuando por fin está completamente dentro de mí, se detiene, de repente.

—Nunca me acostumbraré a lo increíble que es estar dentro de ti, cariño.

—Espero que no, porque después de lo habitual viene la rutina.

Se ríe, bonito y tan sexy, sus ojos cambian de repente de una mirada apasionada a una mirada juguetona.

—Imposible tener rutina contigo, nena.

Me muevo bajo él, o al menos lo intento, alcanzando un poco más de él. Pero por su peso, es casi imposible. Héctor se da cuenta de mi desesperación y me da lo que quiero, empieza a moverse despacio, intensificando poco a poco el ritmo. Pega su boca a la mía, encontramos el ritmo perfecto, pero con cada impulso que emanaban nuestros cuerpos todo se volvía más intenso y frenético.

No tardé en acercarme a mi segundo orgasmo. Héctor sintió mi cuerpo palpitante, interrumpió el beso y se encaró conmigo. De nuevo gemí gritando su nombre, llegando al clímax, con mis uñas clavadas en su espalda. Héctor no para, sigue con un ritmo intenso, hasta que su cuerpo tiene el alivio que necesitaba. Llega al clímax gritando que me amaba. ¡Fue perfecto!

Nos desplomamos en éxtasis sobre la cama. Me acomoda entre sus brazos, incluso con el calor y el sudor de nuestros cuerpos, necesitábamos estar en contacto, piel con piel, siento que

ambos lo necesitábamos. Nuestros cuerpos se calman, toma un mechón de mi pelo y lo enrolla en su dedo índice suavemente, mientras nuestras respiraciones encuentran regularidad.

—Te amo, Héctor —le digo, feliz de estar en brazos del hombre que amo.

—Yo también te amo, Alysson Nunes Brandão.

Me gusta oír mi nombre añadido a su apellido, aunque todavía no estemos casados civilmente, ya me siento tan parecida a él que un papel firmado no hace ninguna diferencia.

—Me encanta, aunque...

—Aunque nada, tramitaremos el matrimonio civil en cuanto volvamos.

Apoyo la cabeza en mi brazo para mirarlo a los ojos.

—Por cierto, ¿cuándo volvemos? —pregunto.

—Mañana por la mañana, lo siento. —Me acaricia la cara lentamente. —Si no volvemos, Marina nos matará. Es el último ensayo general para su boda.

—¡Dios mío! Casi lo olvido. —Le doy un puñetazo en el pecho. —Culpa tuya. Tú me secuestraste.

—Por una buena razón, pero te prometo que después de la boda de Marina, nos organizaremos mejor para viajar juntos.

—Me muero de ganas.

Intercambiamos un suave beso. Héctor se levanta de la cama y sirve una copa de champán, que estaba en un balde sobre la mesita de noche.

—Un brindis por nuestra felicidad, cariño.

—Por nuestra felicidad, amor.

Después del brindis, baño de burbujas, algunas copas más de champán, muchas risas, amor y planes. Mi corazón, o mejor dicho, nuestros corazones estaban en paz.

El viaje fue breve, volvimos a última hora de la tarde a São Paulo, justo a tiempo para el ensayo de la boda de Marina. Se casaría en casa de sus padres. Cuando llegamos saludamos a todos, la familia de los novios y los padrinos estaban allí.

En cuanto Marina me vio, corrió hacia mí.

—¡Alysson, mi amiga! —Me abrazó con nostalgia. —Soy un manojo de nervios, me alegro de que estén aquí. —Se aparta y me mira fijamente. —Estás diferente, más linda, ¿has ido a un balneario?

Me río, un poco intimidada, pero aún no se lo digo. Héctor quiere hacerlo cuando solo esté reunida la familia, después del ensayo.

—¡Es amor, hermanita! —responde Héctor cuando vuelve a mi lado.

—¡Ay, Dios mío! Qué lindos están juntos.

Abraza a Héctor y se marcha, me alegro de que no haya visto mi alianza, no sé si podría ocultarle la verdad.

Saludamos a todos los presentes y empieza el ensayo, ha sido muy rápido. Héctor y yo entramos junto con los demás padrinos, ya que también seremos los padrinos de los novios. El ensayo fue todo según lo previsto, todo el mundo entendió bien su papel y dónde colocarse. Se sirvió la cena, nos reímos y nos divertimos mucho, los demás padrinos y la familia de Teo se fueron poco después. Cuando solo quedaba la familia de Héctor, éste se levantó de la mesa.

—¡Propongo un brindis! —Me tendió la mano para que me levantara. —En primer lugar, me gustaría celebrar a los novios, Marina y Teo, les deseo toda la felicidad del mundo. —Héctor se levanta con la copa en alto. —Y el segundo motivo de este brindis es celebrar. —Me mira y sonríe maravillosamente. —Mi boda con Alysson, nos fugamos y nos casamos ayer, en secreto.

Oímos risas generalizadas y gritos de felicidad.

—No lo puedo creer, ¿pasaron atrás de nosotros? ¿Cómo es que no me lo han dicho? —grita Marina, eufórica.

Era evidente que todos estaban contentos, excepto Paola, que llegó a tiempo para oír la noticia, se acerca a nosotros aplaudiendo sarcásticamente.

—Aéeee, ¡vivan los novios! —dice lentamente.

Se hace un gran silencio, todos la miran inmediatamente. El ambiente se vuelve pesado de inmediato, ella se acerca a nosotros, sin disimular al menos su odio.

—Pensé que serías más lista, Alysson, y te largarías, porque Héctor nunca querrá a nadie.

Ah, esa zorra no sabe las ganas que tengo de abofetearla, pero retiro toda mi rabia, por respeto a la familia de Héctor. Aunque ella no me respetó, no me rebajaré a su nivel.

—Soy lo bastante lista para reconocer el amor de mi marido, Paola. Tal vez pienses que él no amaré a nadie porque nunca te amó a ti. Ahora, acéptalo, cariño. —Tomo la mano de Héctor y la levanto. —El anillo que está en ese dedo lleva mi nombre. —Le guiño un ojo. —Volvamos a las celebraciones, pero si estás incómoda, no dudes en marcharte, no nos importará.

Ella niega con la cabeza y se ríe sarcásticamente, fingiendo desinterés.

—¿No vas a decir nada, Héctor? —pregunta Paola.

—Sí, mi mujer tiene toda la razón, puedes marcharte si estás incómoda. —Héctor me besa rápidamente en los labios, entrelaza su mano con la mía y levanta la copa de champán. —¡Un brindis por el amor!

—¡Por el amor! —responden todos a coro, aunque un poco sorprendidos por la presencia de Paola.

Paola se quedó quieta mirándonos, después del brindis, Héctor hizo ademán de darme un largo beso, claro que fue a propósito, pero ni siquiera me importó.

—¡Ustedes dos son patéticos! —grita Paola. —No te das cuenta de que solo te ha

utilizado, Alysson, igual que hizo conmigo y luego me dio una patada...

Veo que las lágrimas ruedan por la cara de Paola. Me acerco a ella, pacientemente, Héctor da un paso adelante. Levanto la mano y lo detengo. Fue cosa de mujeres.

—No necesitas venir aquí a vomitar tu veneno, se acabó, Paola. Estamos felizmente casados, nada de lo que digas nos hará dar marcha atrás —le digo, mirándola muy seria, incluso sintiendo un poco de lástima por la miserable por haber caído tan bajo.

En ese momento, Santiago se acerca a nosotros, así como la madre de Héctor. Marina y Teo permanecen en la mesa, estupefactos, en un silencio cortante.

—Por favor, Paola, nada de dramas, tú tomaste tus decisiones, Héctor es feliz y está casado. Ahora acepta esta situación y si quieres quedarte aquí, será en paz —dice Maria Rita con calma.

—No... no puedo creer que se haya casado... —se burla, aunque se ríe, con cara de tristeza.

—Basta, Paola, estás mal de la cabeza. O guardas la compostura o ya no serás bienvenida aquí. Eres mi hija, pero tomaste malas decisiones en tu vida. Ahora asume las consecuencias y deja en paz a Héctor y Alysson, por el bien de nuestra familia —grita Santiago, que parece avergonzado por la situación, pero mantiene firme su tono de voz—. —Fuiste demasiado mimada por tu madre, pero ya eres lo suficientemente mujer como para entender que todo lo que hacemos tiene consecuencias. Casi le destruyas la vida a Héctor. Verlo casado y bien ahora me alegra lo suficiente como para echarte de aquí, por si quieres arruinar esta celebración. Ahora tú decides, ¿te quedas y te comportas o te vas y solo vuelves cuando entiendas que están felizmente casados?

Héctor se une a nosotros, me toma de la mano y tira de mí.

—Deja que se arreglen solos, cariño, esto ya no es asunto nuestro.

Asiento con la cabeza y salgo, del brazo de mi marido. Los tres entran en la casa, se reanudan las celebraciones. El ambiente aburrido se deshizo, solo estábamos Héctor, Marina, Teo y yo. Como por arte de magia, el ambiente pesado desapareció y les contamos nuestra boda, y les encantó nuestra aventura.

Al cabo de un rato vimos que Paola se iba, ni siquiera vino a despedirse de nosotros, yo ni siquiera quise. Poco después se nos unieron Santiago y Maria Rita. No se habló más de la *Putamera*. Terminamos la noche con mucha charla, vino, queso, buenas historias y risas, además de la certeza de que soy tan querida por mis suegros y cuñada como por mi marido.

Incluso puedo hacer un resumen de estos 100 días:

Odiaba a mi jefe,

Quise matarlo varias veces;

Quería dejarlo;
Quería darle un puñetazo en la cara;
Lo deseaba;
Quería besarlo;
Quería huir de mis sentimientos;
Me enamoré de él;
Lo odié de nuevo;
Quise matarlo de nuevo...
Hasta que descubrí que realmente lo amo.

Solo necesité 100 días con el CEO para comprometer el resto de mis días con el hombre que amo. Ahora todos nuestros días están unidos, pero no por un contrato de trabajo o una relación de jefe y empleada, sino por amor.

Epílogo

Alysson

Héctor y yo tuvimos derecho a una semana libre debido a nuestra boda. Será muy útil, sobre todo para organizar mi traslado a su departamento. No será mucho problema, aún hay mucho en cajas. Héctor está en la sala, organizando las cajas con Roger.

Recojo las últimas piezas de ropa de los armarios y las pongo en la maleta. Vuelvo para asegurarme de que no he olvidado nada y veo un sobre con el logo del grupo SMB en el fondo del armario. Al principio, no recuerdo de qué se trata, pero al agarrarlo, lo recuerdo. Es la carta de recomendación que Héctor había dejado para que me la entregaran en mi último día de trabajo. Recuerdo que la tomé principalmente a causa del volumen. Sin embargo, la rabia que sentí de él me impidió abrirla. Curiosa, me siento en la cama para averiguar qué había dentro.

La primera hoja, de hecho, era una carta de recomendación firmada por él, obviamente con toda la formalidad necesaria de un jefe, recomendando mi contratación y detallando mi desempeño de forma bastante satisfactoria. Lo leí con atención, pero tenía curiosidad por el resto del contenido del sobre.

Había un paquete de papel simple, con un lazo de cinta atado. Quito el lazo, lo abro, y solo entonces me doy cuenta de lo sensible y considerado que es Héctor. Había varias postales con fotos de norias de todo el mundo, algunas de ellas son muy antiguas, unas firmadas otras no, sin duda, una colección lindísima y de valor inestimable.

Paso una a una de ellas, emocionada. Obviamente, nunca se me pasó por la cabeza que pudieran ser postales, aún más de ruedas gigantes. Había una nota que acompañaba a las tarjetas, a esa altura, la emoción ya toma cuenta de mí. Sin embargo, al leer la nota, lágrimas corren por mi rostro.

Alysson,

Estas postales son para completar tu colección y también para que sepas que la primera vez que quise besarte fue en una noria.

Besos,

Héctor.

¡Ah, mi Dios! ¿Recordó las dos postales que están enmarcadas en mi habitación? ¡Sí! Es perfecto en los más pequeños detalles. Estoy conmovida por el regalo, mirando más detalladamente las postales, ¡son increíbles!

—¿Aún no las había visto? —pregunta, asustándome.

Me volteo rápidamente, él está parado en la puerta, corro hacia sus brazos.

— Todavía no, de hecho, el día que recibí el sobre estaba tan enojada contigo que ni siquiera me aseguré de abrirlo. Terminé guardándolo en el armario y no me acordaba más. — Héctor se acerca, y lo beso rápidamente. —Gracias, amor, son increíbles. Pensé que no había notado las dos que tengo...

—Observo todo sobre ti, bebé —dice y me besa.

—¿Cómo conseguiste reunir todo eso? —Pregunto, aún en éxtasis.

—Tengo un amigo dueño de un anticuario, él tenía algunas, pero consiguió movilizar a otros amigos para hacer una pequeña colección.

—Dios mío, no puedo creer que hayas hecho todo esto por mí.

Héctor me empuja rápidamente para unir nuestros cuerpos.

—¡Hago todo para ver esa sonrisa en tu cara, cariño!

Mi corazón rebosa de alegría, intercambiamos un largo beso, pongo la cabeza en su pecho por unos segundos, feliz y sintiéndome tan amada que creo que soy incapaz de vivir sin ese hombre.

—Te amo, Héctor Brandão.

—Yo también te amo, Alysson.

Dos años más tarde...

Me despierto temprano, un poco impaciente, Héctor viaja por negocios y no llegará hasta el final del día. Desde que nos casamos, ha estado viajando mucho menos y la mayoría de las veces lo acompaño. Esta vez me quedé porque voy a acompañar a Marina a una consulta médica prenatal. Marina está embarazada de unas semanas y lo descubrió recientemente. Toda la familia está encantada con la noticia.

¡Sí, seré tía!

Como será la primera consulta, insistió en que yo estuviera presente con ella y Teo. Somos muy unidas, a veces quienes no nos conocen piensan que somos hermanas. De hecho, ella es como una hermana que nunca tuve.

Héctor le regaló a ella y a Teo los dos departamentos de abajo, fue su regalo de bodas. Que después de la reforma, quedó un único departamento, bastante espacioso y lo mejor de todo, en el mismo edificio. O sea, ahora somos vecinas, como siempre deseamos.

Oigo a alguien llegar, debe ser Marina. Ella viene todos los días aquí para ir juntas al banco. Por cierto, estuve en la correduría durante un año hasta que preparé a alguien para que se hiciera cargo. Volví al banco, formo parte del consejo de administración y económico del grupo, y por supuesto, también asumí la cartera de clientes de Héctor, que ahora es mucho más

numerosa. Tengo tres agentes más que operan directamente conmigo bajo mi supervisión.

—Hola, Alysson, ¿estás lista? —pregunta.

—Sí, ¿vamos? —Tomo mi bolso, cierro la puerta y bajamos juntas.

—Mi suegra llegará a Brasil en dos semanas, está tan feliz, Aly, no te lo imaginas, será su primer nieto —comenta Marina.

—Me lo imagino.

Llegamos a mi coche. Mientras Marina entra, me vuelvo pensativa. Mi menstruación lleva tres días atrasada, no he querido comentar nada con Héctor aún. Hace unos meses decidimos interrumpir los anticonceptivos. Solo entonces me doy cuenta que ni a Marina le había contado.

—Marina, ¿con cuántos días de retraso de tu menstruación hiciste el análisis de sangre para estar segura del embarazo? —pregunto.

— Dos días, ¿por qué? No me vayas a decir que... —Los ojos de Marina brillan de emoción. —¡Aly, Dios mío! ¡No lo creer, ya pensaste si las dos estamos embarazadas? ¡Será increíble! Nuestros hijos crecerán juntos y...

—Calma, calma, Marina, solo era una pregunta, ¿sí?

—¿Cuántos días de retraso? —pregunta.

—Tres días.

—Aly... tú también estás embarazada! Vamos ahora mismo al laboratorio, haremos las pruebas de prenatal juntas.

—Marina, tranquilízate, podría ser solo una falsa alarma —digo, tratando de no crear demasiadas expectativas.

—Vamos a averiguarlo ahora, toca para el laboratorio.

Antes de ir al banco, pasamos por el laboratorio y nos hicimos la prueba de sangre. Por suerte, estaba cerca del banco. Pagué un extra para que el resultado estuviera listo en un máximo de dos horas.

Le pedí a Marina que guardara el secreto y no se lo dijera a nadie. Quería estar segura antes de anunciarlo. Nos quedamos las dos trabajando ansiosas y en un éxtasis tal que no podíamos concentrarnos. Una y otra vez me llamaba, preguntándome si el resultado ya había llegado.

Tan pronto como el sobre llega a mis manos, llamo a su oficina, que viene corriendo a la mía. Con las manos temblorosas, miro el sobre con mi nombre, lo rasgo y retiro el examen desde dentro, Marina está tensa, es notorio, nos hemos vuelto tan cercanas, que ya conozco todos sus gestos.

Cierro los ojos y respiro profundamente. ¡Sea lo que Dios quiera! El papel está doblado, quedando visible solo mi nombre en la parte superior.

—Tengo miedo de...

—Alguna vez va a suceder, si no es ahora, todavía tendrán toda una vida por delante para intentarlo —interrumpe Marina, animándome.

—Tienes razón, dije que no iba a crear expectativas, pero ya estoy...

—Vamos, Aly, estoy a punto de tener un infarto, ¡no dejes a una mujer embarazada en la curiosidad! —dice Marina, impaciente.

—Mira, toma.

Extiendo el papel hacia ella. Ella lo toma, pero viene a mi lado.

—No, lo haremos juntas. —Me abraza con una sonrisa tranquilizadora. —Si no es hoy, ya va a ser, porque estoy segura de que por falta de entrenamiento no lo es.

Rio, ella tenía razón, si había algo que hacíamos era entrenar y mucho.

—Tienes toda la razón.

Tomo coraje y abro el examen. Al leer el resultado, quedo paralizada. Por un momento solo puedo imaginar a Héctor recibiendo esa noticia. Mis ojos se llenan de lágrimas, era tanta alegría, que mi corazón late descompasado.

—Aly... tú estás... yo voy a ser tía —dice y me abraza, muy emocionada.

—Estoy tan feliz, Marina, no sé cómo explicarlo... Héctor, va a enloquecer...

—Yo también estoy muy feliz por ustedes, seguro que Héctor se volverá loco. ¿Qué hay de mis padres? ¡Dos nietos en camino!

—Tenemos que decírselo, y creo que ya tengo una idea —digo, pensativa.

—¡Cuéntamela, cuéntamela! —pide Marina, toda animada.

—No soy la jefa de Recursos Humanos, pero le estoy dando el día libre, señora Marina Brandão, venga conmigo, tenemos mucho que organizar. —Tomo mi bolso, guardo el examen. —¿Vamos? Cancela tu agenda de hoy.

—Claro, ahora mismo, ¡jefa! —bromea Marina y salimos hacia su oficina.

Esa noche organizamos una cena familiar. Obviamente, todos se extrañaron de que fuera en pleno viernes, pero no sospecharon nada. Marina dijo que era para mostrar la primera ecografía del bebé. Por suerte, todos estuvieron de acuerdo sin hacer demasiadas preguntas.

Teo y Héctor estaban de viaje y llegarían cerca del horario acordado para nuestra cena. Marina y yo pasamos el resto del día organizando las cosas para que todo saliera bien, como lo habíamos planeado.

María Rita ya había percibido algo extraño, pero Marina, con su conocimiento de su madre, logró sortear la situación y mantener todo en secreto.

Preparamos todo en el jardín. El menú de la cena no era lo más importante; era la noticia que pretendíamos dar lo que tenía relevancia. Le mandé un mensaje de voz a Héctor pidiéndole que viniera directo a la casa de los Brandão, y él respondió con un "Está bien".

—Todo listo, Aly —dice Marina mientras prueba el proyector por última vez.

—Estoy nerviosa. —confieso.

—Yo también, pero será hermoso. Y hablando de belleza, aquí viene tu marido.

—¡Oh, Dios mío! No puede darse cuenta antes de tiempo.

Héctor se une a nosotros, me abraza fuerte e intercambiamos un beso rápido.

—Te extraño, bebé. ¿Cómo estás? —pregunto.

—Yo también te extraño.

—Buenas noches, Héctor, estoy bien aquí, ¿no me ves? —protesta Marina.

—Por supuesto. —Abraza a su hermana, con una sonrisa de alegría. —Es que solo tengo ojos para mi esposa, disculpa, hermanita.

—Eso espero, querido, o te la verás conmigo, ¿me oyes? Voy a dejarlos solos, voy a ver qué hay de bueno para comer. Una embarazada come por dos.

Marina sonríe y sale hacia la casa.

—¿Qué está tramando Marina? —pregunta Héctor cuando ella se aleja.

—No tengo idea —mento.

—¿Estás segura de eso? Ustedes viven juntas todo el tiempo, son cómplices en casi todo — dice, sospechosamente.

—Ella desea mostrar el video de la primera ecografía. —Acaricio sus brazos delicadamente, intentando desviar el foco de la conversación. Me pongo de puntillas para alcanzarlo y murmuro a su oído: —He echado de menos esos brazos fuertes abrazándome, estoy loca para volver a casa...

Su mirada sexy y sonrisa cínica, que tan bien conozco, surgen. ¡Genial! Puedo cambiar la conversación.

—Todavía tengo un cuarto en esta casa, bebé. ¿Lo has olvidado? —dice, provocativo.

—Lo sé, pero lo que planeo hacer contigo, amor, hasta la cena no dará tiempo.

Otro beso, Héctor me acerca más a él, especialmente para sentir lo duro que está. Siento un escalofrío recorriendo mi cuerpo y un calor que tan bien conozco la sensación.

—Hablando así no quiero quedarme ni para la cena, ¿tan importante es nuestra presencia?

—Creo que sí, cariño. No vamos a hacer un desastre para Marina, ¿verdad?

—Asumo la culpa, puedes decir que tuve un malestar, no me importa, estar contigo es más necesario, aún más después de lo que me prometiste.

—Me encantaría, pero esperaremos.

—Eres tan hermosa, con un brillo en los ojos increíble —dice Héctor.

—Es el amor por ti.

—Eso espero.

Avistamos a los demás familiares acercándose hacia nosotros. Finalmente, llegó el gran momento. Saludamos a Teo, el último en llegar, luego nos acomodamos en la mesa, justo frente al proyector.

Marina comienza.

—Bueno, me gustaría mucho mostrarles algo que me hizo muy feliz. Alysson y yo estuvimos hoy en mi primera cita prenatal. —Marina mira a Teo. —Qué pena que no pudieras participar, amor.

—¡Ah, ¡qué lindo! La próxima vez quiero estar presente —dice María Rita.

—Y yo también, amor —completa el Teo, con una mirada todo apasionada hacia su esposa.

—¡Claro! —responde Marina, alegremente.

—Y ahora quiero mostrarles el primer video de nuestro bebé, por supuesto, aún no se ve mucho. —Ella pone la mano en el vientre. —Pero este examen muestra que él o ella está aquí, sano y salvo.

Marina da play al video. Al principio, solo muestra la pantalla del examen, la médica explica que el embarazo tiene aproximadamente nueve semanas, es un embarazo de un solo feto, y describe la ubicación del bebé mientras todos escuchan en silencio los detalles técnicos. El sonido del corazón del bebé resuena, dejando a todos encantados. Teo se emociona tanto que sus ojos se llenan de lágrimas, al igual que los de Marina.

Marina hace una pausa en el video.

—¿Les gustó? —pregunta.

—¡Por supuesto! Gracias por grabarlo, cariño. —dice Teo.

Los dos intercambian un beso rápido, luego Marina retoma el control de la película. Hasta ese momento, nadie sospechaba nada.

—Ahora viene la mejor parte.

—¿Aún hay más? —pregunta Santiago, curioso.

—¡Sí, papá!

El video comienza de nuevo, pero esta vez, como si fuera el principio. El enfoque está nuevamente en la pantalla del equipo médico. La doctora comienza a explicar todo nuevamente: la posición de la placenta, el útero y el bebé, un feto único de aproximadamente siete semanas, detallando todos los aspectos técnicos. Finalmente, el sonido del corazón del bebé llena el ambiente.

Esta vez, fui yo quien derramó lágrimas. Escuchamos la voz de Marina al final del video.

—*Familia, ¿no es emocionante?* —De repente, la cámara del celular cambia de enfoque, y su rostro aparece. —*Esto no es una edición, mucho menos una broma, pero sí es una gran*

sorpresa. El corazón que acabaron de escuchar no late aquí en mi vientre. —Marina vuelve a cambiar la cámara, pero esta vez, aparezco completamente en el video y saludo a la cámara. —*¡Saludos, futura mamá!*

Héctor salta de la silla, me mira. Todos gritan en celebración, pero lo único que hizo mi marido fue mirarme a los ojos.

—Alysson... ¿Esto es en serio? ¿Estás realmente embarazada? —pregunta con la voz ronca.

—Sí, mi amor. Lo descubrí esta mañana. —Me levanto y tomo su mano, la pongo sobre mi vientre. —Aquí late un corazoncito de más por ti.

Héctor sonrío, me abraza fuerte y me besa, lleno de emoción, nos quedamos unos segundos abrazados y llorando, felices. De hecho, el llanto fue generalizado, todos estaban muy emocionados. Recibimos muchos abrazos y felicitaciones.

Pasado el momento de excitación y los abrazos de alegría, las emociones de todos estaban a flor de piel. Planeamos, cenamos y ahora el tema de la noche eran los futuros herederos del grupo SMB. Fue una noche memorable, pero moría por volver a casa.

Acaricio el muslo de Héctor de forma provocativa, él me mira de inmediato. Finjo bostezar, parece que lee mis pensamientos.

—Familia, gracias por la noche y por la sorpresa, hermanita. —Mira a Marina. —Sin duda, fue una noche llena de emociones, tenemos que irnos, estoy cansado por el viaje.

—Está bien, hijo —habla Santiago.

Nos levantamos y nos despedimos de todos, con muchos abrazos y nuevamente, escuchando varias felicitaciones.

—Todavía no puedo creerlo, Alysson, nosotras dos, ¡embarazadas! —conmemora Marina, muy animada.

—¡Sí, amiga mía! Al menos ahora tendremos asuntos muy inusuales que tratar.

—¡Es verdad! —dice y me abraza.

Nos despedimos de todos y volvemos a casa. Durante el viaje, solo podíamos planificar y pensar en nuestro bebé. Sin embargo, al entrar en el ascensor, olvidamos todo, nuestras bocas se devoran con locura.

—Cariño... te extrañé mucho...

—Yo también —digo, jadeante.

Las puertas del ascensor se abren, entramos en la sala retirando las ropas y con las bocas pegadas, en pocos segundos ya estábamos desnudos y en el sofá de la sala. Héctor llega a mis pechos, los lame con delicadeza y me estremezco.

—Tienes que decirme cuando algo es incómodo, cariño. No sé si podemos...

—Claro que podemos, por ahora, de todas las formas posibles e imaginables, está todo bien con el bebé, relájate.

—No quiero lastimarlo.

—Le pregunté al médico, ¿de verdad crees que nos quedaríamos de abstinencia? Especialmente ahora con las hormonas a flor de piel en mi cuerpo.

Deslizo las manos por su pectoral, llego a su pene, ya listo, lo masturbo algunas veces. Tenía una sonrisa traviesa en los labios, era todo lo que quería. Mi marido no espera una nueva orden, toma mis labios en un beso caliente, luego desliza la boca por mis pechos, vientre, trazando el camino que yo esperaba.

Cuando su lengua toca mi humedad, me estremezco. Cuanta nostalgia sentí de sus labios devorándome, y mira que fueron apenas tres días fuera. Él no mide esfuerzos, lame, penetra mis dedos y chupa mi clítoris, determinado a hacerme gozar, obvio que eso no tardó en ocurrir. Mi cuerpo tiembla al sentir el orgasmo abatirme, rápidamente él posa su cuerpo sobre el mío y me penetra, antes incluso que yo me recuperara.

—Lo siento, nena, no puedo evitar verte acabar...

Se mueve con prisa, entra y sale de mí con locura, entrelazando los talones en su espalda, nuestros cuerpos están en pleno contacto. Héctor toma uno de mis pechos, lo succiona con habilidad, mi cuerpo ya reacciona a su tacto nuevamente.

Se aleja un poco, me agarra la cara con una mano y me besa.

—Te amo, Alysson... —dice jadeante.

—Yo también te amo, Héctor —respondo con dificultad.

Nuestros cuerpos tenían una sintonía increíble, encajaban perfectamente. Fueron algunos movimientos más, hasta que sentí que su cuerpo era tomado por el placer, no resisto verlo en llamas, beso su boca y llego al clímax nuevamente, junto con mi marido, declarando cuánto lo amo.

Héctor se acomoda en el sofá, me empuja hacia su regazo, me quita el pelo de los hombros. Por unos minutos, nos quedamos en completo silencio, contemplándonos el uno al otro, piel con piel, respiraciones calmando poco a poco y los corazones desacelerando lentamente.

Permanezco con la cabeza acostada en su pecho, con sus brazos envolviéndome en un abrazo sabroso y tierno. Héctor me aleja, busca mis ojos.

—Te agradezco que me hayas dicho que sí, Alysson. Por aceptar mi beso, por tener sexo conmigo, incluso cuando pensé que solo tendríamos sexo casual. Soy el hombre más feliz del mundo por todos los "sí" que me has dado en la vida. —Él posa su mano sobre mi vientre, sonrío, bellamente. —Gracias por todo y por este niño, que será el primero de muchos que tendremos.

Río, feliz y emocionada.

—Soy yo la afortunada de que no te hayas dado por vencido conmigo, incluso cuando te pedí que me dejaras en paz. En cuanto a nuestro hijo, también estoy muy feliz de vivir este momento contigo, amor. Ahora, en cuanto a tener muchos hijos, hablaremos mejor de esto — digo, juguetona.

—Hablar no, entrenar.

Héctor me lleva a su regazo y se levanta del sofá conmigo.

—Estoy de acuerdo, cariño.

Con besos, me lleva a la habitación. Entre juramentos de amor y planes para un futuro a dos, pero que pronto será a tres, cuatro, cinco... quién sabe. Finalizamos la noche con sexo, mucho cariño, complicidad y por fin, dormimos del mejor modo: abrazados y soñando con el rostro de nuestro bebé.

*****FIN*****

Para saber más

Conoce otras novelas de la autora accediendo a su sitio web o a través de sus redes sociales:

Sitio Web:

[Click aquí](#)

Página de Facebook:

[Click aquí](#)

Grupo de Facebook de lectoras:

[Click aquí](#)

Instagram:

[Click aquí](#)

E-mail de contacto:

contato@barbararicch.com

barbararicch@gmail.com

^[1] Ancord es el acrónimo de Asociación Nacional de Corredores y Distribuidores de Bonos y Valores, Bolsa y Mercancías. Es responsable de unir y representar a las empresas en los mercados de capitales y financieros. Es importante resaltar que Ancord es la única entidad responsable de registrar y acreditar a los Agentes Autónomos de Inversiones (AAI), conectando las inversiones del mercado financiero con las personas.